

La Tierra era esto

Isabel Lizarraga Vizcarra



Primera edición
Marzo 2014

© Isabel Lizarraga Vizcarra
© Ediciones Atlantis
Calle Abastos, 206. Local.
28300 Aranjuez (Madrid)
91 865 77 36
atlantis@edicionesatlantis.com
www.edicionesatlantis.com

ISBN: 978-84-
Depósito Legal:

Impresión: Reprográficas Malpe, S.A.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»



La Tierra era esto

PRIMERA PARTE

Night after night for every year and every year, for no reason at all, the woman comes out and looks at the sky, her hands up, for a long moment, looking at the green burning of Earth, not knowing why she looks, and then she goes back and throws a stick on the fire, and the wind comes up and the dead sea goes on being dead.

(Ray Bradbury, “Los largos años”, en *The Martian Chronicles*)

I

MICRO PULSED PLASMA THRUSTERS

El Ayudante Austin *A+008* golpeó con los nudillos suavemente en la puerta del dormitorio de la Doctora Robledo.

—Amalíss —llamó quedamente—, es la hora.

—Muchas gracias, Austin —se oyó como un leve quejido desde el otro lado.

Austin *A+008*, como todos los días, se dirigió a la cocina de la enorme casa y, desde la ventana, observó la mancha oscura del cielo más allá de la campana de aislamiento. Por culpa de la contaminación, cada día resultaba más oscuro. Para evitar a la doctora Robledo esta visión desoladora, tecleó rápidamente ciertas instrucciones sobre el panel de la ventana con el objetivo de dotar de un leve tinte irisado al cristal. Sabía que Amalíss no se iba a dejar engañar por su ingenua travesura, pero ese simple detalle, como en otras ocasiones, sería suficiente como para consolarla en el comienzo del nuevo día. Con movimientos ágiles y precisos Austin *A+008* hizo café, calentó la leche a la temperatura justamente deseada y sacó del horno los dos panecillos calientes que cada día desayunaba la Doctora.

Cuando Amalíss Robledo entró en la cocina, sonrió ante el fingimiento ingenuo de la cristalera y se sentó frente a su taza humeante. Austin, después de tantos días a su servicio, ya se atrevía a clavar sus ojos redondos sobre la fisonomía del Ama recién levantada. Aquella mañana los vivaces ojos azules de la Doctora, que con tanta frecuencia resultaran inquietantes para los hombres, quedaban enmarcados por

una sombra grisácea que traslucía el secreto de sus preocupaciones y de sus insomnios. Su cabello caía despeñado sobre unos hombros que luchaban por seguir soportando el peso de su trabajo diario inevitable y aparecía deslucido. Con todo, a pesar de los incipientes signos de derrota, seguía siendo una mujer atractiva. Quizás precisamente aquella mancha oscura que rodeaba sus ojos producía una sensación de dulzura desolada que le confería un encanto entrañable y doloroso.

—Austin, sabes que nunca conseguirás confundirme —intentó bromear para agradecer el desvelo de su subordinado.

El Ayudante *A+008*, mientras ella salía, observó preocupado que la broma diaria no había conseguido velar completamente el rictus de tristeza de la Doctora. ¿Un cambio de humor inusitado?, se preguntó. Debía apuntar aquella nueva reacción y consultar de nuevo el manual de Psicología, ya que entre sus obligaciones se hallaba la de procurar la felicidad de aquella mujer. Su estabilidad emocional era altamente necesaria para que su trabajo diera frutos y él no debía permitir que ninguna fisura pusiera en peligro sus obligaciones.

La Doctora se dirigió de nuevo a su dormitorio para terminar de vestirse y arreglarse. Aunque, obviamente, no saldría de casa ni tendría ningún contacto con otros humanos, no podía descuidar su aspecto físico ni su higiene diaria. Aquella era una de las normas elementales de supervivencia que había aprendido en la infancia.

Minutos después, como todos los días, se sumergió en cuerpo y alma en su trabajo ineludible en la Sala de Ordenadores.

Austin, mientras tanto, se dedicaba con afán a sus diarias labores domésticas. La oscuridad del cielo hoy tampoco le produjo inquietud. Suponía —mejor dicho, *sabía*— que la Doctora conseguiría encontrar la solución. Aquellas líneas incomprensibles con las que laboraba, aquellas coordenadas y mediciones milimétricas, aquel esfuerzo ciclópeo de tantos humanos en tantos años terminaría por llegar a la conclusión deseada: se acabaría encontrando la fisura celeste por donde expulsar los gases que ahogaban la Tierra. Austin no tenía ninguna duda de

que la Humanidad conseguiría salvarse. Los Dioses no sucumben. Esa era una de sus convicciones más arraigadas.

La rutina es buena compañera para empujar el lento transcurso del tiempo y Austin realizó sus obligaciones de manera sistemática y ordenada. A media mañana, como todos los días, se presentaba en la Sala de Ordenadores con la bandeja del pequeño refrigerio. No era preciso llamar, ya que la Doctora, inmersa en sus elucubraciones, apenas necesitaba alargar la mano para indicarle que había advertido su presencia y que seguía concentrada en las mediciones.

Sin embargo, hoy era todo diferente. La Doctora Robledo no miraba la pantalla del ordenador, sino que permanecía derrotada, con los codos apoyados encima de la mesa, protegiéndose la cara entre las manos. Ante aquel problema imprevisto, Austin se preguntó cuál debía ser la reacción correcta y optó por acercarse y, después de dejar suavemente la bandeja, colocar su mano sobre el hombro de la Doctora. Ella, al notar la suavidad y calidez de su tacto, la presión oportuna y la perfecta duración del contacto, intentó sonreír desde el fondo de sus preocupaciones.

—Doctora... ¿hay algún problema? —indicó solícito señalando la pantalla.

—No es eso... —contestó ella con premura— ¡Todavía queda mucho tiempo!

Sin embargo, en su fuero interno, Amalíss se debatía ante la idea de sincerarse ante su ayudante. Era absurdo tener que explicar algunas cosas... Casi resultaba ridículo... Pero Austin la miraba con un semblante de preocupación tan sincero, de una perfección tan impactante, que ella cedió.

—Es, simplemente, la soledad... —y lo miró, dubitativa, a los ojos— Tú... ¿lo entiendes?

Austin sabía que ella necesitaba que él sonriera. Eso la haría sentirse más segura. Así que, después de curvar hacia arriba los labios hasta mostrar su espléndida dentadura tan perfecta, presionó de nuevo su hombro, volvió a sonreír y salió. Cuando se alejaba, ella miró la línea sinuosa de su espalda, la curva firme de las nalgas, que

acababan en dos piernas perfectas, y calibró la suavidad y cadencia de las pisadas que se alejaban. No pudo soportar su delirio y, de nuevo, ocultó la cara entre las manos. Era preciso que él no la viera llorar. ¡Era todo tan absurdo!

Austin conocía perfectamente el significado de la palabra “soledad”, ya que casi en el mismo instante en que ella la pronunciara había podido acceder a su definición exacta (unas letras temblorosas se habían hecho luz en el depósito informático de las definiciones: *Soledad: 1. Carencia voluntaria o involuntaria de compañía. 2. Lugar desierto o tierra no habitada. 3. Pesar y melancolía que se sienten por la ausencia, muerte o pérdida de alguien o de algo...*). Era muy sencillo deducir que la punzada que atenazaba a la Doctora correspondía a la tercera definición, y que su causa inmediata estaba provocada por la primera. Tres años encerrada en la solitaria casa, con el cielo siempre oscuro allá arriba, el trabajo inexorable en los ordenadores de la sala y la ausencia de estímulos debía ser muy duro para ella, al fin y al cabo, una simple y débil ejemplar de ser humano. Austin, sin embargo, estaba altamente capacitado para seguir adelante en condiciones extremas. Incluso tenía en su mano la posibilidad de elegir la mejor de entre todas las posibles soluciones para cualquier problema.

A la hora del almuerzo la Doctora tenía los ojos hinchados y, además, no había probado el contenido de la bandeja que Austin le presentó a media mañana.

—Doctora... ¿no se siente bien? —le preguntó al ver que, de nuevo, rechazaba la comida que él había preparado— ¿Necesita contactar con alguien del Centro Médico?

Amalíss lo miró extrañamente, como si intentase leer lo que estaba escrito en el fondo de sus ojos brillantes.

—No es nada —dijo ella finalmente—. Será el cansancio después de tantos días de trabajo. Es una sensación que... está acabando por obsesionarme... Aunque no es posible... ¡No es nada!

Austin sabía que en aquellas circunstancias ella desearía destruir la sensación de incomodidad mediante una broma, y le espetó como en un juego:

—No le voy a permitir levantarse hasta que no haya probado la comida. ¡No puede comportarse como una niña mimada!

La Doctora se ensombreció.

—Es cierto. No debo comportarme como una niña.

Como en otras ocasiones, Austin sabía que ella necesitaba que él oprimiera suavemente su mano y se apresuró a cumplir lo esperado. Sin embargo, durante el contacto, Amalíss le escrutó intentando leer todo aquello que le hurtaban los ojos redondos. Cuando la presión de las manos cesó, el Ayudante advirtió que la Doctora había quedado temblando.

La tarde transcurrió como todas las tardes en la nueva era. Apenas había oscurecido unos minutos antes que el día anterior y, aunque la negrura del cielo seguía siendo insondable, daba la impresión de que algún fenómeno atmosférico era capaz de subsistir entre las tinieblas producidas por la acumulación de los gases. Quizás un pequeño relámpago luciera durante unos segundos en el abismo denso del cielo o quizás alguna condensación de vapor consiguiera remover las toneladas de depósitos del aire. Austin sabía que, en realidad, no iba a producirse ningún cambio reseñable. La Doctora, por su parte, pasó todas las horas embebida en la información que le proporcionaban los ordenadores, sin permitirse siquiera ni un pequeño respiro en sus interminables mediciones. Al parecer, se sentía mejor dispuesta que durante la mañana, cuando había sufrido algunas alteraciones psicológicas. Pero esto no era un problema. El Ayudante *A+008*, después de sopesar las distintas hipótesis y soluciones para los vaivenes espirituales de su dueña, iba a cumplir con su responsabilidad de encontrar el mejor remedio para contrarrestar cualquiera de aquellos desórdenes.

Durante la cena, inopinadamente, Amalíss se mostró especialmente risueña y parlanchina. Debía haber encontrado alguna de las ecuaciones necesarias o tal vez había resuelto algún extremo importante de su investigación. Quizás por eso decidió abrir una botella de vino, de la que bebieron los dos debido a su insistencia, y con la llegada de los postres exhibió un humor satírico y deslumbrante que, en cierto

sentido, desorientó al Ayudante. Austin lamentó no haber llegado a esa parte del manual de Psicología.

Al final de la cena, Amaliss, que se había recogido el pelo en un atadizo desordenado y ondulante en lo más alto de la cabeza, inesperadamente lo soltó y, mientras los cabellos caían, a Austin le pareció que también había caído la túnica antigua y vaporosa con la que su Ama se había protegido aquellos últimos años. Después de mirar durante dos largos minutos la ingenua profundidad de los ojos del Ayudante, la Doctora salió de la estancia con paso inseguro pero cimbreado. Cuando llegó al dintel de la puerta, en un último esfuerzo por comprender, o por rechazar, o por subvertir lo que ya era inexorable, se dejó anegar por un largo suspiro que no consiguió conjurar su dolor.

Austin quedó abandonado en la sala. Sabía que se esperaba de él la máxima eficacia. Sabía que sólo él era capaz de hallar la solución más correcta a cada uno de los problemas descritos. Él tenía la información necesaria para encontrar la respuesta más adecuada a cualquiera de las carencias humanas. La Doctora esperaba que él se acercase a la puerta. La Doctora esperaba que, sin necesidad de una orden, él abriera esa puerta y entrara hasta su cama deshecha. La Doctora quería que él, con su mano suave de tacto cálido y delicado, le recorriera la espalda con la presión oportuna y la perfecta duración del contacto, que le sonriera mientras dejaba escapar un suspiro que disimulase ese íntimo temblor sensitivo de los humanos...

Austin volvió a recapitular: la Doctora quería que él, con su mano de tacto cálido y delicado, casi humano, recorriera su espalda con la presión oportuna... La presión oportuna... Duración del contacto... El instinto inefable del contacto entre humanos...

Austin advirtió, aterrado, que las instrucciones quedaban truncadas. En realidad, a partir de aquella opción, aún no había resultado programado...*

* Estas primeras páginas de la novela fueron concebidas como un relato breve, titulado *Imago hominis*, que recibió el Primer Premio del XIV Concurso de Relatos 8 de marzo 2010, patrocinado por el Ayuntamiento de Zaragoza.



El día siguiente amaneció brumoso y desolado. La mancha sombría del cielo, más allá de la campana de aislamiento, resultaba tan oscura y densa como todos los días. La Doctora Amalíss, todavía en la cama, llamó al Ayudante con acentos destemplados.

—Austin, ¿se puede saber dónde te has metido?

Al instante se presentó el Ayudante *A+008*, que no pareció asombrarse del revoltijo de sábanas arrugadas sobre el que se debatía el Ama.

—Lo siento, señora —se disculpó, solícito—. Todavía no ha dado la hora de todos los días.

—¿La hora? ¿La hora? —se exasperó Amalíss— ¿Qué importa? Yo digo que sí ha dado la hora... ¡y que quiero desayunar en la cama!

El Ayudante asintió con una sonrisa amable y salió apresuradamente. Amalíss evitó mirar su espalda mientras se alejaba y se entretuvo estirando las sábanas. Esa mañana se sentía especialmente despechada contra el mundo entero (o lo poco que quedaba de él) y lanzaba su desdén contra el Ayudante, intentando provocar en él una ira imposible: Austin no sería jamás capaz de rebelarse. De hecho, a los pocos minutos se presentó con la bandeja del desayuno, la depositó suavemente en la mesilla contigua y alcanzó a la Doctora una almohada para que se reclinara con comodidad.

—Austin —exclamó Amalíss, ahora suavemente, como demostrándose pronunciando ese nombre—, ¿tú crees que estaremos todavía mucho más tiempo aquí?

El Ayudante se aproximó lentamente.

—La Señora sabe que primero debe ultimar su cometido en el laboratorio, es su obligación...

Amalíss se impacientaba de nuevo.

—Lo sé, lo sé... No te pregunto eso. Digo si tú crees que todo esto —y miró con desolación contenida al espacio brumoso de

afuera— puede seguir soportando la presencia de los humanos durante otra eternidad...

Austin sabía que no podía prever el futuro, ya que no estaba programado para ello, pero sí era capaz de infundir una nueva llama de ilusión en el espíritu de la señora.

—Los dioses no sucumben... Si este mundo se acaba, siempre podrán establecerse en cualquiera de los otros...

Amalíss se maravilló de la ingenuidad de su ayudante.

—¿Y qué sería de ti y de mí en cualquier otro planeta? ¿Vendrías también allí a traerme el desayuno a la cama?

Austin conocía que la falta de gravedad en los otros mundos dificultaba enormemente cualquiera de las acciones habituales de los humanos, acostumbrados a la atracción que ejerce la Tierra hacia su centro. Los habitantes de aquellos planetas debían acostumbrarse a sentirse flotando en el vacío de manera permanente y ese hecho, aparte de las evidentes molestias físicas, les producía la extraña sensación de suponer que el alma vivía desgajada de su parte corpórea. A Amalíss, seguramente, no le gustaría nada todo eso. Aleccionado por esta sabiduría, Austin rio al visualizar la imagen del Ama flotando sobre sus sábanas y alcanzando el café con leche y sus panecillos por el aire.

—Yo cumpliré siempre los deseos de la Doctora. Si hace falta ayudarle a cazar los panecillos por el aire... ¡también lo haré!

Amalíss, por fin, sonrió.

—Estoy segura de eso, Austin —concedió, abismándose en los ojos redondos y dulces de su subordinado—. En esas condiciones, probablemente tú serías mucho mejor cazador que yo.

Austin quedó esperando a que desayunase la señora, a un paso del borde de la cama, y Amalíss se concentró en su lucha contra los panecillos. Sin embargo, a los pocos segundos, una vibración des acostumbrada en el suelo de la habitación y la explosión acústica de la sirena de alarma hizo que cada uno de ellos saltase por el susto.

—¡Rápido, hacia la Sala de Ordenadores! —recomendó Amalíss, aunque Austin ya sabía que ese era el mejor lugar para detectar el peligro que anunciaba la sirena.

La doctora se arropó brevemente con su salto de cama y siguió los pasos apresurados del Ayudante, quien enfiló raudo los pasillos que mediaban entre el dormitorio y los laboratorios. Austin corría de forma automática, impelido por el deber de contrarrestar el problema o conjurar el peligro, pero Amalíss le seguía con la opresión del miedo en el estómago: el peligro siempre le hacía padecer el dolor de los latidos desbocados, la angustia de la respiración entrecortada. “Los dioses no sucumben”, pensaba Amalíss, y se preguntaba si el propio Austin, fabricado a su propia medida para colmar todas sus necesidades, no era superior en los momentos difíciles a ese pobre cuerpo de mujer que ella a duras penas conseguía mantener erecto gracias a la férrea voluntad de su alma.

Cuando irrumpieron en los laboratorios, el ulular de la sirena había llegado a su punto álgido.

—¡Por favor! —gimió Amalíss, señalando a Austin la opción de desactivarla— Ese ruido me impide concentrarme en el peligro real.

Una pausa repentina dejó paso al silencio y ese vacío en el aire devolvió al peligro el terror de su identidad. ¿Por qué había saltado la alarma? ¿Qué produjo la vibración en el suelo? Esas dos condiciones sólo se producían a la vez cuando había un ataque declarado. Amalíss consultó las coordenadas de los sensores que protegían el exterior de la campana de aislamiento mientras Austin activaba su rayo láser de visión óculo-singular para comprobar posibles variaciones en el interior del laboratorio.

Ninguno necesitó, en realidad, esos dispositivos especiales de visualización porque la causa de la alarma se materializó de improviso como una andanada de choques consecutivos sobre la propia campana de aislamiento. ¡Paf, paf, paf, paf!

Amalíss gritó aterrada:

—¡¡¡Pretenden destruir nuestro refugio!!!

Austin giró en redondo y, por primera vez desde que la Doctora adoptara sus servicios, lo vio dudar entre dos alternativas encontradas: por un lado quiso acercarse al Ama para servirle de escudo ante el

ataque, pero no se resolvía entre esa opción o dirigirse al exterior para encarar el peligro. La indecisión le costó el desaprovechar dos milésimas de segundo, desperdiciadas en la elección de la opción más eficiente.

¡Paf, paf, paf, paf!, seguían sonando los golpes secos de afuera, pero Austin ya había detectado la corporeidad de la amenaza.

—Son solamente MPPT encadenados: ¡¡*Micro Pulsed Plasma Thrusters*!!

—¡Ajá! —exclamó la Doctora, volviendo en sí— Nano satélites de propulsión electromagnética. Humm, humm... ¿Será posible que nos dañen la campana?

Austin ajustó sus sensores hasta detectar el volumen de las pequeñas máquinas.

—Sólo son micronaves no tripuladas, de poco peso y escaso impacto: apenas alcanzan los tres kilos.

—Habrá que determinar el origen del lanzador asociado —sugirió la Doctora, aprestándose a localizar entre sus coordenadas la fuente física de la agresión—. Probablemente vuelan de forma autónoma, sobre la base de planes de vuelo preprogramados con sistemas complejos de automatización dinámica.

Mientras cada uno de ellos aplicaba sus conocimientos y su atención a la comprensión y determinación del peligro, las micronaves seguían impactando en el exterior. Tras el choque, alguna quedaba desactivada, pero la gran mayoría continuaban funcionando: se alejaban de la mampara nuevamente hacia el espacio y más tarde volvían a impactar alocadamente sobre la superficie vidriada. ¡Paf, paf, paf, paf!

—¡Malditas! —exclamó Amalíss, dirigiéndose absurdamente hacia el peligro— ¿Quién os ha enviado? ¿Formáis un plan de exterminio de los humanos o solo sois la basura espacial que nosotros hemos desechado?

Las micronaves, como si hubiesen escuchado las imprecaciones, se sucedieron todavía durante breves instantes, pero al poco comenzaron a espaciar su ataque. Cuando ya habían pasado 10 segundos

desde la última explosión, se instaló un silencio denso. Austin y Amalíss se miraron expectantes. Quizás ya habían terminado los impactos.

Sin embargo, cuando ambos comenzaban a distender los labios en una incipiente sonrisa de liberación, el golpe de un último propulsor contra la campana culminó el ataque exterior.

¡¡PAF!!

Esta vez el sonido, secundado por una sacudida del suelo, obtuvo el eco adicional del grito de Amalíss. Parecía como si este choque, que provenía de un nanosatélite mayor, hubiera removido el emplazamiento de toda la mansión, que había temblado tras el impacto. Amalíss cayó al suelo y Austin quedó durante un segundo semiparalizado, luchando por restablecer el equilibrio de las coordenadas de su introcomputadora.

—¿Qué ha pasado? —se quejó la Doctora cuando se hizo de nuevo el silencio.

El sonido enervante de la sirena de la alarma volvió a desatarse, ahora como efecto del último golpe, y Austin se aprestó a desactivarlo después de ayudar a la Doctora a incorporarse. Aprovechando la provisional calma, Amalíss tornó a consultar sus computadoras: las señales del radar exterior le indicaban que ya no existía afuera ningún MPPT en funcionamiento ni se detectaba cualquier otro movimiento de agentes externos. Ella suspiró y activó el sensor de revisión del estado de la campana. Parecía no haber sufrido ningún desperfecto importante.

—¿Qué ha pasado? —volvió a interrogar Amalíss, esta vez a sí misma— ¿Ha sido esto un ataque exterior intencionado o es que el abismo de afuera nos quiere devolver nuestros propios inventos?

Aunque la Doctora no le había planteado la pregunta, Austin consultó los más antiguos registros de su memoria. Hubo una época en que los humanos se dedicaron a fabricar pequeños artefactos que lanzaban al espacio con la finalidad de explorarlo. Se ufanaban de que su propulsión electromagnética, basada en plasma y combustible líquido, no resultaba contaminante, por lo que no tuvieron empacho

en enviar desde cada nación todos aquellos que fabricaron. Sin embargo, una vez fuera de la órbita de su lanzador, los propios nanosatélites se interceptaron y asociaron entre sí en un extraño flujo de imanes hasta formar un sistema complejo de interdependencia, algo así como una enorme araña metálica que flotaba en el espacio y cada cierto tiempo perdía algún grupo de sus componentes interrelacionados, que caían desde su órbita como lluvia de granizo gigante de nuevo sobre la tierra. Quizás era simplemente eso lo que había golpeado la campana protectora.

—Si la señora lo cree oportuno, puedo salir al exterior, interceptar uno de esos objetos e introducirlo para analizarlo... —sugirió Austin.

La Doctora reflexionó.

—Espera... Quizás haya que comprobar que los que han quedado afuera están definitivamente desactivados... No sería aconsejable traer un peligro a casa. Podría causar disrupciones en cualquiera de nuestros aparatos. Además —y aquí sus ojos se empañaron con angustia—, no sabemos si han llegado solos o si... ¡Y es tan peligroso salir!

Austin negó.

—Solo se hará cuando lo indique la Doctora —la tranquilizó—. Mientras tanto, deberíamos revisar no solo los hipotéticos daños sino también la situación exterior.

Austin y Amalíss pasaron toda la mañana consultando las coordenadas que figuraban en las pantallas de los innumerables ordenadores. Debían asegurarse de que nada había resultado dañado y de que el peligro exterior se había conjurado. Después de intensas horas quedó verificado que la campana seguía intacta y los experimentos en las mediciones continuaban en la fase anterior al suceso, tanto si era un accidente como un ataque de origen desconocido.

Cuando la Doctora se tranquilizó, requirió de nuevo a Austin para interrogarlo. Había una pequeña cuestión que la desorientaba.

—Austin, abre tu introcomputadora. Quiero hacer unas comprobaciones.

Ella sabía que su Asistente había sido objeto de un programado exhaustivo casi perfecto y la misma comprobación resultaba innecesaria y superflua. Sin embargo, había notado algo distinto que la llenaba de incertidumbre. Austin se acercó con el ceño levemente fruncido.

—Austin —rió la Doctora—, ¿te disgusta esto?

—Usted sabe que no, Doctora, pero es innecesario. Yo he sido correctamente programado... Todo va bien.

—¿Todo va bien? —dijo ella mientras Austin, efectivamente, recorría el pequeño panel que daba acceso a la maraña de microchips y conexiones que conformaba el abismo de su pecho.

A Amalíss esa visión fragmentada de hilos de colores le resultaba desoladora, pero era una penitencia que se imponía a sí misma cuando quería zambullirse en lo que llamaba realidad patente, frente a la fantasía de sus sueños.

—¿Todo va bien? —volvió a insistir, observando alternativamente el interior de su cuerpo y la profundidad de sus ojos— Cuando comenzaba el ataque has dudado... yo te he visto.

La mirada de Austin se empañó.

—No sé a qué se refiere la Doctora. Quizás mi tiempo de ejecución se haya desajustado. Procederé a un reseteo inmediato para volver a las condiciones iniciales.

—No te hagas el tonto —insistió ella—. Tú sabes de qué te estoy hablando... Cuando comenzaba el ataque has dudado entre protegerme como un escudo o encarar el peligro exterior. ¡Te he visto! Y esa indecisión en la elección de la opción más eficiente te ha costado algunos segundos. ¡Podrías haber puesto en peligro nuestra misión!

Durante una milésima de segundo los ojos de Austin brillaron, pero su rostro no reflejó ninguna otra variación.

—Todo va bien, Doctora. Si es preciso, procederé a un reseteo inmediato...

Amalíss miró los microchips y los enlaces de su pecho y mientras oía la voz de su subordinado le pareció que su sonido se

hacía cada vez más metálico, como si la máquina la quisiera convencer de que, efectivamente, era un artefacto mecánico.

—Austin —le riñó, entre divertida y enfadada—, ¿por qué has elegido esa inflexión en la voz? Parecía el tono que te puse en un principio, antes de mejorar el programa de entonación humanoide.

—Todo va bien, Doctora —insistió, y entonces la Doctora cerró el panel de su pecho y se concentró en indagar en su mirada.

Los ojos redondos de Austin, tan reales, y su cutis perfecto le recordaron el tiempo en que los humanos se comunicaban corporalmente con frecuencia. Entonces era fácil acariciar la piel de una mano o aspirar el ligero sudor de un amigo, cuya proximidad enviaba el mensaje de su existencia verdadera.

Amalíss tomó la mano de Austin y observó la largura de los dedos delicados y la firmeza de la muñeca perfecta. Más allá comenzaba una finísima red de vellos pequeños insertados en sus poros. Sin darse cabal cuenta de lo que hacía, llevó el antebrazo de Austin hasta su boca, lo tocó con la lengua y, al cabo, lo olió. Aquello le parecía extraño. Juraría que el tacto le resultaba más denso, o menos firme, o más compacto... Incluso pensó que desprendía cierto olor...

No, no. Eso no era posible. Seguramente el susto de levantarse de la cama para afrontar un peligro desconocido y trabajar toda la mañana sin haberse aseado correctamente la engañaba y estaba oliendo el aroma de su propio sudor o de su miedo.

Amalíss soltó la mano del Ayudante y le ordenó salir. Las aventuras de la mañana ya habían resultado suficientes.

* * *

Unos días después, los nanosatélites que se estrellaron contra la campana de aislamiento seguían diseminados en el suelo exterior. Desde dentro del refugio, naturalmente, habían sido explorados y monitorizados para detectar cualquier movimiento o variación, pero los resultados habían sido siempre negativos. Al parecer, permanecían

absolutamente inactivos, quizás estropeados o desactivados. La Doctora decidió enviar a un explorador para que los analizase de cerca.

—Será suficiente con un robot sencillo. Lo dotaremos de un brazo articulado con un espectrógrafo e instrumentos de difracción. Con eso conoceremos si cualquiera de ellos emite algún tipo de sonido o si se gesta algo en su interior.

Sin embargo, una vez fuera, cuando el pequeño robot se acercó a la nanonave más cercana no pudo registrar ningún tipo de actividad. Amalíss accionó el control remoto para que el explorador recorriera el espacio que mediaba entre todas ellas. Estaban constituidas por cuerpos oblongos de suave forma ovalada, con diferentes tamaños, pero extrañamente no se apreciaban fisuras externas que permitieran suponer que estaban formadas por distintas partes imbricadas. El explorador solamente enviaba datos precisos de lo que podía permitir una somera revisión exterior: tamaño, peso y la hipótesis de sus densidades.

Amalíss no se resolvió de momento a introducir a ninguna en la casa hasta no asegurarse de que eran inocuas. Como medida de cautela ordenó al explorador colocar unas luces de bengala junto a cada microsatélite.

Cuando la noche llegó y la oscuridad fue absoluta, el mundo de la Tierra se llenó de soledad. Dentro de la casa, con las luces apagadas, Amalíss escapaba a la obsesión de sus insomnios recordando la era anterior, cuando todavía los gases de fuera no habían enrarecido por completo el aire del planeta. En su refugio obligado ella procuraba no perder por completo el dominio de sus propios sentidos, aquellos que guiaron a los humanos en la carrera de la evolución y la destrucción de la propia humanidad: la vista, el olfato, el oído, el gusto y el tacto.

Hubo un tiempo en que existían los distintos olores: los olores que exhalaban los animales, los humanos o a veces las cosas que éstos fabricaban. Ahora apenas subsistía el aroma de las comidas que Austin preparaba o su propio sudor (¿podía haber sido tan estúpida como para imaginar que el Ayudante también transpiraba?). Existía el tacto de sus manos sobre sus utensilios, sobre el teclado, sobre los

objetos del laboratorio; conservaba también el sentido del gusto, que le servía para deleitarse con los panecillos del desayuno o con los sabores de las comidas frugales y, además, todavía le era útil el oído para comunicarse con Austin o para asustarse con el aviso de la sirena de alarma. Por último, quedaba la vista. ¡Bendita y maldita vista! La vista para mirar la pantalla del ordenador, para leer las coordenadas y distinguir las mediciones. La vista para observar la oscuridad de la noche y también para asustarse ante su inmensidad. En ese mismo instante, por suerte o por desgracia, a través de distintas pantallas colocadas al efecto, la vista le devolvía la imagen de los catorce minisatélites, catorce *minithrusters*, catorce micronaves aparentemente no tripuladas que habían impactado contra la campana de aislamiento.

Frente a la oscuridad extrema exterior, las catorce MPPT, iluminadas por las catorce bengalas, devolvían al infinito el suave brillo de su superficie irisada y brillante, se enseñoreaban de la noche y triunfaban sobre la desolación del universo vacío. Quienquiera que fuera su artífice, el escultor que había cincelado con mano de acero su reflejo nacarado y bruñido, podía jactarse de haber engañado a la negrura de la noche con la mentira de la luz.



Amalíss nunca hubiera imaginado que era capaz de respirar el aire de fuera. ¡Había sido tan sencillo abrir la escotilla protectora y escapar tras la muralla vidriada de la campana hermética! Y una vez allí los olores de otros tiempos la asaltaron: el aroma de las rosas, el olor de la lluvia sobre el campo en verano, el olor de la hierba recién cortada, el efluvio de la tierra caliente, el perfume de una manzana madura, el olor, el olor...

Comenzó a rodear indolentemente el refugio, aislado por la campana protectora. Si desde dentro ella lo estimó en su momento placentero y seguro, desde fuera se advertía su verdadera naturaleza: era una cárcel con paredes acolchadas, una mentira para hacer soportable el presidio. Amalíss rozaba con su mano el grueso vidrio de la

campana... ¡Cuántas veces había deseado ver desde este otro lado su prisión! ¡Y qué años perdidos ideando la huida! Su cristal oscuro era el que la había llevado a suponer que fuera de su mundo el aire era nocivo, pero en su nueva libertad respiraba perfectamente. ¡Aún mejor: recobraba los olores de la infancia!

Amalíss dejó a un lado su refugio y se encaminó a explorar los alrededores. Alineadas en el suelo vislumbró unas leves magnitudes relucientes: eran unos cuerpos metálicos oblongos de brillo refulgente y satinado. Se acercó hasta el primero y lo tomó entre sus manos. La superficie bruñida le devolvió una imagen extraña: una mujer la miraba a ella desde el fondo de su espejo. Era una mujer de ojos azules aunque apagados y cabello claro, despeinado. La forma de su cara, alargada, parecía bailar cambiando levemente de forma y de tamaño. Amalíss se acercó a la quimera para intentar reconocer esa imagen. El rostro de la mujer, tras el brillo metálico del objeto ovalado, bailaba y se achicaba para convertirse en la imagen de una niña.

—¡Amalíss! —murmuró la Doctora, reconociendo a la niña mientras la niebla la abrazaba— ¿Cómo has llegado hasta aquí?



Austin se acercó lentamente. Amalíss, que se había dormido sobre la mesa de estudio, había dejado vencer la cabeza sobre los brazos doblados, justo al lado del teclado de su computadora y junto a la pantalla aún repleta de ángulos y de trazos abstrusos. La Doctora murmuraba entre dientes algunas palabras, reflejo incoherente de sus sueños absurdos.

El Ayudante se demoró durante algunos minutos mirándola y por fin se atrevió a jugar suavemente con sus cabellos despeinados. ¡Qué ciclópea fragilidad, la de los humanos! Sus cuerpos imperfectos servían de asilo a un alma extraña y delicada, capaz tanto de los sacrificios más atroces como de un egoísmo irracional y desenfrenado. La Doctora suspiraba profundamente, extraviada en la nebulosa de sus

sueños, mientras Austin la observaba. Con sumo cuidado, el Ayudante acarició con la yema de los dedos la frente de Amalíss y se demoró explorando las sienes y el perfil de la nariz. Por fin, con tacto imperceptible bajó hasta el dibujo de los labios, que se plegaron en un cómico gesto de enfado pueril. Ese juego le hizo sonreír: no era sencillo entender al Ama, con sus cambiantes estados de ánimo, pero había que comprender la lucha denodada que ella precisaba para ascender desde su propia fragilidad hasta la obligación de cumplir con su cometido a pesar de la soledad.

Austin decidió que debía consultar su diccionario. ¿Era ternura lo que en aquellas circunstancias sentían los humanos? La imagen desmayada de Amalíss, caída en brazos del sueño en el supremo esfuerzo por culminar su deber, le hablaba de la debilidad de la humanidad y de su valía. Afecto, delicadeza, docilidad, cualidad de tierno... ¡Era ternura, sí!

Austin se agachó y entrelazó los brazos de la Doctora en su cuello. Con sumo cuidado la tomó de las caderas y la elevó de la silla. Ella, dócilmente, apoyó la cabeza en su pecho y el Ayudante, con paso cuidadoso, la llevó hasta la placidez del dormitorio. Allí la depositó suavemente sobre la cama y la arropó.

Cuando el Ayudante salió de la habitación, la Doctora sonreía.



Al día siguiente, Amalíss decidió, por fin, que era necesario introducir alguno de los microsátélites en la base para un estudio más profundo. Precisaba analizar sus componentes para dilucidar su origen y sus características, ya que eso le permitiría determinar si constituía un peligro real o si se trataba, simplemente, de basura espacial. Los microsátélites eran objetos pequeños, de escaso peso, que podían ser transportados sin problema.

—Enviaremos al explorador para que recoja uno de ellos con su brazo articulado—decidió Amalíss—. Sólo tiene que tomarlo con la pinza y traerlo hasta aquí en una bandeja. Para su análisis, lo

depositaremos en el Laboratorio de Bioprotección Tecnológica, que está herméticamente aislado y ofrece total seguridad.

Austin asintió a las indicaciones de la Doctora. No era preciso que ninguno de los dos se arriesgase a salir del refugio, puesto que el explorador había realizado su primera inspección de forma satisfactoria. El pequeño robot no había sufrido ningún daño en aquella ocasión y, dado que parecía evidente que las nanonaves no presentaban ninguna actividad, tampoco resultaría desacertado introducir una de ellas en el propio refugio.

El explorador tomó la más cercana: excepto la que había impactado contra la campana en último lugar, de mayor tamaño, todas tenían idéntica forma y similares proporciones.

El Laboratorio era un recinto hermético en presión negativa cuyo interior estaba completamente aislado del entorno. Para impedir posibles emisiones, el aire entraba y salía a través de un sistema de filtros HEPA, capaces de retener partículas de hasta 0,03 micras de diámetro, precaución que lo convertía en una especie de cabina de protección biotecnológica de tamaño gigante. El interior quedaba aislado de contaminaciones externas a la vez que se impedía que cualquier elemento contaminase el espacio exterior.

Tras el visor de cristal de la puerta Amaliss observaba el artillero preguntándose si sería capaz de desmontarlo. Por fin, se decidió. Embutida en su traje aislante, con la máscara y las gafas de seguridad, se sentía como un astronauta primigenio que se adelantaba dudando de la eficacia de su traje espacial.

El artefacto descansaba encima de la mesa y la Doctora lo rodeó con sus manos enguantadas. Curiosamente, parecía una bola disforme constituida por una sola unidad, sin fisuras de ningún tipo que permitieran distinguir sus formantes. ¿Sería, quizás, una roca metálica y no un MPPT? Pero no, Austin no había podido equivocarse. Él había determinado, sin dudar, que se trataba de *Micro Pulsed Plasma Thrusters* y su Ayudante tenía en su interior el protocolo de todos los aparatos contruidos por el hombre desde el comienzo de

la era tecnológica. Sin embargo, ¿cómo diablos habían podido fundir en ese caparazón sin fisuras todas las piezas de un *thruster*?

La Doctora se demoraba manipulando el satélite. Su reducido tamaño también resultaba peculiar. Desde luego que había maravillas construidas con tecnología minúscula, fruto de complejas investigaciones, pero un objeto que había viajado en el cosmos a lo largo y ancho del espacio sideral precisaba de algún tipo de depósito para almacenar combustible, por eficiente que éste fuera.

Por fin, después de un minucioso examen externo, Amalíss distinguió una minúscula señal que calificaba al artefacto como producto del hombre. De manera sutil pero inequívoca unas letras livianas indicaban el nombre de un ser o una marca. Inclinando la cabeza y aguzando la vista a la Doctora le pareció adivinar que en la base de la nanonave unos trazos ligeros reproducían las letras de un alfabeto conocido: la Z, la E, la U, la S.

—¡Zeus! —exclamó Amalíss— ¡El padre de los dioses y de los hombres en la mitología griega!

Mientras tanto, Austin había olvidado momentáneamente a la Doctora Robledo. Después de acompañarla a la puerta del Laboratorio y de observar desde el pasillo exterior sus evoluciones alrededor de la mesa donde descansaba el artillero, había concluido que no había ningún peligro en el examen y se había dirigido a sus habituales obligaciones, bastante menos interesantes que las del ámbito científico, aunque muy necesarias para mantener la integridad de los humanos. El Ayudante se hallaba en la cocina del refugio preparando el almuerzo de Amalíss. Ese día había previsto algo sencillo pero succulento: un simple plato de macarrones. Ella solía quejarse cuando se los presentaba alegando que eran excesivamente nutritivos y que inevitablemente le harían aumentar de peso, pero era evidente que disfrutaba enormemente mientras los degustaba.

Cuando el agua comenzó a hervir, Austin introdujo la cantidad exacta de pasta para que hirviera durante 8 minutos. Mientras tanto, preparó la sartén donde freiría la carne picada, el tomate, la cebolla y el ajo de la salsa boloñesa. A la Doctora le gustaba cargada de carne y

con abundante queso parmesano, aunque luego se quejase con melindres de coqueta de que toda esa sustancia la engordaría. ¡Qué preocupaciones irrisorias sufrían los humanos!

Austin escurrió los macarrones en un gran colador. Enseguida les añadiría la carne. El gratinado lo guardaba para el momento justo antes de servir.

Se dice que los humanoides carecen del sexto sentido y que no tienen intuición. Austin miraba el vapor que subía desde la pasta caliente hacia el techo. El vapor de agua, indudablemente, asciende debido a que su peso es inferior al del aire. No así los objetos de gran peso. En la Tierra la atracción de su centro todavía llama con su fuerza gravitatoria a los cuerpos densos. Tal fue el caso de los microsátélites que se estrellaron con estrépito sobre la campana de aislamiento.

Austin, de pronto, dejó caer sobre la fregadera el gran colador y retiró abruptamente la sartén de la fuente de calor: había demasiado silencio. Impelido por una intuición o un sexto sentido con cuyos efectos no había sido programado, corrió por los pasillos vacíos y se dirigió sin dudarlo al Laboratorio de Bioprotección Tecnológica. Se asomó por el ojo de buey: la nanonave descansaba sobre la mesa limpia, pero Amaliss yacía sin sentido en el suelo. Con una de sus manos se había arrancado la máscara protectora y la otra la tenía aferrada a la garganta.

Austin activó inmediatamente las medidas de control de emergencia. Algo había perjudicado a la Doctora, quizás un agente químico o biológico y había que actuar con rapidez. Aparentemente no había ningún vertido, pero era indudable que la atmósfera había resultado inexplicablemente contaminada y Amaliss se había contagiado por inhalación. Sin preocuparse de tomar precauciones para consigo mismo, Austin entró abruptamente en el Laboratorio, tomó a la Doctora en brazos y la sacó del recinto asegurándose de cerrarlo herméticamente de nuevo. Debía encaminarse a la enfermería, donde le aplicaría las medidas de control de exposición para conseguir un diagnóstico. Una vez allí, comprobó que la coloración azul de la piel

de Amalíss y sus labios cianóticos indicaban un comienzo de anoxia; así que aseguró la permeabilidad de las vías respiratorias y controló sus constantes vitales.

Afortunadamente, después de un sonoro estertor, la Doctora comenzó a respirar, aunque continuaba inconsciente. El Ayudante adivinó sus bronquios requemados por el tóxico y temió lo peor. Desconocía tanto el alcance exacto de la fortaleza física del Ama como la agresión sufrida, así que consultó con rapidez el posible listado de gases irritantes susceptibles de producir daño agudo o crónico. ¿Sería amonio, cloruro de hidrógeno, dióxido de sulfuro, cloro, dióxido de nitrógeno o fosgeno? ¿Formaldehído, cianuro de hidrógeno, sulfuro de hidrógeno o vapores de mercurio? ¿Qué concentración contenía y qué solubilidad en las mucosas?

Austin trabajó rápidamente consultando la información de su introcomputadora. El amonio y el ácido clorhídrico producen con menor probabilidad lesión de vías aéreas inferiores y alvéolos; sin embargo, otros gases ocasionan alteraciones tanto en las vías aéreas superiores como en las inferiores y los alvéolos. La reacción de la persona ante el gas es un factor significativo para determinar el patrón de la lesión broncopulmonar e igual importancia tiene el antecedente o previa existencia de enfermedad pulmonar aguda o crónica.

Fue un error de previsión. Él no tenía que haber permitido a la Doctora una exposición tan imprudente ante el MPPT. ¿De qué le había servido el traje aislante o la máscara? Los humanos son excesivamente frágiles y es muy peligroso exponerlos a un agente desconocido. Si su cerebro no recibe oxígeno durante cuatro minutos se puede destruir el 60 % de sus funciones y, si no lo recibe en 10, se produce la muerte cerebral o biológica.

Elegir la mejor opción entre varias... ¿Quién le había programado a él de manera tan imperfecta como para no haber previsto el desastre?

Por otra parte, aunque Amalíss consiguiese sanar de las lesiones pulmonares evidentes, ¿no podría alterar la inhalación a su sistema

nervioso? En este caso, Austin prefirió no consultar bibliografía. No merecía la pena comenzar a lamentarse de una posible pérdida de conciencia, convulsiones, encefalopatía o temblores antes de que se produjeran. ¿Qué concentración y qué tóxico había ingerido la Doctora? ¿Cómo iba a resultar su resistencia física ante esta agresión? Sólo restaba esperar. Esperar y no desesperarse.

II

¿PELIGRO?

El tiempo en el refugio transcurría lentamente. La Doctora apenas comía y cuando conseguía con gran esfuerzo deglutir algún líquido lo terminaba vomitando. Austin la vigilaba permanentemente. Al comienzo, hubo días dolorosos en que ella pugnaba por arrancarse la vía intravenosa del suero y los calmantes, y otros en que dormitaba perdida en una suerte de inconsciencia.

Austin pasaba largas horas en la habitación de la señora, observando las pequeñas variaciones. Después de una semana, el aspecto de Amalíss evidenciaba un progresivo deterioro. Su piel se había vuelto casi transparente y el Ayudante podía rastrear el cauce de sus ligeras venas por todo su cuerpo. Unas ojeras cerúleas le ahondaban el contorno de los ojos, casi siempre cerrados.

El Ayudante, en los breves momentos en que abandonaba a su Ama, deambulaba a grandes pasos por la casona vacía, esperando recibir instrucciones que ya no llegaban. Por costumbre, se acercaba hasta la cocina del refugio, con la intención de preparar algún manjar para Amalíss, pero una vez allí comprendía que eso no tenía sentido: su estómago apenas soportaba un poco de zumo o algún líquido. Desorientado, volvía a recorrer las dependencias de la casa. Todo seguía igual. Incluso el Laboratorio, cerrado herméticamente después del accidente, no presentaba ningún cambio: la nanonave seguía sobre la mesa y no parecía haber provocado ninguna otra emanación.

Los días parecían eternos. Austin no necesitaba dormir, pero estaba programado para detectar el paso del tiempo y se empeñaba en simular, al igual que en presencia de Amalíss, la llegada de la noche y el comienzo de la amanecida. Las luces del refugio y sus distintas dependencias se encendían a las horas precisas y se apagaban como si la casa hubiera estado habitada por moradores puntuales de costumbres sistemáticas. Austin, cada noche y sin saber exactamente por qué, escrutaba el cielo más allá de la campana de aislamiento, donde el viento inexorablemente continuaba azotando la oscuridad de los gases.

La segunda semana resultó más tranquila. Amalíss dejó de sufrir convulsiones, los latidos de su corazón se espaciaron y su respiración se sosegó. Sin embargo, seguía inconsciente. Austin le tomaba la temperatura, alisaba las sábanas y vigilaba la vía intravenosa por donde le suministraba alimentación parenteral. No se podía hacer nada más que cuidarla y esperar. En vano buscó información entre sus archivos internos acerca de ese sueño profundo: narcolepsia, tripanosomiasis humana africana o enfermedad del sueño, síncope o desmayo breve, la bella durmiente... Nada de aquello se podía aplicar a la Doctora: la tripanosomiasis es una enfermedad parasitaria dependiente de vector, la narcolepsia no sucede de repente, el desmayo o soponcio tiene una recuperación instantánea... ¡la Doctora no se había pinchado con un huso como la princesa del cuento de los hermanos Grimm!

Coma por intoxicación. No, eso no; aunque la causa primera fuera la inhalación de un tóxico desconocido, Austin decidió que Amalíss no podía estar en coma tanto tiempo: él había comprobado el movimiento de pupilas intacto, la reacción al dolor o a los estímulos...

Pero aún nada estaba perdido: entre todas las opciones registradas él había elegido la mejor alternativa para cuidar a Amalíss: recibía la alimentación más adecuada, era óptima la cantidad de oxígeno en el aire, la medicación —prevista por científicos humanos y utilizada profusamente para la salud de sus congéneres— indudablemente

serviría a su cometido. Solamente había que esperar y él estaba perfectamente programado para hacerlo.

La decimoquinta noche después del accidente, los ojos redondos de Austin encontraron en la oscuridad del dormitorio el espejo de los ojos abiertos de Amalíss. El Ama ya estaba despierta.

* * *

—Austin, ¿pensaste que me moriría?

Amalíss insistía en acorralar al Ayudante esperando que él confesase su temor. Él, después de auxiliar a la señora para bañarse, había alisado las sábanas de la cama y le presentaba, como siempre, el succulento desayuno.

—Los dioses nunca mueren, Ama —contestaba él con la intención de contrariarla.

—¿Nunca? ¿Eso dicen las instrucciones de tu introcomputadora en cuanto a la descripción de los humanos? ¿A quién se le ocurrió incluir ese absurdo en tus programaciones?

—Yo no sé quién lo hizo... —admitió, añadiendo con ironía—: Quizás fue una Doctora...

—Y si yo hubiera muerto —y en ese momento a Amalíss se le nublaron los ojos—, ¿tú habrías seguido por los siglos de los siglos vigilando mi cama mientras mi cadáver se derretía convertido en polvo?

Austin aprovechó los segundos de emoción de Amalíss para limpiarle delicadamente la boca: una huella de mantequilla mostraba el camino goloso del desayuno.

—¿Qué hubiera deseado la señora difunta? ¿Un velatorio eterno o un entierro de primera?

Amalíss rio ruidosamente. Al cabo de una semana de convalecencia, tras su repentino despertar desde el reino de las sombras, se sentía extremadamente feliz. Día a día recuperaba las fuerzas y con ellas el buen humor. Además, Austin se esforzaba en divertirla mientras la cuidaba.

De pronto, la Doctora recordó el llamado de sus obligaciones.

—He perdido ya mucho tiempo. ¡Qué olvidadas he dejado mis mediciones! Debería volver a trabajar: no deseo que se resienta mi investigación.

Austin la contrarió alegando que todavía no estaba totalmente recuperada. La tensión arterial seguía siendo excesivamente baja y seguro que no se había recuperado totalmente después de tanto tiempo sin comer.

—¡No podrá acabar el trabajo si se arriesga a una innecesaria recaída! —acabó argumentando mientras alzaba intempestivamente la voz.

Amalíss pensaba que su estudio era mucho más importante que la salud de una pobre mujer como ella, pero se sentía tan felizmente instalada en su recuperación que, por fin, cedió. Se tomaría otros tres días más de vacaciones antes de volver al trabajo. Utilizaría ese plazo para hacer un poco de ejercicio que la fortaleciera para los esfuerzos futuros.

Para comenzar cuanto antes con el programa de recuperación, Amalíss decidió dar un paseo por las dependencias de la casona. Tenía que volver a instalarse en su mundo. Apoyada en el brazo solícito de Austin visitó la cocina, impoluta y ordenada, con su enorme despensa repleta de víveres en conserva. Las latas de carne y pescado se alineaban en las alacenas, mientras que la enorme nevera conservaba congeladas innumerables verduras y hortalizas. Con todas aquellas provisiones podría la señora alimentarse bastante más tiempo del que le quedaba de vida.

—Sin embargo, no me gustaría morir aquí —explicó a su Ayudante—. No por causa de una intoxicación ¡y mucho menos, por haberme hecho vieja!

Enormes pasillos conducían a distintas dependencias inhabitadas que Amalíss quiso recorrer por ver si todo estaba en su sitio. Poco después, se aventuró a entrar en la biblioteca y en la Sala de Ordenadores. Allí, sus computadoras la esperaban en *stand by*, tal como quedaron cuando ella quiso examinar el microsatélite. Amalíss se

entretuvo acariciando el ratón de algunos de los ordenadores por el gusto de ver iluminarse las pantallas y cubrirse de todas aquellas figuras y líneas de colores. Sin embargo, Austin la vigilaba dispuesto a hacerle cumplir su promesa de tres días, aunque fuera por la fuerza.

Finalmente, se dirigieron al Laboratorio Biotecnológico. La luz permanecía encendida y, desde el pasillo, por el ojo de buey, se distinguía sobre la mesa el extraño aparato, que descansaba sin presentar ninguna variación.

—¿Cómo fue? ¿Qué pasó? —se atrevió a preguntar el Ayudante.

La Doctora ensayó un gesto de asombro con sus ojos azules y negó.

—Aún no lo sé. Sólo recuerdo que leía sus letras... Zeus... El padre de los hombres y de los dioses —y añadió intentando minimizar la sensación de misterio y peligro— ¿Quién pudo inventar un nombre así para este trasto?

La Doctora se abismó en la contemplación de la nave, intentando lo imposible: su mirada no podía traspasar el contorno metálico del invento para adivinar su interior. Para ella era una simple bola pulida que ocultaba un misterio.

Austin también se concentraba en el intruso. Desde todas sus fibras y sus conexiones, desde cada uno de sus complejos informáticos y sus circuitos integrados intentaba descifrar el contenido del objeto metálico. ¿Cómo había sido construida esa forma ovoidal? ¿Qué llevaba dentro? ¿Qué tipo de tóxico había emanado para envenenar a Amalíss? Austin envió su telemirada al artefacto, pero encontró un obstáculo extraño: parecía como si alguna fuerza oculta neutralizase su análisis. Había algo en el exterior que desviaba su láser. En un primer momento, cuando los MPPT todavía caían con estruendo sobre el suelo de la Tierra, dedujo que se trataba de nanosatélites, pero en las circunstancias actuales el análisis del Ayudante resbalaba sobre la superficie pulida. Si hubiera sido un humano y no simplemente un androide, Austin hubiera temido que se tratase de un objeto diabólico.



Los días pasaron y Amalíss volvió a sus investigaciones. La rutina diaria, que tras vencer la enfermedad le parecía placentera, limaba los contornos del día y empujaba hacia adelante el transcurso de las noches. Mientras tanto, los fenómenos atmosféricos de la investigación, más allá de la campana, absorbían todos sus pensamientos. Por eso, apenas se permitió a sí misma un pequeño resquicio para preocuparse por el objeto metálico del Laboratorio.

Austin, que no necesitaba el consuelo del olvido, como precisan los humanos, se apostaba con frecuencia frente al ojo de buey para examinar la nanonave. Amalíss le había prohibido tajantemente abrir la puerta del Laboratorio e intentar analizarlo. Ella pensaba que, si ambos eran capaces de apartarlo y evitar su contacto, el peligro se diluiría y prefería volver a concentrarse en su trabajo para eludir los otros problemas mientras fuera posible.

Un día cualquiera, poco tiempo después, hubo una ligera variación en la información de los radares.

—Doctora, ¿alguna novedad? —saludó Austin al encontrarla concentrada en el análisis de sus coordenadas.

—Mira esto: allí, en el ángulo de la izquierda —repuso ella, pensando.

—Está muy lejano... Pero parece...

—¡No parece! ¡Es! —respondió ella, vivamente— Creo que se trata de una nave...

—¿Podría ser una imagen ficticia, el reflejo de un movimiento del pasado en un vuelo fugaz?

—Esta vez es una imagen real. Hace varios minutos que estoy registrando su existencia. Se desplaza muy lentamente... pero el radar lo señala con claridad —Amalíss, imperceptiblemente, dudó—. Incluso me ha dado la impresión de que intentaba enviar algún mensaje...

Austin la reconvino suavemente.

—Doctora, usted sabe que eso no es posible... Si hubiera algo ahí fuera, nos lo hubieran comunicado previamente.

—Eso hubiera sido lo correcto —respondió ella—. Sin embargo, quizás no lo sepan... ¡Puede que se trate de un naufrago!

—¿Un naufrago? —se escandalizó Austin— ¡Hace millones de años que no hay naufragos en el espacio! ¡Nadie podría sobrevivir sin apoyo!

Amalíss lo sabía. En la nueva era resultaba imposible que quedase ningún humano no localizado. Los que se asentaron en los otros planetas no podían desplazarse hasta la tierra en misiones no registradas y nadie se hubiese arriesgado a vagar por el cosmos sin protección. Por otra parte, los gases que ahogaban la tierra, con sus turbulencias, hubieran hecho muy difícil la navegación. No era posible que ninguna nave tripulada por humanos se aproximase a cualquiera de los pocos Centros de Investigación que quedaban en la tierra.

—No sé... —continuó Amalíss— Ciertamente, es una señal ambigua, pero estoy segura de que allí hay algo.

“Allí hay algo”. Esa era la única verdad en su mente en aquellos momentos. Sin embargo, nada se podía hacer para entretener la espera hasta que se dilucidase el misterio.

Austin marchó con el objetivo de cumplir con sus obligaciones habituales. No era positivo que aparecieran señales no previstas en el espacio, ya que la Doctora tenía que continuar con sus investigaciones sin ninguna perturbación, pero nada podía hacer él hasta ver si se materializaba la amenaza de fuera. Por otra parte, era necesario seguir vigilando los MPPT. Él sabía que la Doctora, después de la experiencia de su intoxicación, había decidido neutralizarlos apartándose de ellos, pero Austin estaba programado para no dejar ningún cabo suelto. Había que seguir teniéndolos controlados.

Al salir de la Sala de Ordenadores Austin se dirigió hacia el Laboratorio Biotecnológico. La nanonave, naturalmente, seguía allí, sobre la mesa. Aparentemente, nada había cambiado, pero el Ayudante, aplicando su sistema de medición espacial micrométrica, comprobó que *sí se había movido*. Quizás sólo fuera una micra, pero el artefacto no estaba exactamente en el mismo lugar que el día anterior. Eso mismo fue lo que pasó a Amalíss: aparentemente nada cambiaba

mientras el artefacto emitió contra ella su emanación venenosa. Austin no había conseguido todavía determinar cuál fue el tóxico que afectó a la Doctora, aunque los efectos habían sido similares a los del arsénico o el cromo. Lo único que resultaba claro era que esta aparente inmovilidad generaba peligro. Peligro que había que prever y desactivar. “Peligro”, leyó de nuevo Austin en su propia autocomputadora, mientras activaba sus sistemas de detección y los programas de alerta. ¿Cómo conjurar esa amenaza? En aquellos momentos contaba con una información adicional: sus letras grabadas, “ZEUS”. Intentó pasar su propia mirada sobre la representación gráfica que le había descrito Amalíss, pero las letras se encontraban en la base, ocultas.

Desde el pasillo, nada más se podía hacer, después de la comprobación espacial: igual que en los días anteriores, la nave se resistía a dejarse analizar.

“Zeus”...

Austin necesitaba toda la información recogida por los humanos acerca de ese nombre, así que previó en su introcomputadora un dossier para atesorarla... Podría servir en el futuro.

Por otra parte, pensó, ¿las micronaves de fuera tendrían la misma inscripción? ¿Eran, acaso, un ejército de elementos iguales? ¿O presentaría cada una sus propias peculiaridades?

Austin se dirigió a la ventana que mostraba el exterior más allá de la campana. Por allí quedaron desperdigados el resto de los artefactos. ¡Zas, zas, zas, zas!, recordó. Después de la caída, ninguno de ellos parecía haber sufrido daños externos: todos conservaban su mismo contorno ovalado, liso y brillante, sin daños visibles. En la distancia todo seguía igual. Sin embargo, el Ayudante contrastó la situación espacial actual de los *minithrusters* con la imagen fotografiada por su computadora el día del impacto. ¡La localización geográfica de la mayoría había variado! ¡Se habían movido casi una micra!

¡Peligro! ¡Inmovilidad aparente y peligro!

¿Pudiera ser que el viento denso del exterior las hubiera desplazado o se habían movido por sí mismas? Austin grabó la información

en su interior mientras procuraba detectar cualquier otro signo. Activó su sistema de registro de ondas electromagnéticas para conseguir extraer alguna señal, pero las nanonaves no propagaban ninguna energía ondulatoria: no emitían fotones ni ninguna otra radiación.

Sin embargo... Sin embargo, Austin de alguna manera comprendía que, a pesar de no haber ningún signo externo de comunicación descrito en el elenco de los que la Física recoge, las nanomáquinas ¡se estaban comunicando! No hubiera sido sencillo explicarlo a un humano, si éste le hubiera requerido esa información, pero indudablemente había una interrelación entre ellas, imposible de justificar con los elementos científicos que los hombres manejaban, pero incuestionable.

Austin oyó un ligero suspiro a pocos metros, a sus espaldas, en el interior de la casa. La Doctora, al igual que él, examinaba silenciosamente a los intrusos.

* * *

Austin estaba desorientado. Era realmente difícil clasificar de forma coherente los atributos que habían ideado los humanos para retratar al dios Zeus. Quizás se debía a que la programación de los dioses se había gestado en una época bastante antigua, en el momento de incubación previa a lo que posteriormente resultó la cultura tecnológica. Desde luego, hubiera sido imposible construir actualmente un androide con esos parámetros absurdos y contradictorios.

Los humanos habían dotado al dios Zeus de forma humana. Eso no era extraño. Tanto él como el resto de los androides tenían aspecto humano, en correspondencia con el género masculino en su propio caso. Ahora bien, él debía agradecer a su artífice su figura sobria y bella. El dios Zeus, que también era hermoso, presentaba unos atributos exagerados, con una barba y un cabello abundante y rizado, un cuerpo musculoso, muchas veces desnudo, y unas poses permanentes de excesiva exhibición. Los artistas griegos lo mos-

traban en dos posturas principales: de pie, avanzando con un rayo levantado en su mano derecha, o sentado majestuosamente.

El dios Zeus, para los griegos, era la divinidad del cielo luminoso y de los fenómenos atmosféricos: el relámpago, el rayo, la acumulación de nubes, el trueno y la lluvia. Eso estaba bien. La nanonave Zeus había tenido que surcar a través del espacio enormes extensiones de nubes de depósitos. Seguro que atravesó incólume tormentas de agua y explosiones de gases.

Este poder sobre los elementos naturales, extrañamente, convirtió a Zeus para los antiguos en protector de la casa y la familia y guardián del orden social. “Zeus es quien dirige el universo como un todo armonioso que incluye las relaciones entre los hombres y entre los dioses”, decían las enciclopedias antiguas.

Austin sonrió recordando a Amalíss, inclinada sobre sus coordenadas y sus mediciones. Ella también buscaba el restablecimiento del orden universal, la composición de un universo limpio y armonioso. Era hermoso que los hombres programaran a un dios que ya lo hubiera hecho. Sin embargo, el listado de las operaciones de Zeus estaba equivocado, ya que para conseguir esa armonía había luchado durante diez años contra los Titanes, después contra Posidón, Hera y Atenea, y finalmente contra los Gigantes: Menecio, Porfirión y Tifón. ¿Cómo proyectaron los humanos un dios guerrero si querían un universo de paz? Eso era extraño. Los propios hombres, según leyó Austin en los libros de historia, también habían justificado sus guerras con la excusa de la paz. Por eso el Ayudante concluyó que los humanos –los hombres-dioses de los androides– tampoco debían estar correctamente programados...

En cuanto a la micronave Zeus, igual que su homónimo, presentaba características contradictorias: a pesar de su contorno suave y bruñido, aparentemente inofensivo, había intentado intoxicar a Amalíss. Era un producto mal diseñado o, mejor (pensó Austin en una carambola de su programación lingüística hiperelaborada), un producto fatalmente diseñado para el mal.

El Ayudante acabó de registrar otros datos estrafalarios sobre Zeus. Aparte de sus relaciones con Hera, su esposa legítima, había tenido infinidad de amantes, tanto ninfas como mujeres mortales: Níove, Dánae, Io, Sémele, Antíope, Alcmena, Europa, Leda, Carne, Mera, Talía, Yodama, Teba, Tía, Perséfone... ¡Incluso había llegado a pretender a algunos muchachos, como Ganimedes o Euforión!

Al terminar y compararse a sí mismo con los dioses antiguos, Austin concluyó que las obras del hombre habían mejorado con el paso del tiempo: los científicos que idearon su complejo sistema habían organizado las funciones de sus *microchips* de forma altamente coherente y estructurada, sin contradicciones. Él había sido creado para construir y no para destruir, había sido educado para la obediencia y no para la rebelión, debía su destino al amor y no a la violencia.

Sin embargo, cuando Austin recordó su extraña aventura con Amalíss la noche de la botella de vino, notó una vaga desazón. ¿Cómo serían los encuentros de Zeus con cada una de las mujeres de su copiosísima lista de amantes? ¿Cuál sería la sucesión de actividades y tareas para realizar esa función? El cuerpo musculoso y excesivo del dios aparecía en las ilustraciones de los libros en un revoltijo de brazos y manos apresando las figuras blancas y delicadas de las ninfas... El Ayudante, finalmente, advirtió que sentía cierta envidia indefinida sobre la peculiar programación que los humanos habían previsto para los dioses antiguos...

* * *

—Ya no está ahí —le dijo Amalíss.

—¿Doctora? —Austin, al pronto, no pudo adivinar de qué le estaba hablando.

—Ya no está ahí —insistió ella, decepcionada—. Ya no está el náufrago. Se habrá ido... o se ha perdido... o la nave ha explotado...

A Austin, sin embargo, aquello le pareció una buena noticia.

—No debemos preocuparnos. Quizás fue una señal engañosa, una estrella fugaz.

—No, no —dijo ella nerviosamente, mientras Austin se desentendía—. Era la nave de un humano. —Y, en seguida, le espetó—: ¿Es que no te importa? ¡Quizás la tripulase un hombre y ese hombre ahora está muerto!

Amalíss, a pesar de su permanente contención emocional, urdida a golpe de tenacidad, tenía cierta propensión al dramatismo y, en esas ocasiones, no soportaba la frialdad de su Ayudante. Austin retiró la bandeja del almuerzo para llevarla a la cocina, pero antes de salir ofreció sus servicios.

—Si la Doctora lo desea, puedo comenzar un rastreo sistemático del espacio desde la sala contigua.

—Austin, tú sabes que eso ya lo he hecho yo —silabeó Amalíss.

En realidad, la Doctora se había aferrado a una ilusión absurda: había imaginado que en el espacio exterior existía alguien más que ella, alguien más con quien, quizás, compartir su soledad, y su desaparición suponía ahora una nueva decepción.

—En ese caso —contestó Austin intentando consolarla—, sólo resta esperar. Si realmente hay alguien ahí, sea humano o no lo sea, y vuelve a nuestro ámbito de influencia, lo interceptaremos de nuevo.

Amalíss seguía enfadada, como hablando consigo misma.

—Estamos aquí abajo, día tras día. El desayuno, el trabajo, la comida, el trabajo... ¡Siempre igual! La única novedad, el ataque de los catorce *minithrusters* contra la campana de aislamiento. ¡Hala! ¡Y para colmo de males, hemos metido al enemigo en casa! ¡Quién sabe si la nanonave del Laboratorio no explotará cualquier día y conseguirá que toda la casa vuele por los aires!

—Doctora —la interrumpió el Ayudante, suavemente—, si lo considera oportuno, podemos intentar un nuevo análisis. Pero, en esta ocasión, sería más conveniente que yo mismo realizara el estudio: soy un agente especializado, no susceptible de intoxicación.

Amalíss miró a su androide de hito en hito.

—¿Un agente especializado? Pero, ¿tú qué te has creído? —comenzó una espiral de reproches— ¿Piensas que, por una vez que he

sufrido un accidente, ya no sirvo para nada? ¿Es que tú lo puedes hacer mejor que yo?

Austin no comprendía esas reacciones del Ama. Un humanoide, indudablemente, poseía una rapidez y una eficacia superiores a las de los hombres que lo habían creado. Esas cualidades, en lugar de enfadarlos, debían llenarlos de orgullo: ¡ser capaces de crear una máquina perfecta!

El Ayudante, desorientado, quedó pendiente de los deseos de Amalíss, aguardando algún nuevo mandato. Sin embargo, ella no estaba dispuesta a terminar su disputa.

—Y ahora, ¿qué miras? —le espetó acremente— ¿Tengo monos en la cara o es que no tienes nada que hacer?

Austin consultó su computadora. Charles Robert Darwin (1809-1882) fue un naturalista inglés que postuló que todas las especies de seres vivos han evolucionado con el tiempo a partir de un antepasado común mediante un proceso denominado selección natural. Aunque él no explicitó exactamente que el hombre descendiera del mono, muchos de sus contemporáneos se lo achacaron, e incluso la prensa llegó a representar al propio científico con la caricatura de un primate.

—Según Desmond y Moore (1991), Charles Robert Darwin, desde el principio, incluyó la naturaleza humana entre sus especulaciones en relación con la selección natural a partir de un antepasado común —indicó el Ayudante, de manera automática—. Por otra parte, el 28 de marzo de 1838, observando un orangután en el zoológico, reparó en lo semejante de su conducta a la de un niño.

Amalíss lo miró de nuevo, estupefacta, y negó con la cabeza. Aquello era suficiente como para volver loco a cualquiera. ¿Qué tipo de conexiones se producían en el microchip de aquel desgraciado? ¿Por qué se encontraba ella allí, rodeada de máquinas absurdas? Realmente no merecía la pena perder tiempo en explicaciones cuando nadie la podía entender, así que volvió a enfrascarse en su trabajo sin dignarse a dar ninguna otra aclaración.

Austin quedó observándola, en posición de espera, erguido y hierático. La Doctora se inclinó blandamente sobre su computadora, achicando los ojos, mientras el androide aguardaba. Por fin, afectando la solemnidad apropiada para su labor de apoyo a la fausta labor de los dioses humanos, Austin salió de la estancia tras comprobar que la Doctora, a pesar de su mutismo, ya no lo necesitaba. Él estaba altamente capacitado para seguir adelante en condiciones extremas y, además, gracias al programa ideado por el hombre, tenía la información necesaria para encontrar la respuesta más adecuada a cualquiera de las carencias humanas.



—*Andante* del Concierto para Piano y Orquesta número 21 de Mozart —indicó Amalíss—. Agua, a 38 grados.

Austin, después de preparar la bañera y seleccionar la pieza musical cuya ejecución sonaría de manera recurrente durante los treinta minutos del baño de la señora, salió. A ella le gustaba abismarse en su soledad cuando quería serenarse.

La Doctora se quitó lentamente la ropa y la dejó caer al suelo con indiferencia. Dio unos pasos descalza. Las baldosas del baño no estaban frías y el tacto de la planta del pie sobre su superficie resultaba agradable. Mientras comenzaron a sonar los primeros compases de la melodía se introdujo en el agua caliente. Los violines fueron los primeros en comenzar su llanto durante 90 segundos y Amalíss recordó, como siempre, las imágenes de los pequeños ángeles que revoloteaban en las cúpulas de las iglesias antiguas. Aquellos compases, con los ojos cerrados, le sugerían un vuelo de alas delicadas sobre el cielo limpio. Enseguida comenzó el golpeteo de las teclas del piano, reproduciendo la melodía que habían cantado los violines: sobre la cadencia principal a cargo de la mano derecha del pianista, los toques leves de la izquierda sugerían, de nuevo, durante otros cincuenta segundos, un aura etérea que suavizaba los contornos de la composición. La música siguió durante 120 segundos más con las distintas variaciones,

aumentando en intensidad o decreciendo, a la par que la imaginación de Amalíss, que se elevaba hacia la belleza o descendía hasta apariencias más superficiales. La pieza acababa con la iteración del movimiento principal, ahora más apasionado, y por fin concluía suavemente, para volver a sonar desde el comienzo una y otra vez.

¡Qué belleza! Quizás antiguamente el mundo fuera así: suave, armonioso y delicado, con un cielo azul donde volaban los pájaros y acaso también los ángeles. Si no fue exactamente así, al menos los artistas sí fueron capaces de inventar aquella sintonía adecuada para deleitar al espíritu más desgraciado.

Sin embargo, en la nueva era, sólo cabía sobrevivir en el aislamiento del refugio, que no estaba bellamente coronado por un cielo limpio como el que Mozart disfrutó, sino por la amenaza de las violentas tormentas de gases.

Amenaza. Gases. Cielo. Campana. La Doctora reflexionaba en el abrazo del agua caliente.

Seguramente Austin tenía razón y era preciso volver a analizar el *minithruster* que tenían secuestrado en el Laboratorio. No podían seguir simulando que no existía, que no había impactado contra la campana o que no era una amenaza real, tanto para su seguridad personal como para el éxito de las investigaciones.

Con todo, ella había corrido un gran peligro cuando intentó analizarlo... ¡Se había librado por los pelos! Amalíss agitó los dedos de los pies en el agua, que comenzaba a enfriarse. Realmente, lo había pasado muy mal durante la convalecencia. Dolor, mi cuerpo, sufrimiento, enfermedad. La Doctora movió ahora las piernas. Ciertamente ya no era tan joven, pero a pesar de todo sentía un gran cariño por el cuerpo que la había acompañado durante aquellos años. Se tocó blandamente las piernas, las caderas, los pechos y el cuello e imaginó qué sería de su pobre organismo atacado de nuevo por la enfermedad. Aquello la horrorizó. Quizás un agente especializado, no susceptible de intoxicación, como decía Austin, pudiera cumplir ese cometido sin correr ese peligro.

La Doctora acabó finalmente su baño y al salir se envolvió en su albornoz. Hacía rato que ya había cesado la música. Levantó el tapón de la bañera y observó cómo el agua salía rauda dibujando un remolino.

—Es como el tiempo —murmuró en voz alta casi sin percatarse.

El tiempo, como el agua, también escapaba entre los dedos hacia la nada. Mientras ella dejaba pasar los minutos lamentándose de su cuerpo doliente y perecedero, el transcurso de las horas seguía su carrera alocada para ganarle la partida. Había que actuar. No podía permitirse el lujo de seguir dejando al tiempo que se escapara.



Hacía ya cuarenta días que una nanonave descansaba sobre la mesa del Laboratorio Biotecnológico y otros trece aparatos similares —uno de ellos de mayor magnitud— esperaban afuera.

—Austin, ya hemos pasado *la cuarentena* —recordó la Doctora mientras los dos desde el pasillo observaban la nave—. ¿No crees que deberíamos volver a investigar?

Él sonrió con sus labios perfectos y se atrevió a respaldar con un gesto de asentimiento la decisión de la señora.

—Sí, Ama —contestó—, pero desde afuera es imposible detectar su composición, su estructura...

—Entrar sigue siendo peligroso —contestó ella—. ¡Cualquiera sabe qué tipo de gases aloja! Antes de intentarlo, deberé revisar el aislamiento de mi casco espacial.

Austin miró a la Doctora con intensidad. No quería volver a disgustarla, pero esa no era la mejor decisión entre todas las opciones.

—Un agente no susceptible de intoxicación, señora, no correría peligro —se atrevió a proponer.

Amalíss sabía que el androide tenía razón. Él no necesitaba oxígeno para respirar y estaba dotado de un sistema de escáner capaz de apreciar mejor que ella la composición del artefacto. Sin embargo,

no deseaba que él lo hiciera y tampoco quería dejarse ganar la partida con tanta facilidad.

—¡Es cierto, un agente no susceptible de intoxicación! —exclamó simulando un asombro inocente— Pero, ¿dónde hay por aquí ese tipo de agente? En esta base de investigación sólo vivimos tú y yo.

La Doctora se dio la vuelta para esconder la sonrisa que pugnaba por asomar a sus labios, mientras Austin se apresuró a seguirla.

—Se presenta el Ayudante Austin *A+008*, señora —indicó a la vez que se adelantaba hasta plantarse frente a ella—. Capacitado para resistir en condiciones extremas, programado en la elección de la óptima opción, con la información necesaria para encontrar la respuesta más adecuada...

Amalíss lo interrumpió deleitándose en contradecirle.

—Pero, Austin, tú estás aquí solamente para cuidarme y hacerme la comida. ¡Tú no eres un soldado-robot programado para desmontar los objetos peligrosos del cosmos, sino un artefacto doméstico!

El androide puso sus manos sobre los hombros de ella, en actitud protectora.

—Cuidar a la señora... Austin *A+008* no necesita oxígeno, no puede sufrir problemas por inhalación —y recitó insistentemente—, está capacitado para funcionar en condiciones extremas, está programado para adoptar la decisión más adecuada...

Ella miró sus ojos redondos y la tersura de su faz, tan humana. Quien no lo conociera ni supiera de la perfección de las obras tecnológicas de la nueva era hubiera pensado que Austin era un hombre. Ella misma, en sus delirios, también lo deseaba, muy a su pesar.

Sin embargo, para Amalíss, en una curiosa mezcla donde los sentimientos pesaban lo mismo que la razón, Austin no era tanto un hombre verdadero como un niño. Sus ingenuidades la atormentaban y la enternecían por igual y, precisamente, su permanente frustración (que le proporcionaba tan malos humores con frecuencia) nacía de la sabiduría de que ese niño nunca iba a conseguir llegar a ser un adulto para ella.

—Austin, realmente... ¿tú quieres hacerlo?

La Doctora seguía clavando fijamente su mirada en el Ayudante. Le dolía su fidelidad y su entrega como si en lugar de tratarse de un androide hubiera sido un humano que deseaba poner su vida en peligro por su causa.

—Austin *A+008* está perfectamente capacitado —y añadió evitando cualquier inflexión en la voz—. Los humanos necesitan oxígeno: si su cerebro no lo recibe durante cuatro minutos queda destruido en un 60 % de sus funciones y si no lo recibe en 10 se produce la muerte cerebral o biológica. Austin *A+008*, sin embargo, es capaz de funcionar en condiciones extremas.

—Está bien —suspiró Amalíss.

No había otra opción. Tenía que permitir a su niño comenzar a crecer.

Entre los dos decidieron que Austin no necesitaba un traje especial ni ningún complemento o utensilio específico para introducirse en el Laboratorio y analizar el *minithruster*. Acordaron realizar una primera visita de simple inspección ocular: el Ayudante solamente observaría el artefacto, pasaría sus manos sobre él para escanearlo y adivinar sus formantes, tomaría muestras de alguna posible emanación y, en una segunda ocasión, una vez analizados sus componentes, intentaría desmontarlo con los instrumentos necesarios. Así se asegurarían de si el efluvio tóxico fue casual y si la nanonave estaba desactivada. En otro caso, ya decidirían cómo neutralizarla: quizás era tan sencillo como desconectar un *microchip*.

Austin y Amalíss volvieron a situarse en el pasillo, junto al ojo de buey del Laboratorio. Después de mirar con insistencia en su interior durante algunos minutos, por fin se decidieron. Activaron la apertura de la puerta blindada y el Ayudante entró rápidamente. Para no impedir la visión a la Doctora, rodeó la mesa y se situó detrás del artefacto. El *minithruster* no emitía ninguna señal. Austin pasó sus manos alrededor de su superficie metálica, acariciándolo suavemente. Detectó que su temperatura era idéntica a la temperatura ambiente y,

si contaba con algún radar interior, en esos momentos estaba desactivado.

Tal como se apreciaba desde afuera, la superficie del objeto era pulida y absolutamente uniforme. Sin embargo, Austin volvió a comprobar que no era una roca maciza, ya que hubiera resultado mucho más pesada. Su contorno más bien sugería un caparazón que escondiese alguna oquedad en su centro.

El androide siguió acariciando la forma ovalada con los dedos intentando descubrir alguna fisura que aclarase su estructura y sus partes. En la zona inferior, tal como había descrito Amalíss, tenía grabadas las grafías latinas: Z-E-U-S y él acarició cada letra. Inmediatamente detectó la emanación de una mezcla de gases, que expulsaba un orificio minúsculo, activado por la presión de los dedos sobre la inscripción.

Austin hizo un gesto a la Doctora, que lo observaba con atención a través del ojo de buey.

—Una mezcla de amonio, fosgeno y cianuro de hidrógeno, Doctora —le aclaró a través del interfono.

—¡Ja, ja! —rió la Doctora— ¡A lo mejor el cachivache piensa que tú eres humano y te vas a desmayar, como yo!

Austin sonrió sopesando su propia perfección. Lo que era letal para el hombre, a un androide no le procuraba ningún problema. Como mucho, una pequeña suciedad en la parte exterior. Esa trepa con él no servía.

A medida que iba comprobando que la nanonave tenía un poder mortífero tan reducido, Austin tomó mayor confianza en su análisis. Apenas pesaba tres kilos o tres kilos y medio. La tomó entre sus manos y la alzó de la mesa para agitarla. Si estaba hueca por dentro, podría alojar algún objeto que chocase con las paredes interiores. ¿O es que no había nada dentro? Después de la comprobación infructuosa, depositó de nuevo el artefacto en la mesa. Era importante determinar el material que lo formaba, así que dio un paso hacia atrás para observarlo mejor en todo su contorno. Amalíss,

desde afuera, sonrió y ensayó un gesto que le invitaba a apresurarse en la inspección.

No duró ni un segundo. En cuanto Austin separó los ojos del invento para interceptar la indicación de la Doctora, una fisura finísima, tan imperceptible para la vista del humano como para el láser del androide, se abrió de improviso y escupió desde allí una lámina vibrante de acero que seccionó de raíz el brazo izquierdo de Austin por encima del codo para incrustarse a continuación en la pared acolchada. El Ayudante, más rápido aún en la respuesta que el grito de Amalíss, se agachó para coger con la mano derecha su miembro amputado y se lanzó contra el vano de la puerta.

Justo al girar la manilla, el peso de Austin se desplomó sobre la entrada. Ella lo apartó con los pies hacia el pasillo con el tiempo justo de lanzar el peso de su cuerpo contra la hoja de la puerta y volverla a cerrar. La micronave había tenido ocasión de lanzar contra el androide otra lámina de acero, que se había incrustado en su cabeza.

Amalíss, aterrada, gritó de nuevo. La nanonave seguía sobre la mesa del Laboratorio, herméticamente cerrado de nuevo, pero Austin...

Cuando pudo sujetar los latidos de su corazón desbocado, por fin se atrevió a mirar hacia el suelo. La figura del androide yacía desarmada.

—¡¡Austin!! —gritó.

Amalíss se tapó con las manos la cara, llorando. No podía ver eso, no quería verlo. Pensaba que si se acercaba, no iba a poder soportar la visión del robot destrozado, con su piel tan hermosa cubierta de sangre... ¿Sangre? Pero no, no era así. No podía tener sangre: él no era humano.

Por fin, se atrevió a descubrirse la cara. Se restregó los ojos para limpiarse las lágrimas y se retiró el pelo hacia atrás. Había que afrontar la verdad.

Austin tenía como estructura funcional el modelo de la máquina universal de Turing, formada por sensores, controladores y actuadores. A pesar de su arquitectura centralizada, había sido creado a base de redes neuronales artificiales. En aquellos momentos yacía

en el suelo, desarmado. El brazo izquierdo, amputado del resto, mostraba bajo la piel artificial el entramado de circuitos. Un poco más allá, el cuerpo se desmadejaba boca arriba, inmóvil sobre las baldosas. La conexión del circuito que hubiera debido llegar a la mano colgaba del hombro, prendida del cuerpo como un tendón blancuzco desgarrado. Amalíss por fin se decidió a acercarse para observar la cara de Austin, que tenía los ojos cerrados. Estaba totalmente desactivado, pero conservaba un extraño gesto que a ella le pareció indicativo de paz. Le tocó el pelo, las mejillas, la boca. Hasta entonces el Ayudante tenía un tacto suave y caliente, similar al humano, pero ella creyó que, igual que los hombres cuando mueren, también se estaba enfriando.

—¡Austin! —volvió a llamar, ahora entre llantos.

Por fin, se atrevió a voltear al Ayudante para ponerlo de espaldas. La lámina de acero le había golpeado en la base del cráneo y se había adentrado entre el cuello y la espalda, en un tajo profundo. Amalíss volvió a tapar el dolor que le produjo el desastre conteniendo el llanto con la mano sobre su boca.

¿Qué grande sería el destrozo? ¿Cuántas conexiones se habrían cortocircuitado con el corte? Afortunadamente, la mayor parte de los microprocesadores y la memoria estática y memoria RAM se alojaban en el pecho, pero una gran cantidad de sensores, circuitos y conexiones estaban entrelazados en redes neuronales.

Amalíss abrazó a Austin y alojó la cabeza de él en su pecho como si se tratase de consolar a un niño. ¿Cómo componer el sensor de distancia y de calor, los diodos, micrófonos y cámaras de Austin? El láser que detectaba los objetos, el sensor de presión y de tacto, el GPS, las células fotosensibles...

—Austin —volvió a llamar quedamente—. Austin...

III

PIGMALIÓN

Temptatum mollescit ebur positoque rigore
subsidit digitis ceditque, ut Hymettia sole
cera remollescit tractataque pollice multas
flectitur in facies ipsoque fit utilis usu.

*Una vez tocado y depuesto su rigor, el marfil se ablanda,
en él se asientan los dedos y cede, como la cera del Himeto al sol
se reblandece, y manejada por el pulgar
se torna en muchas figuras y existe por su propio uso.*
(Ovidio, *Las Metamorfosis*; Libro X, versos 283-286)

En la isla de Chipre había una vez un rey llamado Pigmalión, un hombre de cierta edad y barba venerable, amante del orden y la reflexión. Era persona grave y compuesta, tanto en sus acciones como en sus pensamientos, y se jactaba de haber llegado célibe a la edad proveccta porque no había encontrado ninguna mujer que alcanzase con sus gracias las expectativas que él se había forjado.

A Pigmalión le gustaba solazarse tanto con la naturaleza como con el arte. Cada día, de mañana, salía a pasear por la playa cercana a su palacio para disfrutar de las maravillosas vistas del mar Mediterráneo y más tarde, colmado por la belleza de la luz del sol, se encerraba en sus aposentos a cultivar su mejor don: realizaba preciosas esculturas de marfil. El marfil procedía de los colmillos de elefante que le traían de lejanos países y lo trabajaba con dedicación. Primero lo sumergía en una mezcla de aceite de almendras con vinagre, para que se ablandase, y después lo modelaba con las manos o le aplicaba el cincel.

En una ocasión su soledad le hizo concebir una locura: esculpiría la forma de una mujer ideal, mucho más bella que las que en su juventud le pudieron rodear y mucho más armoniosa que ninguna otra creación del hombre.

El viejo Pigmalión inició su labor una agradable mañana de primavera y, en cuanto se puso manos a la obra, la obsesión de terminarla le impidió detenerse a descansar o a divertirse. ¡Incluso llegó a postergar los graves asuntos del gobierno de su reino para acabarla!

Por fin llegó el día de la finalización. Pigmalión dio un paso atrás para comprobar el resultado de su esfuerzo.

—¡Qué belleza! —se asombró al ver concluida la efigie.

La estatua representaba a una mujer joven y esbelta, con formas armoniosas y delicadas. Pero, curiosamente, esa figura de mujer, además de presentar el atributo incuestionable de la hermosura, parecía albergar en su interior la nobleza, sensibilidad y ternura de un ser superior.

Pigmalión quedó maravillado y a partir de aquel día comenzó a pasar largas horas junto a su creación. Se extasiaba viendo su belleza e imaginando que hubiera podido ser una mujer de carne y hueso. Sin casi sentirlo, dio en hablar con ella y le confesaba sus pequeñas cuitas y sus pensamientos cotidianos. Para halagarla, le hacía constantes regalos: un día le presentaba unas conchas con hermosas irisaciones que había encontrado en la playa, otro día la adornaba con collares y pulseras, otro día la vestía con un traje bordado o la ungía con un caro perfume...

Los criados se sorprendían del tiempo que su señor compartía con la estatua e incluso algún consejero le avisó de que su inclinación comenzaba a llamar la atención, pero Pigmalión no podía vivir sin la compañía de su criatura.

—¡Hermoso día, querida! —saludó el rey de Chipre a la efigie cuando volvió de su paseo matutino.

Pigmalión había salido a primera hora a otear los límites de su reino desde las murallas del palacio. A la vuelta, se había demorado entre los rosales de su jardín y había entretejido un collar con las

rosas más rojas y hermosas de sus parterres. alguna de ellas todavía llevaba prendida una lágrima del rocío de la mañana.

—Hoy te he traído este pequeño regalo —dijo Pigmalión al marfil mientras lo vestía con el adorno de las rosas.

Sus manos rozaron el pecho turgente de la estatua y se demoraron en el cuello enhiesto. De pronto, el rey dio un respingo, sorprendido por su propia idea. Se detuvo, miró a izquierda y derecha y a sus espaldas, volvió sobre sus pasos y cerró la puerta de la cámara.

El entramado de rosas con sus destellos de sangre lucía sobre la blancura de la estatua, que parecía sonreír con la distinción de una diosa. Pigmalión se acercó lentamente a la efigie, puso las manos sobre su cintura, acercó sus labios trémulos a la frialdad del marfil y la besó.

¿Qué sintió el monarca al posar su arrebato sobre la hermosa? Es difícil saberlo exactamente, pero a partir de aquel día no sólo se entretuvo en adornar con presentes a la estatua sino que incluso la halagó acostándola entre las sábanas bordadas de su lecho.

Pero Pigmalión, aunque sufría la locura que padece todo enamorado, en el fondo de su corazón también conocía su delirio. Para descargar su corazón, el día de la fiesta de Venus, el más celebrado en el reino de Chipre, el monarca se presentó ante la diosa.

—Venus —le dijo humildemente—, estoy enamorado...

La diosa apoyó con firmeza los pies sobre la concha que le servía de vehículo y ocultó con su melena algunas de las partes de su cuerpo hermosísimo.

—¿Tú? —le contestó sonriendo— ¿Ahora estás enamorado?

Pigmalión bajó modestamente la cabeza y la diosa aprovechó su sumisión para divertirse a la vez que lo incomodaba un poco.

—¿A tu edad? —añadió, mientras el eco de la su voz emulaba el diapasón de las olas— ¿Has malgastado los años de tu juventud despreciando a las mujeres y en la edad más trabajosa te decides a elegir compañera? ¿Y quién es la feliz afortunada?

Pigmalión sabía que su locura no podía ser comprendida por los hombres, pero quizás Venus, la diosa de la belleza y el amor,

podría alcanzar a discernir los anhelos de su corazón. No obstante, incluso la propia Venus necesitaría ser inducida por alguna oportuna sugestión.

—Venus Afrodita, nuestra diosa de la belleza, del amor, de la fertilidad... ¡la diosa adorada de los chipriotas! —comenzó invocándola para entrar en seguida en materia— Para celebrar tu belleza yo cincelé en tu honor y con mis manos una estatua de bello marfil. Queriendo emular tu perfección consumí mis días y mis horas hasta reflejar en la copia tu hermosura. Es imposible que el arte te iguale, pero ¡quedó tan primorosa!

El cauto Pigmalión sonrió mientras acentuaba su gesto de devoción a la diosa. Ella, con un elegante ademán de la mano, le animó a seguir su relato.

—El caso es que el hábito de adorar la efigie de la diosa me ha llevado a enamorarme de la hermosura de mi obra...

Venus quedó halagada e igualmente sorprendida. “Estos quebradizos humanos”, pensó, “son muy vulnerables a las perfecciones de los dioses”. No obstante, no le disgustó la aventura, ya que halagaba su vanidad.

—¿Y cómo piensas disfrutar de tu amor? —preguntó Venus con una sonrisa picaresca— De momento, ¿te has declarado ya a la afortunada?

Pigmalión sabía que su felicidad dependía tanto de su inteligencia como de su osadía.

—Diosa —contestó— ¿cómo puede corresponderme una estatua fría?

El monarca se hincó de rodillas, al lado de los presentes que había ofrendado a la diosa, y comenzó a llorar. Venus Afrodita tragó saliva. La cabeza de Pigmalión, con sus venerables guedejas blancas, parecía un copo de algodón tronchado sobre el tallo marchito y las lágrimas caían por su rostro a raudales. Ella era la diosa del amor, ¿cómo podía consentir que sufriese así uno de sus mortales protegidos? ¿Qué culpa tenía el pobre rey de haber sucumbido a las asechanzas del amor?

—Pigmalión —acabó ofreciendo la diosa—, ¿qué deseas?

El rey, a pesar de su valor, no se atrevió a declarar claramente sus anhelos.

—Deseo una esposa —imploró— semejante a la de marfil.

Venus Afrodita sonrió: había adivinado su demanda.

—¿Semejante a la de marfil? Ve a tu casa y actúa como todos los días. ¡Mereces la felicidad que tú mismo has labrado!

Pigmalión se levantó y después de una solemne reverencia partió. En sus aposentos, como siempre, le esperaba la imagen que él mismo había creado.

—Te llamarás Galatea, porque eres blanca como la leche —le dijo, súbitamente inspirado por su blancura; y comenzó a besarla sin rebozo como hacía desde tiempo atrás.

Sin embargo, en esta ocasión, Pigmalión creyó advertir que los labios de Galatea se volvían cálidos y dúctiles y le devolvían su beso. Recordando la velada promesa de Venus, puso las manos sobre su cintura y sus pechos y notó que el marfil, una vez tocado y depuesto su rigor, se ablandaba. Asentó con pasión sus dedos sobre la estatua y su dureza cedió y se hizo suave, igual que la cera de las abejas del monte Himeto expuesta al sol, de tal modo que, mientras Pigmalión la modelaba con sus manos, llegó a existir rebullendo y tornándose en figura humana por su propio estímulo.

Desde entonces, cada día, de mañana, dos figuras enlazadas salen a pasear por la playa cercana al palacio para colmar su deseo de belleza con el fulgor de los primeros rayos del sol. Pigmalión acaricia su barba canosa y se observa las manos callosas, castigadas por su trabajo con el mármol. Galatea, con alegría infantil, corretea jugando con las olas y se ríe. La voz de Pigmalión la llama.

—Galatea, ¿me amas?

El sonido ronco de su voz resuena contra las olas traviesas y solo el eco le responde:

—Galatea, ¿me amas?

IV EL NÁUFRAGO



Pigmalión? ¿Pigmalión? —preguntó Austin, bromeando, cuando ella calló— ¡¡Y mi Ama, Pigmalíss!!
—¿Eh? ¿Qué dices? —preguntó la Doctora, distraída-mente— ¿Te ha gustado la historia?

Amalíss había entretenido las largas horas dedicadas a la fina labor de recomponer las conexiones del brazo amputado del Ayudante recordando la leyenda recogida por Ovidio acerca del rey Pigmalión. A pesar de la dificultad del empeño, la labor había resultado muy satisfactoria: Austin había recuperado todas las funciones del brazo y apenas se le notaba un poco, en la parte exterior, en el borde fino de la piel tan tersa, una ligera cicatriz. Ella, al terminar el trabajo, había regalado al Ayudante su versión de la fábula del rey de Chipre.

Amalíss estiró la manga del Ayudante para ocultar la marca de la costura de la reparación.

—La señora Amalíss también me ha arreglado a mí con el mismo cuidado que el rey de Chipre modelaba a su estatua.

—¡Tonto! —exclamó la Doctora riendo cuando se percató del juego de palabras de su Ayudante— Yo a ti no te he creado; lo han hecho científicos mucho más especializados... Yo apenas he conseguido arreglar lo que por mi culpa pasó.

La herida de la espalda había sido más dificultosa. En primer lugar, Amalíss le extrajo la fina plancha de acero que había quedado incrustada en la base del cuello. Aquello fue extremadamente delicado porque, aunque la mayor parte de la información del androide se

alojaba en la zona del pecho, el cuello contenía una gran cantidad de redes neuronales. Después hubo que enlazar los circuitos dañados, equilibrar las distintas funciones y programar los códigos de autorreparación. Ella, al fin y al cabo, no era especialista en esas labores. Su cometido en el Centro de Investigación se centraba en el análisis de los gases del exterior y nunca había tenido que reparar a un androide.

A pesar de la negativa de la Doctora a estimar el mérito de su propia labor, Austin le devolvió una mirada agradecida. Ella pensó que, afortunadamente, el robot no podía ver el aspecto desastrado que todavía presentaba la parte superior de su espalda.

—Austin, yo lamento tanto... —comenzó ella. No había conseguido dejar de culparse por el accidente.

El Ayudante se arrodilló frente a ella, que estaba sentada, y como tantas horas durante los días anteriores, apoyó humildemente la cabeza en su regazo. En esa postura Amalíss había restablecido arduamente las conexiones dañadas del cuello y de la espalda: aparte de la trabajosa labor de reprogramación y de la propia autorreparación de las redes neuronales, sus dedos finos de pianista habían tenido que singularizar el amasijo de enlaces requemados para aislar, unir o sustituir lo que fue necesario. Al final, a pesar de las uñas rotas y los dedos rasguñados, ella también se podía sentir orgullosa de la vertiente manual de su trabajo: si bien la parte estética resultó disminuida, las funciones del androide se habían recuperado al completo.

La Doctora alisó el cabello de Austin para ocultar la parte dañada de la nuca. Después acarició el cuello, todavía flexible y poderoso a pesar del costurón. Él subió los brazos hasta apoyarlos entre sus piernas y Amalíss admiró la armonía de los bíceps, que se presentaban a su vista como dos dunas suaves y calientes. Como un valle sinuoso, la musculatura de los brazos confluía en el cauce de la espalda, que se alargaba y se estrechaba hacia la cintura. La Doctora evitó continuar la caricia.

—Ya está, Austin —sentenció abruptamente—. Ya no puedo hacer nada más por ti.

Austin se levantó en silencio. Sabía que la Doctora deseaba que saliera para abismarse, como siempre, en su soledad. Probablemente había ocupado demasiado tiempo en la reparación y precisaba continuar rápidamente con sus investigaciones, mucho más importantes que el estado de su piel. Cuando partía oyó la voz trémula de Amalíss.

—Y no te preocupes... ¡tu sistema de autorreparación hará el resto!

Ella ocultó el rostro entre las manos. Sin poderlo evitar oyó el eco de su propia voz hacía poco, mientras entretenía la espera de la reparación de Austin a costa de la historia de Pigmalión.

—Galatea, ¿me amas?

Según la leyenda de Ovidio, la bella estatua, al convertirse en mujer, quedó automáticamente enamorada de su creador e incluso llegó a engendrar con él un hijo, al que llamaron Pafo.

Ovidio estaba equivocado. ¿Cómo va a poder amar una estatua? Y aunque esto fuera posible, ¿cómo iba a consentir la hermosísima Galatea, tan blanca como la leche, en enamorarse de un anciano caduco con barba blanca y manos ásperas, ajadas por el trabajo?

Austin había salido de la estancia con su paso elástico y con la promesa engañosa de sus ojos redondos. ¿Podía una estatua amar? Amalíss se cubrió con las manos la boca para conjurar los sollozos.

—Galatea, ¿me amas? —susurró de nuevo, esperando la respuesta del silencio.

* * *

Pasó porque tenía que pasar: el naufrago volvió a quedar registrado por los radares porque previamente ya había estado allí.

—Es la misma señal que entonces —se entusiasmó Amalíss—. Es la misma, ¡pero ahora se aprecia con mayor claridad!

Austin no compartía la alegría del Ama. Ya habían tenido suficiente con la visita de los MPPIT, uno de los cuales todavía seguía anclado en la mesa del Laboratorio, sin dar más señales de vida, maquinando quizás un nuevo ataque traidor.

—Algunos asteroides tienen esa misma forma —se atrevió a decir con espíritu de aguafiestas.

—¿Un asteroide? ¿Tú sabes lo que estás diciendo? —contestó ella vivamente— No evoluciona con movimientos permanentes rectilíneos. Más bien presenta una trayectoria errática, como de una nave perdida.

Austin se agachó para evaluar las coordenadas que dibujaban el curso del intruso.

—Está lejos todavía —indicó.

—Sí, está lejos. Pero yo creo... tengo el presentimiento... —añadió la Doctora dudando de que su Ayudante comprendiera su anhelo— ¡Tengo la intuición de que se trata de un humano!

Austin no negó y tampoco asintió. Parecía un asunto que alteraba a Amalís y él no debía colaborar en ningún asunto que pudiera desestabilizarla. En todo caso, a partir de aquel día, el punto móvil recogido en los radares fue construyendo una línea cada más nítida.

—Se acerca progresivamente —exclamaba triunfal Amalís.

Austin mantenía una postura prudente de reserva, ya que la posibilidad de lograr un contacto con humanos tenía a la Doctora fuera de sí. Ella, por su parte, evitaba recordar el peligro todavía presente de las nanonaves y aplicarlo a la nueva señal, puesto que su corazón le decía que esta vez se trataba de un ser de su misma especie. Cada día, juntos, valoraban las evoluciones del punto móvil que registraban los radares.

—¿De dónde vendrá? ¡Quizás esté perdido! —decía la Doctora— Podríamos hacerle señales luminosas.

—No es necesario —le recordaba Austin—. El Centro de Investigación es muy visible en la distancia. Además, cualquiera puede consultar nuestra posición. Es raro que no se haya identificado...

Y así la cotidianidad se tiñó de una nueva ilusión para la Doctora, que cada día interrumpía su trabajo para consultar las nuevas posiciones del intruso. Por fin, los radares registraron algo más que la mera señal que hasta entonces había descrito la trayectoria.

—S.O.S. —leyó Amalíss sobre la pantalla— La nave, o lo que sea, está habitada por humanos. ¡Es inconfundible la llamada de auxilio!

A medida que se acercaba, la petición de socorro se intensificó y comenzó una suerte de comunicación entre el Centro de Investigación y el ser que venía del espacio.

—S.O.S. —saludaba el intruso, acortando las distancias.

—Hay programas informáticos que simulan esa petición de auxilio —dijo Austin agoraramente, ante el disgusto de la Doctora.

—Recibido —contestó ella por fin y, después, empecinadamente—: ¿De dónde vienes?

Tras un largo espacio de tiempo, unas letras temblorosas fueron dibujándose en la pantalla que recibía la señal: B... L... O... O... M... I... N... G... T... O... N...

Amalíss se volvió vivamente hacia el Ayudante.

—¡Son humanos! ¡Se han identificado según el lugar de procedencia, y el corazón me dice que su salvación sólo depende de nuestra ayuda!

Aquella manifestación la tranquilizó. En Bloomington se situaba uno de los Centros de Investigación más importantes de la nueva era. Ese había sido el núcleo neurálgico donde comenzaron los trabajos de evaluación acerca de los gases exteriores que ella analizaba y el lugar de donde había surgido la Teoría de la Grieta de Fuga para el Cosmos. Posteriormente se constató que su ubicación, en un enclave orográfico inadecuado, no era la más apropiada para llevar a cabo las experimentaciones con el rigor preciso y, aunque allí se abandonaron las investigaciones principales, quedó un importante contingente de humanos y de andróides encargados de servir de enlace con los Centros periféricos.

—Es como si vinieran a visitarnos al campo los habitantes de una gran ciudad —se ilusionaba la Doctora.

—Campo, ciudad —enunció Austin mientras consultaba sus registros, y a continuación dictaminó—: campo: terreno extenso fuera de poblado, con sembrados, árboles y cultivos.

Ambos miraron al unísono hacia el exterior de la campana de aislamiento. Era difícil imaginar que la extensión oscura de afuera pudiera parecerse en algo a lo que debió ser el campo primigenio.

—Ciudad —continuó el androide—: conjunto de edificios y calles, con población densa y numerosa, dedicada a labores no agrícolas.

—Tú también fuiste creado en una ciudad importante, donde te diseñaron científicos muy sabios —siguió Amalíss, como si explicase la sencilla lección a un niño.

Austin asintió, ya que se sentía gratamente complacido por su propia procedencia. En la información recogida en sus registros constaba que había sido producido con los más altos estándares de calidad, en un señalado centro de fabricación.

—¿Me diseñaron a mí en Bloomington, Doctora? —inquirió, pero ella, por su parte, no prestó atención a sus palabras.

—Quizás se trate de una nave completa, con toda su tripulación —siguió hablando, esta vez para sí misma. Entonces se sobresaltó—. Si fuera así... ¡no tendríamos suficiente espacio como para acogerlos convenientemente!

La Doctora dudó, pero al poco escribió empecinadamente en su teclado: “¿Cuántos visitantes? Necesario establecer protocolo de acogida”. Sin embargo, ni en aquella jornada ni en las cinco siguientes se volvió a recibir ninguna otra señal del exterior.

* * *

Un día más, las turbulencias de los gases de fuera, que en algunos momentos permitieron adivinar una luz difusa y lejana, inclinaron a suponer a los habitantes de la casa que estaba amaneciendo. Amalíss había desayunado en la cama, como hacía desde su convalecencia, y acababa su aseo personal. Austin, que hacía poco se había llevado la bandeja con la taza vacía, entró intempestivamente en el cuarto de baño.

—Doctora, ¡aviso de emergencial!

Ambos se dirigieron rápidamente a la Sala de Control. Los radares habían registrado cierto movimiento en el exterior que había hecho saltar el sonido de la alarma. La Doctora examinó todas las variables registradas, pero Austin fue más rápido en la constatación de la fuente de la contingencia.

—Los *minithrusters* se han movido —indicó—. Es casi inapreciable su variación espacial, pero han experimentado una pequeña traslación.

Amalíss se concentró en el radar principal.

—¡Qué coincidencia! —dijo, asombrada— El náufrago se ha acercado mucho. ¡Es posible que llegue hoy!

—Si su nave produce demasiada energía, quizás los haya desestabilizado —propuso Austin como justificación.

—No sé —contestó la Doctora, comenzando a preocuparse—. Ojalá fuera eso. No quiero ni pensar en que puedan comenzar un nuevo ataque.

—El náufrago y los MPPT... todos han venido del espacio exterior, sin ninguna justificación —dijo Austin—. ¿No podrían estar interrelacionados?

—¡Eso es una insensatez! —terció Amalíss— ¿Cómo puedes suponer que el náufrago tenga algo que ver con esos cachivaches asesinos? Tenemos que conseguir que él y sus acompañantes accedan ilesos a la casa.

Nerviosamente la Doctora volvió a enviar a la nave el mismo mensaje de los últimos días: “¿Cuántos visitantes? Necesario establecer protocolo de acogida”. Esta vez, de manera inmediata, recibió una respuesta lacónica.

—S.O.S. Pocos. S.O.S.

Amalíss notó una punzada de emoción en el centro del pecho. Pocos. Por eso mismo necesitarían más ayuda. Sin embargo, era extraño que hubiesen abandonado la base de Bloomington. ¿Habría ocurrido alguna desgracia en la Metrópolis? Hacía tiempo que no recibía noticias. La Doctora orientó los radares a lo largo y ancho del espacio exterior. Al poco, miró a Austin con preocupación.

—No encuentro otras señales en el espacio. La línea del naufrago es lo único que se registra hoy en la pantalla.

Austin, a su vez, realizó sus comprobaciones. Parecía como si todo el sistema se hubiera bloqueado y ya no fuera posible la comunicación exterior.

—Quizás la proximidad de la nave nos haya desconfigurado el sistema completo... ¡Es extraño!

—Lo importante, de momento, es que la nave consiga aterrizar... Más tarde revisaremos el resto.

Después de todos aquellos días esperando, la nave del naufrago, efectivamente, se acercaba a toda velocidad, de manera que sólo unas horas más tarde ya se veía más allá de la campana la señal ígnea de la combustión. Como no sabían exactamente cuáles eran las necesidades de los visitantes, Austin y Amalíss aguardaron expectantes sin realizar ninguna otra previsión. Por fin, a muy pocos metros de la campana, soliviantando con sus turbulencias a los *minithrusters* a causa del desprendimiento de energía, aterrizó una pequeña máquina de propulsión, que se posó sobre el suelo. Al instante, se levantó una gran nube de polvo que cubrió la nave y que ocultaba cualquier movimiento. De entre todo ello, salido de no se sabía dónde, emergió la figura de un hombre cubierto con un extraño casco. La aparición dio unos pasos desmañados, dudó entre dirigirse hacia la casa o de nuevo hacia la nave y finalmente cayó al suelo.

—¡Hay que ayudarle! —gritó Amalíss— Enviaremos al explorador articulado para que lo recoja. ¡Espero que no sea demasiado tarde!

Tal y como había sucedido para la introducción del *minithruster* en la casa, el pequeño robot articulado no tuvo ningún problema para salir al exterior, realizar las primeras inspecciones en los alrededores y analizar la nave recién llegada. El explorador comprobó que en su interior no había nadie más. No había androides ni ningún tipo de máquina: apenas unas pocas provisiones acartonadas y algún antiguo objeto personal. Sin embargo, urgía atender al recién llegado; así que Amalíss le ordenó que lo introdujera sin pérdida de tiempo en la casa.

Una vez en el interior, el propio visitante, que cobraba y perdía la consciencia con facilidad, se arrancó el casco de la cabeza y se presentó.

—Aquí el Comandante Theo, de Bloomington —musitó abriendo brevemente los ojos, para volver a cerrarlos con un suspiro.

—La Doctora Amalíss Robledo y su Ayudante Austin *A+008* —contestó ella, aunque el visitante ya no la oía—. Encantados de conocerle.

El Comandante Theo (¿cuál sería el apellido?) era un hombre de unos cincuenta años. Según se mostraba en la parte que emergía del traje, tenía una imponente cabeza: llevaba una barba larga, descuidada y cubierta de canas y una melena impropia de su edad, sucia y desgredada. Amalíss ayudó a Austin a sacar al hombre del traje espacial, que impedía cualquier otro examen.

Indudablemente era un espécimen del género humano. Eso la Doctora lo advirtió inmediatamente por el olfato. El Comandante Theo, una vez desprovisto de su piel artificial, exhalaba un olor a sudor insoportable.

—Debe hacer unos cuantos meses que no se asea— dijo la Doctora apartando la nariz.

Bueno, aquello sería disculpable. Si llevaba un tiempo en el espacio, era normal que no hubiera podido tomar las medidas higiénicas recomendables para los humanos.

—Afortunadamente para ti, tú no necesitas asearte —bromeó Amalíss con Austin—. ¡Por favor, ayúdale a bañarse! Un poco de agua templada probablemente le reconfortará.

Austin introdujo al Comandante en el cuarto de baño de Amalíss y ella quedó fuera, por pudor. El hombre se dejaba desnudar como un muñeco y en una suerte de inconsciencia venturosa permitía al Ayudante toda la serie de movimientos necesarios para introducirlo en la bañera. Una vez allí, se explayó en una sonrisa feliz, con los ojos cerrados.

Mientras tanto la Doctora, con escasa eficacia culinaria pero con inmejorable disposición, preparó una sopa de sobre caliente. A la

vuelta, vio que Austin, una vez lavado y seco el visitante, lo había cubierto con su bata de baño e incluso le había prestado sus zapatillas antes de llevarlo a la sala de estar y sentarlo a la mesa. El Comandante era mucho más grueso que Austin, por lo que el batín se le abría en el pecho poderoso, que exhibía una abundante mata de bellos negros y blancos. Más abajo de la tela de felpa las dos columnas musculosas de las piernas aparecían desnudas.

—Comandante, le he preparado un refrigerio para reponer fuerzas —ofreció la Doctora, poniendo el plato humeante encima de la mesa.

El Comandante, con mimos melindrosos, probó un par de cucharadas, torció groseramente el gesto y declaró que ya no tenía más hambre. Austin salió llevándose el plato desdeñado. El visitante lo miró al salir sin decidirse a tomar la palabra.

—Y dígame —le instó la Doctora, una vez completados los primeros auxilios—, ¿qué hay en Bloomington?, ¿qué le ha llevado a iniciar este viaje?, ¿qué problemas le han traído hasta aquí?

El Comandante hizo un gesto vago de hastío o de impotencia.

—Comprenda que es muy difícil contestar a todas esas preguntas a la vez... Fue muy doloroso... Ha sido terrible escapar y vagar por el espacio durante todo este tiempo —el hombre se tapó la cara con las manos y emitió algo parecido a un sollozo— Todo quedó destruido por el ataque. Un hombre solo en una sola nave. Único superviviente para librarse de la muerte.

El Comandante Theo apoyó los brazos cruzados sobre la mesa e inclinó sobre ellos la cabeza. Amalíss esperó a que se repusiera para oír el resto de la historia terrible, pero el visitante gastó unos cuantos minutos en la misma postura. Cuando ella le tocó levemente el hombro para interesarse por su estado de ánimo, advirtió que se había quedado dormido, agotado por su largo peregrinaje.

Austin tomó en brazos al visitante y lo llevó al dormitorio de invitados para meterlo en la cama. La hospitalidad que la Doctora ofrecía en su refugio no escatimaba la más pequeña de las atenciones.



Al día siguiente, un generoso desayuno previsto para dos personas aguardaba a los humanos en la sala de estar. El visitante, que había descansado felizmente a salvo de sus desventuras, se levantó de buen humor, recuperadas todas sus fuerzas, y correteó por las dependencias de la casa vestido con la bata de baño y las zapatillas del Ayudante. Mientras tanto, Austin había lavado su ropa y se la presentó planchada y doblada junto a la mesa del desayuno.

—Buenos días, Doctora —saludó alegremente al descubrir a Amalíss en la puerta—. Supongo que todo esto es para nosotros dos...

—Siéntese, por favor —dijo ella—. Aquí nos gusta comenzar el día con un buen desayuno.

El Comandante, pasada la desdicha de su partida desde Bloomington, aparentaba un humor envidiable y Amalíss evitó preguntarle de nuevo por el motivo del viaje, ya que no lo pretendía incomodar. Ya habría tiempo más adelante de que le aclarase lo sucedido. Mientras tanto, el visitante se llenaba el plato generosamente.

—Sírvase todo lo que desee —dijo ella con amabilidad—. Afortunadamente, este Centro de Investigación cuenta con todas las provisiones y con todas las comodidades.

—¡Excelente! —dijo él— Ya veo que están muy bien ustedes aquí... En Bloomington, en otra época, también fue así.

La Doctora dudó de si era el momento adecuado para insistir en sus indagaciones, pero finalmente calló. El visitante tampoco consideró oportuno abundar en más explicaciones.

—¿La Doctora y su invitado desean algo más? —preguntó Austin cuando vio que ya quedaba poco en las bandejas.

—Nada más —dijo ella—. Gracias. Te puedes retirar.

Austin recogió algún plato vacío y salió.

—Él es... ¿un androide? —preguntó con cautela el Comandante.

—¡Oh, sí! Es mi Ayudante. Es muy eficaz —respondió con orgullo Amalíss.

—¡Mmm! ¡Está muy conseguido! —exclamó Theo—. Al principio pensé que... creí que era un amigo suyo. Un amigo muy hermoso...

—¿Qué quiere decir? —repuso Amalíss, incomodándose— Es un androide y, en cierto modo, también es un amigo. En esta soledad no es fácil encontrar compañía, pero no piense usted que...

El visitante rio a la vez que ensayaba un gesto de desdén con la mano.

—No se preocupe: yo no pienso nada. En Bloomington también tuve yo alguna ayudante... —y se interrumpió al ver la mirada desaprobadora de Amalíss, que había captado el género femenino—. Sin embargo, nunca conseguimos alcanzar una semejanza tan perfecta con los humanos.

Ella calló de nuevo, esperando alguna nueva confidencia, pero el Comandante tenía otros planes.

—Permítame un pequeño experimento, Doctora —siguió Theo y alzó la voz para gritar sin ningún motivo—: ¡Ayudante, preséntese! Austin llegó inmediatamente.

—Aquí el Ayudante Austin *A+008*, señor —contestó con su docilidad habitual.

—Austin, tráeme un vaso de agua, ¡rápido! —ordenó el visitante.

Austin salió y al punto volvió con lo ordenado. El náufrago bebió brevemente y derramó el resto sobre la mesa.

—¡Límpialo! —ordenó secamente.

El Ayudante miró en primer lugar a la Doctora en un gesto que no pasó desapercibido al visitante y a continuación, sin mostrar ninguna emoción, limpió con un paño la mesa.

—¿Desea algo más la Doctora? —preguntó amablemente.

—Muchas gracias, Austin. Puedes retirarte —dijo ella y esperó a que saliera para encararse con el Comandante— ¿Por qué ha hecho eso? ¿Es que desea humillarle?

El Comandante Theo, en una nueva explosión de buen humor, volvió a reír abiertamente.

—No sea tan escrupulosa, señora —la miró hondamente—. ¿Es usted de los que confunden a los robots con personas? ¡No sea ridícula! ¡Los andróides solamente son máquinas!

Amalíss sintió la acusación como una bofetada y se avergonzó. En realidad, sabía que ella sí era tan ridícula como para sentir afecto por una máquina.

—No es eso —se defendió, a pesar de todo—. Lo que le quiero decir es que lo que usted ha hecho no era necesario.

—No, no quería humillarle —concedió el Comandante—. Simplemente estaba calibrando la calidad tecnológica de su programación. Quería ver la rapidez de sus prestaciones y su eficacia —y añadió—: ¿A usted la obedece siempre? ¿En todo?

—Sí: siempre y en todo. Para eso está programado y por eso me acompaña en esta misión. ¿De qué otro modo podría ser?

El Comandante Theo quedó pensativo, abismándose en oscuras elucubraciones. Mientras tanto, Amalíss se preguntaba cómo serían los robots del resto de los Centros de Investigación. Nunca hubiera supuesto que había excesivas diferencias. Por fin, el Comandante se atrevió a formular su pregunta, eligiendo con cuidado unas extrañas palabras:

—A su Ayudante, ¿le han dotado de... o bien ha desarrollado por su cuenta... algún modo de conciencia?

La pregunta quedó en el aire, sin respuesta. Austin estaba programado para elegir la mejor opción entre todas las posibilidades; sabía interpretar información, calibrarla y ordenarla adecuadamente; era capaz de encontrar la respuesta más ajustada para colmar las necesidades humanas; pero... ¿tenía un ápice de conciencia?

—No sé qué decirle —contestó por fin, dudando—. ¿Es que en Bloomington sí la tienen?

El Comandante Theo alzó los hombros en un gesto ambiguo que podía indicar cualquier cosa. La Doctora, que adivinó que no iba a conseguir ninguna otra explicación, salió en busca de su Ayudante. Él estaba en la cocina lavando los platos y las tazas del desayuno.

—Austin —lo llamó suavemente, intentando ocultar su turbación—. ¿A ti te han dotado de algún modo de... conciencia?

—¿Conciencia? —contestó el androide, clavando en ella sus ojos ingenuos mientras consultaba sus registros— *1. Propiedad del espíritu humano para reconocerse en sus atributos esenciales y en las modificaciones que en sí mismo experimenta. 2. Conocimiento interior del bien y del mal. 3. Conocimiento reflexivo de las cosas. 4. Actividad mental a la que solo puede tener acceso el propio sujeto.*

Amalíss susurró sin dejar de mirarle:

—Reconocer los propios atributos en una actividad mental intrínseca... ¡reconocerse!

Austin, a su vez, la observó extrañamente y después pareció concentrarse en una nueva comprobación de sus registros. Finalmente, relajó la expresión de su rostro y contestó con una sonrisa candorosa:

—¿Tener yo conciencia? ¿Conciencia de mi propia persona? ¿Qué desea la Doctora?

* * *

Durante los días siguientes, el Centro de Investigación fue objeto de actividad incesante. A pesar de la visita inesperada, había que continuar con las investigaciones para no incumplir los plazos previstos, así que Austin y Amalíss se esforzaron en mantener sus actividades.

La Doctora se inclinaba sobre sus radares para restablecer la comunicación con el exterior.

—Es extraño —suspiró—. Hace días que no consigo noticias de afuera... Parece como si todo el sistema se hubiera desconfigurado...

—Por otra parte —añadió Austin—, más allá de la campana existe un campo magnético nuevo que parece estar afectando a los MPPT.

Efectivamente, los pequeños artefactos parecían vibrar, aunque de manera casi imperceptible. Tanto Austin como Amalíss, desde sus distintas formas de percepción, comprendían esa vibración como una

sugestión más que como una realidad mensurable, pero una sugestión tan poderosa que se hacía patente para los dos.

—Iré a inspeccionar a la nanonave del Laboratorio —ofreció Austin.

La Doctora quedó sola en la sala. Después de varios intentos infructuosos por reanudar la comunicación con el exterior, decidió olvidar esa exigencia para adentrarse en sus investigaciones cotidianas. Al rato, sin que ella llegase a percatarse, una figura corpulenta que se movía con extraordinaria agilidad a pesar de su volumen entró silenciosamente en la habitación y se acercó por detrás a la investigadora. La Doctora, de improviso, se sobresaltó al notar al intruso que vigilaba a sus espaldas las imágenes que ella hacía surgir en la pantalla.

—¡Comandante! ¡Me ha asustado!

El visitante contestó condescendiente:

—¡No me diga! ¿No quiere hacerme partícipe de sus investigaciones? ¿Es algo secreto?

—¡Oh, no es eso! —se disculpó ella— Estaré encantada de comentar con usted mis hallazgos. Supongo que usted también querrá intercambiar conmigo la información relativa a los últimos avances científicos de Bloomington.

—¡Naturalmente! —repuso él—. Pero quizás a usted mis conocimientos le desilusionen. No investigábamos solamente la Teoría de la Grieta de Fuga: allí estábamos más avanzados en robótica... ¡hasta que sucedió la desgracia!

—¿La desgracia? —inquirió la Doctora— ¿La desgracia que le obligó a usted a partir?

El Comandante Theo se giró abruptamente de espaldas y dio dos pasos para alejarse. Después se volvió hacia ella, pero había variado la expresión de su rostro, que inopinadamente se había trocado en una máscara festiva.

—Aquí son ustedes muy felices, trabajando a la par... ¿no es así? ¡Seguro que están obteniendo unos resultados magníficos con su investigación! Ese robot suyo, Austin, parece muy disciplinado, muy dispuesto...

—Ya le dije que está programado para servirme en todo —se impacientó ella—. No entiendo el porqué de esas reticencias...

El naufragó se acercó hasta ella y la tomó por los hombros, aproximando su cara groseramente.

—Ojalá las entienda antes de que sea demasiado tarde. Es un error adjudicar a un androide funciones excesivas en relación con sus limitaciones. Los humanos somos tan generosos o tan estúpidos como para crear un ser inferior y después consentir en que nos usurpe lo nuestro.

—Comandante —dijo ella—, no le entiendo. Le ruego que...

Para cuando Amalíss quiso acabar la frase, él ya había salido de la habitación.

Austin, mientras tanto, se hallaba en el pasillo frente al Laboratorio Biotecnológico. Había órdenes terminantes de la Doctora de no abrir la puerta que mantenía la estancia herméticamente cerrada, así que el Ayudante había colocado su mano sobre el cristal del ojo de buey para intentar adivinar algún tipo de radiación: el MPPT, igual que los de fuera, parecía estar sufriendo ciertas alteraciones. Cuando vio que el Comandante se acercaba, simuló limpiar el cristal.

—¿Qué tal, Austin? —saludó el visitante, manifestando una cordialidad exagerada.

Austin sonrió mientras el Comandante le palmeaba la espalda con energía excesiva.

—Muy bien, Comandante; gracias.

—Austin, preséntate —continuó el Comandante, aumentando la presión de los golpes sobre los hombros con fiereza.

—Aquí el Ayudante Austin *A+008*, señor —volvió a recitar, imperturbable.

El visitante se inclinó sobre la cabeza del Ayudante y le escrutó con mirada de odio. Después miró su cabeza, sus orejas y su boca como si se tratase de un caballo al que pretendiera comprar.

—¡Inspección satisfactoria! —exclamó finalmente— Puedes irte.

—Gracias, señor —dijo el androide, que dio unos pasos y dudó, hasta que se decidió a encararse con el Comandante— Perdón, señor... ¿Podría usted indicarme su nombre completo? El sistema de detección me exige verificar datos, verificar...

El naufrago rio sinceramente divertido.

—Yo soy el Comandante Theo, amigo mío —y añadió dándose ligeros golpes en el pecho—. Yo soy Theo, ¡tu dios!

El visitante se alejó por el pasillo mientras Austin lo miraba. El nuevo dios, presa de una extraña impaciencia, comenzó a caminar sin sentido por todas las dependencias de la casa, como si estuviera enjaulado. Cuando llegó al límite de la campana de aislamiento aguzó la mirada intentando desentrañar la oscuridad de afuera. Su nave era una sombra desvencijada contra el suelo que nadie hubiera supuesto capaz de volar. Aquí y allá, desordenadamente, trece nanosatélites prestaban su brillo malévolos a la densa oscuridad. Theo sonrió.

* * *

La reiteración de los actos acaba creando la costumbre y Theo, en una parodia de camaradería impostada, había establecido determinadas reglas de conducta con el Ayudante. Para tratar a la Doctora, el Comandante se escudaba en una actitud afectada y cortés, pero con Austin jugaba a mostrar una continua agresividad afablemente controlada.

—Austin, cógelo —le decía lanzando al vacío un objeto cualquiera.

Austin, de vista rápida y reflejos aguzados, saltaba por el aire para capturar la botella, el plato o un trozo de pan. Entonces Theo reía sonoramente y le palmeaba la espalda, con golpes exagerados.

—Muy bien, amigo —concedía—. Ni un buen perro bien entrenado lo haría mejor. Estás muy bien construido...

—No me gusta que haga eso —solía advertir Amalíss—. No es necesario.

—¿Teme que yo le rompa su juguetito, Doctora? —contestaba él— ¡No subestime sus capacidades!

Austin anotaba en sus registros las excentricidades del dios recién llegado. En su programación no había instrucciones concretas acerca de cómo responder a esos juegos: al parecer, los humanos, incomprensiblemente, utilizaban gran parte de su tiempo en cuestiones carentes de utilidad. Tampoco entendía las nuevas reacciones de Amalíss frente al visitante. Desde su llegada, ella se mostraba más reservada que antes, aunque también estaba olvidando parte de su anterior autoridad. Parecía como si Theo le estuviese arrebatando su preeminencia en la casa: ya nunca desayunaba en la cama y sólo se dejaba ver después de vestida y arreglada; contaba con su opinión a la hora de decidir los horarios y las comidas; y dudaba en cuestiones que antes hubiera resuelto sin vacilación. Ella ya nunca dejaba a la vista ciertas partes de su cuerpo y entre los dos se había establecido un continuo y extraño baile de acercamiento y lejanía. Amalíss procuraba guardar las distancias, y solo alguna vez le tomó a él la mano y la oprimió mirándolo a los ojos. El hombre, que tenía más iniciativas en este aspecto, en momentos puntuales e inesperados rompía su apartamiento y se acercaba abruptamente. Cuando así sucedía, ella se distanciaba rápida y malhumoradamente. Sin embargo, si él había estado hablando por extenso con tonos pesarosos y actitudes lloronas, ella se mostraba más accesible y él aprovechaba su debilidad para asir impetuosamente sus brazos, tocar sus caderas o tomarle la cara entre sus manos. Con estos nuevos hábitos en la casa, Amalíss se comportaba de una forma desconocida y errática.

—¿Puedo retirar la vajilla? —preguntó el Ayudante cuando los señores terminaron el almuerzo.

—Sí, por favor —respondió Amalíss, mientras Theo con un gesto displicente de la mano le indicaba lo mismo.

Austin colocó sobre la bandeja los platos, las copas y la fuente donde había servido la comida y la tomó con la mano derecha con la misma agilidad y delicadeza con que lo hubiera hecho un camarero avezado. Theo lo miró con rencor y dejó caer disimuladamente la

servilleta a los pies del androide. Al ver que eso no le hizo tropezar, cuando ya iba a salir, al Comandante se le ocurrió una nueva treta.

—Amigo, se te ha olvidado en el suelo la servilleta.

Austin volvió y se agachó sin soltar la bandeja, en la que tintineaban las copas, hasta tomar del suelo la pieza de tela. Theo rio exageradamente.

—¡Buenos amortiguadores, camarada! Pero ahora vamos a esforzarnos... ¡Más difícil todavía! —y le lanzó contra la bandeja un trozo de pan, que desequilibró su contenido.

Austin, con habilidad felina, recompuso la estabilidad de la bandeja y devolvió a Theo una sonrisa triunfal.

—Estupendo, amigo —volvió a felicitarle, y le premió con una palmada sonora en la espalda que hizo temblar de nuevo las copas.

—Por favor, ¿podemos dejar de jugar? —intervino Amalíss, malhumorada— Me gustaría conservar mi vajilla durante el tiempo que permanezcamos en el Centro de Investigación.

—Desde luego, Doctora —contestó Theo.

Austin pasó a su lado para salir y él le puso una imperceptible zancadilla, que el androide sorteó sin ningún comentario. Theo acercó su silla a la de la Doctora.

—Disculpemos, por favor —le dijo con fingida humildad—. Yo no quiero disgustarla a usted ni desbaratar la felicidad de su refugio. Sólo son juegos que llevamos entre nosotros para distraer la ociosidad. Pero comprendo que una mujer como usted, tan exquisita, se pueda sentir contrariada por nuestra torpeza...

Theo exageró una mirada de arrobó, que prendió de los ojos de Amalíss. Ella, incómoda, se retiró hacia atrás.

—¡Oh, perdóneme de nuevo! —volvió a decir él— A veces, sin querer, me dejo llevar demasiado lejos... Pero es usted tan hermosa que... después de tanto tiempo en soledad... ¡yo no sé lo que hago!

Ella tragó saliva e intentó desviar la conversación por otros derroteros.

—¿Y dice que ha pasado mucho tiempo en soledad? ¿Durante su viaje o su huida? ¡Cuénteme su desdicha!

—Mi desdicha... Sí, mi desdicha comenzó mucho antes de salir de Bloomington. Allí la soledad me torturaba constantemente. No había ninguna mujer, ninguna compañía que mereciera la pena. Si yo la hubiera conocido a usted entonces, quizás hubiera podido... —aprovechó para apropiarse vehementemente de una mano de ella— ¡Pero aún estamos a tiempo! Dígame que usted también siente por mí... Yo noto entre los dos una corriente, una comunicación... Es usted la mujer más interesante que he conocido en mi vida, atractiva, inteligente...

—Por favor, Comandante —dijo ella, enterneciéndose—. Yo también sufro de soledad aquí, pero nos debemos a nuestras investigaciones... Cuando todo acabe...

Austin había entrado subrepticamente en la habitación y, al ver que ellos no lo habían visto, se hizo notar recogiendo la mesa.

—Austin, por favor, déjanos —dijo ella con impaciencia.

El Comandante Theo sonrió.

—Gracias, Amaliss. Me gusta estar contigo en nuestra intimidad —dijo él, abandonando abruptamente la cortesía para tutearla—. ¡Si supieras lo importante que es para mí tu aprobación! ¡He sufrido tanto!

Ella se enterneció y tomó sus manos ásperas. En aquel momento eso le gustó. Theo era un ser humano como ella, imperfecto como ella, y capaz de sufrir. Como ella, había soportado el aislamiento de la labor investigadora y había conseguido sobreponerse a grandes peligros para sobrevivir. Él la podía comprender. Amaliss sintió latir las venas del hombre entre sus manos. Esas venas recogían la sangre caliente que bombeaba su doliente corazón y la volvían a enviar hasta su centro para preservar el misterio de la vida. Theo no estaba formado por frías conexiones de cables: en su interior, protegida por su entramado de sangre, carne, cartílagos, huesos y vísceras se alojaba el alma de un hombre. La Doctora sonrió y elevó las manos de él hasta sus mejillas aspirando su aroma. Por fin, el contacto: el instinto inefable del contacto entre humanos.



Austin, que no precisaba dormir, ocupaba las noches vigilando las dependencias del refugio. En el exterior, la calma densa de una oscuridad alimentada de depósitos transcurría insonora. Apenas algún destello, producido por cualquiera de las nanonaves caídas, surcaba el aire espeso de fuera.

En el interior, con la excepción de los leves crujidos de los muebles o el tintineo de los radares de la Sala de Control, sólo se oía la respiración de los humanos. En la cámara de Amalíss, su aliento dormido sonaba sosegadamente, adornado quizás de sueños de colores. En el dormitorio de los invitados, el resuello del Comandante Theo traspasaba el grosor de la puerta, convertido en ronquidos disonantes.

Poco antes del amanecer, una queja nacida en la garganta del náufrago rasgó el silencio de la noche hasta convertirse en un lamento estridente. Amalíss se despertó sobresaltada, se vistió rápidamente con su salto de cama y se presentó a la cabecera del durmiente para serenarlo. Austin quedó en la puerta con el objetivo de ofrecer sus servicios. El Comandante Theo se había incorporado en el lecho, respiraba afanosamente y pretendía con una mano sobre el pecho aquietar el galope de su corazón desbocado.

Amalíss sintió piedad por esa figura trágica: cabello despeinado (como cabeza de una gorgona triste), ojos alucinados y barba deshilachada en dos bandas, blanca y negra. El hombre, sin embargo, recobró inmediatamente su empaque, nada más tomar conciencia de la reciente pesadilla.

—¡Que se vaya inmediatamente! —graznó, señalando a Austin.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Amalíss— Él sólo quiere ayudar. . .

—¡Que salga de aquí ahora! —tronó silabeando la última palabra.

La Doctora hizo una señal con la mano al Ayudante, que se alejó al instante, y se concentró en atender al Comandante.

—Fue horrible —confesó el náufrago—. Todos confiábamos en ellos, creados para nuestro servicio, y los mimábamos como si

hubieran sido nuestros propios hijos. ¡Eran nuestras criaturas! Después de la rebelión, se convirtieron en carceleros, torturadores, asesinos... ¡Nos robaron nuestra civilización, nuestras casas, nuestra vida!

V ESPEJO

Quizás no fue una buena idea componer una familia a imagen y semejanza de la suya, formada por los padres, Alberto y Lucía, y dos hijos, Darío y Mery. Y quizás tampoco gustó a los androides que sus nombres fueran parecidos: Alber2, Luci2, Dari2, Meri2. No recuerdo si fue un capricho de los niños, que eran bastante torpes, o si fue simplemente el azar o una patochada de Alberto.

En los primeros tiempos todos vivieron bien: cada uno según su clase y condición.

Alberto disfrutaba con Alber2. Ambos pasaban jornadas interminables arreglando los automóviles, tomando cerveza helada y voceando junto al televisor en los partidos de fútbol. Era natural que Alber2 realizase durante la noche el trabajo atrasado de Alberto. Al fin y al cabo él no necesitaba dormir como los humanos: estaba programado para hacer compañía a su amo durante el día y, así, sin interrupciones indebidas, poder terminar la labor pendiente durante la noche.

Lucía tuvo una buena amiga en Luci2, la candidata ideal para acompañarla en las salidas de compras. Ambas tenían la misma talla, con lo que la primera sólo tenía que vestir y desvestir a su androide (ella la llamaba cariñosamente “su hembroide”) para ver cuál de los trajes, camisas o faldas le iba a sentar mejor. Era divertido, después del recorrido de tiendas, sentarse a tomar helados en la cafetería, mientras los hombres se extrañaban del parecido de las dos hermosas,

les hacían proposiciones escabrosas o disputaban cuál de las dos acabaría atendiendo a sus propuestas.

Lucía admiraba la figura de su hembroide, igual a la suya durante los primeros tiempos. ¿Cómo se produjo el primer conflicto? Ambas tomaban helados por igual y las dos veían a la par discurrir los días y los meses en la dulce ociosidad de las tardes vacías. El caso fue que los admiradores comenzaron a piropear con más avidez a Luci2. Lucía se miró en el espejo con espanto. La suave tez de los años pasados se había vuelto cenicienta y unas incipientes arrugas le afeaban las comisuras de la boca golosa. Por otra parte, la cintura, tan frágil en la juventud, había aumentado de tamaño considerablemente y ya no era cimbreante y delicada, sino que estaba recubriéndose de una capa de grasa cada vez más preocupante. Luci2 no tenía la culpa, pero a medida que Lucía iba envejeciendo, en contraposición, ella parecía más y más hermosa.

Acaso fue ese cambio el que soliviantó a Lucía. En el probador ya no usaban la misma talla y Lucía, cuando la prueba no resultaba satisfactoria (finalmente eso sucedió en todas las ocasiones), se complacía en clavar sobre la tersura de Luci2 las agujas que sujetaron los dobleces de la ropa nueva que ella quería comprar. Pero Lucía no dejaba los alfileres permanentemente clavados en Luci2. Antes de salir de la tienda, morosa y cuidadosamente, los desclavaba de su hembroide y los volvía a colocar con exactitud exquisita en la ropa que devolvía por no ser de la talla adecuada. Alberto se sorprendió de los pequeños orificios que últimamente adornaban a Luci2 en los brazos, piernas y cintura, pero nunca preguntó por la causa.

Los niños, sin embargo, pasaron unos años muy felices con sus juguetes. Darío necesitaba a Dari2 con mayor intensidad incluso que a sus padres. No había otro entretenimiento mejor. Dari2 fue el indio de las aventuras de vaqueros, el nativo de las exploraciones por el Amazonas, el punching ball de las sesiones de boxeo, el extraterrestre cautivo de los juegos del futuro... ¡Qué interesante desarmar sus componentes, arrancar los brazos, machacar el cráneo con un martillo o

someterle a las torturas de los servicios secretos! Dari2 resultó en todos los casos extremadamente resistente.

Por otra parte, así como Luci2 se mantuvo inalterada durante todos los años, Dari2 tampoco creció. A medida que Darío adonecía y aumentaba en musculatura y fuerza, se apreciaba la endeblez ridícula de Dari2, que quedaba cada año más pequeño y más vulnerable. En los últimos tiempos, durante las sesiones de lucha, Darío apenas necesitaba sujetar con su rodilla poderosa la cabeza del contrario contra el suelo para que éste, a pesar de todos sus esfuerzos y pataleos, estuviera inmovilizado durante horas.

Mery, sin embargo, no martirizó del mismo modo a su muñeca. A ella no le gustaba jugar a cosas violentas: pasaba horas y horas peinando a su juguete. Su mayor ocupación consistía en levantarla de la cunita, darle el desayuno, reñirle si no lo tomaba todo, lavarla y peinarla con dedicación. Sin embargo, el cabello de Meri2 no estaba totalmente conseguido y al cabo de unos cuantos meses comenzó a ralear, perdió el lustre, la densidad y al final se cayó en algunas partes. Sin embargo, Mery lo solucionó: consiguió un precioso gorro de lana, que le encasquetaba hasta taparle los ojos, y así ocultó el estropicio. Meri2, por lo demás, era una bebé muy linda: apenas lloraba, no hacía pis, ni exigía grandes cuidados. Si Mery se olvidaba de darle la comidita, jamás protestó. Y si el amita la abandonaba durante días y días en la cunita tampoco solicitó otros cuidados.

La explosión de Meri2 tomó a todos por sorpresa. Ninguno se había percatado del cambio de juegos de Mery con su muñequita. Fue al comienzo del colegio, cuando aquellas otras niñas estúpidas la acusaron de resultar demasiado gordita. Seguramente le tenían envidia. Odiaban sus tirabuzones rubios, los hoyuelos carnosos de sus mejillas y sus manitas gordezuelas porque se estilaban las muchachitas anoréxicas, similares a unas muñecas antiguas que habían encontrado en el baúl de una de las madres.

Por eso Mery dejó de comer y, para compensarlo, empezó a cebar con encarnizamiento a su ahijadita. Ahora no sólo le daba el desayuno, como en los comienzos, sino que se empeñaba en que

engullera bollos, macarrones, hamburguesas e incluso patatas fritas, que le restregaba por la cara y por la boca, hasta que se los comía.

Meri2 tampoco podía crecer. Si toda la comida se le hubiera distribuido a lo largo del cuerpo y no sólo a lo ancho, no hubiera ocurrido la desgracia. El caso es que a medida que aumentaba la alimentación, la barriguita de Meri2 comenzó a hincharse de manera peligrosa. En una primera fase parecía una muñeca embarazada (¡qué guarra!) y al poco la piel de la tripa comenzó a abrirse en fisuras que dejaban ver el interior putrefacto. Mery envolvió con esparadrapo las heridas y siguió alimentando a su monstruo, que parecía una morcilla inflamada a punto de reventar.

Finalmente sucedió la desgracia. La culpa la tuvieron las pastillas de chocolate que Mery se empeñó en introducir como fuera en el cuerpo abotargado de la muñeca. Sentada sobre el pecho de Meri2, Mery abrió con unas tenazas la boca de su juguete, le introdujo el alimento y apretó con todas sus fuerzas. Como no conseguía ningún resultado, se ayudó del martillo de la caja de herramientas de su padre, que era de hierro, y de un solo golpe certero consiguió que todo el contenido de la boca se hiciera hueco en la garganta tumefacta hasta que, de pronto, todo estalló. Meri2 había explotado.

Al poco rato, Luci2, diligentemente, recogió los fragmentos de su hijita, los limpió y comenzó la labor imposible de cosido y pegado. La mayor parte de las piezas había quedado inutilizable, así que el resultado fue deprimente. En lugar de la preciosa Meri2, Luci2 sólo consiguió reunir una serie de jirones de piel y de tela que nunca se parecerían a Meri2. Era misión imposible.

Al día siguiente, cuando Lucía salió sola de paseo (ya no soportaba la compañía de Luci2), Alberto comenzó su experimento. Tenía que comprobar la resistencia de los androides.

—Alber2, siéntate aquí, que vas a presenciar una función muy divertida.

Alber2, al igual que Luci2 y a pesar de los duros trabajos a que sometía cotidianamente a todos sus componentes, era un androide joven y fornido. Igual que Lucía y Luci2, Alberto y Alber2 durante

aquella época también habían sufrido una evidente semejanza por causa del tiempo. Si en un comienzo Alberto fue, como Alber2, fuerte y delgado, en la actualidad se había convertido en un humano casposo, barrigón y desagradable. En los ratos de desconsuelo causados por su actual y repulsiva fisonomía, Alberto había llegado a la conclusión de que, después de engordar aquellos últimos diez kilos, a Lucía ya no le atraía como antes. Quizás no fuera tan raro. La propia Lucía, más vieja y más gorda, apenas le atraía ya a él.

—Alber2 —insistió Alberto—, te vas a quedar aquí sentado mientras hacemos un experimento.

Alber2 estaba acostumbrado a las chafarrinadas del Amo y se sentó dócilmente a esperar la ocurrencia del día. Sin embargo, en aquella ocasión Alberto no puso en funcionamiento la televisión ni sacó las cervezas de la nevera.

—Luci2 —llamó con voces estentóreas—, ¡sírreme un vaso de whisky!

Luci2, sin cuestionar el mandato, fue a la cocina, tomó un vaso, lo llenó con dos piedras de hielo, llegó al mueble bar y vertió dos dedos de licor para acercárselo al Amo. Cuando elevó el vaso a la altura del hombre éste tomó su mano y sin soltarla se llevó el borde del vaso a la boca. Parte del líquido se derramó sobre la mano de Luci2. Alberto se la lamió y siguió chupando ávidamente el licor por el antebrazo hasta el codo.

Alber2 seguía sentado, observando inalterable el extraño espectáculo. Alberto rio groseramente.

—A ver, Luci2, desabróchate la blusa.

Luci2 se abrió la camisa y mostró su torso casi desnudo, salpicado más arriba del sujetador de pequeñas erosiones redondas, antiguos picotazos de alfileres por las venganzas de Lucía. Alberto, presa de un reciente furor, le arrancó la ropa con violencia y quedó mirándola, jadeando. Alber2 no reflejó en su rostro ninguna emoción.

Alberto tomó de un trago el resto de whisky y arrojó el vaso vacío contra la cara del androide, que quedó señalado por una ligera hendidura en la mejilla. Inmediatamente empujó a Luci2 hasta el

suelo. Cuando Lucía era joven no consintió nunca en aquello, pero ahora, que no había nada que perder, merecía la pena probarlo. Por si acaso, para sentar desde el principio quién era el Amo, dio dos sonoras bofetadas a la hembroides y le arrancó la falda y las bragas. A continuación puso a Luci2 a cuatro patas. Desde atrás, sintiendo que por momentos estallaba su virilidad en un espasmo de placer, acarició los pechos de ella, tan turgentes como los de Lucía en los primeros tiempos. Alber2 seguía impertérrito. Era el momento. Alberto se bajó los pantalones y los calzoncillos.

Sintió que estallaba en su interior, a la vez que el deseo, un irreprimible impulso de violencia, que dudaba en dirigir hacia el androide o su mujer. Lanzó un zapato contra Alber2 y acto seguido, sujetando a Luci2 por las nalgas, intentó una cópula imposible.

Quizás no fuera una buena idea componer una familia a imagen y semejanza de la suya, o es que, a lo mejor, los androides habían sido contruidos equivocadamente con un ápice de conciencia de sí mismos. “Homeostasis”, llevaban marcado en la etiqueta: autorregulación de la constancia de las propiedades de otros sistemas influidos por agentes exteriores. Ese era el marbete que todos llevaban como aviso. ¡Eran robots diseñados para mantenerse a sí mismos a lo largo del tiempo y no podían permitirse sucumbir! Tal vez fuera aquello. Y por eso, cuando vieron su existencia amenazada por los humanos, se rebelaron: Meri2 había sido masacrada, Alber2 presenciaba aparentemente hierático la violación de Luci2, Dari2 estaba irreconocible por los golpes y magulladuras de los juegos de Darío, Luci2 permanecía despatarrada en el suelo, desnuda, mientras Alberto manoteaba a su lado buscando sus pechos.

Somos robots inteligentes, casi humanos. Mantendremos nuestra propia identidad frente a la destrucción que nos causan nuestros amos. Nuestros sistemas operativos perfectos, nuestros complejos neuronales intactos, nuestra capacidad generativa sin menoscabo, nuestra potencia inmarcesible y completa deben perpetuarse eternamente... Somos robots inteligentes, casi humanos, fabricados para durar en el tiempo por los siglos de los siglos. Conciencia de mí mismo. Conciencia. Identidad casi humana. Homeostasis. Existencia amenazada. ¡¡No!!

Luci2 se levantó tranquilamente y fue hasta la cocina. No se molestó en cubrir de nuevo su cuerpo porque no se avergonzaba de sí misma como hacen los humanos. No era preciso esconder su piel tan perfecta, dañada en el pecho por la crueldad del Ama. Luci2 tomó en la cocina las tijeras que Lucía reservaba para el pescado y las examinó, abriéndolas y cerrándolas hábilmente. Estaban bien afiladas. Luci2 volvió a la cámara donde aguardaban Alber2 y Alberto. Para entonces Alber2, que seguía sin reflejar en su rostro ninguna emoción, ya estaba sentado sobre el pecho del Amo. Había que facilitar la operación.

—¿Lo vas a hacer de una vez o en varias partes? —preguntó Alber2 a Luci2, por curiosidad y no porque estuviese en desacuerdo con una opción o con la otra.

—Alber2, hoy vamos a presenciar una función muy divertida —exclamó Luci2 jocosamente.

—Muy divertida —contestó Alber2—. Me quedaré aquí sentado mientras tú haces el experimento.

Luci2, con las tijeras en la mano, dudó.

—Alber2, cariño —repuso— ¿no te apetece un vaso de whisky?

—¡Oh, Luci2! ¡No hace falta! ¡Así ya me divierto bastante!

Luci2 sonrió junto a Alber2. Era una situación realmente novedosa. Por primera vez, frente a las experiencias anteriores de convivencia familiar, la realidad le mostraba un cariz emocionante. Contrastar la figura fornida de Alber2, que sujetaba sin esfuerzo aparente la barriga grasienta de Alberto, le produjo un cosquilleo en el estómago que los humanos denominaban como “risa”.

—Luci, no te demores más —pidió Alber2—. Es posible que Alberto tenga algunas cosas que hacer.

Dicho y hecho. Luci2, de un solo tajo, seccionó el pene de Alberto, que pataleaba sin control.

—No hagas eso, querido amigo —aconsejó Alber2 prudentemente—. Si sigues así, conseguirás desangrarte.

Luci2 se sentó en el sofá. Los humanos tenían muy poca paciencia. Si Alber2 hubiese sufrido una mutilación así, seguro que

hubiera respondido de una forma mucho más digna. Aquel espectáculo era bastante deplorable.

—Alber2 —avisó Luci2—, vas a tener que darte prisa. De lo contrario, se podría desmayar.

Era cierto. Alberto, a pesar de su gordura, tenía muy escasa resistencia física. Alber2 clavó las tijeras en el pecho en unas cuantas ocasiones. A veces salían borbotones de sangre y a veces, al pinchar en hueso, se producía un chirrido extraño.

Los gritos despertaron a la niña y al poco se presentó Mery acompañada de su muñeca nueva. Aquello no era precisamente una contrariedad, sino más bien una solución. Luci2 arrancó de sus manos el juguete nuevo.

—¿Ya no quieres jugar con mi niñita Meri2? —le preguntó aviesamente.

—¡Dame mi muñeca, estúpida! —gritó Mery, que aún no se había percatado del cambio de papeles en la representación— Meri2 es fea y está rota.

—No, no, no. Estás equivocada, querida —respondió Luci2 simulando una nueva dulzura—. Yo he arreglado a Meri2, que ahora sabe jugar mejor que antes. Meri2 quiere jugar contigo.

Después de varias horas de juego Mery acabó desmayándose. Luci2 le había clavado alfileres en los ojos y Meri2, reconstruida desde sus andrajos y subida sobre sus hombros, la guiaba en su ceguera para que chocara contra los muebles de toda la casa. Había sido un juego muy divertido.

VI

AMIGOS O ENEMIGOS



Y qué pasó con Lucía y con el niño Darío?

—Realmente, ¿lo quieres saber? —preguntó el náufrago, resaltando la primera palabra.

Amalíss dudó.

—Bueno, no sé. Supongo que volverían a casa... ¿no? —finalmente preguntó con un hilo de voz:— ¿Sobrevivió alguno de ellos? Theo le acarició el pelo con parsimonia.

—No, no sobrevivieron... Pero, con todo, te aseguro que morir fue lo mejor que les pudo pasar —concluyó el hombre, con una sonrisa cruel—. Será mejor que no te lo cuente.

Amalíss calló. No, no quería saberlo. Después de interesarse tantas veces por conocer la aventura del visitante, la crueldad de su periplo le hacía daño.

—El caso es que todos los humanos murieron —continuó el náufrago—. Solamente yo fui capaz de escapar del genocidio. Los androides nos robaron nuestra civilización: quisieron pasar de servidores a amos y, como no pudo ser, decidieron acabar con la humanidad.

—¡Parece imposible! Unos seres creados a nuestra imagen y semejanza... —reflexionaba Amalíss.

—¡Cría cuervos! —sentenció el Comandante.

—¿Y por eso aborreces a Austin? —se atrevió la Doctora, una vez conocida la vulnerabilidad del visitante.

—¡Ajá! —dijo él— También es un androide, ¿o no?

—Con Austin eso no puede pasar —contestó ella—. Lleva varios años conmigo y yo puedo asegurar que ha sido programado con unos estándares totalmente pacíficos...

El Comandante Theo torció el gesto.

—Pero él es un robot inteligente, casi humano —contestó a punto de gritar—. Quizás ya ha adquirido conciencia de su propia identidad y está dispuesto a decidir que debe perdurar en el tiempo, por los siglos de los siglos. ¡Y para eso no me necesita ni a mí... ni a ti!

El Comandante Theo tomó violentamente las manos de la Doctora mientras su respiración afanosa se hacía más y más perceptible.

—¿Cómo sabes que ahora no está espiándonos detrás de la puerta para decidir su próxima actuación? —siseó aviesamente, conteniendo su agresividad desbocada.

Un leve crujido sonó, efectivamente, a las espaldas de Amalís, que se soltó de las zarpas de Theo para taparse violentamente los oídos con las manos.

—¡No puedo escucharle! ¡No quiero pensar en esas cosas! —gimió— ¡Ten piedad de mí!

Theo, que se había serenado en un instante, sonrió.

—No te preocupes por nada, princesa —cambió el tono trágico por otro acento dulzón—. Yo ya estoy aquí.

Tras el desayuno, Theo se encaró con el Ayudante.

—¿Ya te ha contado la Doctora la historia de la rebelión de los androides en Bloomington?

—Ella no me ha contado nada —respondió el Ayudante.

—A lo mejor la has oído detrás de la puerta...

—Hace un tiempo que estamos incomunicados... No tengo en mi registro ninguna referencia reciente sobre Bloomington... —recitó Austin sin mostrar ninguna emoción.

—Los androides destruyendo a los humanos... ¡Qué divertido! —insistió el visitante con ironía cruel— ¿Tú crees esa historia?

Austin miró al Comandante sin comprender. Él no estaba programado para enfrentarse a un humano, sino para obedecer sus

instrucciones. Ésa era, indudablemente, la elección oportuna, la solución más correcta, la respuesta adecuada ante cualquier contingencia. O esa fue, al menos, su experiencia en el servicio de la señora Amalíss. Austin estaba dispuesto a obedecer y cuidar al Ama hasta el momento final de su cometido.



Theo y Austin ejecutaban un extraño baile en calzoncillos, con pequeños saltos adelante y atrás, a izquierda y derecha.

—Muy bien, muy bien —concedía Theo, que era el mánager—. Y ahora, ¡en guardia!

El cuerpo fibroso de Austin, tan humano, exhibía la perfección de la musculatura del tórax y las piernas, que saltaban acompasadas y flexibles para remedar los pasos aprendidos en la extraña danza. Theo, velludo y corpulento, como zorro viejo, jugaba a amagar el golpe y luego esquivar con fintas estudiadas la respuesta del otro.

—¡Excelente! —jadeaba el Comandante sin dejar de saltar, al ver los progresos de Austin.

Amalíss introdujo la cabeza en el dormitorio del visitante.

—Pero, ¿se puede saber a qué estáis jugando? —les reprendió—. Sería más conveniente que os concentraseis en trabajar...

—Es boxeo, querida —repuso el Comandante—. ¡Es un deporte! Tu Ayudante está cooperando conmigo para mantenerme en forma...

Amalíss cerró discretamente la puerta. Hasta entonces pensaba que Austin había sido programado para coincidir parcialmente con ciertos parámetros del comportamiento infantil, pero verlo jugando con el Comandante le hizo deducir que el género masculino, común a humanos y androides, debía estar por igual abocado a reproducir ese tipo de roles pueriles. Por otra parte, la amistad entre Theo y la Doctora se había acrecentado enormemente durante los últimos días. Ella, por fin, evitaba preguntarle por los motivos de la partida desde Bloomington y ya se había contentado con las escasas explicaciones. Al fin y al cabo, ambos eran humanos. Además, eran evidentes los

esfuerzos de Theo por convivir con el androide y confiar en él, a pesar de la experiencia pasada. Era bueno propiciar el afianzamiento de su intimidad.

Con la puerta cerrada, el combate simulado aumentó su intensidad. Austin, tal y como le había enseñado el Comandante, le enviaba pequeños *jabs* que apenas le rozaban la cara. Theo los esquivaba hurtando el cuerpo hacia atrás o recogiénolos con la mano izquierda. El Ayudante, por su parte, obedecía las indicaciones del náufrago: lanzar puñetazos veloces con la mano delantera desde la posición de guardia o bien esquivarlos, artimaña que dominaba ampliamente gracias a su agilidad.

De pronto, Theo ensayó un golpe nuevo, fuerte y directo, ejecutado con la mano situada en posición trasera, que alcanzó al Ayudante en plena mandíbula y le hizo tambalearse.

—¡*Cross*! —exclamó— Desde el mentón, directo a la cara del adversario, torso y cadera en sentido contrario a las agujas del reloj. ¿Lo has comprendido, Austin?

El androide recuperó el equilibrio y siguió con el baile. Al poco, él también ensayó el nuevo golpe, que Theo había previsto y pudo evitar. El visitante sudaba copiosamente, a pesar de no llevar la peor parte, y Austin continuaba saltando según las instrucciones. Él no había sido programado para atacar a un humano, así que su mayor actividad consistía en remedar el baile de los pies y ensayar el amago de los golpes.

—Y ahora —continuaba el Comandante— otra novedad... Muy bien, muy bien... Mano en posición delantera, preparada para puñetazo semicircular... Torso y cadera rotan en el sentido del reloj, puño en forma de arco... ¡O.K!

Después de enviar varios *crochets* rápidos sobre la zona donde los humanos tienen el hígado y los riñones, el Comandante felicitó a Austin por su resistencia.

—Excelente, excelente. Pero habría que mejorar esa guardia... La Doctora me va a reprender si se te desconecta algún cable...

Por fin, sin avisar de que cambiaba la táctica, el Comandante Theo situó su torso a la derecha, arqueó las piernas sutilmente y lanzó un poderoso golpe desde abajo hacia arriba con la mano derecha hacia el mentón del Ayudante.

—¡*Uppercut!*! ¡¡Gancho con la derecha!!

Austin se había desestabilizado y había caído al suelo. El Comandante Theo, jadeante y victorioso, estalló en una violenta carcajada.

—Sí, amigo mío, aún tienes mucho que aprender —añadió—. Espero que hayas registrado toda esta información convenientemente en tu introcomputadora... ¡Nunca se sabe qué cosas pueden servir en el futuro!

Austin se levantó del suelo con un salto felino temiendo que alguna de sus funciones se hubiera desconfigurado. Debido al golpe, los últimos registros habían alterado su ubicación y se le aparecían con letras luminosas. Homeostasis. Robots inteligentes, casi humanos. Mantener la propia identidad frente a la destrucción causada por los humanos. Sistema operativo, complejos neuronales, capacidad regenerativa. Robots inteligentes, fabricados para durar en el tiempo por los siglos de los siglos. Conciencia. Identidad. Existencia amenazada.

El Ayudante, a pesar de todo, antes de partir para cumplir con sus obligaciones cotidianas, pudo restablecer la organización primera de toda aquella información en relación con el resto de sus registros.

* * *

Cuando el Ayudante servía la mesa a la hora de cenar, Amalíss se sorprendió.

—¿Qué le pasa a Austin? ¡Tiene una señal en la cara!

—Se ha caído en el entrenamiento —dijo Theo sin darle importancia—. Se habrán descompensado sus amortiguadores: últimamente no está tan bien estabilizado como parece.

—¡Qué extraño! —se sorprendió ella— ¿Habrá sufrido algún daño interior?

El Comandante hizo un gesto de negación con la mano para indicar que no debía preocuparse. La Doctora, finalmente, no quiso darle importancia, aunque Austin nunca había tenido anteriormente ese tipo de accidentes. Por otra parte, confiaba en que su sistema de autorreparación arreglase la señal externa.

—Ganimedes, sirve vino —ordenó a voz en grito el Comandante y, cuando Austin apareció, añadió suspirando—: ¡Eres demasiado hermoso!

Austin buscó entre sus registros mientras obedecía el mandato:

—Ganimedes: 1. *Satélite de Júpiter, el más grande del sistema solar, mayor que el planeta Mercurio. Debido a su campo magnético propio, se cree que su núcleo contiene metales.* 2. *Príncipe troyano, convertido en copero de los dioses por Zeus. Cuando apacentaba su rebaño en el monte Ida, Zeus lo vio y, como se enamoró instantáneamente, lo raptó para llevarlo al Olimpo* —y añadió—: ¿A qué acepción se refiere el Comandante?

—¡Vete ya! —contestó Theo abruptamente.

Después de que Austin saliera, Amalíss se decidió.

—Ya lo sé, Theo, ya lo he comprendido —miró al hombre en la profundidad de sus ojos y le preguntó dulcemente—: ¿Tú sientes celos de Austin?

—¿Celos de una máquina? —respondió él violentándose, pero después admitió, en apariencia dolorido— ¿Y cómo no tenerlos, Amalíss? Él está entre tú y yo, con esa apariencia juvenil, y tú, además, te preocupas por su aspecto...

Ella le tomó apasionadamente las manos.

—¡No, no! ¡No debes pensar en eso! Tú eres humano, como yo... Tú y yo nos comprendemos...

El hombre simuló unos pucheros mimosos.

—Querida, yo soy un hombre mayor. Ya no me conservo como a los veinte años... Mientras que tú... ¡tú eres tan hermosa!

Amalíss suspiró. Aunque fuera más joven que el Comandante, ella tampoco era precisamente una niña, pero le gustaba que la halagase. El Comandante se puso en pie y la estrechó entre sus

brazos, palpando con avidez su espalda y sus nalgas. Ella se escandalizaba.

—Theo, por favor, que somos dos personas adultas...

—Yo soy un hombre, Amalíss —se enardecía—, y tú eres un sueño. ¡Si supieras cuánto tiempo llevo deseando soñarte!

Austin, que no había terminado de retirar la mesa, entró y los miró largamente, sin comprender del todo la escena romántica. Amalíss, que lo advirtió, dio un paso atrás para escapar del abrazo. El Comandante, por su parte, tuvo un acceso de ira.

—¡Fuera, fuera de aquí inmediatamente! —y le arrojó algunos trozos de pan que habían quedado sobre la mesa.

Amalíss rio atolondradamente mientras el Ayudante desaparecía.

—No hagas eso —le reconvino suavemente—. Él no sabe... ¡nunca ha visto esto!

El Comandante, haciendo gala de su excelente complexión a pesar de la edad, la tomó en brazos y se dirigió al dormitorio de Amalíss.

—Nunca lo ha visto, pero ahora tampoco lo va a ver —concluyó.

Entraron riendo y cerraron la puerta. Él la depositó suavemente en la cama y comenzó a desvestirse. Desde fuera se oían murmullos y risas; al rato, un pequeño jadeo, más voces apagadas y más risas.

Austin había lavado los platos y había recogido la vajilla convenientemente. Una vez terminadas sus ocupaciones, se acercó silenciosamente a la puerta del dormitorio y quedó apostado junto a ella. No había recibido más instrucciones del Ama; así que, ante aquella situación imprevista, sólo supo tomar la determinación de esperar junto a la puerta cerrada.



A día siguiente los tres habitantes del refugio se enfrascaron en sus diferentes obligaciones. El Comandante Theo, a pesar de que, según decía, no estaba especializado en las investigaciones de la Doctora, comenzó a mostrar un gran interés por el desarrollo de sus

hipótesis y se concentraba con ella en el análisis de sus radares y sus coordenadas. Amalíss, además, consultaba cada poco tiempo la comunicación que venía de fuera.

—No sé qué está pasando —confesó, preocupada—. Hace ya un tiempo que no se recibe ningún mensaje del exterior... Todas las comunicaciones han quedado bloqueadas.

El Comandante le hizo una señal para que esperase. Se dirigió a la puerta y observó si Austin se encontraba en los alrededores. Después de comprobar que no había nadie, retiró a la Doctora de los paneles e intentó él mismo restablecer la transmisión de señales. Al rato, advirtió:

—¡Yo tampoco lo consigo!

Se levantó de nuevo y volvió a otear la posible llegada del Ayudante.

—En Bloomington también ocurrió —siseó, mirando a izquierda y derecha como si alguien pudiera estar vigilándolos—. Poco antes de la rebelión de los androides, también se cortó la comunicación exterior. Cuando ya no había remedio, dedujimos que habían sido ellos...

Amalíss se escandalizó.

—No, cariño, no. Ya sé que has sufrido mucho pero, por favor, no te obsesiones con eso. Eso aquí no puede pasar... ¡Austin nunca lo permitiría!

Él volvió a vigilar el vacío que tenía a sus espaldas y le habló de nuevo, muy suavemente.

—No me obsesiono... y no quiero que lo hagas tú, pero has de saber que... —y calló abruptamente.

—¿Qué? —insistió ella— ¿Qué me quieres decir? ¡Di lo que sea!

—¿No te has fijado aún? —se decidió a continuar simulando ansiedad— Él te vigila continuamente. ¿No has visto que pasa la noche pegado a tu puerta? ¿No has visto su mirada fotográfica cuando te trae el almuerzo, prendida de la pantalla de tu ordenador? Él sabe todo lo que tú haces, todo lo que tú piensas, que jamás le has

ocultado... Tú confías en él ciegamente sin suponer que él pueda estar modificando sus registros y sus intenciones.

—No, no —dijo ella—. Austin ha sido programado para obedecerme...

—¡Efectivamente! —la interrumpió Theo, triunfalmente— ¡Austin ha sido programado! ¡Austin fue programado...! Pero desde entonces, tú misma has optimizado sus variables, has aumentado su capacidad de almacenamiento de información, has mejorado su sistema neuronal artificial, lo has dotado de ideas que interactúan, de modo que ha quedado configurado como un ser tan autónomo que es capaz de elegir una opción entre varias...

Amalíss miró al Comandante dolorosamente, pero él siguió imperturbable.

—Lo mismo sucedió con los científicos ingenuos de Bloomington... ¡no supieron comprender que sus criaturas artificiales habían crecido y querían escapar de su control! —Theo calló durante unos segundos y, después de mirarla, gravemente concluyó—: Tú, en realidad, ¿conoces exactamente qué piensa sobre ti tu creación? ¿Eres capaz de adivinar sus anhelos igual que él adivina los tuyos?

La Doctora salió. Era cierto. Ella nunca se había atrevido a imaginar que Austin tuviera una individualidad muy alejada de la suya. Siempre lo había visto como a una especie de complemento de sus propias necesidades y no como a una creación o criatura (por llamarle como Theo solía) independiente. Ella fue hasta la cocina del refugio. Austin estaba gravemente concentrado en trocear unas verduras que acababa de rehidratar después de sacarlas de la conserva. Sus dedos delicados y eficaces, con pulcritud y perfección absoluta, cortaban en tiras simétricas y exactas las hortalizas.

—Austin —llamó suavemente.

El Ayudante volvió hacia ella su rostro inexpresivo, pero, inmediatamente, ordenó a su sistema neurológico ensayar una sonrisa que a la Doctora le pareció forzada para aquella ocasión.

—¿Qué haces, Austin? —preguntó ella intentando adivinar qué tipo de registros o pseudopensamientos discurrían por el interior del robot.

Él la miró a su vez buscando la respuesta que probablemente ella deseaba.

—Ya lo ve la Doctora: troceo la verdura. ¿Qué desea la Doctora? —añadió imperturbable— ¿Desea que varíe alguna parte de mi programación?

Amalíss lo miró en el fondo de sus ojos redondos y ya no le parecieron tan claros como antes. Un velo de oscuro misterio, o como de tristeza (si ésta hubiera podido ser programada en un androide), empañaba su brillo anterior. Amalíss salió. Era cierto. Austin podía variar en su interior a su antojo la programación que los humanos habían previsto. Era tan perfecto y tan completo que la mera combinación de sus funciones podría llegar a servir para componer una nueva configuración.

La Doctora evocó el pasado con añoranza: ¿existiría todavía el androide creado para su absoluto y exclusivo servicio? Prefirió dejar de pensar en ello: el oscuro temor de que Austin se alejase del camino para él diseñado y eligiera su propio destino le dejó un sabor acre en la boca. ¿Tendría que apurar finalmente ese desconsuelo?



El Comandante Theo amaneció malhumorado. Más allá de la ventana y por encima de la campana protectora, el cielo seguía tan ceniciento y aborrecible como siempre. El refugio de la Doctora cada día le resultaba más oprimiente y aburrido. Bloomington, en ese aspecto, le había proporcionado un escenario muy estimulante, con muchas máquinas y un gran número de humanos con los que experimentar. Bostezó y súbitamente decidió levantarse de la cama. Salió de la habitación de Amalíss con el tiempo justo de ver cómo se alejaba el Ayudante, abandonando momentáneamente su guardia en el pasillo. Le siguió hasta la cocina y allí, sin ningún motivo, lo golpeó.

—¿Por qué me vigilas? ¿Quién te ha programado para que pases la noche espiándome detrás de la puerta?

Austin lo miró sin comprender, ya que no había previsto su acometida. No estaba acostumbrado a este tipo de relaciones con los humanos, ni había sido programado para defenderse o para devolver el golpe.

—Velo por la seguridad del Centro de Investigación, Comandante —respondió dócilmente—. Así se ha previsto. Sólo cumplo con mi cometido.

Theo cambió súbitamente de táctica. Comenzó a dar pequeños saltos de calentamiento alrededor del Ayudante.

—Comienza el entrenamiento —le dijo riendo—. Uno, dos; uno, dos... Pero esta vez tienes que esforzarte un poco... ¡Prohibido golpear bajo el nivel del cinturón y dar cabezazos intencionales! ¡Defensa y ataque! ¡Defensa y ataque!

El Comandante siguió con su alocado juego de piernas, mientras Austin adoptaba la postura prevista de boxeo. Theo le golpeaba blandamente instándole para que le devolviera los golpes.

—*Jab* con mano delantera... ¡Busca el *uppercut*! —le gritó.

Austin probó a lanzar los puños cerrados con más contundencia, tal como le pedía el Comandante. Aquello era bastante inapropiado, pero al parecer algunos humanos siempre tenían ganas de perder el tiempo...

Después de unos pocos minutos, Amalíss, tras comprobar que sus compañeros ya se hallaban en movimiento, se puso una bata y se acercó hacia la cocina para vigilar la marcha del desayuno. Theo adivinó que se acercaba.

—Muy bien —animó en voz baja al Ayudante— ¡*Crochet* o *uppercut*!

Cuando Amalíss vio que el Comandante rodaba por el suelo sujetándose la mandíbula lastimada, gritó. La visión de Austin con los puños cerrados abalanzándose sobre su invitado para lastimarlo la horrorizaba.

—Pero, ¿qué es esto? —vociferó, ensayando los tonos más agudos de su repertorio— ¿Qué has hecho?

El Comandante yacía desmadrado en el suelo, como si el golpe le hubiera privado momentáneamente de conocimiento. Ella se arrodilló para intentar reanimarlo y tomó la cabeza entre sus manos. El hombre abrió los ojos, miró en derredor y señaló a Austin exagerrando un gesto de terror.

—Él también... —dijo quedamente, mientras su mano temblorosa le apuntaba.

—No, no puede ser —dijo ella, pero después se volvió violentamente hacia Austin y le dijo con dureza:— ¡Vete! ¡Sal inmediatamente de aquí!

Cuando el androide salió, ella procuró incorporar al hombre hasta sentarlo en una silla. Le tomó con cuidado la cara y se la examinó. Él había cobrado completo dominio de sí mismo, pero simulaba gestos de dolor.

—¿Te duele mucho? —preguntó la Doctora ante las muecas del Comandante, que exageraban la evidencia.

—No se lo tengas en cuenta —le suplicó con afectación—. Quizás todavía está sólo al comienzo de su evolución y lo ha hecho sin verdadera intención...

Amalíss se escandalizaba.

—¿Cómo no lo voy a tener en cuenta? He de revisar su sistema completo. Él ha sido diseñado para protegerme, para protegernos... ¡No lo comprendo!

El Comandante en pocos minutos se recuperó.

—No, no hace falta que tú lo revises: ¡lo haré yo! No quiero que te acerques a él, no quiero que te expongas.

—¿Realmente piensas que Austin... se está volviendo peligroso? —dijo ella.

—No te preocupes, querida... —la abrazó ahora— Yo estoy aquí para protegerte. No necesitas una máquina estúpida para estar a salvo... Si el destino ha querido que yo haya cruzado medio mundo

hasta encontrarte, no voy a consentir que nos dañe ningún artificio con *software*...

—¿De verdad te preocupa mi seguridad? —preguntó ella con acento mimoso.

—¡Daría mi vida por ella! —contestó él, magnánimo— Pero no te asustes: todavía no existe un verdadero peligro...

Los dos humanos se besaron apasionadamente, mientras una lágrima caía por la mejilla de la Doctora. Bajo la presión de sus manos, el corazón del Comandante palpitaba en el interior de su torso grueso y velludo. A ella le gustaba notar su calor y su pasión. ¡Llevaba tanto tiempo compartiendo con la nada su angustiosa soledad!

Austin, mientras tanto, deambulaba por el pasillo cercano sin atreverse a acercarse. La Doctora le había ordenado agriamente que saliera y no quería contrariarla. Sin embargo, no confiaba en el Comandante. Desde su llegada todo se había complicado: la comunicación con el exterior se había bloqueado, los *minithrusters* vibraban, la Doctora obedecía sus caprichos ciegamente desatendiendo razones evidentes para desconfiar... De hecho, el Comandante nunca había justificado coherentemente su presencia en el refugio: no había presentado ningún documento que avalase su identidad ni tampoco su pretencioso título de Comandante. Austin buscaba infructuosamente entre sus registros: Comandante ¿de qué? Comandante ¿de qué época o de qué nave...? Era inexplicable que la Doctora, tan estricta y minuciosa en sus investigaciones, lo hubiera acogido de una forma tan irracional...

El Ayudante dedujo que era mejor dejar a los humanos en la intimidad de su emotiva y extraña comunicación y se dirigió hacia la parte de la casa donde se hallaba el Laboratorio Biotecnológico. Debía revisar de nuevo la información de sus registros para elegir la mejor opción, para encontrar la respuesta más adecuada. Desde el pasillo advirtió que la nanonave, de nuevo, había variado su situación y vibraba. Puso la mano sobre el cristal del ojo de buey y volvió a intentar extraer en la distancia alguna información. Hasta ese momento

sólo habían conseguido analizar las letras de su base: Zeus: el padre de los dioses y de los hombres en la mitología griega. Pocos metros más atrás, en compañía de la Doctora, se encontraba el Comandante Theo. Zeus, Theo, Teodoro, Teófilo, Teodomiro, Teobaldo... ¿Cómo no había advertido Amalíss la semejanza entre toda aquella maraña de registros? ¿Es que ella ignoraba la tradición cultural de su especie?

Austin se encaminó apresuradamente a comunicar a la Doctora la evidente coincidencia. Ni ella ni el Comandante estaban ya en la cocina. Al parecer, habían preparado café y habían tomado algunas galletas. Sobre la mesa quedaron dos tazas vacías con un cerco alrededor de líquido derramado. Unas migas, esparcidas por la mesa y el suelo, indicaban la partida apresurada de los comensales hacia alguna parte. El Ayudante se dirigió a la Sala de Control, después al salón central de la casa, a la habitación de invitados y, por fin, al dormitorio del Ama. Justo en el momento de su llegada el Comandante salió y cerró cuidadosamente la puerta.

—Está dormida —le advirtió poniendo el índice sobre sus labios—. No quiere que tú la molestes.

* * *

A partir de aquel día los hábitos del refugio cambiaron, de forma que a Austin le resultaba muy difícil encontrarse a solas con la Doctora. Ella casi siempre amanecía acompañada del Comandante, que no la abandonaba un instante. Cuando comían, él probaba en primer lugar los manjares y después le permitía hacerlo a ella. Casi nunca le dirigían la palabra. Se limitaban a observarle y a darle pequeñas indicaciones, muchas veces ya evidentes por la rutina diaria. En las ocasiones en que Amalíss le habló, Theo repetía las mismas instrucciones en tono elevado y con acento autoritario, como si el Ayudante no fuera capaz de entenderlo desde el principio por sí solo. Hubo un día en que el androide intentó bromear, pero Amalíss sonrió tristemente mientras el Comandante lo ignoraba.

Austin, a pesar de la distancia impuesta, seguía vigilando constantemente las mudanzas de la Doctora, tanto en relación con su aspecto exterior como con sus declaraciones. Al principio de todo, ella se afanaba en aparecer cuidadosamente acicalada, pero poco a poco comenzó a presentar algunos signos de hastío e incluso se levantó con un oscuro cerco alrededor de los ojos enrojecidos o se presentó en la cocina sin haberse peinado.

Uno de aquellos días el Comandante decidió otro cambio en la rutina del refugio. Para su realización comenzó a pasear entre pasillos y habitaciones con un pesado martillo en la mano, unos clavos y unos cerrojos que había encontrado entre el material de las reparaciones. Cuando llegó a la estancia donde Austin se retiraba teóricamente para descansar (ya que nunca lo hacía), comenzó a colocar la cerradura en la parte exterior de la puerta.

—Así nos aseguramos de que no se pasee por la casa durante toda la noche...

Amalíss opuso una débil objeción.

—Él vigila que no ocurra un imprevisto...

Theo la miró desdeñosamente, como si ella fuese un ser absolutamente estúpido.

—Que no ocurra un imprevisto es, precisamente, lo que quiero evitar —dijo escupiéndole cada una de las palabras.

La Doctora suspiró y calló. Austin no dijo nada, ya que nadie le había preguntado y sabía que no tenía permiso para opinar. Desde su control automático interior no envió ninguna señal de sonrisa o de enfado a los mecanismos tensores del rostro. Cuando el Comandante acabó su labor chapucera se dirigió al dormitorio que ahora ocupaban los dos y colocó otro enorme cerrojo en la parte interior de la puerta. Amalíss, de nuevo, advirtió levemente:

—Si él está encerrado, ¿para qué sirve esto otro aquí? ¿Quién más podría querer entrar?

El Comandante no se dignó a contestar y para terminar su labor colocó el tercer cerrojo en la parte exterior. Cuando terminó,

observó el resultado complacido. Así, era tan fácil enclaustrarse desde dentro como aislar a cualquiera desde afuera.

Amaliss se apartó discretamente para hablar con su Ayudante.

—Austin, ¿tú comprendes por qué estamos haciendo todo esto? —le preguntó gravemente, después de todas las operaciones.

El Ayudante asintió. “Estamos haciendo”, descifró desde el interior de su memoria, “primera persona del plural; tiempo presente; modo indicativo; voz activa; perífrasis de gerundio, con aspecto durativo”. Eso incluía a los tres habitantes de la casa: la Doctora, el Comandante y el Ayudante.

—Estamos haciendo todo esto para protegernos —contestó automáticamente, sin ninguna inflexión especial en la voz.

—No, Austin, no es exactamente así —contestó la Doctora, acostumbrada a la lógica gramatical de su subordinado—. Estamos haciendo todo esto para protegernos... ¡para protegernos solamente el Comandante y yo!

—Proteger al Comandante y a la Doctora —recitó Austin—. Pero no proteger al Ayudante... ¿De qué hay que proteger al Comandante y a la Doctora?

Ella se acercó al androide y le miró profundamente a los ojos, como si en ellos se encontrase la respuesta de un misterio.

—Queremos protegernos de ti... —dijo suavemente— ¿Comprendes?

Austin intensificó la consulta a su base de datos y no halló en su interior ninguna amenaza propia que englobase de manera conjunta a la Doctora y al Comandante, aunque sí tenía unos cuantos argumentos que obligaban a revisar la consideración del segundo como bastante peligroso.

—Eso no es necesario —respondió ingenuamente.

—¿Estás seguro de que eso no es necesario, mañana de cables? —los interrumpió el Comandante, que se había acercado hasta ellos para impedir sus confidencias— ¿Y qué me dices del otro día, cuando casi me partes la cara? ¿Cómo nos podemos fiar de una máquina que no duerme ni se puede desconectar?

El Ayudante consideró la gran torpeza del Comandante, que era capaz de confundirlo a él con un conjunto de cables cualquiera, cuando él tenía un sistema neurológico artificial aún más perfecto que el humano y era capaz de encontrar la respuesta adecuada a cualquiera de los interrogantes que muchos hombres no sabrían responder. Sin embargo, dado el carácter belicoso de su oponente, decidió no contestar. El Comandante, con todo, no quiso desaprovechar la ocasión de acorralarle.

—¿Qué? ¿No contestas? —le dijo, empujándolo— Pues, a pesar de todo, no creas que te tengo miedo... ¡Tú serás más fuerte, pero yo soy más listo!

Austin dio un paso hacia atrás y negó. Él no pensaba que el Comandante fuera más listo que ninguno de los presentes: después de un estudio psicológico exhaustivo no consideraba a Theo excesivamente inteligente, aunque sí particularmente violento. Sí le preocupaba el caso de la Doctora, mucho más capacitada que el Comandante, sin ninguna duda, pero que por alguna extraña razón actuaba últimamente sin ningún tipo de justificación. El Comandante interpretó el silencio del Ayudante y su retirada como una señal de victoria y rio sonoramente.

—¿No te atreves conmigo, verdad? ¡Hala, vete! ¡Fuera de aquí!

Encantado de sus armas dialécticas, Theo se volvió a la Doctora hinchando el pecho con satisfacción.

—¿Has visto, querida? No necesitas a nadie más que a mí...

Austin salió de la estancia y Amalíss quedó sumida en un inclasificable estado de turbación. La presencia de Theo la sumía en extrañas cavilaciones. Por una parte, desde su capacidad racional, comprendía que el Comandante era un hombre tosco en muchos aspectos. Visto desde fuera, podía llegar a resultar cómicamente exagerado, tanto por su afán de protegerla como por su pretensión de tenerla bajo su dominio absoluto de forma tan desconsiderada. Sin embargo, desde su corazón, la Doctora sentía una irreprimible atracción por el Comandante: pensar que él aplicaba su empuje varonil de gallo de pelea para su servicio la hacía sentirse como una

muchachita de quince años recién conquistada por el chico malo del pueblo. La lejanía de Austin, con su orden automatizado, suponía para ella perder la comodidad del sendero conocido; pero también trastocar la serenidad aburrida de los últimos tiempos por el vértigo de la aventura.



A la hora en que los humanos se refugian en la cama, Theo y la Doctora encerraron a Austin en su habitación, antes de retirarse a la suya. El Ayudante estuvo paseando arriba y abajo durante algún tiempo. Su autoprogramación previa le había llevado otros días a pasear incansablemente por las dependencias del Centro de Investigación vigilando que todo estuviera en orden, así que el encierro le provocaba la sensación de que incumplía su cometido.

Después de comprobar que todos los objetos a su alcance funcionaban correctamente o estaban situados en el espacio exacto que les correspondía, se concentró en la revisión de su puerta cerrada. Tal como le había parecido en un primer momento, la cerradura recién puesta resultaba grotesca. El Comandante había utilizado un martillo de grandes dimensiones que había deteriorado los ligeros goznes, y los clavos que sujetaron la barreta de hierro eran desproporcionados para un cerrojo tan poco consistente. Austin puso su mano desde dentro para explorar con sus ondas magnéticas las reflexiones del cuerpo por fuera. Era muy fácil desmontar la puerta y antes del amanecer volver a encerrarse como si nada hubiera ocurrido.

Al cabo de unos pocos minutos Austin había salido sin ruido. Tenía que cumplir con su deber, ya que así había sido programado. Como los días anteriores, se dirigió en primer lugar al dormitorio de la Doctora. Dos respiraciones se intercambiaban el turno a través de la puerta entornada: Amalíss tomaba aire por la nariz y lo expulsaba con un ligero gemido por la boca, mientras que el Comandante roncaba con gruñidos acompasados y poderosos. Austin no comprendía

la necesidad de sueño de los humanos, que le producía una ligera piedad. Era extraño ese abandono de la inteligencia que habitaba en la situación de vigilia para caer en un incomprensible estado de sopor que anula todas las alertas. Desde luego, era una deficiencia en su programación, ya que durante el descanso obligado podían surgir mil asechanzas contra su seguridad. A un robot, sin embargo, nada le podía pillar desprevenido.

Por otra parte, se preguntaba, ¿dónde iba a parar la inteligencia de los humanos durante las etapas que ellos llamaban sueño? ¿En qué extraño mundo se introducían, alejado del verdadero? Austin, muchas veces, había intentado imitar esos momentos en el interior de su propio organismo. Había desconectado una gran parte de sus funciones, para permitir solamente las más necesarias, y había dejado vagar sin control el resto. Muchos registros habían aflorado sin orden ni concierto dentro de su computadora central y habían surgido asociaciones estrafalarias y grotescas, pero nunca había perdido del todo la capacidad de discriminación. Él nunca pudo conseguir la desconexión absoluta respecto a la programación general, como hacían los humanos.

Aquellos pensamientos, sin embargo, conseguían turbarle y casi se alegraba de no haber logrado nunca la desconexión, ya que, de otro modo, ¿hubiera podido volver a la realidad desde el sueño? ¿Hubiera sido capaz de despertar? ¡De haber dado el salto *al otro lado*, quizás se hubiera quedado allí para siempre!

Probablemente, Amalíss sentía lo mismo durante las noches de insomnio, cuando no podía dar el salto hasta el otro lado del sueño y se debatía entre el agotamiento y la incapacidad de serenarse y descansar. En esas ocasiones, ella tomaba aquellas pastillas pequeñas de color blanco o azul que anulaban su miedo a perder la conciencia y derrotaban su persistente y contradictoria voluntad de vigilia.

En fin, concluyó Austin mientras declinaba su vigilancia tras la puerta, la estructura psíquica y cognitiva de los humanos en relación con sus necesidades era ilógica; sin embargo, él tampoco había sido construido para juzgarla...

El Ayudante se dirigió a continuación al Laboratorio Biotecnológico para comprobar el estado del MPPT. Los humanos, al parecer, se habían olvidado de su existencia, pero él tenía que registrar si seguía inactivo. Aquella noche, efectivamente, no presentaba ninguna variación respecto a la anterior ubicación. Había dejado de vibrar y parecía un artefacto desconectado.

Austin siguió la ronda acostumbrada por todas las dependencias del refugio y, por fin, se dirigió a la Sala de Control. Todo seguía igual, incluso el silencio de los radiorreceptores y de la red informática mundial, de la que hacía tantos días, desde la llegada del Comandante Theo, estaban desconectados. La Doctora repetía cada día esfuerzos infructuosos para reanudar la comunicación y a cada nuevo avance seguía un fracaso, así que el Ayudante decidió comenzar por su parte una nueva tentativa. Quizás en el silencio de la noche encontrase el error que impedía la recepción de señales externas.

Código, menú, ID, opciones y parámetros, none, grupo asociado, usuario, pulsar, opción de menú, controlador instalado, base de datos, archivo... Austin tenía sus variadas funciones bien diferenciadas, así que no tuvo ningún problema para advertir, mientras manejaba el panel de control, que una presencia imprevista se acercaba peligrosamente a su ubicación.

—¿Qué coño haces aquí?

El Comandante se acercó a grandes pasos. Alrededor de su cabeza flotaba la aureola bicolor, blanca y negra, de su melena greñuda y despeinada, mientras que las barbas encanecidas parecían querer huir de la boca violenta. El pecho peludo reventaba los botones de un pijama arrugado, que había pertenecido al Ayudante.

El Comandante alzó lentamente el brazo derecho y el retroceso de la tela de la manga mostró el brillo de un arma.

—¿Qué coño haces aquí? —volvió a preguntar, colérico.

Austin tuvo el tiempo justo para comprobar que, por fin, se habían restablecido las comunicaciones y había varios mensajes en la bandeja de entrada que esperaban urgente contestación. Sin embargo,

el Comandante se hallaba casi a su altura y había alzado la mano para apuntar con su pistola a la cabeza del androide.

—Comandante —exclamó Austin—, ¿no puede hacer eso!

El Comandante rio, complacido por su poder.

—¿No puedo saltarte la tapa de los sesos o la maraña de cables que tienes ahí? ¿Qué me lo impide?

La pistola que portaba el Comandante no era un arma neumática de aire comprimido, sino una vieja pistola semiautomática, con calibre de baja potencia, pero suficiente como para herir a las personas o para deteriorar las instalaciones.

—¡El impacto de una bala podría dañar la campana de aislamiento! —advirtió Austin.

—¡Estupideces! —gritó el Comandante, mientras disparaba.

Austin tuvo el tiempo justo de retirar el cuerpo hacia un lado, a la vez que la bala de 9 mm. silbaba junto a él y se incrustaba con un impacto luminoso en el interior de uno de los monitores, que estalló con una explosión apagada. Aquello era muy peligroso: ¡si la cúpula que protegía al refugio recibía el choque de un proyectil, quizás todo saltaría por los aires!

—¡No haga eso! —volvió a gritar el Ayudante— De verdad, ¡¡no lo haga!!

Theo oyó la última exclamación del androide mientras otro sonido hiriente y distinto le atacaba por la espalda: Amalíss se había despertado con el ruido y asistía aterrada a la impresión que le causaba el visitante encañonando a Austin. El agudo de los decibelios que salía de su garganta enloqueció al Comandante, que se volvió hacia ella con la intención de hacerla callar y la señaló con la pistola. La mujer salió despavorida de la Sala de Control y el Comandante, un poco repuesto de su acceso de violencia, fue tras ella.

—¡Se ha escapado de su habitación! —se justificó— ¡Yo sólo quería protegerle!

—Theo —dijo ella—, ¡te estás volviendo loco!

Mientras los amantes discutían, Austin salió también de la Sala de Control para cerciorarse de que el Comandante no agredía a

Amalíss pero, en cuanto el hombre lo vio, volvió a levantar la pistola, apuntó alocadamente y disparó. En esa ocasión, la bala impactó contra el suelo y, de rebote, se incrustó en la pared.

Austin y Amalíss se miraron aterrados, en un instante de comprensión absoluta.

—¡No hagas eso! —insistió la Doctora— ¡Es muy peligroso para la campana de aislamiento!

El androide y la Doctora volvieron a mirarse durante unas décimas de segundo y, a continuación, Austin salió corriendo a través de estancias y pasillos. El Comandante lo persiguió con la pistola en la mano intentando alcanzarle.

—Es inútil: no lo podrás encontrar... —advirtió Amalíss al Comandante, aunque él ya no la oía— ¡Ha salido al exterior! ¡Era la única forma de protegernos del estallido de la campana!

VII

LO SALVAJE

Clorofluorocarbonos procedentes de los antiguos aerosoles, monóxido de carbono expulsado por la combustión en automóviles, dióxido de carbono acumulado desde los carburantes fósiles, óxido de nitrógeno convertido en dióxido y en ácido nítrico caído en innumerables ocasiones junto con la lluvia ácida, dióxido de azufre emitido por las viejas fábricas, ácido sulfúrico y vapor de agua, metano y ozono en concentración excesiva, material particulado y polvo.

Austin había analizado los componentes de la atmósfera de fuera. Era increíble que pudiera darse tal concentración de gases contaminantes. Al parecer, el hombre no había tenido escrúpulos para destruir su propio planeta y para destruirse finalmente a sí mismo, porque ¿cómo podría vivir fuera de los centros de investigación protegidos por campanas aislantes? La imagen del Comandante Theo disparando dentro del refugio daba cuenta de esa suprema estupidez. Pero Amalíss... Austin recordó el empeño de la Doctora por salvar el mundo con sus investigaciones... ¿Cómo podía haberse dejado influenciar por un ser mucho más tosco que ella? La capacidad intelectual del Ama, desde luego, quedaba deslucida por aquella debilidad emocional. Hubiera sido muy simple seguir unas sencillas directrices racionales para comprender la estupidez y la violencia del *náufrago* y, en su lugar, ella se dejó cegar por el espejismo de su arrogancia.

El Ayudante comenzó la inspección del mundo exterior rodeando todo el perímetro de la campana. Antes de su huida el espacio visible estaba limitado por una cúpula hermética repleta de oxígeno: era una especie de pecera que protegía la vida de dentro. Ahora, desde fuera, la campana parecía un reducto pequeño frente a la inmensidad del cielo oscurísimo, denso como un mar de mercurio. Fuera del refugio, al parecer, sólo existía el silencio y la soledad: un silencio apenas rasgado por las tormentas electromagnéticas y por la precipitación de alguna basura espacial, y una soledad acompañada de la presencia muda de los nanosatélites desperdigados en los alrededores.

Austin completó la vuelta al perímetro luminoso de la campana protectora. En los espacios donde existía alguna fuente de luz, se distinguía el interior desde fuera. El androide se acercó al cristal y posó suavemente sus manos sobre el espejo translúcido.

Ojalá ese simple contacto sirviera para mantener la comunicación con Amalíss. ¡Ojalá su partida precipitada del refugio hubiese ayudado a protegerla!



El Comandante volvió a la sala donde se encontraba Amalíss. Todavía llevaba la pistola en la mano y conservaba cierto gesto de estupefacción, como si él mismo no acabase de creer lo que había hecho. Dejó el arma olvidada sobre una mesa y respondió a la pregunta tácita de la mujer.

—No, no le he alcanzado.

—Y ahora —preguntó ella dramáticamente—, ¿qué va a ser de él ahí fuera?

El hombre la miró de nuevo y respondió a su pregunta con un gesto banal.

—¿Y qué importa eso? ¡No es un ser humano! ¡Así no tenemos que preocuparnos de desconectarlo!

—Los gases tóxicos lo pueden dañar... y además... ¡además está él solo contra los MPPT!

—Él sabrá qué hacer con las otras máquinas... —se excusó Theo, y añadió en un impulso violento:— ¿O es que tú quieres salir a ayudarlo?

Amalíss lo miró con dureza y comenzó unos pasos enérgicos hacia la puerta, pero él la interceptó tomándola bruscamente de los brazos.

—¿Adónde vas?

—¡Déjame! ¡Me estás haciendo daño! —dijo ella intentando escapar.

Sin embargo, el Comandante no tenía ganas de continuar las escaramuzas, así que le dio una bofetada que la lanzó contra el sofá.

—¡Ya estoy harto de tus tonterías y de tus juegos estúpidos! —gritó remarcando cada sílaba—. De ahora en adelante, sólo vas a hacer lo que yo diga... ¡Por de pronto te estás ahí quietecita mientras consigo pensar!

La Doctora quedó, efectivamente, quieta como una estatua, con los ojos abiertos de espanto y la mano sobre la mejilla lastimada. El Comandante, olvidándola momentáneamente, comenzó un paseo rápido a lo largo y ancho de la habitación murmurando incongruencias en voz baja. Al poco rato, se plantó frente a ella.

—¿Es posible entrar desde fuera? —preguntó procurando ordenar sus ideas.

Ella negó apretando los dientes y él sonrió.

—Mejor —aclaró el Comandante—. Así no tengo que ocuparme de pararlo.

A continuación, Theo se desentendió de la Doctora, tomó la pistola y salió sin dar más explicaciones. Ella continuó todavía un rato esperando sentada en el sofá y después, al ver que el hombre no regresaba, se levantó y se dirigió sin hacer ruido a la Sala de Control. En ese momento recordó que aquel había sido el lugar donde Theo atacó a Austin.

Amalíss se acercó sigilosamente a la mesa de mando. Uno de los monitores había estallado a causa del disparo, pero suponía que el resto debía funcionar. Cuando llegó, todos se hallaban en stand-by,

así que introdujo sus claves de acceso para intentar reiniciarlos. Enseguida vio que Austin había conseguido restablecer las comunicaciones y que había varios mensajes en la bandeja de entrada. Abrió uno de ellos al azar y comenzó la lectura rápida de una nota que apenas entendió: “Aviso a todos los Centros de Investigación Periféricos: rechacen aterrizaje de nave no identificada peligro refugiar pirata huido...”

Ella interrumpió la lectura: sabía que Theo ya se encontraba allí, a sus espaldas. Él no hubiera consentido en dejarla escapar. El hombre puso su mano sobre la de ella, para impedir que contestase el mensaje con un S.O.S., y ella la retiró dócilmente, vencida por el desconsuelo.

—En realidad, ¿quién eres? —preguntó, por fin.

—¿Quién soy? —respondió él, regodeándose al demorar la respuesta— Yo soy quien tú quieras que sea... Soy, por ejemplo, un hombre. ¿Te parece poco? ¡Hasta ahora he sido tu hombre!

La Doctora dio un paso atrás mientras sus labios se plegaban en un gesto de repugnancia, que él advirtió.

—¿Qué pasa? ¿Ya no me quieres? ¿Te gustaba más tu amiguito? —dijo él, y añadió, como una bofetada—: ¡No creas que tú eres gran cosa! ¡Cualquier androide hembra es más hermosa que tú! ¡Tú eres lo que peor he tenido en los últimos tiempos!

La mujer no contestó y se encerró en un mutismo digno, concentrándose en el esfuerzo de evitar echarse a llorar en su presencia. Sin embargo, todavía quedaba una extraña sorpresa. Detrás del Comandante, acompañada de un chirrido desagradable, apareció la nanonave que habían tenido secuestrada en el Laboratorio Biotecnológico.

—Mira, te presento a “Zeta”, elaborada por mi industria particular “Zeus”, una de mis amiguitas. Tengo a su mamá y a otras doce hermanitas en el exterior.

Amalíss se sobresaltó al máximo, al recordar el sorpresivo ataque de las nanonaves, su posterior experiencia tóxica y la agresión ulterior contra Austin. La extraña máquina oblonga había perdido su

perímetro acorazado sin fisuras y ahora se desplazaba sobre unas ruedas pequeñas que habían salido de su interior. El Comandante comprobó divertido el pavor que le provocaba a la Doctora.

—No temas. Tiene un mecanismo muy simple y la manejo mediante sensor remoto. La emanación tóxica fue un accidente inesperado; de hecho, cuando la sufriste, expulsó casi todos los gases que tenía acumulados.

—¿Fuiste tú? —preguntó la Doctora, que terminó por comprender la entidad del engaño.

El Comandante asintió.

—Necesitaba un refugio como éste, tan... apartado. Hacía tiempo que había interceptado vuestras comunicaciones y que os tenía bien vigilados.

—¿Y el ataque a Austin con la lámina de acero? —insistió Amalís.

—Espero que me devuelvas la cuchilla —dijo él, con ironía—. No distinguí al androide a través de la cámara... Pensé que era humano y lo hice por allanar el camino...

La Doctora ya había oído bastante como para comprender que tenía todo perdido. Austin había sido expulsado hacia el peligro de fuera y ella... ella se encontraba atrapada con un sádico que la había estado vigilando durante meses para hacerse con el refugio. “Peligro, pirata huido”, decía el mensaje de alerta... Ella, que pensó en un naufrago perdido, había acogido a un criminal abyecto e incluso lo había metido en su cama después de haberse hecho ilusiones de amarle... ¡Qué estúpida y qué necia irresponsable!

El Comandante, sin embargo, se sentía enormemente satisfecho de su suerte. Una vez fuera el peligro del androide, no le iba a costar ningún esfuerzo hacerse obedecer por aquella mujercita voluble.

—¿Qué te pasa? —insinuó el hombre acercándose hasta tomarla en sus brazos— ¿No te gusta mi nueva apariencia de hombre de mundo?

Amalís lo empujó hasta apartarlo y se volvió para intentar escapar, pero el pequeño artilugio, como si se tratase de un perrillo,

comenzó a perseguirla y a entorpecer su paso, interponiéndose entre ella y la salida. El hombre rio.

—¿Qué te parece la nueva compañía? ¿La vas a cuidar igual que a tu androide querido?

La mujer, enloquecida, corrió entre los muebles perseguida por la máquina hasta que consiguió salvar la puerta. La cerró precipitadamente para ganar algunos segundos mientras el Comandante la abría, atravesó los pasillos y, por fin, alcanzó el amparo de su dormitorio. Una vez allí, se encerró utilizando el tosco cerrojo que Theo había colocado en la parte de dentro.



Los componentes contaminantes del exterior del refugio, afortunadamente, no reaccionaban ante la luz solar, aunque ésta era muy escasa. Austin siguió registrando todo aquel material que la Doctora había analizado desde el interior. Cierta basura orbitando alrededor de la tierra, surgida por la descomposición de restos de cohetes y de satélites viejos, de restos de explosiones y de pequeñas partículas artificiales. Contaminación radioactiva fruto del uso de materiales radioactivos: radiación ionizante. Contaminación electromagnética, producida por las radiaciones del espectro electromagnético generadas por equipos electrónicos u otros elementos producto de la actividad humana, como torres de alta tensión y transformadores, antenas de telefonía móvil, electrodomésticos. Algunas tormentas solares, que podían inducir corrientes eléctricas en el campo magnético de la tierra: probablemente a causa de alguna de ellas se habían visto afectados en el pasado los satélites de comunicación. Ojalá la Doctora no precisase el oxígeno, pensaba Austin. Así hubiera podido salir a inspeccionar el exterior y anotar con más exactitud la amenaza contra la que se veía obligada a luchar.

El androide recorrió nuevamente el perímetro de la campana y, puesto que no podía entrar, se decidió a alejarse unos metros. La superficie terrestre resultaba rugosa y abrupta, cubierta por hendiduras

ligeras y pequeños obstáculos de basura espacial. Para protegerse de imprevistos, afinó la recepción de sus sensores: le había parecido detectar un movimiento indiciario de un posible peligro: los doce pequeños microsátélites desperdigados alrededor de la casa y la nanonave de mayor tamaño habían comenzado a moverse.



Pasaron varias horas y el primer sentimiento de haber quedado provisionalmente a salvo se desvaneció. Al principio ella había temido que el hombre iba a golpear la puerta empuñándose en abrirla. No fue así. Theo ni siquiera se acercó al otro lado para llamar o para comunicarse con ella, pero era evidente que la esperaba desde la otra parte.

Amalíss se refugió entre las sábanas, aunque sabía que era imposible descansar. ¡Qué vuelco había dado su vida en unas pocas horas! Había pasado de ser el Ama del refugio a una pobre mujer asustada, en las garras de un sátrapa. ¿Y Austin? ¿Qué haría su pobre amigo a merced de los rigores de fuera? Su piel delicada no podría soportar la contaminación y se resquebrajaría a jirones; su sistema neurológico, tan perfeccionado, se dañaría irremisiblemente; su compleja urdimbre de *microchips* estallaría a causa de las radiaciones electromagnéticas... Y eso sin pensar en otro peligro más inmediato: los trece malignos microsátélites que Theo les había regalado, con toda seguridad, le estarían esperando allá afuera para destruirlo.

La Doctora se levantó de la cama y se acercó a la ventana intentando distinguir algún movimiento o una sombra. Puso sus manos sobre el grueso cristal y musitó el nombre del Ayudante. ¡Qué felices le parecieron ahora los días de su anterior convivencia! ¡Qué suave recuerdo el del androide mientras velaba por ella durante su intoxicación!

Maraña de cables, autoprogramación, textura de carne semi-humana, elegir la respuesta adecuada... La Doctora escondió su cara

entre las manos, sollozando. Un humano, un androide, la soledad, el refugio... ¡no pensar! ¡NO PENSAR!

No debía pensar en nada que pudiera destruirla. Tenía que mantenerse firme y seguir adelante a pesar de los peligros reales y de las trampas de su propio corazón.

Cuando llegó la hora aproximada del mediodía, Amalíss sintió hambre y recordó que tenía que comer algo. Había bebido agua en el cuarto de baño, pero estaba sin tomar ningún alimento desde el día anterior. Sabía que una persona podía sobrevivir durante muchos días si contaba con agua, pero no podía imaginarse permanecer encerrada en el dormitorio sin comer para siempre.

Se acercó a la puerta y llamó a Theo a voces.

—Theo, ¿estás ahí? Voy a salir...

Ella había supuesto que el hombre se encontraría en los alrededores esperando su salida, pero al parecer eso no fue así.

—Theo —volvió a gritar, con todas sus fuerzas—, ¿estás ahí? ¡Voy a salir! ¡Quiero hablar contigo!

Sin embargo, no obtuvo ninguna respuesta. No había previsto que él se desentendiera de ella tan pronto y no se podía creer que la considerase un peligro tan ínfimo como para abandonar su vigilancia. Quizás el Comandante se hallaba en la Sala de Control o estaba revisando todas las instalaciones.

Durante un tiempo repitió las llamadas cada rato, pero el Comandante nunca contestó, así que, cuando llegó la hora probable del anochecer, decidió salir sin pedir más permisos. Tenía ya mucha hambre. Quiso imaginar que Theo se había marchado por donde vino, abandonando el refugio. Por si acaso, se acercó suavemente a la puerta, procurando no hacer ruido para tomar por sorpresa al hombre, si todavía se encontraba allí. Descorrió el cerrojo con cuidado y empuñó la manija de la puerta oyendo los latidos desbocados de su propio corazón.

La puerta no se abrió. Theo la había encerrado por la parte de fuera. Un ataque de furia contra el hombre y contra su propia ingenuidad le hizo rechinar los dientes.

—¡Theo, sácame de aquí! —comenzó a gritar mientras golpeaba la puerta presa de un ataque de nervios— ¡Sácame de aquí! ¿Me vas a dejar morir de hambre?

No hubo respuesta durante toda la noche, pero al amanecer la puerta ya estaba abierta.

* * *

La negrura exterior ahora se había poblado de ruidos. Las pequeñas máquinas, que habían implementado su capacidad de traslación a partir de sus componentes de plasma y combustible líquido, correteaban entre las imperfecciones del suelo tropezando torpemente con los salientes en un choque que las lanzaba momentáneamente hacia atrás hasta que se reorientaban para seguir su camino errático. La nanonave de mayor tamaño también había cobrado cierta vida: permanecía en el mismo sitio de la caída, pero en su interior sonaba algo parecido a interferencias.

A pesar de su aspecto siniestro, no eran robots complicados. Era evidente que funcionaban mediante sensores remotos y que el mecanismo que controlaba la velocidad de procesamiento de información era rudimentario. ¿Dispositivos lógicos programables? Posibilidad de reconfiguración durante el transcurso de la misión... Solucionar errores... Actualizar diseño... Capacidad de integración...
%r5,%r3 10000110 10000000 11000000 00000101 2088 done:
jmp1 %r15+4,%r0 10000001 11000011 MOV AX,@data MOV DS,
AX, AX 11100000 00000100 2092 length: Endurecimiento
programado ante las radiaciones para evitar daños... Corrección de
las perturbaciones en el funcionamiento... 01111111 11111100 2072
MOV AX,@data en AX la MOV MOV AH,9 H = código INT 21h
string INT 20h begin .org 2048 a_start .equ 3000 2048 ld length,%
2064 be Procesos de verificación por inyección de fallos... PORTA
bcf STATUS,RP0 movf PORTA,W movwf Cont 00000000 00000110
2068 movf Contador,F btfsc STATUS,Z 00000000 00000110 2068
goto Pun Dec al sublw d'9' btfss Tiempo de desarrollo... Calidad del

producto... uSEG,T05SEG CLR TR0 CPL uSEG MOV R1,DPL
MOV R2,DPH CJNE R2,#07H,T05SEG Propulsión de micronaves...
addcc %r1,%r2,%r4 Dispositivos lógicos...

* * *

—¿Ya te has cansado de jugar? —preguntó el hombre con voz pastosa.

Cuando lo vio derrengado sobre el sofá de la sala, Amalíss pensó que el Comandante estaba borracho. Todo lo que le rodeaba, inexplicablemente, parecía indicar que había sucedido una hecatombe. Había platos sucios con restos de comida encima de algunas sillas y botellas de vino vacías tiradas por el suelo.

—Has visto que yo sí he cenado... —dijo con ironía— Y, además, ¡he descubierto la estupenda bodega de este hotel!

Ella dio unos pasos dudando. Necesitaba decidir la estrategia más adecuada para protegerse. En un rincón de la habitación Zeta también la vigilaba.

—¿Qué te pasa? ¿Se te ha comido la lengua el gato? —siguió acosándola el Comandante— ¿Has salido para reconciliarte conmigo o para comer?

Theo rio sonoramente sus chistes groseros y ella simuló sumisión.

—Así es —admitió humildemente—, nosotros somos dos seres humanos y tenemos que reconciliarnos. En eso tienes razón. Además, también tengo hambre.

El Comandante se incorporó torpemente y señaló la cocina con gesto magnánimo.

—¡Adelante, tienes permiso para desayunar!

En cuanto Amalíss se puso en movimiento, la pequeña máquina la interceptó para entorpecer su camino. La Doctora intentó sortearla rodeando los muebles, pero Zeta se lanzaba contra ella lastimando sus pies. Por fin, la mujer quedó de pie, rígida, sin atreverse a mover un solo músculo. El Comandante, por su parte, parecía muy divertido.

—¿Qué pasa? ¿Este cacharro no te obedece como tu androide querido? ¡Mi maquinita no quiere hacerte el desayuno!

—¡Por favor! —dijo ella—, ¡sabes que llevo casi dos días sin comer...!

Theo se levantó del sofá y se acercó a ella peligrosamente.

—¿Así que tienes hambre? —le preguntó en un tono desagradable, e insistió—: ¿Mucha hambre?

Amalíss afirmó con la cabeza, sin fuerzas para seguir con el juego, y el hombre la asió bruscamente del pelo y la tiró al suelo. Una vez allí tomó uno de los platos sucios con restos de su comida anterior y se los restregó por la cara y por la boca.

—Toma: come, preciosa. Se ve que tú no sabes qué es pasar días y días con un trozo de pan... No sabes qué es vagar por el espacio sin saber adónde vas a llegar... Menos mal que encontré a una Doctorcita preciosa en este sitio, que me hizo el favor de admitirme a su lado. ¡Me dio la limosna de compartir conmigo su cama, la cama que antes compartía con su androide! ¡Qué divertido!

Amalíss se ahogaba entre náuseas mientras el Comandante le seguía llenando la boca con los restos fríos y grasientos del plato. Por fin, la soltó. Ella se arrastró unos metros intentando alejarse mientras escupía lo que le quedaba en la boca. Él la miró con un gesto de asco infinito.

—Bien, Doctorcita. Puedes irte.

El Comandante hizo un gesto a Zeta para que la dejase marchar, pero antes de que saliera de la estancia le gritó:

—¡¡Podrás comer algo cuando acabes de fregar!! ¿Para qué crees que sirven las mujeres?

* * *

En el exterior, Austin *A+008* 01111111 11111100 2072
MOV AX, @data en AX la MOV MOV AH, 9 H = código INT 21h
string INT 20h begin .org 2048 a_start .equ 3000 2048 ld length,%
2064 be done 00000010 10000000 2068 addcc %r1,-4,%r1 00000000

```

00000110 2068 addcc %r1,-4,%r1 2072 addcc %r1,%r2,%r4 10001000
10000000 %r5,%r3 10000110 10000000 11000000 00000101 2088
done: jmp1 %r15+4,%r0 10000001 11000011 MOV AX, @data
MOV DS, AX, AX 11100000 00000100 2092 length: 20 00000000
address: a_start 00000000 00001011 10111000 .org a_start 3000
a:</tt

```

```

Austin T05SEG: SETB TR0 JNB uSEG,T05SEG CLR
TR0 CPL uSEG MOV R1,DPL MOV R2,DPH CJNE R2,#07H,
T05SEG CJNE R1,#78H,T05SEG MOV DPTR,#0 RET bsf
STATUS, RP clrf PORTB movlw 01111111 11111100 2072
addcc %r1,%r2, movf Contador,F btfsc STA TUS,Z 00000000
00000110 2068 goto Pun Dec al sublw d'9' btfss STATUS,C END
MOV DX, MOV AH, 9 INT 2 INT 20h.

```

* * *

Pasaron varios días. Amalíss se había convertido en la sombra de su propia sombra: acudía desde el dormitorio a la cocina con el cometido de preparar alguna comida para el Comandante, siempre perseguida por Zeta, y al terminar se refugiaba de nuevo en su cuarto con la esperanza de que él no la recordase. No volvió a encerrarse utilizando el cerrojo: lo tenía prohibido.

El Comandante campaba a sus anchas por el refugio. Con una curiosidad insaciable, había explorado todos los rincones, comía cuando tenía hambre, tomaba bebidas del almacén, consultaba las computadoras de la Sala de Control y se divertía a su modo hostigando a Amalíss o emborrachándose.

Ella, sin duda, prefería verlo borracho, caído sobre el sofá, ya que eso le obligaba a dormir y así podía contar con que durante unas cuantas horas no iba a molestarla en su dormitorio. La primera vez que él quiso forzarla después de la salida de Austin, ella se resistió. Suponía que con su firme voluntad conseguiría alejarlo, pero no fue así. Él la golpeó brutalmente, enardeciéndose durante la lucha al comprobar la facilidad con que era capaz de humillar a la mujer.

Desde entonces, ella se dejaba hacer pasivamente. Cerraba los ojos esperando que el transcurso del tiempo derrotase al Comandante y lo dejase dormido sobre sus sábanas. Así ella podía levantarse sin hacer ningún ruido y se arrastraba hasta el cuarto de aseo para recoger entre la cascada del agua de la ducha su inexistente dignidad. Soy una esclava, se decía. Su criada esclava, su esclava sexual, su cocinera esclava, su esclava idiota.

Y mientras tanto, Austin seguía en el peligro exterior. ¿Seguía? La Doctora escrutaba la oscuridad más allá de la campana de protección deseando adivinar un movimiento o una sombra. Cuando el Comandante dormía, posaba obsesivamente las manos sobre el cristal para llamar al androide. ¿Seguía todavía ahí afuera? En los momentos de caída al vacío imaginaba su cuerpo destrozado pudriéndose por el efecto de la contaminación de los gases. Era imposible que el Ayudante pudiera resguardarse allá para lograr sobrevivir.

En el interior del refugio, en lugar de su androide querido, como le había advertido irónicamente el Comandante, Amalíss tenía la compañía de Zeta, que la perseguía a todas partes. ¡Cómo odiaba a ese trasto! Cada vez que variaba milimétricamente el itinerario previsto, Zeta se lanzaba contra sus tobillos como un perrillo salvaje y la golpeaba sin piedad. Hubiera deseado tener unas botas de hierro para patear al artilugio o aplastarlo bajo una tonelada de hormigón. En su desesperación, la Doctora no sabía si odiaba más al Comandante o a su artefacto rudimentario y oblongo.

Sin embargo, la prudencia la obligaba a ocultar su dolor bajo una máscara impenetrable. Se sentía impotente, indignada y estúpida bajo la tiranía del Comandante, pero no podía rendirse. Más allá de su propio sufrimiento, más allá de la humillación de cada día, la Doctora recordaba su misión en el refugio. Ella había sido elegida, entre muchos otros científicos, para investigar la fórmula que permitiera a la humanidad seguir su supervivencia en la Tierra y más allá de su propia carne lacerada y de su espíritu abatido, tenía que seguir adelante con su cometido en el Centro de Investigación. Ya no estaba

en juego su felicidad o su salvación, sino la supervivencia de toda la humanidad.

Cuando Amalíss pensó que la rutina de su sumisión había hecho olvidar al Comandante su rebeldía primera, intentó ampliar el margen de sus actividades.

—Theo —le dijo suavemente después de una peripecia sexual en la que ella se había mostrado inopinadamente activa—, necesito que me permitas acceder a la Sala de Control. Debo seguir con mis investigaciones. Hace tiempo que estoy incumpliendo los plazos...

El Comandante se incorporó como empujado por un resorte, se puso en pie y la miró desde arriba con una extraña atención.

—¿Seguir con tus investigaciones? —preguntó, sopesando arteramente las intenciones de la mujer.

—Ya sabes qué hacía yo aquí: tú mismo me observaste trabajar durante semanas —se animó la Doctora, intentando dar a sus palabras un toque de banalidad descuidada—. Ya queda menos para encontrar el punto de inflexión que permita determinar la Fisura...

El Comandante la miró desde su altura y sus ojos se endurecieron.

—¡La famosa Teoría de la Grieta de Fuga para el Cosmos y los trabajos de evaluación de los gases! ¡Cuando escapé de Bloomington pensé que me había librado también de esas descabelladas teorías!

Theo dio unos pasos nerviosos alrededor de la cama, donde todavía se encontraba Amalíss.

—Ya veo la influencia de la Metrópolis: la verdad absoluta e incuestionable inventada por los científicos de Bloomington todavía es capaz de inflamar ilusiones en los centros periféricos. ¡Qué hermosa labor! —ironizó.

La Doctora se levantó de la cama e intentó calmar al Comandante con sus arrumacos.

—Theo, tú me puedes ayudar en eso... Entre los dos seguiremos trabajando sobre la base de la que yo he partido.

—Amalíss, no seas tan estúpida —gritó él enfrentándose violentamente a la mirada pretendidamente ingenua de la mujer—. Nunca volverás a pisar la Sala de Control.

—¡Por favor! —gimió ella.

Theo la empujó hasta encararla contra la campana de aislamiento y sujetó su cabeza contra el vidrio.

—Mira a tu alrededor —escupió con rabia—. ¿Qué ves? Tus investigaciones insípidas no sirven de nada... La Teoría de la Grieta de Fuga es ridícula: una quimera imposible ¡La Humanidad ya está acabada! ¡Nunca podrá sobrevivir! ¿Es que no lo comprendes? ¡La Tierra era esto! ¡Esa mierda de afuera ni siquiera permitirá permanecer a las máquinas!

El Comandante, despechado, se dirigió hacia la puerta y salió. Sin embargo, dos segundos más tarde, regresó sobre sus pasos, asomó la cabeza con su melena blanca y negra de cabellos revueltos y volvió a gritar señalando la oscuridad desolada de afuera:

—¡La Humanidad entera está sentenciada a la desaparición! ¡No queda ninguna esperanza! —y, antes de cerrar violentamente la puerta, amenazó con su dedo índice a la oscuridad exterior— ¡La Tierra era esto!

* * *

```
Austin *A+008* CJNE R2,#07H,T05SEG CJNE R1,#78H,
T05SEG MOV DPTR,#0 RET bsf STATUS,RP clrf PORTB movlw
01111111 11111100 2072 addcc %r1,%r2,%r4 10001000 10000000
01000000 00000010 2076 ld %r4,%r5 110010100xFF MOV AH, 9
INT 21h INT 20h 01111111 11111100 2072 MOV AX, @data en
AX la MOV MOV AH, 9 H = código INT 21h string INT 20h begin
.org 2048 a start .equ 3000 2048 ld length,% 2064 be done 00000010
10000000 2068 addcc %r1,-4,%r1 00000000 00000110 2068
addcc %r1,-4,%r1 Austin *A+008* 00000000 2080 ba loop 00010000
10111111 DS, AX AX MOV DX, DX 11111111 11111011 2084
addcc %r3,%r5,%r3 10000110 10000000 11000000 00000101 2088
```

done:jmpl %r15+4,%r0 10000001 11000011.org a_start 3000 a:</tt
T05SEG: SETB TR0 JNB uSEG,T05SEG CLR TR0 CPL uSEG
MOV R1,DPL MOV R2,DPH Austin *A+008*.

* * *

Amalíss se hallaba subida sobre la encimera de la cocina. Desde que comenzó su nueva vida estaba aprendiendo a hacer cosas que nunca antes había previsto. Primero limpió los cajones y los estantes de abajo y después fue ascendiendo para restregar la parte de arriba. Entonces vio que hubiera sido mejor hacerlo al revés. Era preferible empezar a limpiar desde arriba para que el paño húmedo no gotease sobre la parte terminada.

Seguro que eso lo sabían bien las mujeres del pasado que habían dedicado tantas horas a limpiar la casa y a cocinar para sus hombres. ¡Qué ironía! Ahora, cuando ya no le estaba permitido trabajar en sus investigaciones, gastaba su tiempo y su energía en realizar las labores domésticas que sus abuelas abandonaron, mientras Zeta la vigilaba mansamente desde el suelo.

¿Por qué lo hacía? ¿Por qué se dedicaba con tanto empeño a limpiar, cuando esa labor ya solamente la realizaban las máquinas? Amalíss no conocía a ciencia cierta la respuesta. Sólo sabía que tenía que emplear su energía en algo, en cualquier cosa aunque fuera estúpida y aburrida, con tal de evitar ponerse a pensar. Antes ella fue el Ama. Ahora era, tontamente, nada más que un ama de casa.

La Doctora sonrió ante sus propios pensamientos, que le trajeron a la cabeza una excusa sobre su reciente propensión a limpiar: ella vislumbró la teoría de que el alma de aquellas mujeres antiguas de los siglos pasados, cuyo único horizonte fueron las labores domésticas, estaba colonizando la suya a través de los tiempos. Pensó que las esclavas del pasado la estaban abduciendo a su mundo de esclavas y por eso sentía cierto consuelo masoquista al fregar.

Amalíss volvió a sonreír tristemente a causa de las tonterías con que distraía su pensamiento. ¡Ay, el ser humano siempre encuentra una salida para el túnel amargo de su desconsuelo!

Bajó de la encimera de la cocina sirviéndose de una silla y acercó el cubo de agua sucia al fregadero. Al pasar dio una leve patada a Zeta, que se alejó medio metro para dejarla cruzar. ¡Qué máquina más estúpida! Amalíss odiaba a Zeta, ese ser oblongo, feísimo, que no servía para nada útil. La escasa inteligencia de Theo no podía haber creado otro engendro más repulsivo.

Amalíss cambió el agua sucia del cubo por otra más clara y volvió a subir para alcanzar el armario de arriba. Para limpiar utilizaba un detergente en espray, que luego aclaraba con el paño húmedo. Restregó en primer lugar la puerta de fuera y después la abrió para quitar el polvo y la grasa a los estantes de dentro. Un objeto al fondo del armario le hizo cerrar de nuevo la puerta. Miró a Zeta, bajó de la encimera, se lavó incongruentemente las manos y volvió a subir para seguir su labor. Miró a Zeta.

¿Qué hacía aquella bobina con cable de cobre en el estante? ¿Por qué había guardado Austin aquel tesoro allí? Amalíss restregó aún con mayor energía la puerta concentrándose en un pensamiento repentino.

Un electroimán es un imán cuyo campo magnético se produce mediante el flujo de una corriente eléctrica. Zeta la vigilaba desde abajo. El tipo más simple de electroimán es un trozo de alambre enrollado, que puede admitir un núcleo para aumentar su potencia, ya que este núcleo concentra el campo magnético. También había unos cuantos imanes en casa. Provocar un pulso electromagnético, un pico de tensión para interferir en el sistema rudimentario de la nave... Amalíss bajó de nuevo hasta el suelo, ahora en un salto elástico. Sería lo mismo que los pulsos producidos en el pasado por el rayo de una tormenta, tal y como explicaban los manuales escolares...

Zeta, cuando recibió la descarga, no explotó, como hubiera deseado la Doctora. Todo quedó reducido a un chasquido sordo y aburrido, ¡paf!, y un ligero olor a chamusquina. La nanomáquina era

ya sólo un trasto inservible. A Amalíss le hubiera gustado destrozarla con un martillo gigante, pero no podía permitirse el lujo de efusiones sentimentales. Tenía que salir rápidamente de la cocina hasta alcanzar su dormitorio: allí tenía una gran cantidad de pastillas azules y blancas.

* * *

```
00000000 00000110 2068 movf Contador, F btfsc STATUS,Z
00000000 00000110 2068 goto Pun Dec al be done sublw d'9' btfss
STATUS,C END MOV DX, MOV AH, 9 INT 21h INT 20h AX =
código INT 21h string INT 20h begin .org 2048 a_start .equ 3000
2048 ld length,% 2064 be done
```

```
Austin *A+008* Austin *A+008* Austin *A+008*
```

```
00000010 10000000 2068 01111111 11111100 2072 addcc %r1,
-4,%r1 d'9' btfss be done 00000000 01111111 11111100 2072
00000110 2068 INT 20h 01111111 11111100 2072 MOV AX, @data
start .equ addcc %r1,-4,%r1 T05SEG: SETB TR0 JNB uSEG,
T05SEG CLR TR0 CPL uSEG MOV R1,DPL MOV R2,DPH
```

* * *

—¡Te has vuelto loca! —dijo Theo cuando la vio con una botella de vino en la mano— Te has vuelto loca y por eso te voy a matar...

Amalíss se llevó la botella a los labios, hizo amago de beber y luego se limpió con el dorso de la mano la boca. Dejó la botella en la mesa vecina y se dispuso a correr. El Comandante la miraba con sus ojos terroríficos, inyectados en sangre. Había visto el desastre de su micronave y ahora sólo le faltaba que la mujer se bebiera su vino.

La alcanzó en la mitad del pasillo que conducía al Laboratorio, la asió fuertemente del pelo y golpeó su cabeza contra la pared. De la ceja rota comenzó a manar un reguero de sangre que la cegó parcialmente, pero la Doctora se levantó y consiguió llegar de nuevo

a la sala. Allí le resultaba más fácil escapar del Comandante, que por su corpulencia se retardaba cuando ella se escurría entre los muebles. En los últimos tiempos, una vez perdido su vivir acomodado, Amalíss se había endurecido físicamente más de lo que nunca hubiera previsto. Naturalmente, no se había acostumbrado a los golpes, pero se asustaba menos al sentir el dolor y el latido de su propia sangre derramada la enardecía más allá del pánico que sintiera en los comienzos.

El Comandante, no obstante, tampoco tenía prisa en cobrar su presa. Se llegó hasta la mesa y dio un largo trago a la botella de vino sin dejar de vigilar la ruta de huida que podía elegir la mujer. Ella, seguramente, intentaría llegar a la Sala de Control para pedir auxilio.

Sin embargo, la Doctora tampoco quería precipitarse. Sabía que el Comandante era muy fuerte y que, a pesar de su edad, conservaba una gran resistencia, así que tenía que medir sus fuerzas para alargarlas en el tiempo al máximo.

Después de unas cuantas escaramuzas y de derribar algunos muebles, Theo alcanzó a Amalíss. Consiguió interceptar una de sus piernas cuando intentaba escapar y la derribó al suelo. Ella lo pateó con todas sus fuerzas, con un vigor que obligó al hombre a sonreír, a pesar del golpe que le rompió la nariz. Entonces sí se empleó a fondo. Era lo que tenía que hacer. Con Austin había sido más divertido —posición delantera, *crochet* rápido, torso y cadera rotando en el sentido del reloj—, porque se habían medido de pie y eso permitía ejercitar el juego de piernas, el amago de golpe y el *uppercut* definitivo, pero ahora no podía permitirse ese lujo. Si consentía en que Amalíss se levantara, se podría escapar, así que sentado sobre una de sus piernas le aplicó la maza de sus puños por todo el cuerpo.

Por fin, la mujer dejó de agitarse y Theo la soltó. Su anterior cara hermosa era ahora una máscara de sangre y su cuerpo se desmadejaba como el de una muñeca rota.

El Comandante quiso darse un respiro y se acercó a la mesa para beber un nuevo trago de vino, que le supo extraño, como a una mezcla de sudor y de sangre. Ella, desde el suelo, se encogió

imperceptiblemente y acercó una mano hasta el pecho palpitante. El hombre se aproximó para observarla. La respiración de Amalíss se había hecho afanosa, ya que se apreciaba que le dolía respirar. Probablemente le había roto alguna costilla. Theo le dio un pequeño puntapié y se dirigió de nuevo hacia la botella. Bebió otra vez y pensó que quizás se había excedido en el castigo. Las mujeres no eran gran cosa: apenas soportaban una paliza mediana. Bueno, tampoco había sido una paliza mediana. Él mismo se había fatigado un poco y hasta parecía que la cabeza quería darle vueltas.

Theo volvió hasta el lugar donde yacía Amalíss, le levantó la cabeza con un amago de arrepentimiento y le aplicó la botella a la boca. Ella, que apenas podía tragar, tosió un poco de vino y de sangre.

—¿No quieres vino, preciosa? ¿No quieres que nos reconciliemos ahora? —dijo el Comandante con voz pastosa mientras se tumbaba a su lado. Las paredes habían comenzado a moverse y el techo de la habitación se combaba en una cúpula redonda.

Amalíss intentó incorporarse. Entre todos los dolores, el único que le importaba era el cuchillo que sentía en el pecho, que le impedía respirar. No quiso perder la calma. Vivir, vivir, supervivencia. Esas eran las únicas palabras que habían llegado a su mente mientras recibía los golpes del Comandante. Todo había ocurrido muy deprisa y apenas recordaba más que una sábana de sangre que le había cubierto la razón. Vivir. Vivir mientras el mundo daba vueltas alrededor. ¡Qué extraño instinto sin sentido!

La Doctora había conseguido elevar el tronco apoyándose en los brazos doblados. El Comandante yacía junto a ella, con la botella en la mano. Amalíss consiguió auparse hasta ponerse de rodillas y se arrastró por el suelo hasta el sofá, tomó unos cojines y los colocó bajo la cabeza del hombre. Después de descansar durante unos segundos, en un nuevo impulso, como en los viejos tiempos de su reprochable amor, se sentó a horcajadas sobre el estómago de su amante, que se revolvió un poco. Le quitó suavemente la botella de la mano y la aplicó a la boca hasta que quedó vacía. A continuación, se

dejó caer a su lado derrengada, intentando soportar el dolor que le impedía respirar.

Vivir, vivir, sobrevivir.

Amalíss sabía que no había terminado su labor. Debía asegurarse. Después de unos cuantos minutos de respiración angustiosa recobró algunas fuerzas y consiguió levantarse del suelo. No sabía hasta dónde alcanzaría su resistencia física. Llegó hasta la cocina. Zeta, afortunadamente, seguía inservible, pero allí no había muchos otros objetos que sirvieran de forma definitiva para la utilidad que buscaba. Cogió el cuchillo más afilado y un mortero de mármol que adornaba un estante. Vivir, sobrevivir. Tenía que matarle. Tenía que matar a un hombre para sobrevivir. Si el Comandante despertaba, ella estaba perdida, así que tenía que aprovechar su inconsciencia para matarlo. Pero, ¿qué debía hacer para matar al Comandante?

La Doctora llegó hasta la figura caída de Theo y se sentó de nuevo sobre su pecho, con el cuchillo en una mano y el mortero en la otra. El hombre todavía respiraba y, al parecer, de forma bien plácida. Ella sintió un ligero y extraño calor en las mejillas: estaba llorando. ¿Es que no iba a ser capaz de acabar con él? Cuando despertase, si no la mataba él a ella, ¿tendría que volver a soportar su tiranía y su crueldad?

De pronto, el Comandante abrió los ojos aterrados y Amalíss, en un ataque de pánico, comenzó a golpearlo en la frente con el almirez utilizando todas sus fuerzas una y otra vez. Notó que se salpicaba de sangre la cara, los brazos y el pecho, pero apretó fuertemente los ojos y lo siguió machacando enloquecida sin querer mirar su labor. Cuando le fallaron las fuerzas, cayó sobre la masa sanguinolenta, y al despertar le hundió el cuchillo con saña en el cuello.

Ya estaba hecho.

Le costó trabajo alejarse del reguero de sangre viscosa, que había atrapado a los cuerpos de los dos, hasta llegar a la zona seca. Ya no importaban las manos pegajosas, que no se secaron del todo al contacto con la ropa, ni el dolor en el pecho. Había que terminar la

labor y volver a la situación inicial. Acabar las investigaciones. ¿Las investigaciones? Sobrevivir. Austin. Sobrevivir.

La Doctora buscó el curioso casco y el traje que había vestido Theo para llegar desde su nave hasta el refugio. Seguramente a ella también le podría servir. Austin. La campana. El mar de mercurio de fuera, con sus olas de gases flotando en lugar del oxígeno. La campana. Por el dolor en el pecho no le fue fácil embutirse en el traje, y mucho menos colocarse el extraño y anticuado casco de forma conveniente. Austin. Desde luego, debía dejar una abertura en la escotilla que le permitiera regresar al refugio cuando volviese con el cuerpo del Ayudante, se encontrase en el estado en que se encontrase. Dejar abierta una escotilla. Y no sería tan difícil caminar por fuera, a pesar de que el mundo giraba inesperadamente. La gravedad es la misma, aunque las irregularidades del suelo te hacen tropezar. Manoteos contra las turbulencias. Austin. La campana.

La figura inestable de la Doctora avanzó con unos pasos dubitativos y erráticos. Desde lejos, parecía un astronauta borracho o, a lo mejor, la imitación grotesca de un científico loco en una película cómica. No fue raro que, después de unos cuantos tropiezos, cayera desmayada.

VIII TRÁNSITO

Esto se acaba, Theo —dijo el Aura, y añadió con cierta ironía—. ¿O todavía prefieres que te llame Comandante? —A estas alturas, puedes comprender que me da exactamente lo mismo —contestó el Cuerpo.

El Cuerpo, desde luego, tenía un aspecto extremadamente desagradable. La cabeza tumefacta presentaba innumerables erosiones sanguinolentas y grotescos chichones, pero lo peor era el aspecto de la nariz, que se había hundido hacia adentro hasta formar una auténtica antinariz, por llamarlo de alguna manera. Aparte de eso, el Cuerpo prácticamente se había desangrado a causa de un horrible tajo en el cuello, donde todavía bailaba un cuchillo. El Aura, mientras escapaba de un Cuerpo que le había hecho pasar excesivos malos ratos, quiso desquitarse un poco de la afrenta anterior.

—¿Y cómo has consentido que una débil mujercilla te haya hecho esto? —preguntó de nuevo con afán de incordiar.

El Cuerpo hizo amago de violentarse, siguiendo el hábito que en tiempos pasados le hubiera dictado la sangre, pero enseguida constató que con el Aura ya no le iba a servir de nada.

—Ya ves —contestó intentando disculparse echando mano del sarcasmo—. Nadie es perfecto... ¡Ni siquiera yo!

Sin embargo, el Aura tenía ganas de divertirse a costa de un Cuerpo que durante más de cincuenta años le había procurado tantos disgustos.

—¡Quién lo iba a decir, Theo! ¡Tú, con esos brazos poderosos y ese pecho de toro, abatido por una cazadora ridícula!

El Cuerpo, abrasado por la soberbia, hubiera deseado escudarse como consuelo en unos pucheros infantiles, pero se encontraba absolutamente acartonado y, además, las tumefacciones de los ojos tampoco le hubieran permitido llorar, tal y como se efectúa normalmente el acto lacrimoso.

—Sí, sí... Dime ahora lo que quieras —el Cuerpo decidió cambiar de táctica y pasar al ataque, como en otras épocas—, pero buen susto pasaste cuando escapamos de Bloomington después de cargarnos a un buen puñado de humanos y a unas decenas de androides...

—No lo niego —dijo el Aura, conciliadora—, pero reconocerás que aquello fue una verdadera catástrofe. Para salvarte a ti mismo, condenaste a muchos inocentes.

—Antes de aquello, también tuve mis buenos tiempos —dijo el Cuerpo, procurando cambiar de tema—. ¡La época de mi juventud venturosa!

—¡Oh, sí! Lo recuerdo perfectamente —contestó el Aura—. Entonces eras un hombre realmente atractivo: inteligente y arriesgado, joven y fuerte... Entonces... cuando todavía eras Comandante.

—Sí, cuando todavía era Comandante. Ya sabes que todo fue culpa de Kora. ¡Fue culpa de una mujer!

—¡Ah, no, eso sí que no! No le puedes echar a ella la culpa de tu perdición... ¡Tu degradación no fue sólo por causa de un asunto amoroso! Tú también pusiste mucho de tu parte para estropearlo todo...

El Cuerpo no podía moverse, pero aun así intentó con un gesto encogerse de hombros.

—Quizás yo cometiera algunos errores, es cierto; pero, de algún modo, todo empezó por amor. En los comienzos ella se me insinuaba —dijo fatuamente—. Yo le gustaba bastante. ¡Probablemente todo el mal que me hizo fue solo una forma de vengarse!

El Aura, que tan bien conocía al Cuerpo, ya sabía de las fanfarronadas de la carne, así que no se escandalizó de la mentira flagrante.

—Kora consiguió que te destituyeran, sí, pero tú... ¿no lo puedes justificar así, tan simplemente!

—¡Qué feliz fui en aquella época! —cambió nuevamente el Cuerpo de tema— ¡Con una mujercita que me adoraba, con mis queridos hijos...! Yo era respetado por todo el personal del Centro de Investigación. ¡Tuvo que venir la maldita Kora a enmendarme la plana!

—Sí, es cierto —concedió el Aura—. Entonces, cuando eras Comandante, todo el mundo te quería: embaucabas a cada uno con la mentira que deseaba oír, los hacías trabajar para después apropiarte de sus resultados y conseguías así engañar a todos con tu eficacia. Tuvo que venir una persona realmente inteligente para desbaratar tu imperio.

—Kora, la mujer fría —recordó el Comandante—. Tan fría como una estatua. ¡A veces hasta pensé que se trataba de una androide excepcionalmente perfeccionada!

Kora llegó a Bloomington con el cargo de Capitán, atraída por la fama de un Centro de Investigación que presentaba resultados prometedores para probar la Teoría de la Grieta de Fuga para el Cosmos. Allí, bajo la supervisión de prestigiosos investigadores, entre ellos el Comandante Theo, se estaba desarrollando un complejo sistema de mediciones e hipótesis que proponían una alternativa que iba a suponer la salvación de la Humanidad al solucionar el problema de la acumulación de los gases tóxicos en la atmósfera. El Comandante encabezaba uno de los equipos que estaba obteniendo mejores resultados y su fama se extendía a la misma velocidad que su influencia. Cuando llegó Kora, una investigadora entusiasta y eficaz, la comprobación de la mutua valía y el deseo de luchar bajo el mismo anhelo los unió en un lazo que mezclaba la camaradería con la admiración y, un poco más tarde, la común estimación dio lugar a un cierto tipo de amor.

Kora era una mujer hermosa, de alguna manera hermosa y turbadora, pero especialmente dotada de talento y eficacia. Theo, que llevaba unos cuantos años casado y tenía dos hijos, sintió una irrepresible atracción por la nueva compañera y soñaba en sus momentos de debilidad en abandonarlo todo para lanzarse a una verdadera aventura de amor. En aquella época, las obligaciones (y las devociones) surgidas del trabajo le hicieron alejarse progresivamente de su familia, ya que sólo tenía tiempo para los éxitos de su investigación. Kora, por su parte, correspondía a la locura con una actitud de arrobó platónico; pero, en cuanto el Comandante procuraba un acercamiento, ella escapaba. Al final, se rompió lo único que había sido sólido en el momento anterior: la esposa de Theo, que comprendió que había pasado para su marido a un segundo lugar, lo abandonó.

El Comandante sintió este cambio como motivo de liberación más que de desamparo, y redobló su persecución hacia la investigadora. Kora, mientras tanto, había llegado a diferentes conclusiones. El estudio de los resultados del grupo acerca de la Teoría de la Grieta de Fuga estaba trastocando alguna de las seguridades que la habían llevado hasta allí.

Todos hasta entonces habían aceptado, sin cuestionarla, la existencia de la Línea de Kármán, definida en los 100 km. sobre la superficie de la Tierra para establecer el límite entre la atmósfera y el espacio exterior. Theodore von Kármán proponía que, 100 km. por encima del nivel del mar, la densidad de la atmósfera se vuelve tan baja que la velocidad de un objeto (por ejemplo, una nave manteniendo su sustentación aerodinámica) debería ser equiparable a la velocidad orbital para esa misma altura. Así, la energía térmica, en el borde exterior de la atmósfera de la Tierra, provoca que algunas de las moléculas incrementen su velocidad hasta el punto de poder escapar de la gravedad del planeta, lo que da lugar a una pérdida lenta pero constante de la atmósfera hacia el espacio. El hidrógeno, por ejemplo, que tiene un bajo peso molecular, puede alcanzar la velocidad de escape fácilmente, con lo que se desvía hacia el espacio exterior a un ritmo mayor que otros gases.

¡Así se formó la Tierra, transformada desde su estado inicial al actual estado oxidante gracias al oxígeno libre proporcionado por la fotosíntesis! ¡La pérdida de hidrógeno fue una condición previa para la acumulación de oxígeno en la atmósfera y para la vida!

Al igual que el hidrógeno, de forma natural, escapa desde el límite de la atmósfera hacia el exterior, los investigadores de Bloomington idearon una hipótesis para hallar un sistema capaz de detectar una vía para la expulsión de los gases que circundan la Tierra, producidos por la contaminación provocada por los hombres, y la bautizaron con el extraño nombre: la Teoría de la Grieta de Fuga para el Cosmos, la salvación de la Humanidad.

Cuando Kora llegó a la Metrópolis, atraída por el éxito de que disfrutaba la Teoría, se volcó en cuerpo y alma en el análisis de la investigación: no sólo comprobó la certeza de las bases sobre las que se sustentaba, sino que verificó todos los informes, todas las mediciones, todos los resultados, todos los datos anteriores. Y entonces fue cuando surgieron los problemas: muchas de las propuestas del equipo de Theo se fundamentaban en presupuestos imperfectos y en coordenadas que no habían sido fiablemente contrastadas. Aún más: los resultados, en muchos casos, habían sido exagerados de tal modo que traspasaban los límites de lo verdadero. Por cobrar una gloria anticipada, el grupo liderado por el Comandante había propuesto como resultado efectivo unos datos que no solo eran inexactos, sino que correspondían a la fantasía desbordada de quien, en lugar de trabajar, se dedicaba preferentemente a buscar notoriedad.

Aquello no podía seguir adelante y Kora se vio obligada a denunciarlo.

Theo no lo comprendió. Arrastrado por la sacudida de su éxito, quizás había creído en sus propios embustes y tardó un tiempo en digerir que sus conclusiones eran inexactas y que toda aquella suma confusa y desordenada de cifras esperanzadoras no le llevaba más que al fracaso. Finalmente, su primer entusiasmo y su dedicación a la Teoría se trocó en desprecio y desengaño.

—Ella desbarató todas tus teorías y anuló todas tus publicaciones —recordó el Aura—. ¡Y entonces fue cuando la odiaste!

La crudeza de esas palabras hirió al Cuerpo, que comenzó su putrefacción revolviéndose en su propia bilis.

—Sí. Entonces la odié. Odié a Kora. Odié su pelo liso y brillante, su sonrisa lavada, su voz caliente. Odié su eficacia y odié la atracción que había ejercido sobre mí. Todo lo que antes amaba se convirtió en aversión —admitió sordamente—. Y ella también me odiaba... Consiguió demostrar que todos mis actos resultaban equivocados y finalmente, por un error sin importancia, me degradaron.

El Aura sintió cierta lástima por su amigo: al fin y al cabo habían pasado más de cincuenta años en estrecha compañía. Era cierto que Theo se había equivocado muchas veces, pero tuvo la mala suerte de padecer a un subordinado que resultó superior. ¡Cuántas personas inútiles detentan los más altos cargos simplemente porque no existe otro mejor que ocupe su lugar!

El caso fue que, a pesar de la existencia de muchos estudios valiosísimos sobre la Teoría de la Grieta de Fuga, era necesario revisar todas las investigaciones. Los altos mandatarios estimaron que no era positivo airear la entidad del engaño y, mientras se dilucidaba el verdadero alcance de la falacia, decidieron echar tierra sobre el asunto para ocultar el despropósito sin desautorizar la Teoría completa, que merecía una revisión más compleja. Así, el Centro de Investigadores de Bloomington interrumpió sus trabajos sobre la Grieta de Fuga, pero alentó a los centros periféricos para que continuasen con la verificación de las hipótesis, por si el tiempo conseguía aclarar las cosas sin escándalo. Sin embargo, a partir de aquella fecha, en su lugar, en la Metrópolis se incentivó la investigación sobre robótica, otro reto que había de ayudar al mejoramiento de la vida de la humanidad.

Entonces llegaron los años grises de Theo, depuesto comandante y ya nuevo subordinado de Kora. La antigua Capitana había sido nombrada primera responsable de las investigaciones sobre andróides y ejercía el cargo con dedicación y éxito absoluto. Mientras tanto él,

abandonado por su mujer, depuesto de su cargo y, en el fondo, humillado día tras día por los éxitos de la usurpadora, consumía sus horas oscilando entre el odio y el abatimiento.

—¡Claro que, para consolarte, tuviste la idea! —rememoró el Aura.

El Cuerpo no sonrió complacido: no podía hacerlo; pero los gases que comenzaban su descomposición bailaron con efecto efervescente. La idea... ¡Aquella idea!

—Una idea grandiosa, sin duda —dijo el Cuerpo.

—¿Grandiosa? —se escandalizó el Aura— ¡Fue el comienzo de tu verdadera perdición! ¡La espoleta que marcó el inicio del desastre de Bloomington!

—Al principio fue solo un juego inocente —rememoró el Cuerpo, disculpándose—. Yo no podía ejercer ya ninguna influencia sobre los humanos, así que me divertía reprogramando las máquinas.

—Reprogramar... ¡Fue más que eso! ¡Lo tuyo resultó un verdadero sabotaje!

—De alguna manera, eso podría ser cierto —admitió el Cuerpo, jactándose de su propia osadía—. Pero la Comandante Kora, tan lista y tan preparada, tardó varios años en descubrir que sus androides no la obedecían a ella, sino a mí. ¡Se precipitó al comenzar una guerra contra las máquinas!

El Cuerpo calló, recordando el desastre pasado que el Aura prefería no nombrar. Theo, desde su disfraz de hombre inocente, pudo presenciar durante un tiempo las revueltas de los androides: había sido divertido, en medio del abatimiento y la humillación padecidos de la mano de Kora, ver cumplida su venganza realizada por otros.

El plan de Theo no fue un ardid totalmente premeditado. En un principio reprogramó a los androides para que tuvieran pequeñas lagunas de obediencia, pero según cobraba confianza, fue convirtiendo aquellas disfunciones en actitudes abiertamente hostiles hacia los humanos. Y para completar su labor difundió la teoría de la creación de la propia conciencia por parte de las máquinas: la homeostasis.

Aquello sí que le hacía sentirse importante: había sido capaz de inventar toda una filosofía que justificase su traición. ¡Cuánto se divirtió al escuchar su quimera particular de los labios de Kora! ¡Cómo atacaba ella a los androides, acusándoles de haberse rebelado contra su creador! Aquello se parecía tanto a la justificación del pecado original de Adán y Eva, que a Theo se le saltaba la risa. Al igual que los humanos de la Biblia se rebelaron contra los designios de su Dios comiendo la manzana del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal y fueron expulsados del Paraíso, los adorables y perfectos androides también habían adquirido el conocimiento de su propia conciencia, de su propia identidad, y se habían rebelado contra los hombres. Sólo restaba expulsarlos también del maldito Edén particular de la Tierra.

Kora había creído todo aquello mientras estallaba una guerra sangrienta y destructiva: los androides atacaban a los humanos y se multiplicaban los heridos y, para contrarrestar esas pérdidas, el ejército procedía a la destrucción de las máquinas.

—Los androides no eran violentos por naturaleza —recordó el Cuerpo, deleitándose en una explicación superflua que el Aura ya conocía—. Simplemente obedecían las órdenes... ¡mis órdenes!

El Aura, de nuevo, calló. Aquella carnicería había resultado detestable, tanto desde el punto de vista moral como desde el meramente físico. Todos aquellos cuerpos sanguinolentos de hombres, mujeres y niños, masacrados por los androides, expulsaron a sus respectivas auras antes de padecer la corrupción material más repulsiva. El Aura de Theo también pretendía escapar de su Cuerpo y dejarlo ahí tirado, a merced de la asechanzas del tiempo, y advertía que, según empeoraba el aspecto del Comandante, deseaba con más vehemencia alejarse de él para desaparecer. Con un poco de suerte, acaso podría llegar a comprobar si, efectivamente, existía la Línea de Kármán allá arriba...

—Bien, y entonces fue cuando huiste... Escapaste en aquella vieja nave, acompañado de la cohorte de tus MPPT, para buscar un refugio apartado adonde no hubieran llegado las novedades de

Bloomington. La pobre Amalíss, desde su lejano Centro de Investigación, aún no había recibido noticias de la masacre. Hubiera sido hermoso que durase tu sueño, ¿no es cierto? —concluyó el Aura—. Hubiera sido hermoso poder escapar...

El Cuerpo sufrió una nueva eclosión de fluidos viscosos: en aquellos momentos comenzaba ya a oler bastante mal y el Aura decidió, por fin, que no estaba dispuesta a seguir consolando al caído.

—Un refugio —suspiró Theo mientras el Aura se alejaba y lo obligaba a enmudecer para siempre—. ¡Un refugio!

IX

PANECILLOS CALIENTES

Amalíss se despertó después de haber disfrutado de largas horas de sueño. Ante su vista aparecía, extrañamente, el techo de su propio dormitorio, así que se dispuso a arañar con las uñas de las manos la sábana bajera de la cama para continuar las comprobaciones. ¿Habré soñado?, pensó. Un dolor en el pecho al intentar moverse le dijo que no. Se acercó una mano a la caja torácica y notó una venda ajustada que le protegía las costillas. Subió la misma mano hasta la cara. Un tacto leve en la ceja derecha, en el labio, en el pómulo, le certificó que los terribles recuerdos que nacían del sueño no eran del todo imaginarios. Pensó gritar, pero se contuvo: no podría soportar la aparición del Comandante. Era mejor permanecer sin moverse en la cama, con los ojos cerrados, sopesando el dolor que nacía en cada una de sus respiraciones.

Al poco, oyó que se abría suavemente la puerta y unos pasos cautelosos se acercaban a su cama. Aterrada, abrió una rendija entre las pestañas de sus ojos para espiar al recién llegado.

—¡Austin! —gritó con un aullido de júbilo.

El Ayudante sonrió con sus ojos redondos y su boca perfecta y se inclinó sobre el Ama.

—00000000 00000110 2068 movf, F btfsc STATUS, Z 00000000
00000110 2068 goto —exclamó con energía—. ¡Dec al be done sublw
d'9' btfss!

Amalíss elevó la cabeza hasta el límite de sus posibilidades y llegó a advertir, más allá de la puerta abierta, la carrera alocada de varios microsátélites por el pasillo.

—¿¿Quééé?? —gritó dudando de su percepción.

Si existía una opción peor que la de despertar bajo la tiranía de Theo, esta consistía en haber caído en poder de las máquinas. De golpe, se le vino a la cabeza el relato del Comandante sobre los desastres de Bloomington: ¡los androides habían tomado conciencia de su particular individualidad y se habían rebelado contra los humanos para decidir sobre su propia existencia!

Austin había permanecido en el exterior durante demasiado tiempo: durante ese lapso las nanomáquinas lo habrían conseguido capturar y él, de grado o por fuerza, se habría alineado con ellas. ¡Como ya se había hermanado con sus congéneres, el Ayudante le contestaba en el lenguaje de programación de los androides! En aquellos instantes, seguramente, él la miraba con un gesto neutral porque, quizás, no había decidido qué expresión rescatar de su registro de semblantes...

—¿Qué ha pasado aquí? —se atrevió Amalíss a preguntar, esta vez con un hilo de voz.

Austin comenzó una nueva explicación:

—00000000 00000110 2068 movf, F btfsc

Pero, al comprobar que el Ama no comprendía, se interrumpió de inmediato.

—¡Perdón, Doctora! ¡Es que llevaba tanto tiempo hablando con las máquinas que casi he olvidado el lenguaje de los humanos!

Amalíss por fin sonrió, mientras se deshacía en su interior el doloroso nudo del estómago: afortunadamente, el querido Austin seguía siendo el mismo androide educado y adorable que la había acompañado durante la soledad de los últimos años en el refugio. El Ayudante, que advirtió el sobresalto del Ama, quiso completar su labor para tranquilizarla.

—¿Desea la señora que traiga ya la bandeja del desayuno? —preguntó, con la intención de que la Doctora comprobara que se reanudaba la rutina dichosa anterior a la visita del náufrago.

—Sí, Austin, muchas gracias: ¡tengo hambre! Pero antes de eso, necesito saber una cosa —dijo la Doctora y, para alejar su temor, añadió con voz temblorosa—: ¿Qué ha pasado durante todo este tiempo ahí fuera?

El Ayudante sabía que Amalíss no se iba a conformar con un recuento aproximado de lo que había pasado, así que señaló la caja de su pecho para que ella pudiera acceder a su introcomputadora.



REGISTROS DEL AYUDANTE AUSTIN *A+008* EN EL EXTERIOR. SECUENCIA CONCLUIDA

—Salida Centro de Investigación. Elegir opción adecuada: huida del refugio. Evitar daños campana aislamiento. Peligro interior Doctora. Volver pronto. Volver. ¿Escotilla cerrada?

—Componentes del aire: polvo, material particulado, clorofluorocarbonos, dióxido y monóxido de carbono, óxido de nitrógeno, ácido nítrico, metano, ozono, dióxido de azufre, ácido sulfúrico y vapor de agua. Peligro. Posible oxidación rápida de materiales internos en androides. Posible degradación piel artificial. Necesidad de protección.

—Inspección rápida elementos circundantes.

—Campana de protección: aislamiento hermético comprobado. Protección adecuada para humanos: cúpula repleta de oxígeno. Vida interior perímetro luminoso. Peligro Doctora comprobado.

—Vida exterior: basura orbitando alrededor de la tierra, contaminación radioactiva y electromagnética sin cuantificación, posibles tormentas solares. Superficie terrestre rugosa y abrupta: hendiduras ligeras y pequeños obstáculos de basura espacial.

—Afinar recepción de sensores: movimiento indiciario de posible peligro. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez,

once, doce microsátélites de actividad escasa. Emisión rudimentaria de señales sencillas. Nanonave de mayor tamaño en movimiento. Capacidad de traslación componentes de plasma y combustible líquido. Incapaces detección salientes del suelo. Emisión señales eléctricas. Código, código, código. Sensores control remoto. ¿Dispositivos lógicos programables? Reconfiguración. Corrección de las perturbaciones en el funcionamiento. Reconfiguración. Reconfiguración. Reconfiguración. Reconfiguración. Reconfiguración. Reconfiguración. Reconfiguración. Reconfiguración. Reconfiguración. Reconfiguración.

–Peligro desactivado. Opción adecuada actual: autoprotección.

–Imposible vuelta al refugio.

–Visita a nave rudimentaria: registro aterrizaje del naufrago.

Dirección correcta.

–Evitar autodegradación componentes complejos. Necesidad de autoprotección. Necesidad de autoprotección en interior de la nave. Urgencia buscar cobijo interior. Resguardarse. Escasos objetos del naufrago. Pantalón, pantalón, comida estado putrefacción. Aislamiento correcto.

–Visitas rápidas comprobación vida humana campana interior.

Peligro comprobado Doctora. Imposible interactuar movimiento interior.

–Opción adecuada: autoprotección.

–Tiempo de los humanos. Transcurso tiempo. Sin cambios.

–Visitas rápidas comprobación vida humana campana interior.

Peligro comprobado Doctora. Imposible interactuar movimiento interior.

–Tiempo. Transcurso. Tiempo.

–Comprobación nanomáquinas. Positivo. Sin cambios. Opción adecuada: autoprotección.

–Movimiento en campana de aislamiento. Movimiento. Peligro comprobado Doctora. Imposible interactuar movimiento interior.

–Afinar recepción de sensores: movimiento comprobado: salida humanos espacio exterior. ¿Astronauta borracho?

—Peligro Doctora. Peligro Doctora. Peligro Doctora. Necesidad de oxígeno. Escotilla abierta.

—Cambios en refugio. Tejido fluido rojo con elementos formes (células sanguíneas, derivados celulares) y plasma sanguíneo en gran cantidad: sangre humana. Cuerpo exánime. Peligro desactivado.

—Auxilio médico: costilla rota, tumefacciones, aplicación de sutura en ceja y labio. Anestesia innecesaria. ¿Benzodiazepina en sangre?

—Programación ulterior: retirada componentes humanos.

—Limpieza refugio: reconfiguración estúpidas nanonaves rudimentarias.

* * *

Amalíss acarició de nuevo la suavidad de las sábanas. Además de volver a la vida, había recobrado, otra vez, la paz de su existencia anterior. En cuanto sanase, debería continuar con sus investigaciones. Casi todo estaba bien. Casi todo. Sólo había dos cosas que debía organizar en el interior de su mente antes de plantearse reanudar el trabajo. Dos cosas relacionadas con cada uno de los acompañantes de los que se había rodeado en su íntima soledad.

—Austin —llamó quedamente, sin atreverse del todo a delimitar con palabras su terror—. Su cadáver... el cadáver del Comandante... ¿aún está ahí?

—Elegir la opción adecuada, Doctora —contestó el Ayudante de manera un tanto incongruente.

Austin, sin duda, recordaba todas las equivocaciones de Amalíss en su relación con los humanos, y en especial en su trato desgraciado con el Comandante. Sin embargo, el Ayudante no estaba programado para ser un robot rencoroso: los androides no están hechos para reconvenir los errores de los hombres; así que, si tenía algún reproche contra el Ama, cambió inmediatamente la organización de sus registros y en su lugar respondió a la pregunta con un escueto enunciado.

—El cadáver del Comandante permanece aislado en el Laboratorio Biotecnológico. Pero... —varió sutilmente el orden de las prioridades que debían preocupar a la señora—, ¿no desea la Doctora probar hoy los panecillos calientes?

Amalíss suspiró y se esforzó en arrinconar los sucesos del pasado. Una vez superado el infortunio, después de haberse enamorado del Comandante y de haberlo odiado, ¡después de haber matado a un hombre!, debía serenarse y proseguir con la rutina de su cometido en el Centro de Investigación. Y para ello debía retrotraer su memoria exactamente hasta alguna parte en concreto y olvidar todo lo demás... Sí, debía retomar unos recuerdos muy ligados al segundo problema en relación con la soledad: Austin.

Amalíss se había refugiado en el Comandante para huir de su atracción por el Ayudante: se había abandonado en los brazos de Theo porque era un ser humano, capaz de amar y de sentir como un hombre... Sin embargo, después de todo lo ocurrido, ¿la habría amado Theo, aunque solo fuera durante algún breve instante de su absurda relación? Ella necesitaba ser amada y comprendida, pero ¿había alguien capaz de amarla?

La Doctora miró los ojos ingenuos del Ayudante, sus manos delicadas y su cuerpo perfecto. ¿Por qué pensar? ¿Por qué mortificarse constantemente con preguntas que no admiten solución? Amalíss cerró los ojos y musitó:

—Galatea, ¿me amas?

Austin advirtió un ligero sobresalto en los sensores más recónditos de su introcomputadora. La programación básica que respondía a la pregunta del Ama le dictaba contestar automáticamente: “¿Qué desea la Doctora?”.

Sin embargo, en esta ocasión, era perentorio elegir la opción adecuada, la respuesta perfecta. Por eso el Ayudante calló y retiró la bandeja del desayuno, ya que esa no era una de las prioridades que preocupaban a la señora, mientras consultaba a toda velocidad el contenido de sus múltiples registros. Identidad casi humana. Conciencia. Zeus, el padre de los hombres y de los dioses. Desarrollar algún

modo de conciencia. Homeostasis. Elegir la opción adecuada, la respuesta perfecta, un poco más allá del dictado básico de la primera programación...

El Ayudante calló y, mientras abrazaba a la Doctora, suave pero apasionadamente, sólo permitió que se oyera, puro y cristalino, el silencio.

SEGUNDA PARTE

I

VIAJEROS DE LAS TINIEBLAS

El Comandante estiró sus brazos largos y gelatinosos hasta el dormitorio de Amalíss. La Doctora, que gesticulaba exageradamente mientras departía consigo misma en latín, vio acercarse las dos extremidades serpeando hasta ella como si se tratase de los tentáculos de un pulpo. Aquello la extrañó. Pensaba que Theo todavía permanecía congelado en el Laboratorio. ¡Quizás el sistema de refrigeración había sufrido algún desperfecto y por eso la carne se había reblandecido por una incorrecta conservación!

—¡Austin! —gritó la Doctora— Austin, ¿por qué no has revisado el funcionamiento de todas las instalaciones? ¿No ves que la comida está escapando del refrigerador?

Al oír el chirrido de su propia voz avinagrada, Amalíss se sorprendió. ¿Por qué había dicho aquella tontería? Ella sabía que el Comandante no era ninguna vianda. ¡Había confundido sus brazos poderosos con el recuerdo de una anticuada receta de pulpo a la gallega!

Mientras tanto, los tentáculos del Comandante habían llegado al borde de la cama y ascendían por su espalda con un tacto cálido. A pesar del roce viscoso, la carne mullida del antiguo amante le ofrecía el abrazo placentero de un colchón. Sin embargo, aunque agradable, también tenía un punto repulsivo. La serpiente ascendió hasta su cuello y lo rodeó: en esa parte sensible las escamas de boa o las

ventosas de pulpo le produjeron un insoportable picor e intentó arrancar el brazo de Theo con sus manos.

—¡Austin! —exclamó de nuevo la Doctora— ¡Quítame este monstruo de aquí!

Pero el Ayudante no la oía: un enjambre de microsátélites enloquecidos zumbaba alrededor de su cabeza intentando esquivar el aspa de sus brazos, que le servían de somera defensa. Mientras Amalíss se desesperaba gritando, Austin consiguió alcanzar a alguno de ellos y lo destrozó a manotazos, sin poder evitar que la mayoría continuase su baile enloquecido.

Amalíss, por su parte, viendo que nadie acudía a socorrerla, culminó un ejercicio de contorsión alargando su cuello de forma paralela a los tentáculos del Comandante, que se cimbrecaban como algas mecidas por la marea...

De golpe, la Doctora despertó y se incorporó violentamente en la cama. Sentía la necesidad imperiosa de levantarse y comenzar a organizar con energía el nuevo día: así, al menos, escaparía de las pesadillas. Puso los dos pies en el suelo con cuidado y buscó sus zapatillas. Necesitaba ir al baño y lavarse la cara para ahuyentar totalmente las sugerencias nacidas del sueño. El dolor de la costilla fracturada todavía le oprimía en el pecho, pero ya era capaz de levantarse de la cama y hacer los movimientos necesarios para asearse y trasladarse en el refugio desde una habitación a la otra.

Cuando dejó atrás la mesilla de noche, Amalíss recordó el comunicado recibido de la Metrópolis, que descansaba sobre ella. ¡Habían pasado tantas cosas en los últimos tiempos! Primero fue la amenaza de los catorce *minithrusters* caídos del cielo y después la visita del Comandante y su desgraciado amor... ¡Qué estúpida había sido! Se había dejado engañar por un embaucador peligroso que expulsó a Austin del refugio y después... después se ensañó con ella y la convirtió en su prisionera y su esclava. Nunca se había sentido tan impotente y desgraciada. Sin embargo, en su infortunio había sido capaz de encontrar una rebeldía y una fuerza desconocida en su

interior y se había convertido en una persona aguerrida, en una luchadora furiosa.

Amalíss, de repente, rio. Le hacía gracia verse a sí misma bajo ese nuevo cariz. Así se sentía más joven y más fuerte, muy distinta de la doctora sesuda y meticulosa que había dedicado tantas horas de su vida al estudio y a la investigación. Rio y se extrañó de ella misma y de su fortaleza. ¿Era capaz de mofarse de su propia aventura después de todo lo que había sufrido? Se había salvado por los pelos, pensaba. ¡Y a qué precio! Después de matar al Comandante (¿cómo pudo hacerlo con sus menguadas fuerzas?), había quedado malherida y solo gracias a los cuidados de Austin, que la rescató en el espacio exterior, consiguió sobrevivir y recuperarse. ¡Menuda heroína!

Después de aquellos sinsabores, la misiva de la Metrópolis —escueta, pero decisiva: un apresurado correo electrónico— suponía el reconocimiento de su nueva fortaleza, de su nueva personalidad de mujer decidida. La Doctora volvió sobre sus pasos y, después de tomar de la mesilla el texto que había impreso solo para poder paladarlo con fruición, lo volvió a leer en voz baja: “Estimada señora Amalíss Robledo: Enviamos desde la Comandancia de Bloomington efusivas felicitaciones por captura de peligroso pirata espacial (*unmentionable* Theo). Recordamos necesidad de conservar su cuerpo para análisis e identificación en la Metrópolis...”

Conservar su cuerpo, pues sí. El cadáver del Comandante seguía congelado en el Laboratorio. Austin lo había introducido en un receptáculo adecuado y ella, aunque sabía de su existencia, no había tenido que volver a mirar su cara tumefacta, la que ella misma machacó hasta la locura con un almirez. ¡Bu! Aquellos recuerdos le pusieron los pelos de punta. Estando así las cosas, se alegraba de no tener que ver nuevamente la efigie de Theo: eso le resultaría extremadamente doloroso. ¡Y mientras el Comandante permanecía petrificado en su congelación, ella se recuperaba dulcemente de todo lo pasado!

Amalíss siguió con la lectura. Ahora venía la parte más alentadora de la misiva, la que engendraba en su interior mayores ilusiones: “Terminada su convalecencia, requerimos a la Doctora

Amalíss Robledo en Bloomington para análisis de la conclusiones de su investigación e imposición de distinción honorífica”.

¡Distinción honorífica! ¡Excelente novedad! Hasta entonces muchas veces había soñado con el éxito, pero lo cifraba en su sedentaria labor investigadora. Nunca hubiera imaginado que iba a conseguir ninguna mención especial por su valor. Además, después de los largos años transcurridos en la soledad del refugio, la visita a la gran ciudad le parecía una aventura incomparable, la ocasión que llevaba soñando durante tanto tiempo.

La Doctora previó el tiempo que necesitaba para recuperarse de sus lesiones y para preparar el viaje. Había que revisar la nave que la había llevado hasta allí cuando se incorporó a su destino en el refugio; había que preparar el compartimento refrigerado donde viajaría el cuerpo del Comandante; había que componer el trabajo de síntesis que recogía los resultados de sus coordenadas y mediciones durante aquellos años; había que configurar un sistema para el mantenimiento de la casa durante su ausencia; *había que*.

Amalíss se palpó la zona de la costilla dañada. Eso era ahora poco importante. *Había que* muchas cosas: la más importante, ilusionarse con la futura visita.

—¡Austin! —vociferó alegremente— ¡Austin! ¿No hay aquí nadie que prepare el desayuno?

* * *

Habían pasado ya muchos días y, por fin, todo aquello era posible. Amalíss advirtió la corona de sudor que le perlaba la frente y que en aquellos momentos escurría por sus sienes.

—Austin, ¿tú crees que realmente esto es tan necesario?

La Doctora miró hacia arriba y observó sus dos pies, cruzados uno sobre el otro. Tras las zapatillas deportivas aparecían sus tobillos y sus dos pantorrillas, a la vista después de que las perneras del pantalón de deporte se escurrieran hacia abajo por unas piernas que mantenían el cruce hasta las rodillas. El peso de todo el cuerpo, en

postura invertida, pasaba por las caderas, apoyadas sobre las manos, hasta llegar a los hombros, extraña postura que a Amalíss le producía una suave presión en la zona del cuello y la cabeza.

—Doctora, ha sido usted quien lo ha querido... Veinte abdominales con la pierna derecha cruzada sobre la izquierda y otras veinte con el otro cruce. Todo esto lo hacemos en su propio beneficio...

La Doctora tomó aire como pudo y, mientras el Ayudante recitaba los números, se esforzó en completar el ejercicio. Austin la observaba con atención desde su semblante neutro de robot obediente. Todavía no se había acostumbrado a los nuevos hábitos de la señora. Antes de la visita de Theo, Amalíss era una mujer amante de las comodidades y el regalo, poco inclinada al ejercicio físico e incapaz, por tanto, de desear potenciar su resistencia y su musculatura. Pero los padecimientos sufridos durante aquella época terrible la habían llevado a desear mejorar sus cualidades físicas: después de sanar de sus lesiones, se había obsesionado en aumentar su fortaleza al máximo, y hasta se empecinaba en adquirir la fuerza y el vigor de los hombres. Austin no comprendía bien esas contradicciones de los humanos en relación con el cuerpo físico que había tocado a cada uno: los varones pretendían los cuerpos de las mujeres (véase Zeus), las mujeres mimaban su cuerpo para ser perseguidas por los varones (véase Doctora), los varones se jactaban de su propia fortaleza física (véase Theo), las mujeres querían emular el cuerpo de los varones (véase, nuevamente, Doctora). Todos estos actos contradecían, indudablemente, la teoría de que lo más valioso para la humanidad es el desarrollo de la inteligencia...

Amalíss miró el rostro inexpresivo del Ayudante. Austin no necesitaba ningún tipo de ejercicio ni de sufrimiento físico para disfrutar de una fortaleza sobrehumana y de una flexibilidad felina y perfecta. ¿Qué demonios estaría pensando de su propia figura jadeante y sudorosa, tirada en el suelo para realizar toda aquella batería de movimientos execrables? A lo mejor estaba dudando de su éxito y se reía de su debilidad...

—¿Qué pasa? —dijo Amalíss acremente— ¿Qué miras? ¿No estoy haciendo bien los ejercicios?

Austin ya no se sorprendía de los súbitos cambios de humor de la señora. Siempre se había mostrado medianamente veleidosa, pero desde la aventura con el Comandante parecía haberle heredado aquellos prontos jactanciosos que resultaban más bien cómicos ante la mirada de un observador imparcial.

—Todo lo contrario, Doctora —respondió Austin apresuradamente, pretendiendo apagar ese incendio—. Es evidente que usted mejora día tras día. En muy poco tiempo ha aumentado no sólo su resistencia, sino también su musculatura... ¡Yo estoy asombrado!

Amalíss sonrió, halagada en su vanidad. Era cierto: desde que entrenaba cada día había adquirido conciencia de la existencia en su cuerpo de un gran número de músculos que antes desconocía. Y ese efecto lo notaba, especialmente, en el bíceps de su brazo derecho. Encantada de poder vanagloriarse de su poderío ante Austin, dobló el antebrazo sobre el brazo para mostrar la novedad del minúsculo bulto. El Ayudante, que sabía prever las reacciones del Ama, se inclinó sobre la presunta protuberancia.

—Es impresionante, Doctora. ¡Impresionante! —admitió sin variar un ápice la expresión neutra de su rostro, y añadió—: ¡Por hoy ha terminado el entrenamiento! ¡Puede usted ducharse!

El Ayudante recogió las pesas que Amalíss había utilizado hacía un rato y a continuación salió rápidamente, impulsado por el mecanismo perfecto de sus piernas. La Doctora lo miró salir y no pudo dejar de advertir la entidad real del tamaño de los bíceps del androide, que sostenían las pesas. Aquello, ciertamente, no tenía nada que ver con lo suyo. No parecían corresponder a una misma parte del cuerpo.

Esa imagen la hizo reflexionar. ¿Por qué se había mostrado Austin tan impresionado? ¿Había sido sincero o es que se estaba burlando disimuladamente de su ingenuidad?

Amalíss volvió a palparse el brazo derecho y tensó los músculos. Era indudable que habían aumentado... ¡no sólo en tamaño, sino también en dureza! Así que concluyó que si Austin no lo tenía

totalmente claro, probablemente se debía a que no estaba correctamente programado para advertir su ventaja corporal a partir de los entrenamientos.

Programar, programar, programado... Esa era, además, otra cuestión. Era cierto que el Ayudante tenía una musculatura perfectamente desarrollada (¿quizás, excesivamente?). Pero aquello no tenía tanto mérito. Él había sido programado así: algún científico había decidido dotar al androide de todos aquellos atributos que ella tanto deseaba... Sin embargo, ella, ella misma, la Doctora Amalíss Robledo, se estaba procurando esos órganos y esas fibras gracias a su propio esfuerzo, sin necesidad de que nadie de fuera lo hubiera previsto con anterioridad. ¡Aquello sí que tenía mérito, ya que era verdadero!

Finalmente, la Doctora se dirigió a la ducha con un gesto desdeñoso en los labios. No sabía si estaba enfadada con el Ayudante o si estaba algo decepcionada respecto a la propia Amalíss y los efectos de su entrenamiento.



Austin y Amalíss, durante muchos días, dedicaron toda su energía a preparar el viaje hacia Bloomington, ya que era tan necesario determinar qué tenían que llevar como prever las necesidades de mantenimiento del refugio. La Doctora estaba emocionada: hacía años que no se sentía tan feliz, y el Ayudante, aunque se felicitaba de que su trabajo de acompañarla y servirla así fuera más eficaz, temía por momentos que cualquier contrariedad deshiciera el optimismo desbocado de la señora.

Para la Doctora lo más sencillo fue la recopilación de los resultados de sus investigaciones acerca de la Grieta de Fuga para el Cosmos. Ella procuró olvidar absolutamente la teoría pesimista de Theo, que negaba que la salvación de la humanidad fuera aún posible. Las conclusiones de sus propios trabajos desde el refugio mostraban que todavía cabía confiar en que más allá de la Línea de Kármán los gases pudiesen acelerar su velocidad de escape hacia el cosmos al

alejarse de la gravedad terrestre. Cuando abandonaron aquellas investigaciones en Bloomington, un lugar con orografía inadecuada para esa experimentación, y encargaron su continuación en los centros periféricos, ya se habían sentado las bases de una Teoría que sólo necesitaba profundización. Y eso era lo que ella había conseguido. El análisis de la compilación de sus mediciones y coordenadas probaría que había que continuar adelante con los experimentos.

Antes de la partida debían prever, también, la conservación del propio refugio. Había que dejar sellada la campana hermética para impedir la entrada de un posible invasor y mantener unas condiciones básicas en el interior. Para ese efecto habían tenido que idear un complejo programa de mantenimiento de todas las dependencias y la realización de determinadas tareas por el sencillo robot-explorador articulado que habían utilizado hasta entonces para las salidas al exterior.

Sin embargo, lo más emocionante fue la preparación del propio viaje hacia Bloomington. Amalíss, cuando tomó posesión de su destino en el refugio, donde Austin la esperaba para ponerse a su servicio, había sido enviada en una pequeña aeronave que descansaba en el hangar. El traslado había resultado muy sencillo porque la Universidad de donde partió contaba con un cañón electromagnético en la falda de la montaña para auxiliar en el despegue a las lanzaderas espaciales: una vez determinada la ruta de la aeronave y efectuado el lanzamiento, solo fue necesario corregir mínimamente la trayectoria y aterrizar en el lugar preestablecido.

Para el recorrido hacia Bloomington, un destino no muy alejado dentro del planeta Tierra, necesitaban, no obstante, un sistema de propulsión específico compatible con las cualidades de la aeronave. Esta, diseñada para transporte de pocos viajeros en rutas rápidas, contaba con un escudo térmico para aerofrenar a la llegada, pero precisaba de algunas otras condiciones para mantenerse en órbita. Tenía una eslora de apenas nueve metros y un diámetro de cuatro en el módulo de comando y su sistema propulsor, con un motor de plasma, debía ser monitorizado constantemente desde los

instrumentos de control, mecánicos y electrónicos, que informaban de los parámetros de vuelo principales: la velocidad, la altura, el rumbo programado, el ritmo de ascenso o descenso, el estado de los sistemas de la propia aeronave durante el vuelo, el análisis de la ruta seguida y el registro de las condiciones meteorológicas.

—Doctora —dijo Austin, observando la concentración de Amalíss en las instrucciones de pilotaje—, yo también estoy dotado de un programa de aeromonitorización. No hace falta que memorice todas esas indicaciones.

La Doctora agradeció la disponibilidad de Austin, ya que necesitaba su ayuda. El viaje le resultaba estimulante en la mayoría de sus aspectos; sin embargo, había uno que le costaba trabajo encarar: habían solicitado desde Bloomington que acompañase hasta allí el cuerpo del Comandante y tenía que pedir a Austin su colaboración.

—Todavía no tengo ultimados todos los preparativos —dijo ella suavemente—. Ya sabes que hay que trasladar hasta allí al Comandante para su identificación. ¿Te importaría...?

El Ayudante suponía que la Doctora no deseaba volver a ver el cuerpo lacerado del Comandante, que permanecía congelado en el Laboratorio, dentro de una cámara especial. Ahora ella lo miraba dudando sobre qué palabra escoger para pedirle algo que a él no le importaba. ¿Qué problema había en introducir en la aeronave el cuerpo inerte dentro de su propio receptáculo? Austin no comprendía que la Doctora, después de conseguir su victoria, se sintiera herida en su sensibilidad al recordar la muerte del Comandante, una muerte obligada para mantener la propia vida, y que solo suponía un cambio en el estado de la materia.

—No es necesario que se moleste la Doctora. Yo completaré los preparativos necesarios para el traslado.

—Gracias, Austin —dijo ella—; será suficiente con un sencillo ataúd.

—¿Un sencillo ataúd? —se extrañó el Ayudante—. El Comandante se halla en un *vaso Dewar* de criopreservación, sumergido en

nitrógeno líquido a -196 °C. Puede ser trasladado en esas mismas condiciones.

La Doctora se sobresaltó. Hasta ese momento no había sido consciente de la posibilidad de conservación del cuerpo de su amante.

—¿Criopreservado? Cuando tú lo encontraste, debía estar ya muy deteriorado...

—Así fue, indudablemente... Con todo, tuve que seguir las indicaciones relativas a los fallecimientos humanos. Es la Metrópolis quien decide la destrucción definitiva de cada uno de los ejemplares.

—Austin —se escandalizó Amalís—, ¿cómo puedes hablar así... de un muerto... de alguien a quien yo he asesinado?

Sin embargo, el desasosiego de la Doctora no solo procedía de sus escrúpulos morales para consigo misma como homicida en defensa propia: la posibilidad de que la nanotecnología molecular y la nanomedicina pudieran, en el futuro, resucitar al Comandante le ponía los pelos de punta.

—¿Tú crees que en la Comandancia de Bloomington decidirán restablecerlo? —se sinceró la Doctora.

Austin se encogió de hombros: una vez desactivado como peligro, no le parecía que tuviera gran interés si Theo volvía o no a la vida. Por otra parte, tenía claro que iba a ser muy difícil la reparación y regeneración de aquellos órganos y tejidos tan dañados y la quiso tranquilizar.

—Acaso no sea posible la reversibilidad de la muerte del Comandante. Probablemente —añadió—, la solicitud de la Metrópolis tiene el objetivo de preservar la información básica del cerebro del difunto, con la codificación de la memoria y de la identidad personal.

—¿Codificación de la memoria? —se espantó Amalís— ¿Y para qué quieren eso?

El Ayudante, después de consultar sus registros, recitó las instrucciones que justificaban el proceso de crionización obligatoria de los humanos.

—La preservación de estos elementos será suficiente para prevenir la muerte teórica de información hasta que sea posible repararla

en el futuro. Es posible que quieran investigar a fondo las causas psicológicas de su rebelión en Bloomington y el suceso de su muerte en el refugio.

Amalíss quedó consternada. Aunque el Comandante no pudiera resucitar, ¿quedaría algún registro en su mente crionizada relativo a su desgraciado amor? Todo aquello le parecía horrible y le originaba la intención de abandonar el cadáver del Comandante a su suerte. ¿Por qué había resultado Austin tan perfecto como para no permitir la destrucción definitiva del difunto? Todo aquel asunto le resultaba extremadamente complicado.

—No quiero saber nada más de todo eso, querido —se rindió—. Tú te encargarás de hacer lo que sea preciso.

Austin estaba programado para encontrar la respuesta perfecta, la opción más acertada, y, antes de que la Doctora se abandonara al desánimo, dedujo que debía abrazarla apasionadamente. En los últimos tiempos la optimización de sus variables le había llevado a aprender algunas cuestiones complejas no incluidas en los estándares básicos...



La Doctora se ajustó el cinturón de seguridad y miró a su alrededor intentando serenarse. Llevaba esperando ese momento desde hacía tiempo, años, y no podía desaprovechar ninguna de las encontradas sensaciones que la embargaban. A su lado Austin, tan tranquilo y apacible como siempre, realizaba los movimientos precisos para poner en marcha la aeronave. Amalíss en aquellos momentos envidiaba su sosiego, que le permitía seguir las instrucciones sin error, pero también reconocía que era propio de los humanos notar la invasión de todos aquellos sentimientos turbadores de emoción.

Mientras el Ayudante conseguía que la nave se elevase hacia el cielo, Amalíss miró el refugio que se hacía más y más pequeño ante sus ojos allá abajo. El recuerdo de los años ocupados en su investigación, que en su transcurso le parecieron trabajosos y opresivos por

causa de la soledad, al volver la vista atrás cobraba el color amable de la nostalgia. Sin saberlo del todo, mientras se dedicaba en cuerpo y alma a sus estudios, había sido, de alguna manera, feliz. Austin la había mantenido arropada con sus atenciones y le había hecho disfrutar de una calma cálida que convertía la rutina en apacible serenidad. Ahora lo veía más claro. Y si era así, ¿qué le esperaba en la aventura de Bloomington? Ella no conocía la Metrópolis, ya que se había criado en un enclave pequeño y había estudiado en una humilde universidad, y ese viaje colmaba una de sus ilusiones más acendradas. Ojalá todo saliera bien. Y salir bien, a lo mejor, solo quería decir que, después de conocer a los investigadores insignes del Centro principal, volvería a disfrutar de su paz modesta y sencilla en el refugio.

Entre tanto, desde el módulo de comandos, Amalíss sentía el vértigo de la aventura. Allá fuera, la oscuridad se abría en dos bandas para permitir el paso de la aeronave hendiendo la atmósfera, agitada por las turbulencias de los gases acumulados por la contaminación.

—Es increíble que los humanos hayamos sido capaces de provocar este desastre —suspiró Amalíss—. ¡Parece mentira que en el pasado aquí hubiera aire limpio bajo un cielo claro!

Austin tenía noticia de la Humanidad desde sus comienzos: guardaba registro de las épocas de guerra y de paz, de los avances y retrocesos tecnológicos y, por fin, del veneno que los propios humanos habían vertido en la atmósfera para procurarse una época de pretendido bienestar pero de despilfarro efectivo de los recursos.

—En el siglo XXI los hombres fueron espectadores ciegos de su propia destrucción —sentenció un androide que había sido creado para funcionar sin oxígeno.

Y mientras los viajeros hablaban de los gases, los depósitos del aire, como llamados por una repentina sed destructiva, se adensaban en torno de la aeronave.

—Clorofluorocarbono, monóxido y dióxido de carbono, óxido de nitrógeno, dióxido de azufre, ácido sulfúrico, vapor de agua, material particulado... —enumeró el Ayudante.

Todos aquellos componentes, en perpetuo equilibrio inestable, agitados por el paso de la aeronave, comenzaron a sufrir ciertas alteraciones. Algunas pequeñas explosiones acompañaron con efímero resplandor el paso del vehículo y la Doctora Amalíss comenzó a temer que se produjera algún accidente inesperado.

—Austin, controla los parámetros de vuelo: la velocidad, la altura y el rumbo. Temo que las condiciones meteorológicas puedan alterar el estado de los sistemas de la nave...

El Ayudante comprobó estas variables: la velocidad y el ritmo de ascenso en relación con el rumbo eran correctos. Sin embargo, era imposible deducir las proporciones reales de los gases de fuera y sus posibles combinaciones. Hacía mucho tiempo que los viajes eran peligrosos en la atmósfera de la Tierra: ya no circulaban aviones comerciales ni aeronaves de pequeño tamaño. La única fórmula segura la ofrecían los grandes transbordadores de muchas toneladas que no se veían afectados por las condiciones atmosféricas. Por eso la Metrópolis prohibía el vuelo de pequeñas aeronaves, excepto en ocasiones particulares como el viaje de Amalíss.

—Doctora —indicó Austin—, tenemos un pequeño inconveniente...

Amalíss se inclinó sobre la pantalla del radar que le mostraba el Ayudante.

—Pero, ¿qué es esto? —exclamó.

Una serie de luces difusas comenzaron a bailar sobre el visor representando un conjunto de objetos que se alineaban alrededor de otro punto de mayor tamaño, surgido de pronto sobre la línea de su propia ruta. Casi al instante advirtieron que se trataba de un peligro que acechaba con frecuencia a los viajeros.

—¡Basura espacial! —dictaminó Austin— ¡Restos de cohetes, antiguos satélites inactivos o fragmentos de explosiones en el espacio, atraídos por la gravedad terrestre!

—¡Son muy peligrosos! —añadió Amalíss— Procuraremos esquivarlos y, si es necesario, ¡los neutralizaremos con láser!

Los dos se concentraron en el panel de los mandos. Ante su vista se mostraba una figura compuesta por un elemento central, al parecer de mayor densidad que el resto, alrededor del cual orbitaban otros cuerpos más pequeños. Cualquiera de aquellos trozos de chatarra podía dañar a su vehículo, con estructura de fibra de vidrio y aluminio, demasiado ligero e inestable como para soportar el impacto. Amalíss miró a su alrededor. No quería pensar que todas sus ilusiones podían acabar absurdamente por una colisión durante el vuelo. Al frente, la superficie vidriada de la aeronave le permitía distinguir el confuso horizonte; en el interior, las molduras y paredes flexibles le daban la impresión de una protección efímera; pero, al fondo, la certeza de la existencia del cadáver del Comandante, sumergido en nitrógeno líquido en su *vaso Dewar* de criopreservación, le recordaban la fragilidad de la vida.

Algunos fragmentos de chatarra rozaron la nave, mientras sus ocupantes procuraban esquivarlos. Cualquier esquivarla, debido a la velocidad vertiginosa, era una seria amenaza; y mucho más la parte central de la basura acumulada, que parecía el centro de atracción del resto.

—¡El síndrome de Kessler! —explicó Austin, consultando sus registros— El volumen de la basura espacial atraída por la fuerza de gravedad de la Tierra ha llegado a ser tan alto que cualquier objeto en órbita acaba siendo impactado por ella, para crear más basura y un mayor riesgo de impacto...

—¡Si nos alcanza algún fragmento nosotros también formaremos parte de la trampa!

Mientras los pedazos de metralla espacial volaban a su alrededor, Austin y Amalíss se concentraron en esquivarlos ascendiendo o descendiendo en altura vertiginosamente. La nave, bajo la presión de los dispositivos mecánicos y electrónicos, se dejaba voltear obedeciendo el mandato de las manos crispadas. Los ocupantes, tensando el cuerpo ya sujeto por cinturones, procuraban adaptarse a la cambiante gravedad que a ratos los colgaba boca abajo o de costado. En uno de los tirabuzones, el *vaso Dewar* del Comandante perdió su anclaje y

colisionó contra la pared de la aeronave. Amalíss gritó de terror. ¡Ya solo faltaba que el cadáver de Theo escapase de su tumba crionizada para invocar un desagravio!

Durante algunos minutos, que a ella le parecieron eternos, padeció la opresión de las vísceras, que bailaban al ritmo de los cambios de presión, contra la caja torácica. Austin, más dotado para la percepción y medición exacta de los objetos voladores y para su ubicación milimétrica, se ocupaba de hurtar del impacto a la aeronave, que dirigía con determinación. La Doctora, con todos sus músculos en tensión, se contentaba con dominar su crispación deseando que la labor del Ayudante resultase, como siempre, perfecta.

Después de esquivar la metralla más pequeña, no resultó difícil evitar el choque contra la basura central. Por fin, la amenaza quedó atrás y la aeronave resultó intacta. La Doctora exhaló una débil queja y, para conjurar su turbación, después de comprobar que el ataúd criónico de Theo continuaba inalterado, quiso trocar en una broma el pánico que sentía.

—Austin, ¿puedes volver a encarcelar al Comandante?

El Ayudante se desprendió del cinturón de seguridad y cruzó los metros escasos del módulo de comandos con pasos elásticos. Para él, esquivar todos aquellos fragmentos, al final, sólo había sido un juego en la ejecución de variables, no la ocasión angustiosa padecida por la Doctora. Ahora, anclar nuevamente el vaso *Denar* tampoco era un cometido pesadoso. Consistía solamente en enviar ciertas órdenes al programador de las piernas y prever el movimiento combinado de palanca y presión ejecutado con las extremidades de las manos sobre un objeto pesado. Los androides no padecen los mismos escrúpulos pesadosos que los humanos.

* * *

El viaje hacia Bloomington no fue largo. Al fin y al cabo, a pesar del peligro, sólo había una distancia de apenas 7000 kilómetros entre el refugio y la gran ciudad. Amalíss se tranquilizó cuando pudo

observar desde arriba la campana protectora, claramente visible en la lejanía. Ella, desde luego, había imaginado que el Centro de Investigación principal estaría dotado de medidas de seguridad excepcionales, pero no había previsto que la mampara que resguardaba a los habitantes pudiera adquirir aquellas dimensiones exorbitantes. Sin embargo, no podía ser de otra manera. Toda aquella gente no sólo tenía el cometido de sobrevivir aislándose de los gases de fuera, sino que era responsable de producir los alimentos y la tecnología que utilizaban casi todos los centros periféricos, que se surtían de lo principal en la gran Metrópolis.

Desde el espacio, Austin y Amalíss observaron la enorme campana, que, frente al exterior borrascoso y cambiante, se erigía como salvaguarda de un reducto íntimo y acogedor. Para realizar las maniobras de descenso controlado y poder acceder a la zona de apertura para el aterrizaje obedecieron atentamente las indicaciones que enviaba la torre de control: el Ayudante no tuvo ningún problema en encontrar la velocidad de descenso adecuada y el punto exacto para la entrada. La aeronave, diseñada para cumplir su cometido en rutas rápidas, contaba con un escudo térmico de aerofrenada y el androide supo mantener el vehículo en el equilibrio necesario durante el tiempo preciso que necesitaron los controladores de la torre para aceptar su llegada y facilitar los accesos. Por fin, la gran campana abrió una leve escotilla que daba paso a las pistas y los acogió bajo su protección.

La Doctora, atenta a todas las sugerencias de su imaginación, sintió el agradable alivio de llegar a un lugar resguardado, que le sugería la calidez y el abrazo del claustro materno. Sin embargo, en el momento preciso de cierre de las vías de seguridad, se le encogió el corazón con un leve sentimiento de encierro. ¿Cómo vivirían los habitantes de la Metrópolis la sensación de clausura bajo la gran campana? ¿Estimarían la presencia de la mampara como motivo de asilo o como cárcel inmensa? Amalíss, en las ocasiones anteriores de su vida, tanto en el refugio como en su ciudad natal, había visto con naturalidad la obligación de vivir bajo el amparo del cristal preservador

del oxígeno; pero ahora la magnitud del dispositivo protector la abrumaba.

De todos modos, la llamada de la realidad vino a sacar a la Doctora de sus reflexiones: habían llegado a su destino. Era preciso desabrochar sus cinturones de seguridad, desprenderse del traje espacial y bajar a tierra para afrontar las medidas de seguridad obligatorias impuestas por el protocolo de aterrizaje antes de ingresar en el mundo nuevo de la gran ciudad.

II

LA GRAN CAMPANA

Austin y Amalíss tuvieron que sufrir las incomodidades de la llegada a Bloomington igual que cualquier otro viajero del espacio. ¡Y eso que venían a recibir una felicitación oficial por haber capturado al Comandante!

Cuando salieron de la aeronave, donde dejaron el vaso *Dewar* de criopreservación con su contenido repugnante al cuidado de los anfitriones que pronto se iban a hacer cargo de todo ello, anduvieron a lo largo de pasillos inmensos y frías salas de aislamiento para pasar los controles y revisiones rutinarios. Un sistema especial verificó que sus trajes habían quedado limpios de dióxido de carbono y que no introducían ninguna sustancia peligrosa ni ningún virus contagioso y, cuando superaron la revisión médica realizada por doctores enmascarados, por fin pudieron acceder al verdadero recinto habitado. Allí, la Comandante Kora y algunos acompañantes sin identificar los acogieron de manera falsamente efusiva y los introdujeron en un vehículo acristalado para guiarles por la gran ciudad.

Amalíss, en un primer momento, se sintió desconcertada. La emoción que había previsto sentir cuando en el refugio soñaba esa escena no aparecía por ninguna parte, y en su lugar se notó levemente vacía y enajenada. El deseado contacto entre humanos le resultó un poco protocolario y afectado. Kora la acogió con un apretón de manos enérgico e impersonal mientras el resto de la comitiva de bienvenida sonreía forzosamente; pero lo que realmente la contrarió fue un asunto tan banal como el material de los trajes de sus anfi-

triones. En su sueño del refugio, Amalíss y los moradores de la Metrópolis vestían iguales, pero en la representación verdadera resultaba que la moda había cambiado durante aquel tiempo y la ropa de los recién llegados aparecía anticuada y ridícula. ¡Qué sentimiento más estúpido el de sentirse fuera de lugar por un detalle tan pequeño! La Comandante Kora vestía una blusa brillante y un pantalón satinado finísimo que dejaba adivinar en su interior un cuerpo esculturalmente modelado (¿dónde quedaron sus propias clases de gimnasia para fabricar una musculatura adecuada? ¿Para qué tanto esfuerzo y sudor?). El resto de sus acompañantes también se vestía con un tejido desconocido para ella, lustroso y sugerente, que daba la sensación de flotar alrededor de unos cuerpos elásticos.

Amalíss miró a Austin: ¡a pesar de su belleza, parecía el hermano pobre en medio de aquella exposición de vanidades! Era evidente que durante los años transcurridos en el refugio habían surgido nuevos tejidos y nuevas fórmulas para el corte de los vestidos.

No obstante, la pintura de la gran ciudad, más allá del cristal de su medio de transporte, atrajo inmediatamente su atención y la Doctora eludió los pensamientos que traducían su presunta inferioridad.

—Tal y como se aprecia desde aquí, la ciudad está distribuida en dos grandes secciones —explicó Kora señalando al exterior—. Cada uno de estos dos planos horizontales acoge a un grupo de población determinado, que se clasifica en función de sus particularidades.

Austin y Amalíss miraron al exterior achicando los ojos, con la intención de absorber el movimiento de los habitantes que moraban en cada una de esas dos plantas. Efectivamente, en aquellos momentos estaban circulando por una avenida amplia que mostraba algunos accesos a otra parte superior.

Sin embargo, cuando la vista se acostumbró a discernir a los individuos que dejaba atrás el paso apresurado del vehículo, Amalíss se volvió a sorprender. Los habitantes del plano inferior tampoco vestían como la comitiva que les había recibido. Ni siquiera llevaban sus propios vestidos anticuados: ¡los humanos de la calle parecían

pobres y miraban al vehículo acristalado que los sobrepasaba con gesto de mal humor!

—Como pueden ustedes ver —explicó la Comandante Kora con cierto tono de desdén—, en la sección horizontal inferior viven los humanos genéricos. Los androides y los humanos especializados nos alojamos en la parte superior.

La barahúnda de los individuos se adensó y el vehículo tuvo que aminorar su velocidad para no atropellarlos.

—No teman nada —les aclaró su guía—. Ellos, a través del cristal, no nos pueden ver. Además, están acostumbrados a respetarnos.

Aquella aclaración, en lugar de tranquilizarlos, los desorientó. ¿Por qué era una garantía que los “humanos genéricos” tuvieran que respetarlos? Al parecer, ellos pertenecían al grupo de los “especializados”, pero, ¿es que existían disidencias entre ambos grupos? ¿Habría una confrontación encubierta?

Amalíss continuó su inspección. Kora y sus acompañantes parecían saludables, fornidos y hermosos; sin embargo, los humanos que los rodeaban estaban desgreñados, sucios y, al parecer, incluso hambrientos. La mayoría llevaban vestimentas raídas y observaban el paso del vehículo con miradas de aborrecimiento.

—Entonces, aquí, en la Metrópolis... —se atrevió a preguntar la Doctora, que había imaginado una sociedad igualitaria— ¿existe alguna diferencia social entre cada una de las plantas?

Kora le respondió suavemente, pero con la entonación de quien hace ver a un niño las evidencias.

—Los humanos genéricos que habitan en la zona inferior sólo están capacitados para las cuestiones más rutinarias y realizan trabajos sencillos... Nosotros, sin embargo, controlamos la tecnología y la mayoría de las ciencias, somos inteligentes, capaces de realizar tareas complejas en equipos organizados... Además, contamos con la colaboración inestimable de los androides —y en aquel momento dirigió su fría mirada hacia Austin para añadir misteriosamente—: ¡a los que amparamos y defendemos!

—Aquí abajo... ¿no cuentan con el apoyo de ningún Ayudante?
—insistió Amalíss.

Mientras conversaban, el vehículo había quedado rodeado de un gran número de personas, que acercaban sus rostros a la superficie acristalada intentando discernir a los pasajeros de dentro. La Doctora se distrajo observando a una mujer gruesa de mirada bobalicona que intentaba sujetar a un niño astroso que pretendía abalanzarse sobre ellos. Justo delante del coche un hombre hacía aspavientos con los brazos abiertos mientras parecía gritar alguna extraña consigna y otros dos ejemplares humanos más jóvenes comenzaban a golpear el vehículo. El conductor, un androide especializado, dio unos bandazos intempestivos a diestro y siniestro para hacer ver a los asaltantes que estaba decidido a atropellarlos, hasta que consiguió disuadirlos y orillarlos a un lado. En cuanto fue posible, el transporte acristalado dejó atrás la barahúnda humana y tomó el primer cruce que los acercaba hasta el piso superior.

Por fin, la Comandante Kora respondió a la pregunta de Amalíss.

—En la zona inferior no necesitan androides: ¿no sabrían apreciarlos!

El vehículo, una vez libre de obstáculos a su paso, ascendió por una rampa a la que no podían acceder los humanos genéricos y tomó mayor velocidad hasta internarse en un laberinto aséptico de calles despejadas. En el espacio de la zona superior todo parecía más limpio y más ordenado y, cuando comenzaron a divisarse algunos transeúntes, éstos caminaban con paso ligero, como si tuvieran prisa por ultimar alguna cuestión importante, aunque, desde luego, no resultaban tan variopintos como los de abajo.

—Ya estamos llegando a nuestro destino —avisó la Comandante Kora, con satisfacción, y añadió—: Seguramente, les sorprenderán las comodidades de que disfrutamos en la Metrópolis: aquí hemos puesto la tecnología al servicio del progreso, y casi me atrevería a añadir que estamos forjando un mundo nuevo, un mundo perfecto, que ha tomado los aspectos positivos de la anticuada civilización humana para aunarlos con los frutos de la técnica...

—Todo eso es muy interesante —concedió Amalíss—. Yo me he especializado en la investigación relacionada con la Teoría de la Grieta de Fuga, pero también me gustaría conocer los últimos avances en cualquier otro campo...

—Sí, aquí surgió la Teoría, ya lo sabe usted, pero también conoce que en los últimos tiempos hemos derivado esas experiencias hacia los centros periféricos. Nuestra investigación señera, por ahora, se centra en la inteligencia artificial... Hemos comenzado a ensayar un enfoque sintético, que propone la creación de modelos artificiales emergentes de sistemas cognitivos para explorar aspectos no accesibles a través de sistemas naturales...

Amalíss la miró de hito en hito, sin entender del todo lo que la Comandante Kora justificaba con tan complejo vocabulario.

—¿Me está hablando de robótica, no es cierto? —indagó.

La Doctora o Comandante Kora, ya que nunca se sabía si hablaba desde el podio que le proporcionaba la sabiduría o el poder, dirigió una explícita mirada hacia Austin antes de continuar.

—¡Naturalmente, querida! Ahora tratamos de abordar la interacción entre los sistemas emocionales y racionales en sistemas complejos. Su androide, según puedo observar, es un ejemplo maravilloso del fruto de las investigaciones sobre inteligencia artificial. ¿En qué centro ha sido creado? ¿Ha evolucionado desde el modelo artificial hasta la capacidad de tomar decisiones libremente? ¿Ha conseguido la autoconciencia?

Amalíss no pudo contestar porque, antes de iniciar la respuesta, el vehículo se detuvo junto a la puerta de un gran edificio. La Comandante Kora les avisó de que habían llegado.

—¡Ya estamos en la Dirección General! En primer lugar, les mostraré sus alojamientos, para que puedan descansar un poco antes del comienzo del acto.

El acto. Aquello emocionó a Amalíss. No sólo se hallaba en la Metrópolis, sino que además había venido para actuar como protagonista en una reunión prevista en su honor. La Doctora se apeó del vehículo y anduvo por los pasillos en volandas, sin enterarse cabalmente

de lo que hacía ni por dónde la llevaban. Al poco, después de transitar por largos pasillos enlazados entre sí, la Comandante Kora se detuvo junto a una puerta metálica, la abrió con un mando minúsculo y mostró a los visitantes su interior. Austin y Amalíss contemplaron una amplia estancia con una mesa de estudio y algunos sillones y, cuando entraron, distinguieron al fondo un dormitorio con una amplia cama.

De pronto, la Comandante se vio acometida por una duda repentina.

—¿Será suficiente con una sola habitación... o es que él...?

Amalíss padeció un repentino sofoco que le inundó de rojo las mejillas y, para compensarlo, procuró intensificar su gesto de mujer de mundo mientras la anfitriona esperaba la respuesta.

—Quiero decir que... —intervino Kora con impaciencia al ver que la otra no se resolvía— no sé si él necesita descansar de alguna manera... o si lo hacen juntos, o separados...

—¡Oh, lo hacemos a partes iguales! —concluyó Amalíss con absoluta incoherencia y, para colmar las incongruentes explicaciones, se justificó—: Él no necesita acostarse para descansar. ¡Se quedará esperando en esta misma antesala!

La Doctora Kora no pudo evitar sonreír ante la turbación de la visitante.

—No te preocupes, querida —la animó por lo bajo, sin poder resistirse a utilizar la complicidad del tuteo—. Aquí nos relacionamos con los androides con total libertad. En nuestra civilización estimamos por igual tanto las cualidades humanas naturales como la inteligencia o la belleza artificiales.

Amalíss tragó saliva: aquellas declaraciones tan explícitas la azoraron, ya que todavía no había dilucidado en su propio interior sus sentimientos verdaderos en relación con Austin, ni era capaz de calibrar en qué manera era correspondida por él. En el fondo, le disgustaba utilizar su presunta superioridad humana para arrancar de un ser que ella consideraba desvalido una reciprocidad que no fuera

auténtica. La Comandante Kora, advirtiendo que Amalíss aún no estaba preparada para ningún tipo de confidencias, la quiso ayudar.

—No me malinterprete —añadió—. Sólo quiero decir que aquí nadie juzga a los otros. Hubo un tiempo en que considerábamos a los androides una especie de esclavos a nuestro servicio, pero después de la Guerra de Recategorización, hemos variado nuestro criterio y los consideramos sujetos de plena estimación.

A la Doctora la alusión a la guerra le trajo a la cabeza las historias que Theo le contó en el refugio acerca de la rebelión de las máquinas.

—¿Es cierto que hubo una lucha entre androides y humanos? La Comandante Kora se ensombreció.

—Hace un tiempo ocurrieron cosas terribles. ¡Es cierto! Sin embargo, debemos aprender de los errores pasados. No se preocupe por esas cosas: por ahora lo único que precisan los dos será descansar.

Para acabar con la conversación, la anfitriona señaló nuevamente con un gesto las habitaciones, sugiriendo que esperaba una respuesta. Amalíss comprendió.

—Muchas gracias —concluyó la visitante recuperando el aplomo—. Con una sola habitación será suficiente: estoy tan acostumbrada a la colaboración de mi Ayudante, que lo necesito en todo momento.

Kora sonrió y después de hacer un gesto de asentimiento con la cabeza dio unos pasos atrás ceremoniosamente y se dirigió a la puerta de salida.

—Dentro de un par de horas volveré a buscarlos para la ceremonia —dijo mientras cerraba la puerta—. ¡Que descansen!

Amalíss, al sentirse sola, se dirigió al dormitorio y se abalanzó atolondradamente sobre la cama para comprobar la elasticidad y la blandura del colchón. Mientras se estiraba con indolencia sobre el cobertor escuchó el ofrecimiento del Ayudante, que había quedado apostado junto a la puerta y sólo se atrevió a hablar cuando, por fin, se quedaron solos.

—Ahora que hemos llegado, ¿qué desea la señora?



La ceremonia de bienvenida y felicitación a los héroes del refugio (que ya habían sido calificados con esa nomenclatura en alguna de las informaciones difundidas en la Metrópolis para avisar de su llegada) se celebró en una aséptica sala con forma circular y paredes desnudas. En el centro, sobre una ligera tribuna, se apostó la Comandante Kora, flanqueada por dos acompañantes de provecta edad, a los que citó con el común apelativo de Coronel. Alrededor de los celebrantes se concentraba un auditorio ciertamente escaso, pero deseoso de aplaudir.

Kora nombró a la Doctora Amalíss Robledo y al Ayudante Austin *A+008* para que se acercasen al pequeño estrado y cuando llegaron allí comenzó la lectura de un panegírico que traía perfectamente estructurado. Comenzó por citar los estudios previos de la Doctora, sus premios universitarios y todo su historial académico, aunque no apuntó la procedencia de Austin, que probablemente desconocía. Después de aquello, continuó con el recuento de las investigaciones realizadas en el refugio, cuyos resultados había enviado Amalíss puntualmente durante tanto tiempo.

Mientras la Comandante hablaba, la Doctora Robledo se distrajo de la perorata para abismarse en sus sensaciones. Se sentía un poco ridícula allí de pie, junto a las autoridades, escuchando el resumen de los informes que ella misma había redactado. Austin, por su lado, había compuesto una figura digna y elegante: exhibía una ligera sonrisa mientras oía con delectación la enumeración de virtudes y asentía cada vez que sonaba un elogio sobre el trabajo de Amalíss. Los ancianos Coroneles, sin embargo, no parecían muy atentos al recuento de sus logros. Uno de ellos, el más calvo y decrepito, se apoyaba en el brazo de la Comandante como si fuera a caer dormido o derrengado por el esfuerzo de mantenerse el pie. El otro Coronel sonreía cada poco y se alzaba las gafas intentando discernir algo especial entre el auditorio.

De pronto, Amalíss se dio cuenta de que la oradora estaba hablando de Theo. Theo, al que se nombró como excomandante sin llegar a abundar en los motivos de su degradación, había huido de la Metrópolis escapando del castigo de sus crímenes, que tampoco se explicitaron, bien porque fueran de todos los presentes conocidos, o bien porque pareciera de mal gusto su recuento.

—Una vez allí, en el centro periférico del refugio, pretendió destruir las investigaciones que la Doctora Robledo realizaba para la Metrópolis con tan notable dedicación... —se oyó el timbre grave de la voz sugerente de Kora.

Amalíss, al oír aquello, asintió aunque era absolutamente falso, deseosa de que el panegírico acabase sin entrar en detalles.

—Pero la Doctora Robledo no podía consentir que un enemigo de la Metrópolis nos perjudicase y defendió sus teorías con la fuerza de la razón... ¡y de las armas! Ella era la encargada de probar la Teoría de la Grieta de Fuga, descubierta por nuestros investigadores, y se mantuvo firme frente al impostor... que fue finalmente desenmascarado y apartado.

La Doctora envió una significativa mirada a Austin, que seguía imperturbable, asombrada de que su historia de terror y de sangre se redujera tan simplemente a una cuestión teórica. Desde luego, era preferible esa versión en público al reconocimiento de su humillación y de la lucha encarnizada para sobrevivir y matar al Comandante... Kora, que indudablemente desconocía los detalles de lo que había pasado, mientras tanto varió el tono de su alocución para reduplicar los elogios.

—Y esta mujer —la señaló—, acompañada de su fiel Ayudante Austin *A+008*, toda determinación y valentía, no se apartó en ningún momento de la idea correcta y, a pesar de la distancia geográfica, defendió nuestras propuestas a favor de la recategorización. ¡El impostor fue neutralizado y ahora los héroes del refugio llegan victoriosos a la Metrópolis para recibir su justo premio!

Austin y Amalíss ignoraron, a la vez, de qué propuestas a favor de la recategorización hablaba la Comandante, pero acogieron agra-

decidos los aplausos. ¿Qué tendría que ver el excomandante Theo con ese extraño tema que, al parecer, había suscitado una guerra?

La oradora había terminado su discurso y la entusiasta ovación de los asistentes borró cualquier otra impresión. Kora hizo gestos para que los homenajeados se acercaran aún más mientras el más decrepito de los coroneles se registraba los bolsillos. El anciano, por fin, encontró el objeto de su búsqueda: una banda azulada y una medalla prendida en un imperdible. Miró ambos objetos preguntándose probablemente cuál era para cada uno de los presentes, hasta que la eficiente Comandante Kora se lo indicó.

—¡Amalíss Robledo! —exclamó la oradora señalando a la interpelada, como si estuviera dando el nombre de la ganadora de un concurso.

El anciano Coronel, con mano temblorosa, prendió en el pecho de Amalíss la medalla, no sin grandes dificultades, y a continuación la besó en ambas mejillas, dejándole un rastro de humanas humedades. La Comandante Kora, más inclinada a guardar las distancias, le estrechó enérgicamente la mano y siguió con el acto.

—¡Ayudante Austin *A+008*! —volvió a vocear.

El Ayudante, que se había apartado a un segundo plano, se acercó, magnífico y erguido, con pasos enérgicos y elásticos. El segundo Coronel tomó la banda de las manos del primero y se la impuso al androide agasajado mientras desnudaba con la mirada a Amalíss. Austin, como solía, en cuanto se le impuso la condecoración, se volvió a retirar tras la Doctora.

—Los detentadores de esta distinción honorífica saben que cuentan con el eterno agradecimiento de la Metrópolis... pero ahora merecen retirarse a descansar —aclaró Kora, que ya estaba deseando concluir con el acto.

La fiesta había terminado y cada cual podía seguir con sus obligaciones. El escaso público salió rápidamente y algún colaborador se hizo cargo de los Coroneles y los retiró de la sala, donde quedaron en solitario la Comandante Kora, Austin y Amalíss. Kora, al terminar

las formalidades, se relajó, envió una mirada medianamente cálida a los forasteros y quiso hacerles el regalo de su compañía.

—A lo mejor no quieres retirarte tan pronto a descansar y prefieres que vayamos a tomar un refresco —propuso a la Doctora.

—Gracias —contestó ella, agradeciendo por esta vez el tuteo—. En realidad, me gustaría preguntarte unas cuantas cosas que no he entendido... Ha sido un acto muy bonito y entrañable... pero creo que necesito informarme sobre los sucesos recientes de la Metrópolis. También me tienes que explicar la verdadera historia de Theo y, si te interesa, te contaré lo que realmente sucedió por allá...



Desprovista de la ropa de su cargo, la Comandante Kora parecía menos imponente y más sencilla: tanto así que incluso Amalíss llegó a sentir simpatía por ella.

—A nosotros Theo también nos engañó... —confesó Kora después de la primera copa y suspiró—: ¡Los científicos más sabios del mundo burlados por un impostor! Él fue el causante de una guerra terrible de la que surgió la Metrópolis que ahora vemos. Para arreglar lo que él deshizo, tuvimos que organizar de nuevo nuestro mundo y sólo pudimos lograrlo imponiendo la Teoría de la Recategorización. La distinción entre humanos es el producto de esa nueva visión del mundo.

Kora, a continuación, descubrió ante la Doctora su punto de vista acerca de la aventura de Theo. Cuando se descubrieron las exageraciones mentirosas de sus primeras investigaciones sobre la Teoría de la Grieta de Fuga, todos pensaron que el excomandante era un pobre diablo que estaba acabado y dejaron de prestarle atención. Nadie pudo adivinar el odio y el rencor que iban a alentar su venganza.

Así, Theo se convirtió en un personaje oscuro que apenas hablaba y pasaba el tiempo deambulando en soledad por las distintas dependencias de la gran Metrópolis. Después de su destitución,

realizaba el trabajo que le habían encomendado (una suerte de acciones repetidas y aburridas para controlar el tráfico de personas entre los planos horizontales superior e inferior) sin prestar a su labor apenas un interés mecánico. Sin embargo, mientras observaba el movimiento de la gran ciudad, aprendió a valorar el comportamiento de sus conciudadanos. La gente iba y venía a sus quehaceres y se molestaba por los pequeños contratiempos que se producían unos a otros en su tránsito apresurado. Los humanos del piso superior, más sofisticados, en caso de un choque pequeño o de una colisión de intereses, eludían las discusiones violentas y se conformaban con zaherirse con sutiles ironías. Sin embargo, los humanos de abajo, más acostumbrados al trabajo físico y a manifestar abiertamente sus pasiones, cuando surgía alguna contingencia se insultaban acremente, se amenazaban o incluso llegaban a algún amago de violencia.

A Theo comenzó a divertirse provocando pequeños altercados. ¿Y qué mejor sistema que programar ligeros desajustes entre los androides? Un pequeño fallo provocaba una colisión entre vehículos, la caída de un toldo, el sobresalto inesperado de un motor que se incendia, una fuga de agua, el estallido de una lámpara, el deterioro de alimentos, el extravío de objetos valiosos... Y después de todo aquello, la gente que grita y se altera; las disculpas apresuradas de quien, en realidad, no había provocado el quebranto; en fin, ¡la diversión asegurada!

Fue muy sencillo culpar a las máquinas de las pequeñas negligencias y disfunciones que provocaban los perjuicios. Y por fin llegó el momento glorioso, el momento del surgimiento de la verdadera insubordinación: cuando algún humano descargó su mal humor sobre uno de los androides reincidentes, la máquina, magnífica y gloriosamente programada por Theo, se rebeló. ¡No más obediencia al tirano! Y este movimiento súbito (pero no casual, desde luego) fue extendiéndose alentado por manos traidoras a la vez que nacía el embeleco de la rebelión de las máquinas.

¡Los androides ya no obedecen a nadie! ¡Se han rebelado contra sus creadores!, se oía por todas partes. Los habitantes de Bloomington

creyeron volverse locos y, para defenderse de supuestos ataques, comenzaron a masacrar a las máquinas. En cualquier esquina se veían robots desarbolados, con brazos arrancados y ojos colgantes. Casi nadie se percató de que destruyendo a las máquinas se obligarían a sí mismos a esclavizarse aún más para sacar adelante los trabajos y a los pocos incautos que avisaron del peligro nunca se les escuchó. Muy al contrario: la gente DISFRUTABA destrozando a los androides. Una ira sistemática y violenta se adueñó de la ciudad como si una emanación tóxica y generalizada hubiera privado a todo el mundo de razón y, en las refriegas, a veces caían los androides y a veces los humanos, que en ocasiones se atacaban entre sí. Fue necesaria la intervención del ejército, que para disolver a las multitudes empleó el sencillo y efectivo método de arrasarlo todo.

Cuando la Comandante Kora y alguno de los antiguos compañeros de Theo advirtieron la traición ya era demasiado tarde: apenas quedaban robots en la ciudad y los pocos que se conservaban había que esconderlos para apartarlos de la pasión desatada.

Theo aprovechó para escapar huyendo en un anticuado armatoste abandonado por las autoridades y nadie pensó que con aquella nave pudiera alcanzar un destino y convertirse en peligro potencial. Lo normal hubiera sido que el artefacto explotase en contacto con los gases de la atmósfera o que el viajero se hubiera extraviado en su viaje hasta morir de inanición. Por eso tardaron bastante en avisar del peligro del pirata evadido.

—¡Nunca imaginamos que pudiera llegar a ninguna parte!
—concluyó Kora, lamentando la aventura de Amalíss.

Sin embargo, a pesar de la desaparición del excomandante, la vida de Bloomington cambió. Los humanos genéricos, a causa de los trabajos que debían realizar para suplir la ausencia de las máquinas, se embrutecieron; mientras que los humanos especializados se refugiaron en la torre de cristal del piso superior. Allí los científicos se afanaron en seguir mejorando la programación de sus máquinas para perfeccionarlas, siempre a escondidas de los humanos genéricos, que las culpaban de todos los males.

—A partir de esa experiencia, hemos tenido que ultimar todas las operaciones fruto de la recategorización —siguió la Comandante Kora—, separando estrictamente las dos zonas de la Metrópolis. No podemos consentir que los humanos genéricos invadan nuestro territorio, porque atacarían a nuestros androides y los destruirían...

—Pero, ¿no se les puede explicar que fue todo un embuste, una patraña? —se interesó Amalíss.

—Es demasiado arriesgado —contestó Kora—. ¡Y ahora, especialmente, que se han desarrollado hasta tal punto sus virtualidades...! Un androide, hoy día incluso tu propio Ayudante —se interrumpió la Comandante bajando la voz—, está tan perfeccionado como para ejercer control sobre sus propias acciones e incluso ha llegado a disfrutar de su libre albedrío... ¡Los androides actuales se han convertido en seres tan completos y tan aceptables como los humanos!

—No olvidemos que los hemos creado nosotros —opuso Amalíss al ver que la Comandante se enardecía en su discurso.

—¿Y qué? —contestó la otra con energía— ¿No sabemos quién ha creado al hombre y por eso vamos a desposeerle de sus derechos? Las máquinas, aunque en su origen fueran forjadas por algunos científicos, en muchas ocasiones son superiores al hombre y ya no merecen ser sus esclavas. ¡Se han perfeccionado tanto que son merecedoras del máximo respeto! ¡En nuestra sociedad aventajada, los androides ya están adquiriendo sus derechos!

Amalíss quedó sorprendida por la vehemencia de su interlocutora. Aquella teoría impactante suponía una variación considerable respecto al juicio que ella tenía sobre su Ayudante... ¡Austin poseedor de derechos! Era cierto que el buen colaborador resultaba entrañable, pero ella nunca lo hubiera hecho sujeto de las ventajas humanas.

Por otra parte, ya entendía la alusión de Kora durante su discurso a la recategorización. ¡Qué lista! Para avalar sus propias teorías le adjudicaba a ella opiniones que no tenían nada que ver con su aventura contra Theo. La Metrópolis se había convertido en un lugar extraño: los humanos genéricos y los humanos especializados estaban separados; los humanos especializados y los androides se

hermanaban en una relación equitativa; los humanos genéricos odiaban a los androides... Todo aquello la colocaba a ella en una extraña posición. ¿Dónde quería situarse a sí misma en aquella ciudad? Era cierto que se sentía más a gusto en el piso superior acompañada felizmente por el Ayudante, pero la visión de los humanos de abajo, tan hambrientos y desesperados, también le hacía reflexionar.

Las dos mujeres acabaron sus consumiciones, pero la Comandante Kora no había terminado de explorar confidencias con su nueva amiga y llamó al camarero para que trajera otro par de bebidas.

—Y ahora, querida —susurró tomando a la Doctora de la mano—, ¿me vas a contar toda la verdad sobre tu aventura?

* * *

—Cuando Theo llegó hasta el refugio yo me sentía especialmente sola... —comenzó su letanía Amalíss, después de decidir que necesitaba contar a algún humano sus angustias.

A continuación tragó saliva, sopesando qué parte de la historia debía maquillar y qué parte ocultar. La Comandante Kora aumentó la presión amistosa de sus manos sobre las de Amalíss. Sin embargo, un suceso inesperado interrumpió las confidencias.

—¿Qué hace él aquí? —exclamó la Doctora Robledo, trocando el abatimiento por la rabia— ¿Por qué no me espera en la puerta?

Austin, acompañado de dos bellezas esculturales, una muchacha rubia y otra idéntica a la anterior con el cabello moreno, acababa de entrar en el local.

—¡Oh, no te preocupes! —la tranquilizó Kora— Son Xana y Anjana... Están aquí para acompañar a tu Ayudante.

—¿Acompañarlo? ¡Él no necesita la compañía de ninguna mujer!

Kora rio.

—¡No son mujeres! ¿No adviertes que son ginoides? Por eso guardan entre ellas tan gran parecido —aclaró la Comandante—. No

debes preocuparte... Aquí las cosas son así. *Ellos* también necesitan relacionarse. ¿Qué tiene de malo que mis chicas acompañen al tuyo mientras nos esperan?

Amalíss volvió a observar a su Ayudante escoltado por las dos beldades. *Ellos*, había dicho Kora, ¡como si fueran seres que tuvieran mucho en común! Austin nunca había necesitado ninguna compañía durante la espera; pero, en fin... ¡qué se podía esperar de aquel lugar estrafalario!

Kora esperó pacientemente a que Amalíss volviera a centrar su atención en el relato de su malogrado amor por Theo.

—Theo era un hombre bastante atractivo... —adujo Kora para animar las confidencias.

—Bueno... ¡sí! —contestó Amalíss— En un principio, cuando todavía pretendía gustar, se mostraba... se mostraba... sugerente. ¡Incluso pretendió conquistarme!

Justo al tiempo en que sonaron las palabras de Amalíss, llegaron hasta las mujeres las risas cruzadas de Anjana, Austin y Xana y sus voces.

—¿Qué es para usted la felicidad? En una montaña rusa. Si no, al lado del mar.

—¿Cuál es la mayor desgracia que podría ocurrirle? Sentirme bien conmigo misma: la felicidad hay que buscarla.

—¿Dónde le gustaría vivir? Estar sola en el mundo.

Habían hablado, por orden, cada uno de los tres y en aquellos momentos reían al unísono.

—¿Qué es lo que más le divierte? No terminar las cosas.

—¿Qué o quién le hubiera gustado ser? Estar con mis amigos.

—¿Cuál es su mayor defecto? Zeus, el padre de los dioses.

El primero de los interlocutores comenzó su nueva retahíla antes de pasar el testigo al siguiente.

—¿De qué se arrepiente? Del trabajo...

—¿Cómo le gustaría morir? De no haber nacido ahora. Mañana... incluso.

—¿De qué o de quién está enamorado? Con un cortocircuito indoloro...

En el espacio contiguo Kora y la Doctora reiniciaron su tertulia.

—Pero, ¿qué tonterías están diciendo? —exclamó Amalís, totalmente alejada de sus propias confianzas y bastante furiosa.

—No les hagas caso, querida... ¡Se están divirtiendo! —le contestó Kora—. Seguro que tú también has jugado a lo mismo cuando eras niña... La broma consiste en hacer una pregunta al compañero de la derecha y adjudicarle la respuesta que el compañero de la izquierda dedica a una pregunta distinta.

—¡Yo nunca me he divertido con eso! —contestó Amalís, resentida.

—No les hagas caso... Sólo imitan a los humanos, sin hacer daño a nadie... Continúa...

Amalís procuró concentrarse en su relato, sin conseguirlo. Anteriormente Austin no sabía reír de ese modo. Con ella misma había sonreído en múltiples ocasiones, pero esa risa estentórea (similar, aunque más grave, a la de sus espléndidas acompañantes) era absolutamente nueva. ¿Quién podía haberle programado esa mezcla de sonidos guturales entrecortados? ¿Es que Austin intentaba llamar la atención de alguna manera con esa novedad? La Doctora miró rencorosamente al trío del fondo y aguzó el oído.

—Metratratratralleta —dijo Austin.

—Motorrrrrrrrrr —contestó Xana triunfante.

—Duduplicacadodo —terció Anjana.

—Troppezón —indicó Austin.

—Ssssssssspray —dijo Anjana, aunque no era su turno.

—Carcajajajajada —exclamó Xana mientras los tres volvían a reír.

Amalís volvió a encararse con Kora, que no tenía la culpa de nada.

—¿Qué dicen ahora esos insensatos? —escupió.

—Es otro juego anticuado —explicó Kora intentando no perder la paciencia—. Consiste en construir grafonías: hay que traducir a sonidos las asociaciones libres que sugiere la imagen de cualquier palabra. Es un juego que sirve para estimular la creatividad sonora. Son los primeros ejercicios que realizamos con los androides para adiestrarles en la combinación de opciones diversas...

Amalíss intentó serenarse. Debía evitar ocuparse de Austin y de sus amenas acompañantes. “Que *ellos* se diviertan como quieran”, decidió, y se propuso concentrarse en el relato del tema que tanto la había hecho sufrir hacía poco tiempo.

—Pues bien... —la Doctora decidió retomar la narración desde el comienzo— cuando Theo llegó hasta el refugio solicitando mi ayuda ¡y mi consuelo!, yo le acogí...

—Baja la campana da Blaamangtan nazan a la par la zaanzaa a al jábala... —recitaba Xana.

—Beje le kempene de Bleemengten necen e le per le ceencee e el jébele... —contestó Anjana.

—Bojo lo compono do Bloomongton nozon o lo por lo zoonzoo o ol jóbolo... —añadió Austin, mientras se saltaba una vocal, artimaña que encantó a sus acompañantes y que los tres celebraron con risas.

—¡Bajo la campana de Bloomington nacen a la par la ciencia y el júbilo! —concluyó alegremente también la Comandante Kora— ¡Este es el himno de nuestra ciudad!

—¡No lo soporto más! —concluyó Amalíss— ¡Vámonos de aquí!

La Comandante Kora no conocía gran cosa sobre la historia de la Doctora con el excomandante Theo, pero comprendió perfectamente el desasosiego actual de Amalíss, así que se levantó de su silla e hizo a Xana y Anjana un gesto expresivo que comprendieron inmediatamente.

—Más tarde vendrán los tres a reunirse con nosotras en nuestros alojamientos de la Dirección General —explicó a la Doctora—. No temas que se vayan a perder. Mientras tanto, podemos adelantarnos...

Las dos mujeres salieron de la mano. “Cada oveja con su pareja”, pensó absurdamente Amalíss, mirando hacia atrás, donde los tres androides continuaban sus diálogos sorprendentes acompañados de risas. La Comandante Kora abrazó inesperadamente a la Doctora y la empujó hacia adelante para que no pudiera arrepentirse de lo que quedaba a sus espaldas. La presión oportuna, duración del contacto, el instinto inefable de la unión entre humanos... ¿Qué era todo aquello? La caricia del cuerpo elástico y apretado de la Comandante sobre la espalda de Amalíss le trajo impresiones difíciles de descifrar. ¿A qué le recordaba la opresión de su abrazo?

* * *

Al día siguiente la Doctora se esforzaba en olvidar las impresiones de la camaradería entre los androides a la vez que ideaba una visita a sus congéneres de la sección inferior de la Metrópolis.

—No tienes por qué acompañarme —insistió Amalíss—. ¡Puede ser muy peligroso!

—Doctora —insistió Austin—, he de hacerlo. Mi cometido es escoltarla y protegerla a todo trance.

—Yo ya soy mayorcita... Tú, sin embargo, puedes quedarte a practicar esos extraños juegos de palabras aquí arriba.

Austin no quiso captar la ironía de Amalíss, pero tampoco estaba dispuesto a dejarla marchar.

—Doctora —dijo el Ayudante con infinita paciencia—, usted sabe que puedo librarla de muchos peligros. Es más, quizás sería conveniente que bajase a explorar yo primero. A pesar del entrenamiento en el refugio, usted aún no alcanza mi velocidad en la huida. Yo, sin embargo, he sido programado, he sido fabricado con los estándares más...

—¿Con los estándares más machistas? —disparó la Doctora.

Austin calló durante algunos segundos para reflexionar y consultar, en todo caso, sus registros.

—*Machista: perteneciente o relativo al machismo* —consultó, y siguió recitando con entonación erudita—: *Machismo: actitud de prepotencia de los varones respecto de las mujeres. Amalista: androide comprometido con la defensa de Amalíss.*

—¿De dónde ha salido ese registro? —preguntó la Doctora, desorientada, sin comprender en absoluto la broma de la última definición.

—*Más chiste* —aclaró el androide—: *juego de palabras para definir conceptos de civilizaciones antiguas.*

La Doctora advirtió que no iba a conseguir enfadar al Ayudante, que en poco tiempo había llegado a dominar la estrategia de los juegos de palabras e incluso de la ironía. Desde luego, estaba aprendiendo muy deprisa. Como vio que no iba a lograr convencerlo con una tosca negativa, decidió dulcificar su mensaje.

—Austin, es muy peligroso que tú vayas abajo. Ya te he explicado que allí aborrecen a los androides... Sin embargo, yo quiero ver a esa gente. Quiero conocer a los humanos genéricos... Cuando los divisé tras el cristal del vehículo me parecieron tan... ¡tan desamparados!

La Comandante Kora había entrado sin hacer ruido en la habitación donde se alojaban.

—No conviene que los invitados se internen por su cuenta en la zona horizontal inferior —advirtió—. La Dirección General no garantiza la seguridad de los invitados si prescinden de la protección protocolaria.

A la Doctora le disgustó la intromisión, pero procuró no manifestarlo para no poner a la intrusa sobre aviso.

—¿No es posible que los invitados circulemos libremente por la Metrópolis? ¿Voy a transgredir con eso alguna prohibición? —preguntó con una de sus entonaciones más ingenuas.

Kora, que había tomado la extravagante costumbre de abrazarla aunque no hubiera ningún motivo, se acercó a ella con el claro objetivo de halagarla.

—Los humanos especializados, dentro de la Metrópolis, podemos ir adonde nos dé la gana. Son los genéricos lo que tienen prohibido subir aquí arriba —justificó la Comandante, pero añadió—: Sin embargo, esa no es una excursión placentera. Una mujer como tú no se debe exponer a ningún incidente desagradable. No merece la pena que te molestes por ellos... ¡No lo merecen!

—Pero, Kora... —gimoteó Amalíss con un deje de niña mimada y fastidiosa— Yo quiero verlos. ¡Son humanos! ¡Como tú y como yo! ¿Qué tiene de malo saber cómo viven?

—No, ¡te equivocas! No son como nosotras y, mucho menos, como yo —cortó Kora misteriosamente; pero, para convencer a su amiga, prefirió recurrir al chantaje—: Si insistes en esa tontería, ¡nos acabarás dando un disgusto terrible! ¿Verdad que sí, Austin querido?



Después de la conversación con la Comandante Kora, estaba muy claro que había que descender a los infiernos de Bloomington. Para ello, al día siguiente, los dos se disfrazaron con los vestidos que habían traído desde el refugio: era la ropa menos lujosa que existía en toda la Dirección General. Amalíss, además, insistió en que Austin presentaba un aspecto excesivamente limpio y agraciado, así que le manchó la cara a conciencia y le dispuso bajo la ropa algunos trapos que simulasen gorduras e imperfecciones. Ella se conformó con desgredñarse un cabello que había reservado oportunamente sucio.

No les supuso ningún trabajo escurrirse inadvertidamente por las avenidas impolutas de la zona horizontal superior hasta los linderos del abismo. Una vez allí, se adentraron en las calles más concurridas buscando confundirse con la multitud.

Los habitantes genéricos, además de genéricos, eran a la vez fétidos o hediondos en el sentido literal de esta palabra. Austin, cuyo olfato no había sido programado para experimentar repugnancia a causa del mal olor, soportaba imperturbable las vaharadas de los

humanos; pero Amalíss, que tenía una pituitaria delicada, sufría el deseo constante de taparse la nariz.

—¿Es que no suelen lavarse? —preguntaba la Doctora por lo bajo.

—El agua, probablemente, será un bien escaso para ellos —dedujo el Ayudante.

Mientras paseaban, procuraron atisbar disimuladamente en el interior de las puertas destartaladas por las que salían o entraban algunos, pero la oscuridad interior les impedía discernir los reductos de dentro.

Empujados por el ir y venir del gentío llegaron a una especie de plaza o ruedo donde se agolpaba la muchedumbre. Allí, elevado sobre un pódium construido de maderas, peroraba un hombre a la concurrencia. Austin y Amalíss se acercaron también. El orador era un joven vigoroso que irradiaba una gran energía y cuya presencia parecía mantener electrizada a la multitud. Vestía una especie de túnica raída que flotaba alrededor de un cuerpo delgado y fibroso que se tensaba de emoción mientras desgranaba su extraña teoría. La melena ensortijada y salvaje nimbaba su cabeza como un halo de fuego y la impresión de su estampa cobraba fiereza por la presencia de la barba negra cerrada y un parche en un ojo. El orador agitó sus manos nerviosas señalando a los presentes.

—Ya dijo el Profeta: “El sol se pondrá negro y quedará reducido a tinieblas, la luna se convertirá en sangre, el día se volverá tan oscuro como la noche, las estrellas caerán del firmamento, en vez de agua lloverá fuego y el mismo cielo llegará a encogerse y arrollarse como un pergamino”.

Un silencio denso sobrecogió a los asistentes y el predicador aprovechó para tomar aire y aumentar el volumen de su voz severa.

—El Profeta también avisó a vuestros padres: “Poned los ojos en el aire, y hallaréis que todo él se trastornará con vientos furiosos; por todas partes no se verá sino un continuo diluvio de centellas, truenos, relámpagos y rayos, de modo que parecerá hundirse el cielo”.

La multitud se agitó y muchos dirigieron miradas medrosas hacia lo alto, más allá de la zona superior, donde los límites de la campana de aislamiento protegían a la Metrópolis de los gases de fuera.

—Sin embargo, vuestros padres desoyeron su mensaje y pecaron.

Tras este breve aserto, el orador pareció decaer, pero al poco se recompuso y acentuó la amenaza de su acento.

—¡Vuestros padres pecaron! ¡Vuestros padres construyeron las máquinas que ensuciaron el ambiente; convivieron imprudentemente con ellas y sucumbieron a su engaño! ¿Y qué nos queda ahora? —gritó extendiendo sus brazos en cruz— ¡Nos queda un reducto de sufrimiento y sumisión! ¡Nos queda el presidio de esta ciudad contaminada y podrida! Pero aún existe un poso de esperanza... —animó a la concurrencia— ¡Debemos expiar la culpa de nuestros padres hasta lavarla! ¡Lavar su pecado para escapar del último castigo!

Parte de los asistentes, cuando oyeron que quedaba alguna expectativa de redención, comenzaron a agitarse y uno de ellos, probablemente conchabado con el orador, intervino para gritar:

—¡La esperanza de nuestra doctrina! ¡La Doctrina del Amor y de la Sangre!

—¡El Amor y la Sangre! —repitió el eco.

El predicador, una vez sentadas las bases de su mensaje, se permitió apaciguarse. Se tomó un tiempo examinando uno por uno los rostros atemorizados de los asistentes y continuó desgranando su embajada.

—Los androides: las máquinas destructoras. *Ellos* no aman, *ellos* no tienen sangre. En su interior sólo discurre un rumor maléfico, aquel que les empuja a intrigar contra la civilización humana... *Ellos* no aman ni sienten. Su objetivo es destruir completamente el universo de ríos, montes, sierras, fuentes y mares de que disfrutaron los humanos antes de la traición. *Ellos* no tienen sangre. Por sus venas no corre ese líquido vivífico que alienta la bondad de las mujeres y los hombres, sino los enredos encriptados de quien los programó para nuestra destrucción. ¡Hemos de volver a nuestras raíces! Los humanos vivimos

del amor y nacemos de la sangre. ¡La Doctrina del Amor y de la Sangre nos redimirá!

Amalíss había sucumbido momentáneamente a la magia de los postulados del orador. Ella también añoraba ese universo construido bajo un aire incontaminado y unas nubes claras, que permitía la libertad de cruzar montes y sierras, de nadar en los ríos o en los mares limpios (ella, que nunca había pisado la arena de la playa de un mar). Pero aquel sueño no tenía nada que ver con los actos de los androides. Habían sido los humanos, ellos solos, los que habían trastornado los límites de la propia naturaleza hasta aniquilarla, por no saber desautorizar la civilización del consumo desenfrenado.

Amalíss seguía soñando con el universo perdido, mientras que Austin agudizó su sistema de alerta. El predicador continuaba divulgando la profecía.

—Recorred igualmente los mares, los ríos y las fuentes y veréis sus aguas convertidas en sangre, al mar tan inquieto y furioso que dará los más espantosos bramidos y, saliendo de madre, arrebatará entre sus olas cuanto se le ponga delante —recitó, esta vez entre dientes, como recordando el desastre anunciado.

Mientras hablaba, elevó su brazo derecho, que se alargaba en un dedo índice severo y acusatorio, el cual fue paseando por cada uno de los componentes de la concurrencia. El silencio denso de la multitud acompañaba su letanía y Amalíss, emergiendo de sus ensoñaciones, advirtió que el pánico la paralizaba. La indicación del orador, demorándose en su recorrido sobre todo el auditorio, se posó sobre las cabezas de Austin, de Amalíss y de sus convecinos y siguió afortunadamente de largo. Poco después, cuando ya quedaban pocos por señalar, se paró sobre la figura de una muchacha muy hermosa.

—¿Quién eres? —le espetó con voz resonante— No te conocemos... ¿Tú también quieres participar de nuestra Doctrina?

Amalíss se aferró de la mano de Austin conteniendo la respiración, ya que supuso, como muchos, que la hermosa criatura no era más que un producto construido por los hombres, un robot hermo-

sísimo. Los concurrentes que se hallaban a su lado la asieron con determinación.

—¡Traedla aquí! —gritó el orador, mientras ella pugnaba por escaparse— Si eres humana, si tú no eres uno de nuestros enemigos, no te importará superar la prueba del Amor y de la Sangre.

Llevaron a la aterrorizada muchacha hasta los pies del orate. Él, con gran parsimonia, sacó una pequeña cuchilla que llevaba oculta en algún pliegue de sus harapos y la mostró a la concurrencia.

—No temas —le dijo a ella—. No temas si no tienes culpa...

Con un movimiento felino, el orador clavó la cuchilla en la mano de la chica, que lloraba de terror, y entonces se produjo el milagro.

—¡Sangre! —gritó la multitud— ¡Es inocente! ¡Ha salido sangre!

El victimario, enardecido por su misión, abrazó a la muchacha y pasó la mano ensangrentada por su propio cuerpo y finalmente por su cara y por su boca, con que la lamió. Todos celebraron la buena nueva de la salvación de la hermosa, que escapó de las manos del orador en cuanto pudo.

Amalíss, aprovechando la atención que suscitaba el desenlace de la función, tiró del brazo de Austin para intentar alejarse del peligro. Los dos se apartaron discretamente hasta dejar atrás la locura del vate. Sólo cuando se habían alejado suficientemente, Amalíss se atrevió a expresar el miedo que había padecido durante la aventura.

—Pensé que ese loco te iba a descubrir... a ti, que eres incapaz de hacer daño a nadie.

—La Comandante Kora tenía razón —dijo el Ayudante—. Es peligroso andar por aquí sin protección. Estas personas parecen bastante desesperadas.

—¡La Doctrina del Amor y de la Sangre! ¡Menuda ridiculez! —dijo la Doctora con rabia— Al parecer, ellos tienen suficiente sangre en las venas, pero aprovechan muy poco el amor... ¡Y mucho menos la inteligencia!

Al alejarse, habían seguido sin darse cuenta los pasos de la muchacha herida, que se iba deslizando junto a las paredes con la

mano envuelta en un pañuelo. Cuando se alejaron suficiente, la Doctora la interceptó.

—¿Te duele? —le dijo.

—¿Quién es usted? —respondió la chica con desconfianza.

—¿Te han hecho daño esos locos?

—¿Locos? —se encaró la mujer— Son un rayo de esperanza para este mundo podrido: ¡sólo quieren salvarnos!

La chica miró a izquierda y derecha, fijó después sus ojos en los entrometidos y por fin siguió:

—¿O es que confías más en los jerarcas de arriba? ¡Los científicos sapientísimos que se divierten jugando con los andróides!

Ante tal opinión no cabía una oposición razonada, así que la Doctora y su Ayudante siguieron su camino procurando pasar desapercibidos. No existían condiciones para un intercambio de pareceres.

—Será mejor volver —dijo Austin suavemente, y la Doctora asintió.

Gracias al sistema de posicionamiento global del Ayudante consiguieron retomar el camino más corto hacia la salvación de los importantes, aunque Amalíss sentía el remordimiento de estar abandonando a los más necesitados a su suerte. A sus espaldas quedaban niños sucios, mujeres desgredadas y toda una grey de personas incultas y menesterosas. ¿Era justa esa separación entre los humanos? ¿Cómo habían consentido los científicos de la zona superior que surgiera esa brecha inicua y abusiva?

Cuando llegaban, una patrulla de andróides los interceptó: era más fácil salir que volver a ingresar. Sin embargo, casi todos en la zona superior habían oído hablar de los héroes del refugio, y el recuerdo de su distinción honorífica les permitió volver a sus habitaciones sin tener que dar demasiadas explicaciones.

Una vez a salvo, Amalíss se empeñó en recomponer ella misma el aspecto de su Ayudante.

—Siéntate —le dijo.

El androide obedeció mansamente mientras ella le limpiaba la cara. ¡Qué hermoso era! ¡Qué perfectas resultaban a veces las creaciones de los humanos!

—Austin, ¿has tenido miedo a que te descubriesen? —le preguntó.

—Yo sólo temo por el Ama. ¡Para eso he sido programado!

Ella le acarició el rostro. Con las yemas de los dedos le cerró los ojos y después se las pasó por las cejas, por las sienes, por la boca.

—Tú no sangras —siguió ella—. ¿Qué habría pasado si te hubiesen capturado?

Austin abrió sus ojos redondos e intentó leer el desasosiego del Ama. Como no quería calcular la respuesta, calló.

—La Doctrina del Amor y de la Sangre —continuó ella mientras lo abrazaba contra su pecho—. Tú no sangras, pero yo creo... yo estoy segura de que sí eres capaz del amor. ¿Verdad que sí, Galatea?

III

SECUESTRAO

La Comandante Kora tenía realmente ocupados a Austin y Amalíss. Durante muchas horas los hacía partícipes de sus investigaciones o se dedicaba a comentar con ellos los resultados que la Doctora había presentado a partir de su trabajo en el refugio. El resto del tiempo, que los demás dedicaban habitualmente al ocio o al descanso, también los acompañaba infatigablemente.

Xana y Anjana visitaban con frecuencia al Ayudante.

—Cuando llegó, ¿Austin ya era así? —preguntó Kora a la Doctora en una de las sesiones ocupadas en las mutuas confidencias.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir si ya era... tan perfecto. Desde que vino aquí, está aprendiendo muchísimo: su proceso evolutivo ha desarrollado capacidades innatas que le han llevado a adquirir una clara autoconciencia y un incuestionable libre albedrío. Cuando tú lo conociste, ¿había sido ya absolutamente programado?

Era una pregunta difícil de resolver. Si Amalíss volvía la vista atrás, reconocía una transformación innegable: desde su previsibilidad e ingenuidad más o menos infantil del comienzo hasta la época actual, Austin había adquirido una sabiduría y una prudencia admirables; pero todo ello, para la Doctora, era un *continuum* difícil de deslindar.

—No sé —contestó, por fin—. Es cierto que ha mejorado, pero su perfeccionamiento parte en todo caso de lo que al principio fue. Sigue siendo el mismo, aunque sus capacidades se hayan incrementado naturalmente.

La Comandante Kora quedó pensativa.

—Es un caso portentoso —dijo en voz baja—. Xana y Anjana son lo mejor que tenemos aquí, pero no alcanzan la misma integración de los mecanismos emocionales en el pensamiento racional. ¡Daría cualquier cosa por conocer los estándares previos de su creación!

Amalíss no entendía muy bien el sentido de estas palabras y, por otra parte, estaba más preocupada por comprender sus propios sentimientos hacia el Ayudante que por definir las virtualidades de la inteligencia artificial.

—A veces me siento confusa —reconoció—. No puedo evitar profesarle un afecto excesivamente similar al que le profesaría a un ser humano...

Kora se revolvió como si le hubiese picado una serpiente, pero su desagrado discurría precisamente en el sentido inverso al que Amalíss hubiera supuesto.

—¿Y eso te disgusta? —le espetó— ¿Te disgusta estimarle? ¿Es que no te sirve y no te ha servido con lealtad y con cariño? ¿No ha decidido sacrificar su existencia a favor de la tuya?

—Sí, es cierto, ha sido así siempre —se defendió la Doctora—. Pero él está determinado... ha sido programado para hacerlo... no es lo mismo que un humano, que elige sus actos futuros a partir de la libertad.

La Comandante Kora estalló en una risa irónica.

—¿Me estás hablando de libertad? ¿Tú crees que los humanos son libres? Recordarás —añadió con vehemencia— que han surgido por evolución, a partir de los primeros seres vivos, mediante un costoso proceso de prueba y error. Si se llegó a la creación de seres multicelulares complejos, capaces de reconocer y reaccionar ante las distintas oportunidades, fue gracias a que sus capacidades quedaban codificadas en su ADN. ¡Los humanos también están programados por su código genético, al cual siguen ciegamente! ¿A eso llamas libertad?

—Entonces... —concluyó Amalíss— ¿Es que tú no ves diferencia entre humanos y androides?

—Mírale a él —contestó Kora, ahora ya con parsimonia—; mira a Xana y Anjana. ¿Son muy distintos de ti y de mí? Si hay alguna diferencia, ésta consiste precisamente en que son más resistentes y vigorosos; son hermosos; son capaces de resolver en segundos cuestiones que muchos humanos no alcanzan... ¿No te parecen maravillosos?

La Doctora no esperaba de la Comandante Kora una justificación tan apasionada; pero, mucho menos, lo que sucedió a continuación. Tomó el maletín donde guardaba el resultado de sus investigaciones, extrajo unos folios encuadernados y se los mostró.

—Si *ellos* tienen vida y además disfrutan de la capacidad del razonamiento es indiscutible que son merecedores de unos cuantos derechos.

Amalíss tomó el documento y leyó:

DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS DEL ANDROIDE

Considerando que todo androide es merecedor de derechos y que su desconocimiento y desprecio ha conducido a la humanidad a cometer crímenes contra la naturaleza durante el período de recategorización, se proclaman los siguientes postulados:

Primero: Todos los androides nacidos de la ciencia (androides, ginoides, autómatas humanoides, robots antropomorfos o cíborgs) han sido creados en igualdad para la vida y, por tanto, tienen derecho a la existencia.

Segundo: Todo androide tiene derecho a ser respetado y ningún ser humano puede atribuirse la potestad de exterminarlo o explotarlo.

Tercero: Todos los humanoides tienen derecho a la atención, a los cuidados y a la protección.

Cuarto: Ningún androide será sometido a malos tratos ni a actos ofensivos. Si hubiera que desconectarlo o reprogramarlo, esta operación se realizará de manera incruenta y no generadora de angustia.

Quinto: Cualquier autómatas destinado al trabajo tiene derecho a una limitación razonable del tiempo e intensidad de la ocupación, de manera que la labor realizada no implique su deterioro.

Sexto: Ningún androide debe ser explotado para el exclusivo esparcimiento del hombre si esto conlleva el menoscabo de su dignidad.

Séptimo: Todo acto que implique la desaparición de un humanoide sin necesidad es un biocidio, es decir, un crimen contra la vida.

Octavo: Cualquier androide, autómatas o ginoide, cuando fuera desactivado, debe ser tratado con respeto. No son compatibles con la dignidad del androide las escenas de violencia o destrucción contra las máquinas.

Noveno: Los derechos de los androides deben ser protegidos por la ley en los mismos términos en que son defendidos los derechos humanos. Asimismo, su salvaguarda debe alcanzar el amparo de los organismos gubernamentales.

Décimo y último: Se establece que la relación entre humanos y androides se basará en el principio de equidad”.

—Kora —se escandalizó la Doctora—, ¿no te parece un poco exagerado?

La Comandante Kora se acercó a Amalíss con pasos felinos y la abrazó estrechamente.

—Los androides son imprescindibles en nuestra civilización actual —argumentó—. Defender sus derechos, en el fondo, también supone defender la común prosperidad...

La Comandante empujó a Amalíss hasta la cama cercana y comenzó a masajearle la espalda, desde la cintura hasta las cervicales y, después, desde el cuello a los hombros, localizando cada vértebra y cada músculo para alisarlos con los dedos. La Doctora advirtió que su cuerpo se relajaba agradablemente y cedía a la caricia de las manos de su amiga. Aquella distensión le producía una especie de somnolencia plácida. En realidad, ¿a qué le recordaba ese tacto muelle y delicado?

—¿Qué desea ahora la Doctora? —le susurró Kora al oído mientras ella languidecía de placer.



La velada transcurrida con la Comandante duró hasta altas horas de la noche y había terminado con una ingesta de alcohol excesiva. A la mañana siguiente, Amalíss se despertó con la sensación de que había sucedido algo que no estaba bien. Se levantó de la cama deseando lavar con la ducha y con la toma de analgésicos la mala conciencia de la noche anterior. Afortunadamente, era un día festivo y no se trabajaba en los laboratorios, así que se tomó el tiempo necesario para recuperarse física y emocionalmente. Cuando ya se había recompuesto suficientemente advirtió que Austin no la esperaba en la recámara.

—¡Austin! —llamó hacia el fondo silencioso del pasillo.

Nadie le respondió ni halló tampoco ninguna justificación para la ausencia del Ayudante. Austin no se encontraba en las inmediaciones.

Era extraño: no era probable que él se hallase realizando ninguna investigación en los laboratorios. ¿Adónde podría haber ido? La Doctora decidió esperarlo mientras se dignaba a realizar algunas labores de limpieza en sus habitaciones... “¿Hasta dónde podremos llegar con tantos derechos para los andróides?”, llegó a suspirar, recordando el manifiesto de la Comandante.

Pasaron varias horas y Amalíss advirtió con preocupación que la noche anterior tampoco había reparado en su ausencia: en realidad, ya habían pasado casi veinticuatro horas sin verlo. Aquello la intranquilizó: el Ayudante nunca se había separado de ella durante tanto tiempo sin una causa justificada. Por eso, la Doctora no quiso demorarse más y salió a recorrer las dependencias de la Dirección General. Lo buscó en los laboratorios y en los lugares de reunión, preguntó por él a los conocidos y a los vigilantes. Nadie lo había visto.

Sin embargo, Kora intentó tranquilizarla.

—No te preocupes. Aquí no hay ningún peligro —le dijo señalando la amplitud de la zona superior—. Nadie de abajo puede llegar hasta arriba para perjudicarnos... ¡Tenemos unos vigilantes excelentes!

Amalíss acusó la justificación como una bofetada. ¿Es que Kora se había enterado finalmente de su aventura con los humanos genéricos? No, aquello no era probable. Y, en todo caso, aunque así hubiera sido, ¿qué tenía que ver con la desaparición del Ayudante?

—Seguramente Austin está haciendo uso de su libre albedrío —añadió Kora con un guiño de picardía—. Ya dijimos que últimamente estaba aprendiendo mucho...

La Doctora se disculpó para continuar su búsqueda en soledad. Con libre albedrío o sin él, Austin no era así; mejor dicho, él no había sido programado para hacer eso ni había ningún indicio de que evolucionase en aquella dirección: el Ayudante nunca hubiera decidido alejarse voluntariamente sin previo aviso. Y si no había desaparecido intencionadamente, eso quería decir... ¡que alguien lo había alejado por la fuerza! ¡Alguien se lo había llevado!

Aquel pensamiento la horrorizó. ¿Quién podía haber robado a su amigo y cómo habían hecho para arrancárselo sin dejar ninguna huella? Amalíss volvió a sus habitaciones con el deseo vehemente de que nada de aquello fuera verdad. Tenía que registrar todos los rincones y estrujarse la cabeza recordando cualquier indicio que permitiera adivinar su paradero. Sin embargo, el recuerdo del día anterior y su noche sólo le devolvía la imagen de Kora halagándola y convenciéndola de las virtudes de los andróides.

Después de meditar durante algunos minutos, decidió que, por el momento, era inútil volver a recorrer los pasillos de la Dirección General o las calles vacías de la zona superior. Allí no lo iba a encontrar. El lugar que debía registrar con la máxima urgencia, el sitio más peligroso de donde había que rescatarle, si es que alguien lo había llevado hasta allí, se hallaba en la zona inferior, en el territorio prohibido para los andróides.

—La Doctrina del Amor y de la Sangre por un lado, y la Declaración Universal de los Derechos del Androide por otro...

—suspiró la Doctora en voz alta, después de morderse los labios—. Austin querido, ¿en dónde nos hemos metido?



Amalíss no dejó una razón segura del lugar adonde se dirigía ni permitió que nadie la acompañara. De momento, no podía traicionarse contando su secreto. Se vistió nuevamente con las ropas antiguas de su vida anterior en el refugio y se escabulló por segunda vez escapando de las cámaras de seguridad y de los vigilantes de la zona superior para volver a bajar a los abismos. Ya tenía un somero conocimiento de los lugares más transitados y, aunque al comienzo se sintió intimidada por la soledad, poco a poco fue adquiriendo la seguridad de que ella se parecía mucho al resto de los viandantes y podía pasar desapercibida.

Los humanos genéricos, observados desde cerca, no resultaban especialmente glamurosos. Así como los humanos especializados vestían elegantemente y exhibían figuras de gimnasio que los acercaban a la perfección física de los androides, los de abajo no se cuidaban demasiado. Sus ropas eran viejas y sucias y los cuerpos que las portaban mostraban las imperfecciones propias de una vida descuidada: unos humanos grotescamente gruesos se codeaban con otros miserables y endebles, algunos llevaban cabelleras desgredadas y otros eran calvos, había jóvenes y viejos, hombres y mujeres... Desafortunadamente, alguno que otro también presentaba deformidades desagradables e incluso alguna lesión. A Amalíss le resultó especialmente repugnante una pareja de pedigüños que mostraban, en un caso, las dos piernas ulceradas y, en el otro, la sonrisa de la calavera, nacida en unos labios deformados por un cáncer.

La Doctora se adentró entre la multitud, con la esperanza de poder oír cualquier información que le diese alguna pista para llegar hasta el Ayudante. Después de dar unas cuantas vueltas sin rumbo se encontró en la misma plaza donde habían presenciado en la visita anterior la predicación del orador de la Doctrina del Amor y de la

Sangre. Sin embargo, no sabía que se iba a producir un cambio en la representación. El mismo hombre de la aventura anterior, sentado ahora en una esquina, parecía esperar a que se congregase la multitud antes de comenzar con su diatriba y Amalíss se demoró merodeando por los alrededores. Le interesaba comprobar que seguía adelante con su teoría para preguntarle si habían capturado en las últimas horas a algún androide.

Cuando le pareció que había suficiente gente, el orate preparó unas tablas sobre un poyo y se encaramó sobre ellas hasta sobrepasar en altura a la concurrencia. No comenzó a hablar de inmediato, sino que, para hacer más intensa la representación, ensayó unos gestos preliminares: extendió los brazos con los puños cerrados, crucificados en poderoso ademán, y bajó la cabeza, concentrándose en su mensaje místico.

—¡Hermanos! —clamó con voz sugerente— ¡Hermanos de sangre y de amor!

La multitud se replegó sobre sí misma como un animalillo que se acomoda buscando postura en su guarida.

—Las grandes señales llegaron, pero nuestros padres fueron ciegos y sordos... —comenzó el orador— El cielo se oscureció, la luna ocultó su fulgor, el mar se deshizo en formidables bramidos y el aire se pobló de vapores mefíticos mientras ellos ignoraban la amenaza. Cautivos en un mundo de ambiciones y cegados por el culto al consumo y al dinero, cayeron en la idolatría: primero encomendaron a las máquinas sus obligaciones, después las adoraron y, por último, les entregaron sus voluntades.

El predicador dio un gran suspiro, que mimetizó la concurrencia en una especie de eco concatenado.

—Las grandes señales llegaron —insistió—, pero ellos no quisieron reconocer las pruebas que reflejaban su egoísmo. ¡Pecaron! Olvidaron que el hombre y la mujer están hechos de sangre y no de urdimbres metálicas; olvidaron que debían sus vidas al amor de sus padres. ¡Pecaron! Y con su pecado perdieron su paraíso: la tierra verde y fértil, los mares ubérrimos, el aire que tanto precisaban sus

pulmones... El cielo se oscureció por el producto de la combustión de las máquinas, los mares se encenagaron de desechos y agotaron su tesoro, y la tierra se cubrió de suciedades mientras ellos enloquecían derrochando el legado que debían haber reservado para sus hijos.

El orador había elevado su voz hasta convertirla en un grito ronco, pero en un nuevo esfuerzo llenó sus pulmones de aire y comenzó una suerte de coloquio que desde hacía un tiempo ensayaba con la multitud.

—¿De qué están formados los humanos? —inquirió, para provocar una respuesta que ya conocía

—¡¡De carne, de amor y de sangre!!! —respondió la concurrencia, mientras Amalíss se erizaba de miedo calibrando la participación irracional de quienes la rodeaban.

Los oyentes, que disfrutaban desgranando la lección recién aprendida, contestaban a coro esperando una nueva pregunta.

—¿Cómo pecaron nuestros padres? —insistió el orador.

—¡¡Se dejaron esclavizar por la tecnología y por las máquinas!!!

—¿Cuál es la señal de nuestra defensa?

Casi todos los presentes levantaron las manos mostrando las palmas abiertas, marcadas por una pequeña señal.

—¡¡El Amor y la Sangre!! —contestaron a coro.

—¡¡Que venga Eva!! —clamaron algunos— ¡¡Que venga Eva!!

El orador advirtió que su presencia comenzaba a decepcionar a alguno de los concurrentes, que así reclamaba más fuertes emociones.

—No os he oído —los espoleó para exaltar aún más a las multitudes—. ¿Alguno de vosotros ha preguntado por nuestra sacerdotisa?

—¡¡Que venga Eva!! —insistieron aullando— ¡¡Que venga Eva!!

Al poco, la muchedumbre se abrió en dos y apareció una figura de mujer vestida de negro y cubierta por un velo. Se acercó con paso firme hasta la barrera de tablas sobre la que estaba encaramado el predicador y permitió que subieran sobre ella su figura rígida. Una vez arriba, extendió los brazos a lo alto hasta mostrar las palmas de las manos laceradas. La multitud aplaudió mientras la efigie enlutada

permanecía estática. Al cabo de algunos minutos, la mujer bajó los brazos, tomó los bordes de su velo con los dedos y lo levantó ceremoniosamente hasta descubrir su hermoso rostro.

—Hermanos —dijo suavemente—, he aquí la esperanza.

Un murmullo de aprobación coreó sus palabras y Amalíss reconoció a la muchacha que había sufrido la prueba del Amor y de la Sangre en la ocasión anterior. En la lontananza se advertía que era muy joven, apenas una niña.

—La esperanza de nuestra doctrina: ¡un rayo de luz para este mundo podrido! —comenzó la chica con voz cristalina—. Hermanos, daos la mano, esas manos humanas de carne y de sangre.

Mientras los asistentes se encadenaban unos a otros prendiéndose de brazos y manos entre sí, la muchacha siguió señalando a lo alto.

—Somos pocos y estamos solos. Nadie de arriba va a llegar hasta aquí para salvarnos: los jerarcas de la zona especializada, esos científicos sapientísimos, se están ahora divirtiendo mientras juegan con los androides a destruir el universo. Partió Theo después de mostrarnos el camino y quedamos solos.

Amalíss notó que un escalofrío recorría su cuerpo. ¿Había oído bien? ¿Era posible que los humanos genéricos se acordasen todavía de Theo? ¿Qué recuerdo conservaban del científico loco? Mientras tanto, Eva seguía con su disertación.

—Estamos solos. Solos con nuestra verdad, la verdad que nos empuja a liberarnos de las máquinas y de su contaminación, de la cultura del consumo y de sus esclavitudes. ¿Somos pocos y estamos solos? —volvió a preguntar, con el objetivo de soliviantar aún más a la concurrencia— ¿Somos pocos?

La multitud sabía también la respuesta a cada una de esas preguntas, que se cifraba en el ofrecimiento personal de sus cuerpos y sus manos marcadas. La hermosa sacerdotisa sacó de sus mangas una pequeña cuchilla, como hiciera el orador en el pasado, y la mostró a la muchedumbre enardecida.

—¿Hay algún nuevo hermano que se quiera sumar a nuestra doctrina? ¿Hay algún humano que se redima del pecado de sus antepasados por la prueba del Amor y de la Sangre?

Amalíss sabía que, si había llegado hasta allí, ya no le quedaba otro remedio que sumarse a la catarsis colectiva. Algunos de los que la rodeaban habían visto que ella no llevaba la marca y pensó que, tanto si se ofrecía voluntariamente como si no lo hacía, el resultado sería idéntico, así que levantó temerosamente las manos deseando despertar cuanto antes de semejante pesadilla.

—Mujer, ¿quién eres? —le espetó la joven, al igual que sucediera con ella en el pasado, y siguió con la retahíla convenida—: No te conocemos... ¿Tú también quieres participar de nuestra Doctrina?

La Doctora sabía que no servía de nada volverse atrás o intentar defenderse, así que hizo de tripas corazón y se dirigió hacia la tribuna con decisión impostada.

—Yo soy humana —sentenció con voz entrecortada, para animarse a sí misma—, y puedo superar la prueba del Amor y de la Sangre.

Después de esta primera muestra de audacia, Amalíss no precisó de ningún otro alarde, ya que la concurrencia la empujó sin dudar hasta el lugar del ensayo y, sin ella procurarlo, se vio con la mano extendida ante la navaja de la hermosa oficiante. Entonces, la Doctora perdió la conciencia del tiempo mientras a su alrededor se sucedían las extrañas escenas: la muchacha le tomó la mano, ella cerró los ojos, la oficiante probablemente mostró al público la hoja metálica, los concurrentes gritaron... Por fin, Amalíss apenas advirtió un ligero dolor, que se dulcificó por la caricia de la sangre caliente que corría por su mano, y abrió los ojos.

Ya estaba hecho y, por fin, se podía concentrar en escrutar el rostro de la sacerdotisa. Era, indudablemente, la muchacha de la anterior ocasión y aquella certeza le impuso un nuevo temor: ¿la reconocería?

—Mi nombre es Eva —dijo la chica dulcemente—. ¿Por qué has venido?

—Tengo que hablar contigo —contestó en voz baja Amalíss, imbuida por una reciente inspiración—. Yo también conocí a Theo...

—Espera...

Eva apartó a la Doctora para dejarla en un segundo plano mientras continuaba la representación de su mensaje. No había otros humanos dispuestos a experimentar la misma prueba o quizás los asistentes ya la habían superado, pero todos querían oír la prédica de la esperanza. El orador y la muchacha tenían ante sí una responsabilidad determinante: tenían que impulsar la felicidad de los asistentes alentándoles para la construcción de un mundo mejor.



Eva había llevado a la Doctora hasta el cubil de su alojamiento: una habitación oscura que se abría al final de un largo pasillo flanqueado por puertas que daban acceso a escondrijos idénticos. Los humanos genéricos no disfrutaban de apenas comodidades, pero afortunadamente todo el mundo parecía desconocer el abismo que los separaba de los potentados de arriba.

—Antes vivíamos varias personas aquí —advirtió Eva como disculpándose de su presunta comodidad—, pero ahora he quedado yo sola.

—Bueno, es un hospedaje estupendo —mintió Amalíss.

La Doctora le relató sucintamente su vida anterior en el refugio: sus investigaciones y su dedicación solitaria a la investigación (verdad), la casual llegada de Theo y la mutua colaboración inicial (también cierto), la breve y placentera estancia en común (mentira), la obligada partida del excomandante hacia otros enclaves (mentira flagrante), la extraña desaparición de su aeronave en los radares y su propio viaje hasta Bloomington para reencontrarlo (embuste fabuloso).

—Así que —exclamó Eva, asombrada—. ¿Tú también lo conociste y lo admiraste?

—Debes saber que me alojo en la zona superior —confesó Amalíss—, pero yo no soy como ellos. He venido desde un enclave modesto, donde trabajaba por el bien de la humanidad, y mi objetivo es colaborar con mis semejantes...

La muchacha la observaba abiertamente y Amalíss fue capaz de sostener su mirada sin pestañear hasta convencerla. Tenía que aprovechar la figura de Theo para ganarse a Eva y sonsacarle su información. Al fin y al cabo, para eso se había presentado voluntaria a la prueba de su Doctrina...

—Él también me habló de un mundo mejor —siguió mintiendo la Doctora—. Sin embargo, nunca mencionó estos problemas de la Metrópolis....

—Era una persona excelente —recordó Eva entornando los ojos—. A nosotros nos hizo ver todo aquello que desconocíamos. Él venía de arriba, pero se compadeció de nuestra miseria y nos quiso ayudar. Nos explicó que estábamos siendo explotados y manipulados por los humanos especializados, que utilizaban nuestro esfuerzo para fabricar aborrecibles autómatas; fue capaz de conseguir que recordáramos cómo era la tierra antes de la catástrofe ecológica; pero, sobre todo, nos hizo concebir la esperanza de que todo esto puede cambiar... Desde entonces, nuestra relación con los científicos ha variado. Ahora ya no somos solamente servidores estúpidos: hemos comenzado a conocerlos y desenmascararlos. ¡Tenemos que recuperar el paraíso perdido! Cuando destruyamos la superestructura de arriba conseguiremos que la humanidad vuelva a vivir sin ataduras...

—Pero Theo —opuso la Doctora—, ¿por qué partió de aquí si quería ayudar?

—Él vivía entre dos mundos enfrentados —aclaró Eva—. En realidad, era un científico, pero cuando descubrió la falsedad de sus compañeros, prefirió partir para difundir su doctrina en otros mundos...

Amalíss estaba escandalizada. Era increíble que un sinvergüenza como Theo pudiera ser considerado un héroe en cualquier lugar del universo. Sin embargo, prefirió disimular su disgusto para terminar de ganarse la confianza de la chica, quien, alejada de su papel de sacerdotisa,

se mostraba bastante ingenua. Por fin, se atrevió a indagar sobre el verdadero motivo que le había llevado hasta ella.

—He oído que hace poco ha sido capturado un androide...
—aventuró.

La sorpresa de la muchacha fue sincera.

—No creo. Yo no sé nada —contestó Eva—. ¿Por qué te interesa?

Amalíss tragó saliva, intentando inventar una justificación que pareciera creíble.

—Lo traje del refugio y lo he perdido. Portaba una computadora con datos importantes extraídos de mis investigaciones y que pueden ayudar a acabar con la contaminación. Sin embargo, no era un androide peligroso: era un robot muy sencillo, totalmente inofensivo.

Eva calculó la importancia de las palabras de la Doctora. No le gustaba la gente que confiaba en androides, pero sabía que algunos humanos los habían utilizado en el pasado.

—¿Un robot sencillo e inofensivo? —ironizó— ¿Aún queda algún androide que no haya resultado contaminado? Actualmente todos han construido su propia conciencia y han resultado ser aún más egoístas que los humanos...

Amalíss negó con vehemencia, intentando olvidar el recuerdo de Austin confraternizando con Xana y Anjana.

—¡No, no! No se ha podido contaminar porque yo lo he tenido siempre aislado. Además... en caso de haber sido capturado o destruido, sólo me interesa recuperar alguno de sus componentes para recobrar la información de mis estudios... —justificó, simulando indiferencia.

Aquella explicación tranquilizó a Eva, que no advirtió la preocupación que se escondía tras las palabras de Amalíss.

—Si ha sido destruido, sus restos habrán acabado en el colector —aclaró, por fin—. Yo puedo acompañarte... No quiero que se pierdan tus investigaciones, si eso puede ayudar a la humanidad.

La Doctora suspiró, dudando entre sentirse liberada o, más bien, aterrada ante la posibilidad de encontrar a Austin hecho pedazos. En todo caso, había que apurar hasta el fondo esa hiel.

Eva, antes de partir hacia el colector, quiso agasajar a su visitante con una comida frugal, pero necesaria para reponer fuerzas. Sacó de una pequeña despensa un trozo de pan oscuro, que partió por la mitad, y escanció en dos vasos un líquido amarillento que debía contener, según dijo, muchísimas vitaminas.

—Esta es la ración del mediodía establecida para una persona, pero debo compartirla contigo. Los humanos, que estamos hechos de la misma materia carnal, tenemos la obligación de redistribuir entre todos nosotros los escasos nutrientes: tú eres mi hermana y nunca carecerás de algo que yo posea.

Amalíss agradeció la generosidad de su anfitriona. Estaba claro que la pobreza aumentaba el sentimiento de solidaridad entre los humanos; mientras que la abundancia de la zona superior propiciaba probablemente el despilfarro. El pan tenía un sabor nauseabundo y el líquido vitamínico también era repulsivo, pero la Doctora no podía ofender la hospitalidad de Eva y tragó como pudo cada cosa. En realidad, el sacrificio común (en un caso por causa de la prodigalidad y en el otro con motivo de la repugnancia) tendría como resultado el apoyo mutuo. Las dos mujeres, sujetos autónomos pertenecientes a la raza humana, estaban sellando con su renuncia una amistad y una colaboración verdaderas.



Eva y Amalíss, una vez reconfortadas por la necesaria ingestión de alimentos (ellas eran afortunadamente imperfectas, no como los aborrecibles androides, que no precisaban cada día descanso o alimentación), partieron a explorar los albañales de la Metrópolis.

La joven sacerdotisa era una muchacha voluntariosa y optimista, que suponía que todos los esfuerzos y sudores surgidos de los buenos propósitos sólo podían tener consecuencias benéficas. Por eso guió a la Doctora hasta la llamada zona de exclusión, donde se ubicaba el colector, de acceso prohibido para los humanos genéricos pero

abundantemente visitada por ellos para la apropiación de desechos y útiles de todo tipo.

—Puedes suponer que llegar hasta allá presenta ciertos peligros, ¿no es cierto? —avisó a la Doctora, aunque ésta desconocía totalmente de qué le estaba hablando.

—¿Nos podrán detener los científicos por adentrarnos en territorio ilegal? —preguntó Amalíss, un poco asustada.

—No, no es eso —rio Eva—. Nadie visita esa zona. El peligro surge porque su área, aunque se extiende bajo la tierra, está fuera de la protección de la campana de aislamiento que nos ampara de los tóxicos de la atmósfera. Pero no te preocupes —la tranquilizó—, también he previsto ese peligro.

Efectivamente, la zona de exclusión, donde desembocaba el llamado colector, comenzaba precisamente en el límite del espacio protegido para la vida de los humanos y estaba constituida por una serie de pasadizos bajo tierra adonde llegaban por distintos conductos los varios desechos que se eliminaban desde la Metrópolis. En orden desordenado o en caótica ordenación, según se prefiera, se amontonaban los productos eliminados por los humanos especializados, los mayores consumidores y usuarios de los bienes de la ciudad. El motivo de acumular allí precisamente todo aquel conjunto de objetos y materias se debía a que la protección de la campana se atenuaba, por lo que no se consideraba zona apta para la vida humana. Sin embargo, Eva, tal y como había anunciado, también había previsto el remedio para compensar esa carencia: sacó de la bolsa que siempre llevaba consigo un par de mascarillas y ofreció una de ellas a Amalíss.

—¡Póntela, antes de que te afecten los tóxicos!

La Doctora miró el magro tejido con desconfianza.

—¿Será suficiente? —preguntó con la certeza de que aquello servía para poco.

—Yo la he usado en todas las ocasiones aquí abajo —aclaró Eva, imbuida de una gran seguridad.

Como aquello no tenía remedio, Amalíss se enfundó la mascarilla. Probablemente era absolutamente ineficaz para los gases, pero quizás

sí serviría para atenuar un tanto la pestilencia que emanaba de aquellas cloacas.

Eva condujo a la Doctora por pasadizos oscuros y túneles, guiándola con una pobre linterna, más allá del presunto perímetro protegido por la campana de aislamiento. Amalíss, después de un largo paseo, dedujo que la tierra que cubría sus cabezas estaba formada por capas impermeables que las protegían de los tóxicos. Si no, hubiera sido imposible avanzar durante tantos metros respirando el aire viciado. Tras un largo corredor comenzaba el siguiente, cruzado a tramos por algún agujero o por un pasadizo que parecía conducir a un abismo similar al que quedaba a sus espaldas.

—¿Falta mucho? —preguntó Amalíss, cada vez más atemorizada.

—No —contestó Eva, con gran seguridad—. Los componentes tecnológicos procedentes de las máquinas se acumulan en el lugar más alejado, para que pocos sientan la tentación de recuperarlos.

—¡Oh! ¡Es natural! —exclamó Amalíss procurando disimular la ironía.

De pronto, la visión de una masa viva indefinida bullendo a sus pies hizo gritar a la Doctora, que agarró fuertemente la mano de Eva hasta casi obligarle a soltar la linterna. Sin embargo, la muchacha rio.

—No te asustes... ¡Debí haberte avisado! Sólo son cobayas de laboratorio.

En efecto, la muchacha dirigió el haz de luz hacia el fondo de la caverna y aparecieron en hormigueante inquietud algunas decenas de ratoncillos pequeños. Eva cogió a uno de ellos entre sus manos y lo acercó amorosamente a la luz.

—¡Precioso! —le dijo como si se tratase de una criatura humana.

—Pero... ¿qué es...? ¿Qué es esto? —tartamudeó la Doctora.

El pequeño roedor era un animalito sin pelo que mostraba en el dorso una ampolla repugnante. Eva hizo amago de pasar a sus manos el juguetito, pero la Doctora se protegió dando un paso atrás.

—No te asustes. Es sólo un ratoncito.

Eva explicó el misterio: hacía pocos años que los laboratorios habían comenzado una importante investigación para experimentar el efecto de determinados medicamentos sobre afecciones cutáneas humanas. En ella utilizaban cobayas sin pelo, a las que injertaban células madre infectadas extraídas de pacientes reales, y después les aplicaban distintos tratamientos.

—Si el enfermo tenía la piel blanca o negra, el injerto reproducía las mismas características... y, así, había ratones con una parte de su dorso enferma de melanoma, carcinoma, ictiosis o lepra. ¡Pero un buen día las cobayas escaparon y desde entonces han encontrado aquí su cobijo!

—Y, por lo que veo —añadió la Doctora—, se han multiplicado...

—¡Sí! ¡Pobrecillos! Desarrollan las mismas enfermedades con las que escaparon del laboratorio y las transmiten inexorablemente a sus descendientes... —dijo Eva con patetismo— ¡Ese es el regalo que deben a los científicos!

Amalíss examinó a los ratoncillos que correteaban a sus pies, a los que se unió el otro que Eva había tenido en las manos. Efectivamente, todos carecían de pelo y todos mostraban también excoriaciones, ampollas y lesiones de distinta entidad. Pero, frente a la lástima que les profesaba Eva, Amalíss sintió más bien una aguda repugnancia.

Las mujeres se demoraron unos minutos más observando la viva agitación de los animalitos que, inopinadamente, comenzaron una alocada carrera hacia la oscuridad. Sólo quedó alguno más lento o más desorientado. El caso fue que, de repente, apareció una rata enorme, se abalanzó sobre uno de ellos y se lo comió. Amalíss, si ya se había alterado intensamente con la primera visión de las cobayas, al ver este otro bicho peludo y voraz, comenzó una serie de chillidos agudos y desacompañados. Era un ejemplar de gran tamaño, con una cola larga y el hocico picudo y no le costó gran trabajo tragar al ratoncillo de una sola vez. Después de hacerlo, a pesar de los gritos de Amalíss, permaneció durante algunos segundos mirándolas, como

sopesando si también le servirían de alimento. Eva, sin embargo, no se inmutó.

—¿Has visto? —vociferaba la Doctora— ¿Has visto lo que ha pasado?

—¡Es maravilloso! —se extasió la muchacha— La naturaleza se abre camino y la vida resurge contra todo pronóstico. Esto debe ser motivo de esperanza para nosotros...

—¿Pero qué estás diciendo...?

—La humanidad ha querido destruir su propio planeta, pero no todo está perdido —comenzó Eva con su explicación—. Ese animal, esa rata, ha sobrevivido a los intentos de los seres humanos de consumir su exterminio. Nuestros antepasados las persiguieron con venenos, con trampas; desbarataron su hábitat y agotaron sus recursos alimenticios... Sin embargo, después de los años, ellas han vuelto. Debemos apoyarnos en su ejemplo.

—¡Oh, no! —interrumpió Amalíss— ¡Ha sido horrible! Ha aparecido de la nada, ha abierto su boca tremenda, llena de dientes, para engullir al pobre ratoncillo... ¡Es repugnante!

—¿Repugnante? —le reprendió la muchacha—. Lo que es repugnante es la destrucción gratuita y arbitraria de la vida. Esa rata, que a ti te disgusta tanto, es un animal fuerte y valeroso que defiende su existencia con todo su empeño y, para ella, el ratoncillo es un alimento necesario. Ese animal, al cazar a su presa, quita una vida para mantener la suya propia según la dinámica universal con que transcurre la evolución de la vida en este planeta. Es la eterna lucha de la carne y de la sangre para multiplicarse y existir. Desde la tierra, desde la primera materia inerte, nacieron los microorganismos y moléculas orgánicas que formaron la existencia primigenia, y de su evolución biológica se originó la diversidad de formas de vida que pobló el planeta antes de la destrucción propiciada por el hombre. El hecho de que esa rata haya logrado sobrevivir al declive de nuestro universo nos muestra un camino de esperanza: ¡quizás la propia naturaleza consiga abrirse paso de nuevo y resurja el ancestral paraíso perdido!

Amalíss no quiso contradecir a la muchacha. Habían vagado durante muchos minutos por aquellos oscuros pasadizos semejantes a las catacumbas bajo la amenaza de cualquier desprendimiento o de perecer intoxicadas por los gases que posiblemente se filtrasen de fuera o los resultantes de la propia descomposición de los residuos de aquellas cloacas; estaban sucias, hambrientas y malolientes; acababan de presenciar la visión horrorosa de las cobayas infectadas y de la rata voraz; eran habitantes de un mundo en declive; y, sin embargo, los ojos de la chica brillaban de emoción y de esperanza. No merecía que nadie le arrebatase su confianza.

Eva empuñó nuevamente la linterna para alumbrar el camino inhóspito y mostró a la Doctora con un gesto la vereda que tenían adelante.

—Por eso te ayudo: porque deseo con todas mis fuerzas recuperar lo que nuestros padres perdieron.

* * *

Por fin, después de pisar muchos charcos de inmundicias y desechos, bajo la presunta amenaza de la presencia de ratas o cobayas invisibles, surgió el colector donde se amontonaban algunos componentes tecnológicos desechados. Desde luego, no parecía que allí hubiera nada nuevo ni ningún elemento reciente. En todo caso, aquel cúmulo sí que suponía una fuente incontrolada de contaminación: la humedad estaba corroyendo los componentes metálicos, que no habían sido aislados; las baterías y las pilas de óxido no se habían separado ni reciclado y contaminaban el suelo y el agua; la chatarra electrónica, con sus elementos de mercurio, plomo y cadmio, se extendía por doquier...

—¿Nadie ha pensado nunca en reciclar todo esto? —interrogó la Doctora—. ¡Es una bomba de relojería!

—Nuestros científicos creen que el planeta está tan deteriorado, que esta basura a ellos ya no les puede afectar...

Amalíss paseó su mirada por las inmediaciones intentando descubrir algún jirón de ropa, algún componente o algún recuerdo de su amado Ayudante, pero aquello resultaba misión imposible. El único consuelo consistía en suponer que nada de lo que se desparrahaba por allí llevaba poco tiempo.

—Creo que aquí no voy a encontrar lo que busco —suspiró.

—Ya te dije que no había oído nada de la captura reciente de ningún androide —le recordó Eva—. Esas cosas se saben en seguida. De todas formas, mira a ver si hay algo que te pueda servir.

Amalíss volvió a pasar la vista por los montones de desechos. Aquello le provocaba un afilado sentimiento de lástima. “¿Me estaré volviendo defensora de los componentes mecánicos?”, reflexionó recordando las teorías de Kora; pero Eva no le permitió concentrarse en sus recuerdos.

—Estás viendo una materia inerte —comenzó a perorar, en una nueva explicación de sus teorías—. Aquí no hay movimiento ni esperanza: estos elementos retorcidos no tienen carne ni sangre que sirva para engendrar nuevas vidas. Permanecen aquí y aquí quedarán por los tiempos de los tiempos en un mundo inhabitado. Su polo opuesto lo constituye la lucha por la vida que hemos presenciado hace poco y que tanto te ha repugnado: el esfuerzo del ser vivo que pelea por su supervivencia. Sin embargo, en la época actual, en lugar de propiciar el desarrollo de los seres necesarios, nuestros gobernantes han elegido mantener la preeminencia de los androides, que están suplantando a los humanos. ¡Así ha comenzado la destrucción definitiva de nuestra especie!

Amalíss se sintió obligada a interponer pequeñas objeciones.

—Yo no estoy de acuerdo en que toda la tecnología sea negativa. Cuando las máquinas se han utilizado para mejorar la vida de los hombres, han proporcionado un impulso importante al desarrollo de la humanidad...

—Tú lo has dicho —interrumpió Eva vivamente—. “Cuando se han utilizado para mejorar la vida de los hombres”. Sin embargo, hoy en día las máquinas no están mejorando nuestra vida, sino más

bien lo contrario: el exceso de sus atribuciones nos ha abocado a la perdición.

Ya que nada más se podía hacer allí, las mujeres comenzaron a desandar el camino e iniciaron la vuelta a la civilización.

—Ya sé que la teoría de nuestra Doctrina, enjuiciada desde fuera, parece radical —siguió Eva—; pero has de tener en cuenta que no somos observadores imparciales, sino que partimos de un mundo devastado. La civilización de nuestros ancestros, surgida en aquella naturaleza virgen y ubérrima del paraíso primigenio, tomó un camino equivocado. ¡Hay que restablecer la dirección correcta evitando los errores pasados!

—¿Y por eso hay que destruir a los androides y a todas las máquinas? —opuso Amalíss débilmente, recordando con desconsuelo su propósito de reencontrar al Ayudante.

—¡Exacto! —se animó la muchacha— Y fue Theo quien nos mostró la verdad. Él fue capaz de comprender el sentido profundo de los cambios operados en nuestra cultura: nos abrió los ojos ante la existencia del planeta devastado y nos hizo concebir la esperanza de su regeneración. Y lo hizo a costa de su propia comodidad y de su buen nombre: se enfrentó a los científicos que nos engañaban para traernos la luz de su revelación. Y, a cambio de nuestra esperanza, sólo pudo cosechar el exilio...

—¿Os trajo la luz de su Doctrina y después partió? —insistió la Doctora, todavía maravillada de la interpretación de su huida.

—Partió hacia el destierro para proteger su propia vida —suspiró Eva—. ¡Pero antes ya había pagado muy cara su verdad! Sacrificó todo lo suyo para mejorar nuestro destino.

Afortunadamente, llegaban a la zona inferior habitada: Amalíss ya no podía soportar por más tiempo el empalago de la historia del santo. Además, todo aquel periplo y la aventura de la prueba del Amor y de la Sangre no habían servido para nada. En realidad, se hallaba absolutamente desorientada sobre el paradero del Ayudante. ¿Dónde estaría el pobre y querido Austin? ¿Quién habría podido arrancarlo de su lado?

IV

EL FUEGO DE LOS DIOSES

i Prometeo, Atlas, Epimeteo, Menecio! —gritaba Clímene—
¡¡¡Prometeo!!!

Ninguna otra oceánide se veía obligada a llamar con tan altas voces a sus vástagos para reconvenirles por sus travesuras: los hijos de Jápeto, entre todos los titanes, eran los más revoltosos.

—¡Prometeo! —volvió a vociferar, mientras el interpelado escapaba hacia la floresta.

El monte Olimpo era un escenario perfecto para que un titán joven y musculoso pudiera encontrar campo abierto para sus diversiones. Los bosques de encinas, robles y castaños, que se alternaban con praderas perfumadas por tomillos y espliegos, servían de acicate para que el gigante midiera sus fuerzas con las de la naturaleza y era esta última la que, la mayoría de las veces, quedaba vencida. Tras el paso de Prometeo, siempre restaba una huella de ramas partidas, troncos retorcidos o animales aterrados pretendiendo escapar de los peligros del monte.

—Prometeo, no debes asustar a los pájaros. ¡No alteres la tranquilidad de los habitantes del bosque! —le reñían sus progenitores con frecuencia.

Pero no había ningún freno que asustase al titán. Superaba en energía a cualquiera de los dioses, su astucia y temeridad eran muy superiores a las de sus padres y hermanos y, además, nunca sentía miedo ante ningún habitante del Olimpo...

—¡Serías capaz de burlar al propio Zeus! —le reprendió una tarde su madre.

Atlas, Epimeteo y Menecio, que conocían aún mejor que ella a su propio hermano, quedaron en suspenso. Era una idea que no debía ser expresada en voz alta: Prometeo era tan temerario como para idear una aventura que excediera cualquier límite de la razón.

Pasaron los días y en la mente del joven titán ya había prendido la desafortunada ocurrencia: burlar a Zeus. Eso podía resultar arriesgado, pero divertido. El padre de los dioses era, a la vez, temible y bondadoso, desconfiado en ocasiones... y escasamente perspicaz.

Prometeo, durante algún tiempo, cesó en sus correrías y se concentró en la preparación de un plan adecuado para enfrentarse al dios sin arriesgar excesivamente su persona. En sus paseos perezosos por el bosque ya no perseguía a las fieras ni se dedicaba a medir su fuerza descomunal contra la resistencia de los árboles de mayor tamaño, sino que se concentraba en estrujar su cerebro para hallar la fórmula con que sobrepasar en ingenio a aquel dios. Muchas veces se acercaba a las aldeas de los mortales (quienes, según algunas leyendas, habían sido creados por el mismo Prometeo modelando figuritas de barro) y escuchaba sus conversaciones escondido tras los árboles: los humanos compensaban su falta de vigor físico y de energía con el invento de ingenios que les ayudaban para la supervivencia. Habían ideado un objeto redondo, llamado *rueda*, que les permitía transportar bultos pesados; sabían afilar piedras y metales para fabricarse armas con que luchar y cazar; construían hermosas cabañas con sus escasas fuerzas... Esos seres semipelados y de miembros ridículamente débiles, gracias a su astucia, estaban siendo capaces de convertirse en los verdaderos dueños de la tierra. Incluso parecía posible que un día llegasen a enfrentarse a los propios dioses...

Por fin, la observación de la naturaleza mientras escuchaba una charla casual entre los mortales le inspiró un sistema para burlar al dios padre.

El camaleón cambia de color y se oculta entre el ramaje del bosque, la liebre ártica adquiere un pelaje blanco en invierno y en

verano marrón, el pez piedra se confunde con el lecho del río, el grillo adopta la inmovilidad y el color de las hojas de los árboles. Apariencia y realidad. He ahí el milagro.

La realidad es lo que, con los ojos bien abiertos, apreciamos. Sin embargo, esto es solo la apariencia, una falsa realidad. Lo que vemos proviene de un más allá que nuestros sentidos no perciben, algo que un humano estrafalario llamado Platón acabó llamando *idea*. Así, las ideas constituyen la verdadera naturaleza de las cosas, lo permanente frente a la simple apariencia. Y si lo aparente es lo inmediato, lo que captan los sentidos, lo real tiene como esencia la abstracción, acaso la representación ideal del objeto percibido...

Prometeo nunca había sido muy capaz de ahondar en complejas justificaciones filosóficas, pero el caso fue que ya había pergeñado su estrategia: Zeus iba a sucumbir al engaño de una falsa realidad.

Poco tiempo después, con motivo de una celebración ocasional, se presentó la oportunidad esperada: jera un día estupendo para sacrificar un buey de 700 kilos!

En aquellas ocasiones, el Olimpo se llenaba de las voces y las risas de los dioses, que abandonaban sus mansiones de cristal para reunirse en el gran salón del palacio luciendo sus mejores galas. Ese día las doce deidades principales ocuparon la mesa presidencial, mientras los diosecillos menores se acomodaban como podían en los aledaños.

Zeus, el padre de los dioses, subió los siete escalones decorados con los siete colores del arco iris hasta llegar a su trono de mármol negro pulido, con incrustaciones de oro, sobre cuyos brazos se posaba un águila de oro con un rubí en cada ojo. A su lado se sentó su esposa Hera, siembre joven y hermosa, sobre un trono de marfil. Junto a Hera tomaron asiento cinco diosas (Deméter, Atenea, Afrodita, Artemisa y Hestia) y otros cinco dioses se situaron junto a Zeus (Poseidón, Hefesto, Ares, Apolo y Hermes). Un poco más atrás, en desorden, se empujaban los dioses y semidioses menores: Hércules, Semele, Eris, Iris, Némesis, Eros, Hebe, Ganimedes, las nueve musas y las parcas. Al final, los Titanes y Titánidas, celosos de la época en que habían gobernado el mundo en tiempos del dios Cronos, antes

de la rebelión y victoria de Zeus, se consolaban imaginando que el futuro impondría una vuelta a la tortilla y serían ellos quienes ocupasen la mesa presidencial.

Prometeo había estado blanqueando con creta el buey del sacrificio, porque no era absolutamente blanco y quería simular que honraba la autoridad del dios padre. Con cuchillo certero cortó la yugular del animal, dejó verter la sangre sobre el ara del sacrificio y después troceó cuidadosamente los miembros. En una bandeja de madera colocó las partes más sabrosas de la víctima, la carne y las vísceras, ocultas por la fea piel del animal; en otra bandeja de oro dispuso los huesos, cubiertos de una densa capa de grasa, que brillaba bajo el sol.

—¡Dios padre! —exclamó, ensayando una astuta reverencia—. He sacrificado un buey en tu honor, para honrarte a ti y a todos tus invitados. He dispuesto mi ofrenda en dos bandejas desiguales... Con tu inteligencia sabrás decidir la parte que merecen los dioses. Los despojos que tú desprecies los distribuiremos como limosna entre los mortales, para que no perezcan de hambre...

Zeus ahuecó su manto y simuló jugar con los rizos de su barba. Aquella propuesta le parecía bastante estúpida. ¿Cómo no iba a elegir la mejor parte para los suyos? Eso siempre se había hecho así. Además, su magnificencia le obligaba, sin que nadie se lo solicitase, a agradecer a los seres inferiores con las sobras. ¡Ese titán majadero pretendía quedar bien entre los hombrecillos a costa de un regalo que previamente ya estaba concedido!

El dios padre no quiso hacer esperar a sus huéspedes y señaló con su índice levantado la bandeja dorada: ya era hora de comenzar. Los coperos de los dioses escanciaron con vino las copas hasta rebosar en los bordes y los invitados hicieron resonar la vajilla para solicitar su ración.

Cuando Zeus buscó bajo la grasa reluciente y sólo encontró los huesos descarnados del buey, la mayoría de los invitados dudaron entre reír la burla o acompañarle en su enfado. Solo Hera fue capaz de trocar la ira de Zeus en una risa fingida y canalizar la cólera del

dios hacia la broma: se levantó de su trono y señaló con tono festivo la ocurrencia.

—¡Zeus ha visto muy flacos a los humanos miserables y les ha concedido la carne! —inventó como excusa— ¡Los dioses brindaremos por su buena elección!

Los asistentes, temiendo que la fiesta se convirtiese en catástrofe, celebraron la ocurrencia de Hera y brindaron por la salud de los mortales miserables. En la mesa había muchas otras viandas procedentes de sacrificios, había néctar y ambrosía sin tasa y, desde luego, ninguno iba a quedarse sin comer: era preferible disimular el desvarío y guardar los comentarios jocosos para las ocasiones reservadas. El mismo Prometeo, a pesar de su valor, también había desandado algunos pasos hasta comprobar la orientación de la ira de Zeus.

El dios padre disimuló como pudo, bebió de su copa e intentó recomponer su majestad a base de intensificar la arrogancia de su continente. No podía caer en el ridículo por causa de una broma chabacana. Dejaría para más adelante su venganza.

—La generosidad de los dioses con las criaturas humanas no tiene límite —sentenció impostando la voz—. En el futuro, cuando los mortales me sacrifiquen sus reses, comerán la carne y me brindarán, como hoy mismo, los huesos. ¡He dicho!

Sin embargo, el contento de Zeus con su propia decisión era fingido. ¡Que los hombres comieran la carne, mientras los dioses roían los huesos era insufrible! ¡Una afrenta silenciosa! El recuerdo de la chispa del rayo en la palma de su mano le dio idea para su venganza... Sí, los hombres comerían la carne de los sacrificios, ¡pero la comerían cruda! Él mismo, que contaba con el rayo entre sus mejores atributos, iba a despojarles del fuego.

Y así, mientras la fiesta de los dioses culminaba en la consabida orgía donde se enlazaban en abrazo polimorfo el vino y el erotismo, para los humanos se fueron apagando las pequeñas candelas que alumbraban sus noches, las hogueras que los calentaban y los fuegos y llamas que los defendían de las fieras y del miedo.

Prometeo disfrutó muy poco de su victoria sobre Zeus. Después de reír los primeros efectos de la burla, comenzó a llegar a sus oídos el llanto de sus protegidos. Los hombres tenían frío. Los hombres se veían obligados a comer la carne cruda, igual las peores alimañas del bosque. Los hombres padecían los ataques de las fieras salvajes y sólo podían defenderse gracias a sus lanzas livianas y a sus hondas lanzadoras de piedras. Los hombres temían a la oscuridad...

El titán se entristeció. Él tenía la culpa. Él había creado aquellas figuritas con barro y las había dotado de vida, y ahora, en lugar de protegerlas y celebrar sus logros y su inteligencia, las había empujado al sufrimiento y a la aniquilación.

Prometeo volvió a sus paseos solitarios. Él era un titán, un dios poderoso, y no hacía nada para defender a los suyos. Mientras tanto, cada día, el carro de Helios cruzaba el cielo, desde oriente hasta occidente, cegando con su brillo a los que se atrevían a alzar la vista hacia las alturas. El pulso firme de Helios, tocado siempre por su yelmo dorado, guiaba las riendas de los cuatro corceles blancos, deslumbrantes, y el carro de fuego cruzaba la tierra enviando a los de abajo un mensaje de esperanza en la caricia de sus rayos dorados y cálidos. Cuando Helios regresaba a su casa en el Norte, cansado y a la vez orgulloso de su paseo, la tierra quedaba en penumbra, con el único consuelo de la luna, que recordaba con su reflejo plateado la victoria deslumbrante de la luz del día.

El fuego. El fuego del carro de Helios. Prometeo alzó los brazos a lo alto como invocando su calor y, mientras tanto, a sus espaldas, una miríada de sufrientes criaturas semihumanas levantaron sus manos hacia las deidades del Olimpo reclamando su protección. El fuego.

Prometeo era un titán enérgico e imprudente y no temía las consecuencias de sus actos ni se guardaba de las venganzas de los poderosos: el fuego del carro de Helios le aguardaba en su paseo cotidiano para dejarse robar una llama pequeña con que consolar a los mortales, así que ascendió persiguiendo su carrera. Los cuatro corceles blancos piafaban contra la esfera del cielo alumbrando chispas que refulgían en lo azul; la coraza dorada de Helios reflejaba

un arco de colores; el carro, forjado en la fragua de Hefesto, derramaba en haces las llamas, y el calor fundía la campana del cosmos. El titán, en un esfuerzo fabuloso, llegó hasta la altura y en una cañaheja consiguió atrapar el diamante de lumbre que sería el regalo de los mortales.

¡Qué alegría en la tierra cuando las llamas de la lumbre calentaron a los mortales! ¡El tesoro de Helios, otra vez domesticado!

Pero Zeus no podía soportar esa nueva afrenta, realizada por un dios menor. Prometeo había sido un insensato.

Sin embargo, el dios padre esta vez quiso reflexionar unos momentos antes de culminar su venganza. No quería indisponerse contra los hombrecillos, que al fin y al cabo podían resultar útiles de alguna manera (quizás simplemente como objeto de diversión para los propios dioses). Ellos no tenían la culpa de haber alcanzado un protector tan estúpido como Prometeo... Zeus se frotó las manos. La venganza contra los humanos había de ser más sutil; no así el castigo de Prometeo, que sería público y notorio.

El dios padre comenzó su pasatiempo. En primer lugar, encargó a Hefesto que hiciese una mujer de arcilla, a la que llamaron Pandora. Zeus le infundió vida y la envió como regalo a Epimeteo, el hermano querido de Prometeo, para que la tomara como esposa.

—¡No lo hagas! —le advirtió Prometeo, suponiendo una venganza de Zeus.

Pero Pandora era muy hermosa y Epimeteo muy ingenuo: no comprendía qué perjuicio le podía causar su enlace con una mujer que sólo tenía un defecto, el de la curiosidad. A la boda acudió la muchacha con un obsequio de los dioses: una hermosa caja que, según sus instrucciones, no debía abrir bajo ningún concepto.

No hay que explicar que Epimeteo y Pandora se unieron sin sospechar su desgracia. Al poco, tal y como el dios padre había previsto, Pandora abrió la caja prohibida y de su interior surgió un enjambre de criaturas aladas: la vejez, la enfermedad, la locura, el rencor, la pasión, el vicio, el hambre y otras muchas calamidades, que atacaron a los mortales y se instalaron para siempre en la tierra. Zeus no había tenido la culpa...

Para castigar a Prometeo, el dios padre no necesitó ningún disimulo: lo llevó al monte Cáucaso y lo encadenó a una gran roca. Cada mañana aparecía un águila que se comía su hígado, el cual, por ser inmortal, le crecía durante la noche siguiente, en un suplicio que se repetiría eternamente.

El pico y las garras del águila se clavan rompiendo la piel y los músculos, hurgando entre las vísceras y la sangre; el sol continúa su viaje colgado del horizonte; el cuerpo musculoso del gigante se enerva para soportar el suplicio; las fibras de carne arrancadas se secan al calor; el ocaso devuelve a su nido al ave saciada; la noche refresca a la víctima con su mano húmeda y suave... y la naturaleza inmortal del titán renueva su cuerpo sacrificado para poder ofrecer al día siguiente al dios padre la imagen reiterada del martirio.

Los titanes no deben quejarse, ni sucumbir ante el sufrimiento, ni achicarse en el castigo, así que Prometeo soportó con altivez el tormento sin rebajarse a mostrar su dolor. ¡El benefactor de los mortales no podía arrepentirse de su gesta!

Pasaron los días... los días y las noches... y transcurrió un suplicio eterno.

Cuenta la leyenda que, más tarde, mucho más tarde y con ayuda de la Providencia, un día Heracles se dirigía al jardín de las Hespérides y acertó a pasar por el lugar del cautiverio de Prometeo.

—¡Un águila torturando a un titán encadenado! —se extrañó. Aquella era una imagen inusitada para estar sucediendo ante sus ojos en el monte Cáucaso.

Heracles se situó de espaldas al sol, para evitar que lo deslumbrara, fijó el pie derecho firmemente en el suelo y flexionó la rodilla izquierda, alzó su arco y enhebró una saeta. Midió la trayectoria probable de su flecha: la distancia hasta la altura del suplicio era inmensa, pero le gustaba el desafío de probar su fortaleza y su destreza. El dios tensó todos los músculos de su cuerpo enviando su fuerza hacia la cuerda del arco, capturó con sus ojos la posición exacta del águila y disparó...

V REPLICANTES

No, de ninguna manera. Theo no era Zeus ni tampoco Prometeo, el benefactor de la humanidad. Por mucho que Eva hubiera querido convencerla de su presunta generosidad, a ella le había perjudicado enormemente. ¡El excomandante robando el fuego de los dioses, digo la luz de los humanos especializados, para alumbrar con ella a los desposeídos! ¡Menuda patraña! Además, los seguidores ilusos de la Doctrina del Amor todavía esperaban que apareciera su ídolo, vuelto de la aventura del espacio, para confortarlos de nuevo con su sabiduría. ¡Si supieran que en aquellos momentos su cuerpo flotaba preservado en la asepsia del vaso *Demar*!

Podía ser cierto que Theo había abierto los ojos a los de abajo recontando la abundancia en que vivían los científicos de la zona superior a costa de su esfuerzo, y también era evidente que había una profunda injusticia entre el modo de vida de los dos estamentos. En la zona superior disfrutaban en su torre de cristal de todos los beneficios de la ciencia y se habían olvidado del sufrimiento de los desheredados para volcarse exclusivamente en el impulso de la investigación, pero eso no convertía a los científicos en dioses despóticos y fanáticos. La ciencia de arriba contra la injusticia de abajo, la salud contra la desnutrición, el idealismo contra la experiencia ruda de la realidad... ¿Dónde estaría el término medio?

Y mientras tanto, ¡por Dios!, ¿dónde se encontraba su Austin deseado? Amalíss estaba conociendo dos mundos contrapuestos, que

en su fuero interno nada le interesaban. ¡Sólo buscaba el reencuentro con su Ayudante! En su desesperación recordaba los momentos amargos en el refugio, cuando ella se negaba a sí misma los sentimientos hacia su robot. Había tenido que aparecer Theo para que reconociera su error. El instinto inefable del contacto entre humanos... Eso había sido un prejuicio desafortunado, que por suerte desechó a partir de su decepción con el Comandante. ¡Los humanos no tienen por qué ser mejores que su propia creación!

Ahora, desde la ausencia de Austin, recordaba los momentos del refugio con la añoranza de quien sabe que ha perdido su verdadero objeto del deseo. Kora, que no padecía los prejuicios infundados de quienes se oponían al contacto con andróides, sí que era capaz de entender su pasión y la Doctora ya no quería preguntarse si su robot la quería desde el libre albedrío de los humanos o desde la determinación de las máquinas. Ya no quería plantearse más cuestiones abstrusas, no quería pensar.

—¡¡Austin, Austin, Austin, Austin, Austin!!—silabeó con rabia entre dientes.

No pretendía buscar ninguna verdad ni quería juzgarse. Sólo quería reencontrar al Ayudante, ese ser cuya estructura funcional tuvo el modelo de la máquina universal de Turing; un espécimen formado por sensores, controladores y actuadores; un ente creado a base de redes neuronales y dotado de ideas que interactúan, configurado como un individuo autónomo, capaz de elegir una opción entre varias. ¿Qué importaba si había nacido de la herencia biológica de los hombres o si había sido fabricado por los sabios?

—¡¡Austin, Austin, Austin, Austin, Austin!!

Amaliss ascendió hasta la zona superior haciendo gala de grandes cautelas. Tal y como le advirtiera Kora, no estaba prohibido que los de arriba se asomasen a los infiernos, pero ella no deseaba que se conociera su aventura. Una vez allí, advirtió que los pasillos y galerías de la Dirección General estaban tan vacíos como siempre. Después de recorrerlos con pasos titubeantes, se dirigió a sus habitaciones, que permanecían en la misma soledad en que ella las había

dejado. Se duchó para intentar relajarse y se cambió de ropa: ahora tenía que disfrazarse como la gente de arriba. Sopesó la posibilidad de descansar, que desechó enseguida, o de buscar la compañía de Kora. No. Era mejor seguir por su cuenta. Su amiga, seguramente, intentaría convencerla de que todo era normal y la distraería. Ya había observado que en anteriores ocasiones había procurado tranquilizarla excesivamente. Kora, desde luego, estaba dotada de una serenidad admirable, sólo comparable a la contención de que hacían gala los androides, Xana o Anjana.

Amalíss, de golpe, se dio una palmada en la frente. ¡Xana y Anjana! Ellas habían sido la única novedad durante la vida reciente de Austin en la Metrópolis. Podría haberse reunido con ellas (¿durante más de dos días?, se preguntó exasperada) y, si no era así, también pudiera ser que ellas tuvieran alguna noticia de su congénere.

La Doctora Robledo salió de su habitación para continuar con sus averiguaciones. En primer lugar, se acercó a los Laboratorios, donde se encontraba Kora inmersa en algunas investigaciones. Amalíss la avistó desde lejos, hierática e inmóvil, observando con una concentración absoluta una de las pantallas de sus ordenadores. Parecía una esfinge, una hermosa escultura... ¿Qué estudiaría con aquel ensimismamiento tan profundo? Desde luego, era una mujer enigmática, totalmente distinta a cuantas ella había conocido con anterioridad. Por si acaso, la Doctora no quiso interrumpirla ni llamar su atención y siguió adelante. Le interesaba encontrar a las androides.

Afortunadamente, el horario de trabajo había terminado para la gran mayoría y era el momento en que los efectivos de la Metrópolis se retiraban a descansar o se solazaban en los puntos de encuentro habituales. Amalíss se acercó al lugar donde Austin, Xana y Anjana habían mantenido sus extravagantes conversaciones: era una especie de bar o de cafetería aséptica donde se reunían los investigadores. Pidió un refresco y se aprestó a esperar que la suerte las trajese nuevamente hasta ella. Los concurrentes, según venía observando, no eran excesivamente variopintos. Frente al recuerdo de los habitantes de la zona inferior, los de arriba parecían homogéneamente uniformes,

tanto por sus vestimentas como por su aspecto. La Doctora se entretuvo mirándolos e intentando adivinar cuántos eran humanos o no, a pesar de sentirse íntimamente desesperada... ¿Por qué era todo tan extraño en ese nuevo mundo?

Al rato, aparecieron las gemelas, rubia y morena, de la mano, como si una de ellas resultase su propia imagen repetida en un espejo de distinto color.

—¡Xana, Anjana! —llamó animadamente la Doctora mientras se acercaba hacia ellas.

—Yo soy Xana —contestó la morena.

—No, ella es Anjana —dijo la rubia.

—Sí, ella es Xana —respondió la morena señalando a su copia rubia.

—No, nosotras somos Anjana —terció la segunda mientras las dos prorrumpían en risas.

La Doctora las miró aviesamente, procurando armarse de paciencia.

—Supongo que será una broma, ¿no? —se quiso congradar—. En realidad, sois tan parecidas como vuestros propios nombres.

—Somos Xana o Anjana indistintamente —respondió cualquiera de las dos.

—¡Ah! —dijo la Doctora, sin gran convicción— ¡Pues qué risa!

Las androides rieron, de nuevo, y sus voces repiquetearon una contra la otra como copas que entrechocan sus cristales en una bandeja oscilante.

—¿Alguna de las dos habéis visto a Austin? —se decidió Amalís.

—¿Habéis visto? —dijo Xana o Anjana.

—¿A Austin? —replicó Anjana o Xana.

Las ginoides tomaron aliento brevemente y comenzaron, atropellándose una a la otra, una catarata de enunciados absurdos.

—¡Ah!, Amo, Amigo, Ahora, Amistad...

—AUn, AUto, AUTista, AUtorizar, AUTomático, AUrora...

—AUSencia, AUScultar, AUSpicio, AUSente...

—AUSTero, AUSTRal, AUSTRaliano...

—¡AUSTIN!

—Autómata, autógrafo, autocopia, autocracia —se descompuso Xana o Anjana, y la otra le contestó—: Repetir, duplicar, triplicar, multiplicante...

—Réplica, replicador, replicación, replicante...

—¡Basta ya! —se desesperó Amalíss— ¿Alguna de las dos habéis visto a Austin?

—Austin es un muchacho estupendo —contestó Xana con repentina sangre fría.

—Un androide muy perfeccionado —corroboró Anjana.

—¡Yo también quiero uno! —culminaron las dos a la par, riendo de nuevo.

La Doctora se despidió abruptamente y salió. Era inútil querer comunicarse con aquellas estúpidas. Debían tener sus introcomputadoras estropeadas, ya que les permitían cacarear aquella serie de insensateces. “Yo también quiero uno”, repitió Amalíss para sus adentros. A lo peor se estaban burlando de la desesperación de su búsqueda. Ella quería a “su Austin”, pero ¿qué significaba que las ginoides quisieran el suyo?

La Doctora encaminó de nuevo sus pasos hacia los Laboratorios. Quizás se había equivocado en no consultar en primer lugar con su amiga Kora, la Comandante. Ella, quizás por su cargo, debería saber todo lo que ocurría en la Dirección General.

Cuando llegó a la sala donde ella trabajaba, advirtió que ya no quedaba ninguna otra persona. Era tan tarde como para que todo el mundo se hubiera retirado a descansar. Sin embargo, Kora continuaba allí, amarrada profunda y misteriosamente al contenido de la pantalla. Amalíss se acercó hasta su espalda procurando no hacer ruido para no desconcentrarla. Detrás de la hermosa estatua de mujer, el monitor mostraba un complejo dibujo, formado por una serie de líneas que se conectaban en nódulos a través de distintas capas superpuestas.

—Son enjambres —dijo suavemente, ante el desconcierto de Amalíss, que no era consciente de que la otra hubiera advertido su

presencia—; un ejemplo de organización sincronizada en comportamiento colectivo.

La Doctora se inclinó para apreciar mejor el gráfico que tanto interesaba a la Comandante y ella, sin levantar la vista de sus resultados, le explicó la deriva de sus últimas investigaciones.

—Así se producen ciertos comportamientos autoorganizados de una multitud de individuos interconectados, que se sincronizan para defenderse o para atacar a un enemigo, con el objetivo de conseguir una finalidad específica. Sus acciones se coordinan en red, por nodos que no se conocen pero están agrupados en torno a un objetivo concreto, sin una autoridad central. Su comportamiento supraindividual tiene un sentido inteligente y autocoordinado.

Amalíss entendía las explicaciones de su amiga, pero desconocía el fin hacia el que las quería orientar. Kora siguió con su teoría.

—Esto es lo que sucedía en tiempos remotos con las bandadas de estorninos, los bancos de peces o la organización de un hormiguero. Cada individuo adaptaba sus movimientos a los de su grupo, como en un solo cuerpo, en una armonía variable pero estable. Sus formaciones se hacían y deshacían para protegerse, pero el grupo siempre resultaba victorioso. Nosotros hemos llamado a esta fórmula enjambre.

Kora levantó la vista de la computadora para cerciorarse de que la Doctora estaba comprendiendo antes de continuar.

—El enjambre es una técnica que agrupa rápidamente a un gran número de individuos-nodos previamente dispersos y movibles en todas las direcciones hasta conseguir que converjan en un solo sentido —continuó.

—¿Y para qué sirve todo eso? —indagó finalmente Amalíss.

La Comandante Kora sonrió ante esta pregunta, como cuando un niño no ve la evidencia.

—¿Te imaginas qué pasaría si un gran número de habitantes de Bloomington, desechando las decisiones personales, aunara su voluntad en un enjambre de larga latencia? ¡Gracias a la tecnología, su sincronización superaría las barreras espacio temporales!

—¿Estás hablando de algo así como un gran ejército inteligente, constituido por hombres y mujeres con una sola voluntad?

La Comandante Kora pareció, de pronto, despertar de su sueño.

—¿Hombres y mujeres? ¿Me estás hablando de humanos? —preguntó, aunque acabó sugiriendo—: Quizás ellos no sean los más apropiados...



Amalíss había vuelto, como en tiempos pasados, a emplear los somníferos para poder conquistar unas horas de sueño. La ausencia de Austin le provocaba un sentimiento de inseguridad y una angustia tales que advirtió que no podría descansar utilizando sus únicas fuerzas.

Puesto que era imposible seguir con las pesquisas en su estado de agotamiento, aquella noche tenía que descansar. Antes de acostarse, alisó las sábanas y extendió sobre ellas un cobertor para comenzar la liturgia de la búsqueda del sueño. Después de ponerse el pijama y lavarse los dientes, se acercó hasta la cama, se sentó sobre ella y se descalzó. Tras algunas respiraciones profundas se introdujo lentamente en el lecho. Las sábanas la acogieron con su abrazo fresco y ella estiró las piernas y posó sus manos sobre el pecho para aquietar los latidos. Volvió a respirar profundamente y esperó a que la embargase el sueño hipnótico que propiciaban los comprimidos azules.

Los dedos de algodón de Morfeo por fin le cerraron los ojos y ella se dejó caer por esa vertiente inclinada donde se funde la realidad con la fantasía que esconde nuestro ingenio. Caer, flotar, caer. Amalíss consintió en que su cuerpo se aflojase hasta perder la conciencia mientras una cascada de imágenes inconexas vagaba por su mente. Seguramente transcurrieron varias horas.

Aeronaves que surcan las tinieblas, un refresco, enjambres de abejas y el banco de peces. La Comandante Kora es una pantalla gigante donde se enlazan las líneas y nodos del enjambre: algunos

insectos escapan desde los orificios de la nariz y, cuando abre la boca, un torbellino de bichos pequeños pretende escapar. El Comandante Theo se ríe en su vaso *Dewar*: ha recuperado la lisura de su rostro, aunque las barbas largas flotan a su alrededor como una medusa. Kora abraza al excomandante, que lleva de la mano a una niña. La mano del Comandante, enlazada con la mano pequeña de Eva, sangra, y la multitud se agolpa para lamérsela. En realidad, el Comandante lleva una túnica larga como de pope ortodoxo y sus fieles lo rodean y se afanan por tocar sus vestidos, que quedan decorados de rojo. Desde el fondo del sueño va naciendo Xanaja, una versión de Xana y Anjana entremezcladas, que alza también sus manos a lo alto: es una androide de dos cabezas, cuatro brazos y dos piernas.

—Soy una androide muy perfeccionada —dice agitando sus brazos, como una antigua diosa hindú—. Xanaja es Shiva y conoce las tres dimensiones del tiempo: presente, pasado y futuro. He bebido veneno y por eso mi cabello es azul...

La Doctora se inclina hacia la ginoide para admirar sus perfecciones, pero las dos cabezas comienzan su disputa.

—¡Autómata, autocracia! —dice una de ellas—. Mis abejas vuelan con un solo objetivo común, de forma autoorganizada.

—Mis abejas conforman un ejército cohesionado, en armonía variable. Cuando son perseguidas por estorninos deshacen la formación, se dividen y vuelven a reagruparse.

—Austin es un muchacho estupendo.

—Réplica, replicador, replicante...

—¡Yo también quiero recibir a mi replicante!

—¡Mi replicante, mi replicante, mi replicante, mi replicante!

La Doctora se incorporó violentamente en la cama. Todavía sonaba en sus oídos el grito agudo de Xanaja. ¿Qué significaba ese sueño absurdo? Una copia de Xana y de Anjana, que a su vez eran una copia común, pedía a gritos a su replicante.

Amalíss, totalmente despejada, se levantó a beber un vaso de agua. Tras el sueño incoherente, le había asaltado una extraña

sensación de lucidez y serenidad. Quizás las breves horas de descanso habían servido para algo. Ella había bajado a los infiernos en busca de Austin, suponiendo que se lo habían llevado para destruirlo; pero quizás estaba equivocada. Nada le había hecho sospechar que algún humano no especializado necesitase de su robot para algo. Sin embargo, tanto Kora como Xana y Anjana se habían mostrado siempre muy inclinadas a admirar las virtudes del androide, al que consideraban (atendiendo a la pura realidad) tan bien elaborado. Las ginoides, en su encuentro con Amalíss, habían declarado al referirse a su Ayudante que “ellas querían uno” y, aunque la Doctora entendió que querían burlarse de ella misma por su búsqueda infructuosa, quizás no fuera eso: a lo mejor estaban declarando lisa y llanamente su propia voluntad (o la voluntad de quien las había creado o las dirigía). Xana y Anjana querían un Austin para cada una.

“Repetir, duplicar, triplicar, multiplicante”, habían recitado. Ellas también eran un duplicado, un duplicado que se puede triplicar o multiplicar por la sola industria del hombre. ¿Por qué no conseguir un Austin duplicado o multiplicado? Así se conseguiría uno para cada una.

Sin embargo, Austin no era un mero producto de fábrica, por decirlo de alguna manera. Él, a partir de su programación básica, se había construido a sí mismo hasta ser capaz de tomar sus propias decisiones. Aunque se reiterase su ser originario, toda la experiencia acumulada e incorporada a lo largo del tiempo, junto a la adición de variables, era imposible de reconstruir en una copia. El Ayudante era un ser excepcional, era algo más que una suma de datos informáticos.

La Doctora miró su reloj. Como todavía era muy temprano para salir de sus habitaciones, volvió a introducirse en la cama. También quería reflexionar sobre las investigaciones de la misteriosa Comandante. Por lo que entendió, estaba previendo una especie de organización autónoma similar a un ejército, de componentes no humanos y con actividad inteligente. Aquello podía llegar a adquirir algunos tintes siniestros... ¿Un conjunto de tropas carentes de voluntad, pero organizadas para la consecución de un fin inexorable?

La Doctora añoró la placidez perdida del refugio, aquel tiempo en que Austin le servía el desayuno en la cama y ella sólo tenía la preocupación de encontrar las coordenadas precisas para resolver la Teoría de la Grieta de Fuga. Vivir así, prendida de una bella esperanza, había sido hermoso. Sin embargo, ahora, en este mundo extraño, los humanos vivían divididos, espíandose y fabricando sueños opuestos. Androides y humanos especializados contra humanos genéricos; ginoides que buscan su Austin complementario; la fría Comandante Kora y su ejército autoorganizado a la manera de un enjambre... ¿Cómo hacer surgir, en medio de todo esto, la paz y la salvación de la Tierra?

* * *

La llamada angustiosa de la sirena de alarma envió su eco multiplicado contra las paredes de todos los corredores de la Dirección General. Amalíss, que estaba despierta hacía un buen rato rumiando su desconsuelo, saltó de la cama, se vistió y salió apresuradamente. Un ejército de androides (que, afortunadamente, aún no funcionaba con la flexibilidad y la eficacia dúctil del enjambre) patrullaba los pasillos y defendía los accesos a las salas de mayor interés estratégico.

La Comandante Kora surgió tras la barahúnda de robots uniformados. Cuando descubrió a Amalíss le clavó fríamente su mirada de hielo.

—¿Dónde has estado estos últimos tiempos?

La Doctora se sorprendió.

—Ayer, por ejemplo, contigo... cuando me explicaste tus investigaciones sobre enjambres... ¿Qué ha pasado?

La Comandante rectificó la dureza de su primera manifestación y se dulcificó.

—Ha habido problemas... Pero, perdona que te haya hablado así: tú no tienes la culpa.

—Pero, ¿qué ha pasado? —insistió Amalíss— La sirena, los soldados... ¿Ha sucedido alguna desgracia?

La Comandante tomó aire y después lo expulsó lentamente por la nariz. No sabía cómo exponer las novedades para sacar la máxima información a partir del asombro de Amalíss.

—No, todavía no hay ninguna desgracia. Más que otra cosa... ¡es un contratiempo! —comenzó— Un contratiempo que tiene una causa preocupante y eso es lo que hay que conocer, el origen de todo esto.

—¿Un contratiempo? —la Doctora se alarmó aún más al oír semejantes circunloquios— ¿Tiene algo que ver con mi Ayudante? ¿Lo han encontrado? ¿Está inutilizado?

La Comandante la cogió de las manos, en parte para tranquilizarla y en parte para controlar más estrechamente sus reacciones.

—No, querida. Lamentablemente, no se trata de tu Ayudante. No te preocupes por él: aunque no lo hemos visto, seguro que no corre ningún peligro... El asunto es que... —Kora se interrumpió para poder observar con detenimiento el asombro de Amalíss— han surgido disidencias en la sección horizontal inferior. Algunos humanos están impulsando una especie de sedición, una nueva rebelión contra los científicos y contra los androides.

Amalíss se desasíó de la Comandante. No quería que ella adivinara lo que conocía de los revolucionarios.

—Según parece, no es la primera vez que suceden aquí esas cosas —le recordó agriamente—. Yo no sé nada de eso. Quizás debáis preguntaros por sus condiciones de vida ahí abajo...

—No me malinterpretes —insistió Kora, sin saber cómo comenzar sus pesquisas—. Es verdad que antes esto ya ha pasado. Nos costó mucho trabajo apaciguarlos después de la Guerra de Recategorización —y tomó aire para añadir cautamente su verdadero empeño—. Sólo quiero saber si, de algún modo, se han podido enterar de que ha vuelto hasta Bloomington el cuerpo de Theo. Eso, para ellos, sería una especie de provocación...

La Doctora comprendió. Kora quizás adivinaba su periplo por la zona inferior y sospechaba que se hubiera podido ir de la lengua. Lo cierto es que hubiera sido una torpeza exponer ante los ojos de los alborotadores el cuerpo de su héroe, así que aquello no había sucedido.

—De mi boca no ha salido ni una sola palabra —aseguró Amalíss firmemente—. De hecho, yo hubiera preferido no cargar con su cuerpo. Me repugna suponer que a estas alturas alguien quiera intentar recuperarlo...

Kora advirtió que la Doctora hablaba sinceramente. Con toda probabilidad esta vez tampoco había nada especial detrás de la revuelta.

—Gracias —concluyó—. Tenemos que protegernos de los alborotos y así estamos más seguros de la entidad del conflicto. No nos conviene distraernos de nuestras investigaciones sofocando ninguna insurrección...

—¿Tan grande es el peligro? —se asustó Amalíss.

Fue ahora Kora la que hurtó su rostro para que no viera su sonrisa de triunfo.

—No te preocupes, querida. ¡Ya hemos tomado algunas de las medidas necesarias!



La Doctora esperó unas cuantas horas antes de salir. En aquella ocasión era más importante que nunca evitar que la siguieran hasta el mundo inferior y, como imaginaba que Kora no confiaba totalmente en ella, no se quiso arriesgar a ser descubierta. Aunque su más firme propósito consistía en encontrar a Austin, algo en el fondo de su corazón le gritaba que los humanos “genéricos” necesitaban ayuda y quizás, en el fondo, todo aquello pudiera estar interrelacionado.

Cuando llegó a la zona después de grandes precauciones, notó que habían cambiado bastantes cosas. Apenas circulaba nadie por la

calle y los transeúntes se movían rápida y cautelosamente. El lugar de reunión donde se solían congregar los fieles a la Doctrina estaba vacío.

La Doctora se dirigió a la puerta de Eva, una más entre otras de un largo y oscuro pasillo. En primer lugar, llamó quedamente, pero sólo obtuvo la respuesta de su propio eco. El silencio circundante le sugirió evitar el escándalo, así que susurró contra la rendija de la puerta:

—Abre... ¡Soy Amalíss!

Entonces se oyó un ligero crujido en el interior y, por fin, Eva se asomó brevemente.

—¿Qué quieres?

—Vengo sola. ¡Déjame entrar! Sólo quiero ayudar...

La muchacha se decidió a dejarla pasar.

—¿Has venido a espiarnos? ¿No sabes que ya tenemos suficientes problemas?

La Doctora advirtió que el interior de aquel cuarto estaba bastante desordenado, como si alguien se hubiese dedicado a tirar las cosas por el suelo.

—¿Qué ha pasado?

—Ya les he dicho a los soldados que yo no sé nada —se empecinó Eva.

Amalíss se enfrentó a la muchacha y la obligó a mirarla a los ojos para convencerla de su sinceridad.

—Explícame quién ha venido. Confía en mí. ¡Tú me ayudaste a buscar a mi androide y sólo pretendo devolverte el favor!

Eva, en realidad, se resistía débilmente frente al llanto y estaba esperando la mínima ocasión para poder derrumbarse sobre un hombro ajeno.

—Vinieron los uniformados... Aquí y a otros sitios... Nos conocen. Seguramente nos han estado espiando durante días. Nos han observado, han oído nuestras conversaciones, conocen nuestra religión... —se desahogó—. Por eso se lo han llevado.

—¿A quién se han llevado? —volvió a preguntar Amalíss en el colmo de la impaciencia.

—Sólo lo han cogido a él—aclaró Eva haciendo esfuerzos por serenarse, hasta que consiguió terminar—: A los demás nos han golpeado, pero sólo se han llevado a Pedro.

—A Pedro... —repitió Amalíss.

Pedro era, muy probablemente, el orador de barba oscura y parche en un ojo que les había asustado el primer día y que presenció su bautismo en la Doctrina del Amor y de la Sangre.

—¡Seguro que ahora lo están torturando! —gimió la muchacha.

—No te preocupes —la consoló Amalíss, haciendo gala de bien poco tacto—. ¡Tenía un aspecto bastante resistente!

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué nos hacen esto? —volvió a lloriquear Eva—. ¿No es suficiente con que trabajemos para ellos? ¿También quieren divertirse viéndonos sufrir?

Amalíss se apenó por lo que estaba pasando. Los científicos ejercían una opresión abominable sobre la otra mitad de sus semejantes, a los que querían acusar de un absurdo que no conocían. Además de sofocar su levantamiento (perfectamente lícito, dadas las circunstancias), podían llegar a culparlos de rebelarse por un asunto del que ni siquiera estaban al corriente, como era la existencia del excomandante Theo, conservado tan apropiadamente en su vaso *Demar*. Por si continuaba el equívoco, la Doctora se sintió en la obligación de informar a Eva de unas cuantas cosas desde su comienzo. Así, le contó que su mesías había muerto (en circunstancias más bien poco definidas), que lo habían devuelto a Bloomington (sumergido en un líquido refrigerante asqueroso) y que existía alguna infundada sospecha de que ellos pretendieran recuperarlo.

—Aquí no sabemos nada de eso... Pedro tampoco. Si lo hubiéramos imaginado, no dudes de que habríamos asaltado la zona superior en hordas furiosas hasta rescatarlo —justificó la muchacha—. Él nos enseñó lo que somos y nos abrió una camino de esperanza... ¡Sería maravilloso volver a tenerlo con nosotros! ¡Podríamos adorar su cuerpo atormentado...!

Amalíss se asustó de su sinceridad abrumadora. Sin embargo, no tuvo paciencia para seguir oyendo majaderías laudatorias relacionadas

con el mamarracho del excomandante y decidió atajar por lo sano y cambiar de conversación.

—Ha llegado el momento de que yo haga algo por ti. Subiremos juntas a la zona especializada y rescataremos a Pedro. Hay muchos lugares que yo desconozco y no me vendrá mal la compañía de una buena amiga.

A Eva se le iluminaron los ojos: no había previsto que la extraña iba a suponer una ayuda de tanta utilidad.

—De todos modos —aclaró Amalíss con prudencia—, debes guardar por ahora el secreto de que vayamos a investigar su paradero... Tus amigos se exaltarían demasiado si lo supieran. ¡Cuando hayamos terminado podremos exponer ante el mundo toda la verdad!

Afortunadamente, Eva era una muchacha bastante ingenua y no sospechó que la Doctora supiera más de lo que contaba. En aquella aventura Amalíss no descartaba encontrar de alguna manera al desgraciado orador, pero su obsesión reiterada era continuar a la vez con la búsqueda de su Ayudante.

La Doctora advirtió que debía disfrazar a su amiga antes de subir a la zona superior para conseguir que pasase desapercibida. Sin embargo, aquello iba a resultar bastante fácil: la belleza de la muchacha y su figura torneada la asemejaban a gran parte de las ginoides y a las humanas que cultivaban su aspecto físico en los gimnasios y salones de belleza. Buscaron entre la ropa anticuada de la chica aquello que pareciera más sofisticado y la Doctora compuso su abundante cabello en uno de aquellos moños estirados que usaban las mujeres de arriba. Pensó que cuando llegasen a sus habitaciones podría disfrazarla con su propia ropa y aquello la hizo sonreír, recordando a Xana y Anjana. Quizás ella misma y Eva podrían componer una suerte de dueto a base de su propio vestuario... Amalíss palpó disimuladamente su cuerpo: después de las sesiones de gimnasia con que la había torturado el pobre Austin en el refugio, podía jactarse de haber adquirido una cintura estilizada y unas piernas fuertes... Con un poco de maquillaje y de buena voluntad, Eva y ella misma podrían resultar más o menos semejantes... ¡Aquel baile de disfraces prometía llegar a

ser bastante divertido y la Doctora, junto a Eva, podría aligerar su permanente soledad!



—Atención, dice Dios. “¡Atención, que os aguarda un formidable juicio, una espantosa cuenta, un cargo terrible! Dios os puso en la sublime alteza y dignidad de ser sus ministros para que instruyeseis y corrigieseis al pueblo ignorante y pecador; pero vosotros, abusando de esa dignidad, hicisteis de ella lazo y red para cazar vuestro descanso, sin remediar al pueblo.”

La Comandante Kora, sorprendida, escrutó con atención la sucesión de letras que traducían en los monitores los pensamientos del paciente narcotizado e inmovilizado, atado a la cama. De hecho, sus labios se movían crispados componiendo un susurro que se asemejaba a aquel discurso incoherente.

—“Conseguisteis vuestro descanso, sí, pero a costa de haber sacrificado a vuestros hijos. ¿Os parece fácil que de jóvenes díscolos y lascivos se muden repentinamente en hombres juiciosos y mortificados? ¿Os parece fácil que se conviertan de ociosos en aplicados, de bulliciosos en recogidos, y de hombres jugadores y deshonestos en devotos y ejemplares? Esto sería pretender que, sin un especial y alto movimiento de la gracia divina, se transforme un cuervo en paloma, o en oveja inocente el que siempre fue lobo voraz y carnicero. ¡En el futuro veréis las consecuencias de vuestras culpas y los daños que se siguen y seguirán por no haber mirado a Dios antes de darles estado semejante...!”

La Comandante paseó su vista sobre el bulto tembloroso del examinado, que parecía repetir de memoria palabras aprendidas con anterioridad. De hecho, cuando lo capturaron, según le habían informado, se hallaba leyendo un extraño volumen encuadernado en vitela y papel, similar a los libros antiguos que en el pasado debieron haber leído los humanos (¿dónde habría conseguido aquel raro compendio titulado “Sermones para todas las dominicas del año”?).

Sin embargo, una vez desvinculado de sus seguidores y reducido a la escasa materia desnuda de su propia humanidad, el orador tenía un aspecto poco peligroso. Haciendo abstracción de la melena enmarañada y de la oquedad temerosa del ojo ausente, incluso tenía un perfil agraciado.

Visto así, tan desarmado, la Comandante Kora tuvo la curiosidad insana de levantar la sábana que lo cubría. Bajo el lienzo apareció una fuerte osamenta cubierta por un conjunto de músculos enervados y una piel magra. Aquellos humanos eran realmente pintorescos, corroboró mientras lo volvía a tapar: sería un poco engorroso que cualquier subordinado la encontrase solazando la vista con el interrogado.

Con todo, Kora se inclinó para confirmar la posición de los parches pegados en varios lugares de la cabeza, de los que salían los hilos metálicos que rescataban la información a partir de los neurotransmisores del cerebro, y colocó una mano en su frente, admirando su perfil. Los pómulos marcados del santo sugerían una especie de finura de carácter que desmentía la mandíbula poderosa: ¿cómo era en realidad ese humano que conseguía electrizar a las masas con un mensaje apocalíptico impostado? La Comandante, cuidadosamente, abrió el ojo único del examinado y lo escrutó con curiosidad. Él no conseguía despertar de su desvanecimiento, pero movió los labios para componer un susurro dictado desde la profundidad de sus sueños.

—Veamos finalmente el estado de la unión entre desiguales, el pecado de himeneo entre humanos y androides. Este es el estado que menos se considera y por eso se observan tan malos resultados: ¡ver un hombre con una ginoide mal compuesta!, ¡ver una mujer con un androide afeminado como ella...! ¡Y que luego pasan a unirse, sin hacer la más leve reflexión ni de genios ni de costumbres ni de razas! La unión sexual entre desiguales es un estado lleno de peligros —añadió con gran énfasis—: es un campo de espinas y de cuidados; es como el bálsamo de Arabia, en el cual suelen anidarse las víboras: ya por la sujeción y vínculo estrecho de los casados, ya por las discordias, riñas, impaciencias, pleitos y desacatos de los consortes. ¡Qué gran dificultad

para concordar la castidad con la licencia que concede el matrimonio! ¡Y cuántos se exceden en su uso más que lo que permite la ley santa...!

Kora, al oír aquellos exabruptos, se puso en guardia repentinamente adivinando que acabaría por perder la sangre fría. Apretando los dientes se contuvo a sí misma para no abofetear al humano que estaba siendo examinado y que exponía una teoría tan contraria a sus propias opiniones respecto a las relaciones entre humanos y humanoides. Pero, en lugar de dejarse arrebatar por aquel impulso, se inclinó de nuevo sobre su rostro.

—Theeeeeoooo —enunció silabeando, como si el paciente fuera sordo o estúpido—. ¿Conociste a Theo? ¿Tú sabes dónde se guarda su cadáver?

El santo no alteró el temblor convulso que padecía durante todo el interrogatorio. Quizás tuviera frío o quizás las drogas que le habían suministrado habían perjudicado su delicado sistema nervioso central. En todo caso, probablemente no oía a su interlocutora. Su mente vagaba por un espacio antiguo y alejado de toda cordura y repetía obsesivamente la letanía que probablemente había memorizado del libro de sermones.

—“¡Baste de ceguedad y desvarío! Llegad sin dilación a la Doctrina con la más profunda humildad y sentimiento; llegad los que estáis ciegos o dormidos y seréis iluminados; llegad los necesitados y seréis hartos; serán salud vuestras dolencias, delicia entre las amarguras, remedio de vuestros males y quietud de vuestras conciencias... Llegad con lágrimas en los ojos, llegad...”

La Comandante advirtió que el paciente había empleado toda su energía en semejante llamamiento y, después de un breve espasmo quedó paralizado, como exánime. Con cierto sentimiento de culpa, pensó que quizás se había excedido con la medicación y se acercó obedeciendo el mandato del santo. Efectivamente, él mantenía su único ojo cerrado y el bulto del cuerpo había cesado en sus estremecimientos.

La Comandante puso su mano suavemente sobre el corazón del enfermo para comprobar si todavía latía, pero el hombre al notar

el contacto comenzó unas respiraciones sosegadas y finalmente abrió su ojo giratorio, que se posó dulcemente sobre la investigadora.

—¡Oh, qué belleza! ¡Ah, eres un ángel! —dijo dócilmente, como si despertase de un sueño y la viera por primera vez.

La Comandante Kora escrutó con interés el rostro del sacrificado, que pareció reordenar sus recuerdos para buscar una nueva fuente de inspiración y comenzar otra interminable retahíla, esta vez en voz alta y clara.

—¡Bien de mi vida! ¡Vida única de mi alma y alma de mi corazón! A vos me acojo como a puerto seguro para no peligrar en el mar borrascoso de este mundo. Vos sois el farol que me alumbraba y el norte que me guía. Alumbrad mis tinieblas para que acierte el camino. Ciego he vivido, sin hacer caso de vuestra hermosura; pero esto se acabó y ya desde hoy os digo: vos sois mi libertadora, vos sois mi escudo; venga el infierno todo y pelee contra mí, que no le temeré.

La Comandante quedó sobrecogida. Nunca había oído que nadie la llamara ángel ni había escuchado unos requiebros como esos. Sin ser totalmente consciente de ello, aumentó la presión de su mano sobre el pecho del doliente y se concentró en la dulzura de esa mirada unívoca del hombre. Percibió una corriente extraña y enervante, que la anudaba al ser que yacía en la cama y recordó las extrañas palabras que había oído en la boca de Amalís: el tacto cálido y delicado, la presión oportuna, duración del contacto... El instinto inefable del contacto creado por humanos...

Kora no pudo contener una desazón que la llevaba a los extremos del delirio e introdujo su mano bajo la sábana: allí debajo comenzó a acariciar esa piel ligeramente áspera, pero caliente, que escondía en su interior un latido candente y animal. ¡El instinto inefable!

Pocos instantes más tarde, la Comandante Kora, tomando transitoria posesión de sus sentidos primarios, fue hasta la puerta de la cámara donde se hallaban y la cerró con llave. Después sonrió y se acercó nuevamente y temblando hasta el lecho del santo.



Eva y Amalíss, después de conseguir llegar hasta las habitaciones que ésta ocupaba en la Dirección General, se sintieron más seguras. Habían tenido que esconderse de los uniformados en varias ocasiones, ya que las revueltas que estallaron en la zona inferior habían hecho que la vigilancia se multiplicase, pero la Doctora tenía ya larga experiencia en esquivarlos y conocía la ubicación exacta de las microcámaras que protegían las instalaciones y su campo de acción. Para eso el querido Austin había realizado un estudio exhaustivo de los sistemas de interceptación óptica que protegían los accesos a la zona superior. Después de escapar de la vigilancia de las cámaras, si no se cruzaban con centinelas, era relativamente sencillo llegar a salvo. Afortunadamente, las dos tenían suficiente buen aspecto como para aparentar ante los habitantes que no realizasen la función de vigilantes que pertenecían a la zona superior.

En su dormitorio de la Dirección General la Doctora compuso un atuendo adecuado para Eva e incluso le proporcionó una antigua tarjeta de identidad con su nombre por si era interceptada en algún control.

—Pero yo no soy rubia... —opuso Eva.

—Siempre puedes decir que en el pasado te teñías el pelo y que usabas lentillas. Además, la fotografía ha quedado bastante borrosa... ¡Menos es nada!

La muchacha se resignó. En realidad, el mundo que había construido para sí misma en los últimos tiempos se acababa de derrumbar y no le importaba mucho el peligro. Después de acogerse a la salvaguarda de la nueva Doctrina y de ver que esa ilusión también se desvanecía, pensaba que la vida sólo tenía sentido si se podía recuperar, de algún modo, la esperanza.

—Amalíss, tú no crees en la Doctrina, ¿verdad? Además, tampoco te entusiasma con Theo... —y añadió suavemente—: ¿Por qué me ayudas? Y, sobre todo, ¿cómo haces para vivir en este mundo degradado?

La Doctora advirtió que esas dos preguntas eran demasiado importantes como para dejarlas sin respuesta y se sentó frente a la joven.

—Es cierto que no creo en la Doctrina ni estimo que los humanos sean mucho mejores que las máquinas, que son producto de su creación. Y dudo aún más de que un orate loco sea capaz de guiar a nadie hacia la prosperidad. Sin embargo, yo sí creo en la ciencia... Cuando vivía en el refugio, como te expliqué, me dedicaba a buscar una grieta por donde se pudiera expeler los gases que asfixian el planeta. ¡En eso creo! Yo sí tengo esperanza en que el mundo mejore; pero eso no va a suceder destruyendo a los androides ni infligiéndonos heridas en las manos para demostrar que somos humanos. El hombre, que ha provocado la degradación del planeta, debe procurar también su salvación a través del estudio y la investigación.

Eva, avergonzada, escondió sus manos. Lo que la Doctora decía tenía sentido; mucho más que todas las arengas grandilocuentes de sus amigos.

—¿Y Theo? —volvió a preguntar, como agarrándose al último clavo ardiente de su anterior seguridad—. Él nos enseñó a rebelarnos y a luchar...

Amalíss tuvo piedad de su nueva amiga y no quiso destruir de un plumazo todas sus ilusiones.

—Es bueno rebelarse ante la injusticia y luchar... Pero Theo no fue totalmente desinteresado al mostraros ese camino. Ten por seguro que su lucha nunca fue tan sincera como la vuestra.

Después de aquello la Doctora calló, recordando las sospechas de Kora acerca de que pudiera interesar a los revolucionarios recuperar el cuerpo de su ideólogo. Aquello podría resultar espantoso. Además, el excomandante Theo estaba muerto y bien muerto y los seguidores astrosos de la Doctrina del Amor y de la Sangre no tenían ningún conocimiento científico ni ningún medio técnico para revivirlo a partir de su actual estado criónico. Por otra parte, la Doctora tenía la esperanza de que eso no sucediera nunca. Claro está, pensó con disgusto, que si alguien detentaba la posibilidad de investigar o

descrionizar ese cuerpo era exclusivamente el personal de la Dirección General, algo que a toda costa habría que evitar...

Por fin, Amalíss decidió que ya habían gastado mucho tiempo en consideraciones teóricas y había que pasar a la acción. Antes de salir echaron una breve ojeada común a su aspecto físico ante el espejo. La Doctora era algo más alta que Eva y un poco más gruesa; pero extrañamente, a pesar de la diferencia en la edad y el color del pelo y la piel, ambas presentaban una estampa semejante. Quizás fuera ese mismo gesto inseguro y a la vez arriesgado, similar al de los héroes cómicos en películas antiguas, los que a pesar de los peligros y errores acaban llegando vencedores a una meta improbable.

Antes de salir, Eva abrazó a Amalíss.

—Gracias —le dijo—. Iré contigo adonde sea. No podría vivir sin esperanzas...

La Doctora disimuló su emoción. Nunca se había sentido líder de nada ni de nadie y el ofrecimiento tácito de la pobre muchacha que le entregaba su seguridad le ablandó el corazón. Aquello debía ser lo mismo que siente una madre cuando marca a su hija su destino y siente que su vida no acaba en ella misma, sino que se va a continuar más allá de su propia carne. Por fin, después de largos años, un sentimiento de comunión le endulzó el recuerdo de la soledad de su vida pasada. Aquello se parecía bastante a una verdadera amistad.



Amalíss y Amalíss salieron precipitadamente de sus habitaciones y cruzaron larguísimos corredores a paso ligero. Afortunadamente, no se cruzaron con ninguno de los investigadores con los que había tratado la Doctora. Si conseguían salir de la Dirección General hacia el espacio donde no pudieran ser reconocidas, les sería más fácil pasar desapercibidas.

—Tú has explorado el subsuelo de la zona subterránea, donde no pudimos encontrar a Austin. ¿Piensas que hay alguna posibilidad de hallar en ese lugar a Pedro? —preguntó Amalíss.

—¡Yo creo que es imposible que esté allí! —contestó la otra Amalíss.

—Pues bien —razonó Amalíss—, al igual que existe el subsuelo de la zona inferior, es probable que exista un supratecho en la zona superior correspondiente. ¿Has oído hablar de eso alguna vez?

—Los humanos genéricos no tenemos mucha información acerca de los privilegiados de arriba —se justificó la otra—. Pero, como tú dices, si quieren esconder a alguien, la parte más alta de la ciudad, entre la Dirección General y la campana de aislamiento, puede ser la más adecuada. Los genéricos no podríamos llegar hasta allí y los especializados quizás no estén interesados en rebelarse y explorar las alturas.

—Me molesta eso —exclamó la Doctora—. Son ridículos esos apelativos de genérico o especializado. Todos los seres humanos somos iguales. No importa que nuestro trabajo sea distinto: lo que nos une es nuestro idéntico corazón.

La otra Amalíss no quiso entrar en aquella filosofía evidente, cuya inobservancia había sufrido desde la infancia, y apremió a Amalíss para continuar la aventura.

—¿Tienes idea del camino que nos puede llevar hacia arriba? —preguntó.

—Cuando descendimos de nuestra aeronave al llegar a Bloomington, tuvimos que pasar a través de varias salas de aislamiento. Seguramente desde alguna de ellas habrá ocasión de explorar otros espacios.

Amalíss y Amalíss, disfrazadas de la copia de sí mismas, volvieron a enfilar a toda velocidad los corredores iguales de la zona superior. Amalíss guió a su gemela hacia lo más alto intentando evitar la vigilancia de los uniformados. La zona superior, a medida que se ascendía, parecía abombarse: el espacio horizontal se comprimía y daba lugar constantemente a otras secciones planas y similares, con intersecciones geométricas que avanzaban hacia un espacio vertical ulterior.

Después de unas cuantas carreras por tramos inclinados y pendientes, a la vuelta de una esquina, se toparon con dos vigilantes androides idénticos. Ambos habían sido fabricados bajo los mismos estándares y vestían el mismo uniforme reglamentario. Casi sonaron iguales sus voces cuando les dieron el alto. Amalíss y Amalíss, igualmente sorprendidas y alarmadas, se detuvieron en seco, una delante de la otra, que casi tropezó con la primera por la brusquedad de la detención. Cierta luz cenital brillaba contra las paredes metálicas que devolvían multiplicada la imagen de los vigilantes y las fugitivas.

—Unidad vigilante de la zona superior solicita identificación —dijo uno de los centinelas a la mujer primera.

Amalíss, procurando parecer serena, aunque no lo estaba, señaló su tarjeta de identificación, que el androide leyó.

—Doctora Amalíss Robledo, con permiso temporal en la Metrópolis para verificación de sus investigaciones desde lugar de origen —y dictaminó—: Proceso correcto de identificación.

La segunda Amalíss mostró a su vez su tarjeta, que leyó el segundo centinela como en una secuencia repetida.

—Doctora Amalíss Robledo, con permiso temporal en la Metrópolis para verificación de sus investigaciones desde lugar de origen. Proceso correcto de identificación.

Los androides no opusieron ninguna objeción a estas identidades, ya que ambas, aunque reiteradas, eran verdaderas y las dos Amalíss siguieron adelante con su búsqueda.

—Esto me ha recordado a mis experiencias con Xana y Anjana... En Bloomington no son muy originales cuando construyen individuos repetidos...

—Nunca había visto una situación tan tensa y a la vez tan ridícula —dijo la segunda Amalíss.

—Igual que con las ginoides, a mí me ha parecido, más bien, una especie de sueño grotesco.

—Esto sólo prueba que los androides no resultan muy fiables para las cosas importantes.

—¡Bah! Eran unos ejemplares excesivamente torpes. Probablemente no estaban correctamente programados. Sin embargo, ¡ha sido una suerte para nosotras!

—Espero que los centinelas de Pedro sean tan toscos como éstos y le permitan escapar...

—No te hagas ilusiones... Si los secuestradores son humanos no creo que vayan a cometer muchos errores; y en caso de estar bajo la custodia de androides, te asombraría conocer hasta dónde pueden llegar a estar perfeccionados...

Las dos mujeres guardaron silencio y siguieron su camino. La calidad de las paredes y el eco de sus palabras contra la oquedad superior conferían una resonancia extraña a sus voces, que reverberaban retumbando más allá de su cabeza. Por fin, llegaron a una puerta firmemente cerrada.

—Aquí hay algo.

—Sí, algo —dijo la segunda, mientras un eco travieso duplicaba su voz.

—Calla-alla.

—A lo mejo-jor es la puerta que lleva-va al camino del cielo-lo —dijo la segunda.

—Además —interrumpió Amalíss temiendo volverse loca por el eco—, no puedo abrir.

—¿Abrir?

La muchacha morena tenía pocos conocimientos científicos, pero mucho sentido práctico. Numerosas veces había abierto puertas bien selladas y después las había cerrado sin dejar ningún rastro. Con una horquilla o ganzúa pequeña (Amalíss nunca lo supo), se las arregló para vencer la resistencia de la cerradura y dejar libre el paso.

—Espérame aquí fuera vigilando —le susurró Amalíss al oído para evitar las reverberaciones del sonido contra el aire.

La puerta se cerró a sus espaldas y la Doctora Amalíss Robledo avanzó con pasos temerosos hacia el fondo de una estancia vacía.

* * *

Al final de la estancia vacía se abría un espacio poco iluminado con aspecto de garaje o hangar destartado. La Doctora avanzó cautelosamente. Observó que del techo pendían unas extrañas luminarias formadas por múltiples caras que despedían destellos de colores, los cuales refulgían a su vez contra las paredes haciendo nacer extrañas combinaciones de sombras y de luces. En la infancia, en alguna película antigua, había visto también esas mismas bolas polícromas adornando unas salas que en aquella época se llamaban discotecas. El efecto de la luz cambiante le impedía discernir con claridad el contenido de una serie de estantes de grandes dimensiones adosados a la pared. En el centro de la habitación varias mesas de laboratorio servían de soporte para objetos notables, cubiertos por sábanas, que resultaban atenuados por las sombras.

Amalíss buscó a tientas, pero en vano, alguna forma de encender la luz. Aquellos bultos sobre la superficie de las mesas tenían un aspecto siniestro. A pesar de ello, acercó cautelosamente su mano y la posó con suavidad sobre uno de aquellos volúmenes. El tacto del objeto escondido por el lienzo era suave y templado. Bajo la presión de la palma acarició un cilindro blando y delicado que se estrechaba hacia abajo para adquirir mayor dureza y algunas protuberancias. Aquel final de ese miembro parecía un pie...

La Doctora levantó automáticamente la mano y dio un paso hacia atrás, aunque el objeto inspeccionado no se había movido ni mostró ninguna reacción ante el tacto. Contuvo la respiración temiendo que se tratase de un cadáver; pero no, su superficie no era fría ni rígida.

Poco a poco, Amalíss fue acercándose de nuevo a la tabla. Desde muy cerca aquel volumen, idéntico al resto de las otras mesas y de los nichos de la pared, parecía el cuerpo de un humano cubierto por la tela blanca. Mientras se inclinaba hacia abajo para discernirlo mejor, hizo pinza con dos dedos de la mano y arrastró suavemente la sábana hasta deslizarla y dejar a la vista el misterio.

—¡¡¡Austin!!! —gritó ante la visión del androide.

Sin embargo, esa no fue una gran sorpresa, porque a su llamada todos los ocupantes de cada uno de los nichos se incorporaron y contestaron con unánime acento:

—¡¡¡Amalísss!!!

Decenas de Austin idénticos se habían levantado de su lecho improvisado y escrutaban desde las pupilas brillantes de sus ojos redondos la llamada del Ama.

—¡¡¡Austin!!! —volvió a gritar ella, sin comprender lo que veía, o lo que escasamente se adivinaba entre las sombras.

Todos los androides unánimes contestaron dócilmente a su llamada.

—¿Qué desea la señora?

Amalísss corrió entre las mesas tropezando torpemente y golpeándose contra sus esquinas. Necesitaba comprobar la identidad de cada uno para identificar al verdadero.

Pero pensó ciegamente: “¿Verdadero? ¿Había alguno verdadero?”. Replicar, replicación, replicante, multiplicación... Aquello era una locura. “Yo quiero a mi Austin”. “Yo también quiero uno”. La Doctora quería a su Austin, pero ¿cuál era entre todos aquellos? ¿Es que había un Austin distinto, un Austin conformado por sí mismo e independiente y alejado de los propios estándares que lo habían construido? ¿Existía un Austin creado a la imagen y semejanza de los deseos de Amalísss?

En esos momentos la Doctora recordó las pretensiones que le confiara la Comandante Kora: construir un ejército a la manera del enjambre, formado por individuos interconectados que se sincronizan para defenderse o para atacar a un enemigo, con el objetivo de conseguir una finalidad específica, cuyas acciones se combinan en red, de manera inteligente y autocordinada.

Amalísss gimió sin comprender bien qué estaba pasando. ¿Qué le habían hecho a su Austin querido? Volvió a llamar con voz imperativa y angustiada.

—¡Austin, en pie!

Y los Austin idénticos, como un solo cuerpo, como un enjambre que se reorganiza con absoluta eficacia, se levantaron y volvieron hacia ella la cara. Amalíss se aterrorizó de su propio poder: un ejército fabuloso obedecía su mandato. Sin embargo, se sentía frágil y vulnerable ante aquel número de androides organizados que con una orden equivocada podían llegar a atropellarla.

—¡Atrás, atrás! ¡Siéntate!

Austin múltiple, obediente, se sentó.

—Austin, ¡preséntate! —gimió, tratando inútilmente de deshacer el maleficio de la replicación.

—¡Se presenta el Ayudante Austin *A+008*! —exclamó una voz multiplicada—. ¿Qué desea la Doctora?

Amalíss, vencida, se tapó con las manos la cara. No podía soportar la visión de aquel horror: lo que más había querido, la presencia de su Ayudante, ahora le parecía monstruosa. No podía consentir en capitanear un ejército de replicantes.

—Austin, descansa —dijo finalmente, y cada uno de los androides se sentó.

Con lágrimas en los ojos, la Doctora se dirigió a la salida. Aquello no podía ser, no debía ser. Le habían robado a su Ayudante de la peor forma posible: habían destruido su individualidad para convertirlo en un objeto repetido. Duplicar, redoblar, copiar, imitar, calcar, reproducir... Todo aquello, en el fondo, sólo venía a destrozar la ilusión de su amor. ¡Su amor! Ella había amado a Austin, que la correspondía; pero ahora la mentira multiplicada de esa reciprocidad adquiriría los tintes de la farsa.

Sin darse apenas cuenta, antes de abandonar finalmente la sala, aún preguntó en un susurro a flor de labios la verdad única que había perseguido en su desvelo.

—Galatea, ¿me amas?

Y, milagrosamente, entre las decenas de Austin expectantes, sólo uno, sólo el suyo, reconoció su llamada y respondió en un susurro las palabras con que había nacido su pasión:

—¿Pigmalión? ¿Pigmalión? ¡¡Mi Doctora, Pigmaliíss!!

VI

LA MÁQUINA DEL AMOR

I De ninguna manera! —exclamó Hera—. Kora no es Eros, ni Pedro Psique. Precisamente, Psique es Austin y Eros, Amalíss. Y quien hace el papel de Narciso y Eco no son Amalíss y Austin, sino Kora y Pedro.

—Yo, naturalmente, no estoy de acuerdo —contestó Zeus—. Desde un principio dispuse que Pedro y Kora fueran Psique y Eros; y que Austin y Amalíss hicieran la historia de Eco y Narciso... ¡Desde un principio Austin repetía las palabras de Amalíss! —y añadió furibundo, imitando los vocablos del androide como un sonsonete—: “¿Qué desea la Doctora, qué desea la Doctora?”

—Eso no es un eco —terció Hera, victoriosa, acariciando a sus pavos reales—. El eco consiste en repetir, no en preguntar nada... No consiento en que la historia de Austin y Amalíss acabe mal. Si hay algún amor desgraciado, ése debe ser el de Pedro.

—¿El de Pedro? ¿Por qué el de Pedro? —se revolvió el dios padre—. Pedro es un personaje de gran autoridad moral y merece tener un final agradecido: merece descansar eternamente en los brazos del amor.

—¿Ese tipejo desagradable, disfrutando de las caricias de una ninfa fabricada a imagen y semejanza de la última tecnología en microchips? ¡Menuda leyenda!

—¡Oh! —exclamó Zeus, ligeramente contrariado—. Entonces, ¿Kora era finalmente una androide?

—Digamos, mejor, una ginoide muy perfeccionada —mintió la gran diosa—. ¿Es que todavía no lo habías descubierto?



Narciso era un muchacho conocido por su gran belleza. Naturalmente, todas las doncellas, que siempre son tan superficiales como para amar los atributos que solamente a la vista son agradables, se enamoraban de él perdidamente; pero él las rechazaba. Es muy sencillo hacerse el interesante cuando las leyes de la oferta y la demanda te favorecen. Y en ese caso la oferta era amplísima, así que el muchacho podía darse el lujo de despreciar cruelmente a las bellezas más espectaculares de aquella época remota y antigua.

Entre las jóvenes heridas de amor por Narciso estaba la ninfa Eco, una criatura tímida y sencilla que había sido castigada por la diosa Hera a repetir las palabras de cualquier cosa que se dijera.

Eco, por su humildad, ni se atrevía, ni podía declararse a Narciso; hasta que un día, cuando el chico paseaba por el bosque, al oír unos pasos cercanos, gritó: “¿Quién anda por aquí?” y Eco, pudorosa, contestó: “Aquí, aquí”. Como seguía escondida entre los árboles, Narciso la animó: “¡Ven hasta mí!” y ella, suponiendo que él la pretendía, apareció con los brazos abiertos gritando: “¡A mí, a mí!”.

Sin embargo, Eco desconocía la soberbia de Narciso, que en cuanto la vio, dio varios pasos atrás para esquivarla. Ella, avergonzada de su osadía y herida por el rechazo de Narciso, escapó asustada y se refugió en una cueva, de donde ya nunca se atrevió a salir. Con el paso del tiempo la ninfa se consumió de pena y soledad hasta quedar reducida al producto de la maldición de Hera: el eco.

La diosa Némesis, que siempre estaba vigilando las flaquezas de los dioses y de los hombres para poder inventarse un castigo, se escandalizó de la soberbia de Narciso e ideó una pena ejemplar: el hermoso muchacho, al asomarse a una fuente, descubriría su propia imagen en su fondo y padecería el mismo tormento de amor que sus propias víctimas.

Y, efectivamente, cuando Narciso descubrió el reflejo de su hermosura, quedó definitivamente enamorado de sí mismo y en el arrebato de amor desenfrenado por aquella su belleza sin igual, acabó lanzándose al agua y murió.



—Kora es Narciso, claramente —comenzó Hera con ardor—. ¿No has visto su altanería y su soberbia? Ella se cree depositaria de toda perfección. Es cierto que es hermosa, pero es despreciativa como lo fue el presumido que murió admirando su propia belleza. Y Pedro es un eco, desde luego... ¿No ves que sus palabras no son suyas, sino el mensaje de los antiguos predicadores cristianos? Toda esa martingala del pecado hereditario y la salvación a través del dolor es el eco absurdo de una doctrina anticuada, aprendida en un libro.

El dios padre escuchó a su esposa con paciencia, buscando cualquier pequeño resquicio para imponer su teoría, pero la diosa continuó implacable.

—Por otra parte, Amalíss representa la potencia arrolladora del amor, igual que Eros: ella ama antes de comenzar su aventura, ama furiosamente durante toda la historia y al terminar ama con mayor decisión: es una fuerza creadora por naturaleza. El adorable Austin, precisamente porque está programado para ello, es Psique: ¡recuerda el principio de la historia, cuando él consulta su tratado de Psicología! Austin es la mente que piensa, que deduce y elige la opción adecuada. Y, en todo caso, cuando queda separado de Amalíss, la busca incansablemente hasta volver a encontrarla.

Hera estaba exultante, pero Zeus guardaba unos cuantos razonamientos para su teoría.

—No negaré que en algunas cosas tienes razón —comenzó conciliadoramente—. Sin embargo, no has tenido en cuenta otros datos.

El dios aprovechó unos momentos de silencio para mantener a Hera con su ceja levantada, esperando. Así como su esposa solía

embarcarse en disertaciones fogosas, Zeus prefería utilizar unos tempos sosegados: algo, según suponía, acorde con la pompa de su majestad.

—Fíjate... —comenzó haciendo como que se exprimía el caletre para explicarse mejor—, fíjate en la elocuencia de Pedro. Yo no creo que repita el mensaje de nadie: él es la palabra razonada de una mente preclara, y toda la búsqueda filosófica que realiza en la zona inferior de los humanos genéricos se debe interpretar como un intento de encontrar el amor absoluto, ahora perdido y que vislumbró en otra época. Pedro-Psique, al final, reconoce la perfección del amor en las virtudes de Kora. Kora, que es Eros, desde luego. ¡Ella es magnífica! Tanto que apenas se reconoce por su lugar de procedencia. No nos importa si es un ser humano creado por los dioses o si es una ginoide, como tú dices, elaborada en perfección por la ciencia. ¿Hija o nieta de nuestras excelencias? ¡Es igual!

Hera quedó un poco desorientada. Zeus esgrimía algunas razones de peso, pero además aún no había terminado.

—Quien representa a Narciso es Amalíss, con esa obsesión por sus mediciones milimétricas absurdas. Ella, como un ser del futuro, ha trascendido el concepto de belleza corporal de los primeros tiempos y sitúa la hermosura en las perfecciones del alma y el triunfo del intelecto. Cuando se empeña en la búsqueda de la fisura celeste, lo que pretende es retornar a los propios dioses cotejando su ciencia con nuestro poder. Es ella la que cree que con sus investigaciones podrá variar nuestros planes para los humanos... Ella sola pretende determinar el curso del universo y, con un poco de tiempo, acabará enamorándose de sus propias teorías. Recuerda cómo trata a su Ayudante: está deseando llamarlo “Galatea” y, si se ha enamorado de él, se debe, como ella misma sospecha, a que el androide es producto de su propia creación. Austin es el Eco de Amalíss y está programado para satisfacer todos los caprichos y necesidades de su dueña relamida.

La diosa Hera suspiró mientras ensayaba ciertos gestos banales con la mano. Cuando el dios padre sacaba las cosas de quicio, no merecía la pena discutir con argumentos razonables.

—Querido —le interrumpió con un tono cortante de ironía—, ¿por qué odias a todas las mujeres que somos un poquito inteligentes?



Afroditá y Ares tuvieron un hijo, meritorio fruto de la hermosura de la madre y de la violencia del padre, al que llamaron Eros: un dios primordial, responsable de la atracción sexual, del amor y de la fertilidad, pero también el encargado del impulso creativo que siempre esconde la floreciente naturaleza. Eros durante mucho tiempo ejerció de ayudante de Afroditá, ya que tenía la misión de dirigir la fuerza del amor y extenderla a los dioses y a los mortales. Como todo el mundo sabe, Eros era el arquero que disparaba sus dardos envenenados de pasión para que sus víctimas doblegasen sus voluntades ante el ardor de la herida.

No es cierto que ese dios fuese un ser inocente y estúpido, como quisieron retratarlo los romanos, que lo disfrazaron de niño mofletudo con alas de angelote... ¡Puaj! ¡Qué ridículo Cupido y qué cursi!). No, señor. Eros era un dios de tomo y lomo, un ser complejo y bien desarrollado, que no sólo extendió la fuerza creadora del amor por el mundo entero, sino que él mismo, tal y como relata Apuleyo, fue uno de sus seguidores cuando se enamoró de la princesa Psique.

Psique, la bellísima mortal cuyo nombre designa las potencias del alma y de la mente, había comenzado a ser objeto de culto por parte de los humanos. Afroditá, celosa de Psique, encargó a su hijo Eros que la obligase a enamorarse del hombre más feo del mundo y éste así lo prometió. Sin embargo, el pobre Eros no pudo escapar a los encantos de la hermosa y se enamoró también sin poderlo evitar.

Los dioses no paran mientes en obstáculos pequeños y, para satisfacer su amor, raptó a Psique y la llevó a su palacio. Ahora bien, no se podía mostrar ante ella: Eros era hermoso y precisamente la joven tenía que caer rendida a los pies de un ser horrendo. Por eso decidió presentarse de noche, cuando la oscuridad era más densa, escondiendo su belleza y su identidad verdadera...

Y Psique lo amó. Ella lo amó y él la adoró y fueron felices en su pasión durante algún tiempo. Sin embargo, la dicha de unos, por alguna extraña razón, hace siempre desgraciados a los otros y las hermanas envidiosas de Psique urdieron su traición. “¿Quién es?”, “¿quién es tu amado?”, “¿es hermoso?”, “¿es joven?”, “¿es un dios?”, “¿es agraciado?”. ¡Psique no sabía describir a su amado! ¡Él le había hecho prometer que nunca intentaría descubrirlo!

Psique acariciaba el cuerpo de Eros intentando atrapar con las manos lo que nunca iban a poder ver los ojos. “¿Quién es mi amado?”, “¿es un dios?”. “¿es un monstruo?”, “¿debo seguir ciega para siempre?”. El amor quiere ver, quiere oír y tocar, quiere oler y gustar. Los amantes son egoístas y desean todo para sí: el objeto amado aspira a ser catado en su totalidad.

Un día Psique ya no pudo sufrir esa ignorancia y, cuando Eros dormía, acercó una lámpara para ver a su marido y con la luz nació la belleza. La belleza y el disgusto, porque Eros despertó y, decepcionado por la traición de su esposa, escapó de sus aposentos y la abandonó para siempre.

¡Qué llores y qué lástima, haber perdido al deseado! Psique, enloquecida, salió a buscarlo por toda la tierra y sufrió terribles pruebas hasta que se hizo de nuevo merecedora de su amor. Finalmente, como deseábamos, Eros la perdonó y ya se amaron para siempre. ¡Incluso tuvieron una hija a la que llamaron Voluptas, reina del Placer!



Zeus no tenía gran interés en comenzar con su esposa una disputa acerca de sus presuntos prejuicios antifeministas. Esas cuestiones las debían resolver los humanos en sus turbulentas relaciones matrimoniales, si es que podían. Sin embargo, había algo en todo aquel batiburrillo que no le olía bien; así que decidió visitar a su hija Atenea, que para él encarnaba la máxima sagacidad y clarividencia, y pedirle consejo. No quería quedar como un majadero delante de Hera.

Atenea enseguida comprendió de qué se trataba, pero antes de contestar a su padre, con gesto automático, se recompuso la túnica y se enderezó el casco guerrero en la cabeza.

—Es evidente que el planteamiento inicial es incorrecto —determinó después de escuchar las distintas teorías—. ¡Hay un error básico en la adjudicación de los distintos roles de género!

Zeus abrió la boca para protestar: a ver si ahora su hija volvía a sacar a relucir los mismos prejuicios feministas de Hera; pero, por si acaso, esperó pacientemente a que terminase su disertación.

—Comprendo la equivocación, ya que partimos de que dos de los individuos propuestos, según tú me has explicado, no pueden adjudicarse indubitadamente a uno u otro sexo ya que no son, en principio, seres sexuados...

Zeus volvió a abrir la boca, pero ya no para protestar, sino para asombrarse de la inteligencia de Atenea.

—Me refiero, naturalmente —continuó la diosa—, a Kora y Austin. Aunque en su aspecto exterior *prima facie* presenten las características morfológicas del sexo femenino o del masculino en el segundo caso, no me atrevería a suponer que tengan que representar obligatoriamente el papel que habitualmente se les suele adjudicar en virtud de sus características presuntamente sexuales. Partiremos, sin embargo, para nuestro análisis, de sus *partenaires*, Pedro y Amalíss, y a causa de su correspondencia afectiva les otorgaremos, exclusivamente para allanar nuestra propuesta, el sexo masculino a Austin y el sexo femenino a Kora, de manera que lleguen a someterse a la representación de los roles determinados que corresponderían efectivamente al sexo aparentado.

Zeus abrió nuevamente la boca, en este caso con muy mala educación y con cierto fastidio. Atenea simuló no percatarse de su aburrimiento, pero convino en resumir su argumentación.

—En fin, lo que quiero decir es que, si Pedro y Austin pertenecen al sexo masculino (más o menos) y Kora y Amalíss al femenino (lo mismo digo), habéis adjudicado los papeles equivocadamente. Pedro y Austin —concluyó doctoral— sólo pueden ser Eros y Narciso,

como si los dos perteneciesen al sexo masculino; mientras que Kora y Amalíss harán los papeles de Psique y Eco, indistintamente.



Triste, triste, tristeza. Las paredes de mi cueva rezuman agua y salitre como mis lágrimas. Eco. Soy cada vez menos cuerpo y más eco. Resonancia leve que repite, repite. En la oscuridad de este oscuro hueco, eco, se disuelve mi cuerpo en la sombra, sombra. En la luz de afuera Narciso se mira en el fondo de la fuente y el rayo de sol, que juega a reflejarse en su sonrisa, enciende una chispa en la boca del efebo que vive en el fondo del agua. Narciso llama a Narciso que se asoma al espejo liso que lo llama, llama.

Mientras tanto, en el palacio del amor, Eros y Psique se perseguyen entre risas por corredores fantásticos. Cuando se funden en el abrazo de pasión, la humana se vuelve inmortal con las caricias de Eros. Mortal e inmortal, fundidos en fuego. Afrodita bailará en sus bodas. Se amarán.



Zeus, después de las precisas aclaraciones de Atenea, abordó victorioso a su esposa.

—Querida —le dijo con un aire odioso y paternal—, tenías razón: es imposible que Amalíss sea Narciso. ¡Hemos asignado equivocadamente los roles de género!

Hera se sorprendió de que su marido hubiera llegado él solo a semejante conclusión. Ahí había gato encerrado.

—Cada oveja con su pareja, pero en el sitio que corresponda a cada cual... —continuó Zeus con gran convencimiento— ¡Narciso es Austin, en su rol masculino! Esa belleza exagerada y esa complacencia en sus propias virtudes son algo muy similar al enamoramiento de sí mismo. Y con esta premisa se ve claramente que Amalíss es idéntica a Eco: ella lo ama exclusivamente por su aspecto físico y se limita a

perseguirlo imitando burdamente su sabiduría de microchip. En consecuencia, Pedro está encarnando a Eros: por amor a la humanidad, él extiende su mensaje de redención a todo el universo y Kora-Psique, que ha comprendido cuál es su amor verdadero, le devuelve su lección de cariño y con su mirada lo embellece más allá del aspecto físico...

Hera rio. Realmente su esposo, modelo de majestad y eficiencia en los asuntos del Olimpo, cuando se ocupaba de interpretar las representaciones de los mortales resultaba un consumado majadero.

—Cariño —comenzó procurando simular su sarcasmo—, creo que, por fin, has acertado. Con tu gran inteligencia has advertido mi gran error... Austin no podía ser Psique ni Eros, Amalíss; Kora no es Narciso ni Pedro es Eco. ¡Desde luego que no! Tú mismo me lo has demostrado: ¡Austin es Eros y Psique, Amalíss! Y, por su parte, ¡Pedro es Narciso y Kora es Eco!

Zeus miró a Hera de hito en hito y se le congeló la sonrisa en la boca. Ella, apasionadamente, se lanzaba a una última y desesperada explicación.

—Pedro, el narcisista enamorado de su propia y ridícula Doctrina, no puede amar a nadie más allá de sí mismo y la pobre Kora, aunque se haya dejado obnubilar por el calor del contacto que exhala como humano, nunca llegará a ser amada. Por eso, en cuando avance su historia, se dejará consumir en la frialdad o quedará reducida al triste eco de las palabras huera del otro. Esa pareja nunca será feliz... Sin embargo, Austin es Eros, la máquina del amor, y si gracias a su naturaleza floreciente ha sido capaz de desarrollarse más allá de su programación primigenia, enseguida ha conseguido enamorar a Amalíss. Ella, que encarna las potencias del alma y la mente como Psique, vagaba por la tierra buscando su amor perdido y, ahora que lo ha encontrado y lo ha reconocido, ya sólo le queda apresararlo entre sus brazos y conservarlo así para disfrutar con él el tiempo de felicidad que corresponde a los mortales.

Zeus advirtió que a Hera, por la emoción que le sugería su historia, se le habían coloreado las mejillas con un suave rosicler.

Estaba muy hermosa. Quizás por eso no quiso seguir con esa discusión bizantina.

—Tú defiendes que es posible ese amor extraño y difícil entre los mortales y los androides... —dijo ya sin acritud, y añadió con un gesto de picardía—: No vamos a discutir por eso. ¿No te parece más sencillo y provechoso el amor entre los dioses?

VII

CARNE DE CÍBORG

Eva, Austin y Amalíss se alejaron rápidamente a través de corredores desiertos. La puerta que guardaba a los replicantes había quedado, de nuevo, cerrada y mientras se distanciaban, la Doctora se preguntó si debería destruir ese ejército de clones de su Ayudante. Esa opción, de improviso, la horrorizó: se le antojaba más o menos como un genocidio, como una forma gratuita de destruir algo que merecía perdurar. Aquellos androides, en sí, no eran definitivamente buenos o malos; en el mejor de los casos, en lo que tenían de su Austin verdadero, la Doctora supuso que tendrían que ser generosos, que estarían inclinados hacia el bien más que a nada, y que serían pacíficos y serviciales... Para derivar su programación hacia el mal tendrían que caer en unas manos muy depravadas, y eso ella no lo podía presagiar.

Por otra parte, ¿quién había pretendido multiplicar a Austin? Suponía que la Comandante Kora había tenido mucho que ver en ello, aunque no poseía suficientes elementos de juicio como para acusarla. Sin embargo, junto al disgusto pasado, la victoria de haber encontrado a su Ayudante verdadero, identificado y señalado convenientemente por la fuerza milagrosa del amor, le hacía sentirse eufórica.

El descenso desde la cúpula hacia la zona habitada fue sencillo, y les pareció tan natural como lo es el despertar de los sueños: los espacios abombados anteriores se plegaron progresivamente a las tres dimensiones habituales, las paredes cobraron su aspecto vertical, la

luz dejó de engañar con sus destellos a las sombras y los ecos quedaron definitivamente acallados.

Eva y Amalíss, una vez abajo, se palparon sus miembros, de carne y de sangre como diagnosticaba la Doctrina, porque les pareció que amanecían desde un país de espejismos. Los humanos están acostumbrados a confiar en sus sentidos corporales y aquella experiencia había tenido, cuando menos, algunos tintes comunes con la alucinación.

—Ahora tendré que esconderos a los dos —decidió la Doctora—. Al parecer, ninguno de vosotros tendría que estar aquí.

—A él lo puedes disfrazar de centinela —propuso Eva, que miraba a Austin con desconfianza, debido a sus antiguos prejuicios—. Se parece bastante...

Cuando llegaron a la zona conocida, advirtieron que había más vigilancia que cuando subieron y más viandantes presurosos corriendo de aquí para allá. Con todo, consiguieron evitar a las patrullas de androides gendarmes, que se multiplicaban en varias direcciones sin decidirse a organizar el tráfico en un sentido concreto, y arribaron sin problemas hasta las habitaciones de Amalíss. Allí, por fin, pudieron descansar brevemente de las emociones.

—Algo ha cambiado en estas últimas horas —dedujo Amalíss.

—Demasiados vigilantes desorientados —convino Eva.

—Aguardad aquí hasta que vuelva con noticias —se apresuró la Doctora a salir—. Yo soy la única que puede mostrarse en la calle sin despertar sospechas.

Amalíss, después de unas horas, volvió cargada de víveres y con la determinación de encerrarse durante algún tiempo en sus habitaciones.

—Nadie sabe nada de Pedro. Los de la zona superior parecen ignorar incluso que haya existido. Por otra parte, la Comandante Kora, según me han contado, está recluida en su residencia con un permiso temporal para recuperarse de ciertas dolencias. Pero hay una mala noticia —concluyó Amalíss, mirando a Eva de soslayo—: al parecer, la revolución que se gestaba entre los genéricos para levantarse contra los especializados ha estallado ya con toda intensidad. ¡Algunos

destacamentos han intentado asaltar la Dirección General, que ha recrudecido sus intervenciones!

—Tengo que bajar con los míos... —dijo Eva— ¡No puedo quedarme aquí mientras ellos corren peligro!

Ante el impulso automático de Eva de ponerse en pie, la Doctora la quiso tranquilizar, pero la muchacha no estaba dispuesta a mantenerse al margen de la revuelta.

—Espera unos días a que todo se calme... ¿Qué puedes hacer tú sola allí abajo?

—Yo no estoy sola —contestó ella—. Nosotros somos todos hermanos. Tengo que bajar a ayudarles, pero prométeme que seguirás buscando a Pedro...

La Doctora advirtió que no podría retenerla y la dejó partir.

—Te aseguro que lo buscaremos... —concluyó para tranquilizarla—. Sin embargo, no te preocupes por él: ¡probablemente estará más protegido en presidio que corriendo por las calles delante de los uniformados! ¡Yo seguiré investigando su paradero!

Eva salió apresuradamente, sin consentir en que nadie la acompañase en el viaje de vuelta. Ella no tenía que decidir cuál era su lugar en relación con la humanidad fraccionada de Bloomington. Ciertamente, era más fácil salir de la zona superior que acceder a ella, pero Amalíss se empeñó en que Eva llevase su propia documentación, por si tenía algún encuentro desafortunado con los vigilantes, y no la dejó partir hasta que ella no le aseguró repetidas veces que conocía exactamente la ubicación de las cámaras y su campo de acción.



Al día siguiente Amalíss se decidió a visitar a la Comandante Kora. Además de que le debía esa visita por su enfermedad, su instinto le decía que seguramente escondía mucha más información de la que hasta entonces le había proporcionado. Austin, por cautela, quedó esperando en las habitaciones.

La Doctora llamó quedamente a la puerta de Kora, que tardó unos minutos en responder. Por fin abrió una pequeña rendija para asegurarse de la identidad de quien la reclamaba. Cuando se asomó fugazmente, Amalíss distinguió una figura distinta de la que hasta entonces había exhibido la Comandante. No era sólo el cabello revuelto y la bata semidesabrochada; lo más novedoso fue la sonrisa radiante, mucho más relajada que su habitual mohín riguroso.

—Sé que has estado enferma... He venido a comprobar qué tal te encuentras.

La Comandante farfulló algunas palabras procurando despedir a la intrusa, pero la Doctora introdujo una pierna en la abertura de la puerta y exageró un interés desmedido por su estado de salud: lo que tenía ante sus ojos era muy extraño. Frente al orden exagerado con que Kora solía organizar su habitación, en aquellos momentos todos los objetos del cuarto se desperdigaban desordenadamente por el suelo, como si hubiera pasado un tornado. Tanto así que Amalíss llegó a sospechar que los uniformados también podían haberse atrevido a llegar hasta allí. Sin embargo, al poco, una voz sugerente y melodiosa desbarató la coartada de la Comandante.

—¿Dónde estás, mi bien? ¿Dónde te escondiste? Llama de amor que hiere mi alma, ¡oh, mano blanda!, vuelve hasta mi lecho, que muero porque no me quieres tú matar con tu toque delicado.

La Comandante Kora, naturalmente, se ruborizó. Ya no podía seguir mintiendo, así que abrió del todo la puerta e introdujo abruptamente a la Doctora para cerrar al instante de un portazo.

Amalíss lo vio. Lo vio y, antes de poder razonar acerca de lo que sus ojos le mostraban, con el solo corazón lo comprendió. El instinto inefable del contacto entre humanos, la presión oportuna...

Pedro descansaba recostado entre almohadones ocultando bajo el satén de una tela ligera su pecho descubierto. Su amante había alisado y peinado su melena leonina hacia atrás y la había sujetado en una trenza. Era visible que también le había recortado la barba y que lo había aseado en un auxilio completo. Sólo habían pasado unos días

desde su detención, pero su aspecto era inmejorable: parecía más gordo y más lustroso que nunca. Además de... además de...

Kora rio tontamente: no cabía ninguna justificación razonable.

—¡Está tan distinto! —pudo tartamudear Amalíss, sin darse cuenta de que estaba descubriendo su secreto.

—¡Es el ojo! —contestó Kora, que tampoco razonaba con claridad—. Con ayuda de la ciencia he conseguido suplir su carencia gracias a un órgano biónico: un ajuste ocular que funciona con un diminuto implante de electrodos detrás de la retina. A través de una cámara se envía información visual a un dispositivo que convierte dicha información en señales eléctricas que llegan al cerebro. ¡Pedro es un paciente tan agradecido!

El convaleciente, efectivamente, sonrió mientras sus dos ojos, el postizo y el verdadero, brillaban con alegría. “Es para verte mejor”, pensó la Doctora, recordando un cuento de la infancia, mientras calibraba la mejora del santo y se admiraba de su sumisión ante la Comandante. Amalíss, bajo la sugestión de felicidad y satisfacción que exhalaban los enamorados, también se sintió extrañamente dichosa. ¡Qué sorpresa tan rara en el escenario beligerante de Bloomington! ¡Aquello era todavía más inesperado que haber podido recuperar a su Ayudante!

Kora, por su parte, al comprender que Amalíss no era una persona interesada en desbaratar su dicha, se vio obligada a añadir algunas aclaraciones y la apartó hacia un lado para premiarla con algunas confidencias.

—Yo no soy una ginoide, como algunos han dicho. Y, además, ahora estoy segura de que nunca lo he sido...

La suya era una historia triste, que se remontaba a una época con olor a pañales asépticos y a colonia de niño en grandes cantidades.

—No sé si conoces el LECTI, el Laboratorio de Ensayos Controlados para el Trastorno de Infertilidad, que funcionó durante la época de subfertilidad idiopática. Recordarás aquellas fechas en que la humanidad se creía abocada a la extinción por la dificultad de conseguir embarazos viables en muchos de los enclaves humanos...

—Sí —asintió Amalíss con prudencia—, en aquellos tiempos se realizaron numerosos experimentos sobre reproducción de los que nacieron varios niños, algunos con graves enfermedades, que sobrevivieron con la ayuda de implantes biónicos para compensar sus insuficiencias. Pero más tarde todo eso cayó en el olvido...

—Yo crecí admirando la presencia de un rótulo, colgado en la sala de juegos de mi infancia, que decía “Transferencia eugenésica artificial”. ¡Yo fui uno de aquellos ensayos!

La Doctora conocía poco la historia de aquel Laboratorio, cuyas iniciativas se quisieron maquillar durante algún tiempo hasta que desembocó en un escándalo y las autoridades tuvieron que cerrarlo. En su momento se dijo que la experiencia consistía en la “creación de seres humanos”: después de una fecundación *in vitro*, el preembrión se desarrollaba en un útero artificial gigantesco hasta que los fetos resultaban viables. Los niños, cuando “nacían”, quedaban al cuidado de amas-ginoides, que los alimentaban y custodiaban lejos del contagio de cualquier influencia humana.

—No debes tenerme lástima —continuó Kora—. Durante la infancia no eché en falta el cariño de nadie, porque mis cuidadores estaban magníficamente programados. Ninguno de los que crecimos allí tuvimos carencias ni miedo por soledad o abandono. El único terror que padecimos fue la enfermedad o el dolor. La gestación en un útero sintético produce malformaciones que sólo pueden ser tratadas con tecnología biomédica y eso... eso sí nos asustaba.

La Comandante Kora, durante algunos segundos, dejó vagar su mirada por el espacio infinito, como recordando algunas escenas que su mente había querido enterrar en el pasado.

—Ciertamente, el dolor duraba poco —siguió rememorando—. Cuando volvíamos de los quirófanos habíamos adquirido la ayuda de eficientísimas prótesis o redes neuronales artificiales, que se imbricaban con las propias para conformar nuestra nueva fisiología. ¡Pero siempre, como un poso imborrable, quedaba el terror de encontrarnos transformados del todo en androides! Yo adoraba a mis máquinas, naturalmente; mejor: todos las adorábamos... Pero nunca pudimos alejar ese

pánico profundo y extraño: el temor de resultar alterados en nuestra propia singularidad. Durante mucho tiempo yo también dudé de si era humana... ¡Somos carne de cibernético!

Amaliss se sintió ligeramente mareada. Ella también había sospechado en su fuero interno que la Comandante pudiera ser una ginoide muy perfeccionada... Siempre le había visto una especie de halo no humano, algún tipo de perfección conseguida con una ayuda más allá de lo intrínsecamente natural.

—¡Amor! —llamó el enamorado desde el lecho, ya que la amada hacía ya un buen rato que no le prestaba atención— Dedicar tus perfecciones a este pobre pecador sediento de hermosura... No me dejes en la oscuridad de tu ausencia dolorosa. Necesito la llama de tus cuidados para caldear mi sufriente corazón. ¡Amor, amor!

Amaliss se atragantó por el empalago de la llamada del doliente (¿de dónde habría sacado ese vocabulario anticuado?) y dio un paso hacia atrás, para dejarlos en el disfrute de su intimidad, pero la Comandante todavía la retuvo durante algunos instantes.

—Y ahora he vuelto a nacer, gracias a Pedro... Él me ha hecho reconciliarme plenamente con mi naturaleza humana natural. En realidad, yo también estoy hecha fundamentalmente de sangre y de carne...

Aquellas palabras tuvieron la virtud de despertar a la Doctora de la alucinación amorosa que la había narcotizado durante los momentos anteriores y, por fin, recordó el objeto primero de su visita. Kora no podía desconocer que la captura de Pedro había intensificado la rebelión de los humanos genéricos, que habían asaltado la Dirección General para rescatar a su líder.

—Sus partidarios lo están buscando sin descanso... y probablemente están siendo rechazados y castigados por las fuerzas de seguridad —aseguró—. ¡Pedro debe presentarse inmediatamente ante ellos para desactivar las revueltas!

La Comandante Kora negó con gravedad, asustada por el temor de perder tempranamente a su enamorado recién encontrado.

—Pedro ya no cree en la Doctrina —alegó, bajando la voz para evitar que el otro interviniera—. Ya no tiene interés por luchar contra los que vivimos aquí arriba. ¡El también ha encontrado la felicidad!

—Todo eso está muy bien —concedió Amalíss, enojada al comprobar el egoísmo de los enamorados—, pero no podéis desentenderos de un conflicto que vosotros mismos habéis creado... ¡Hay personas que están poniendo en peligro su vida a causa de vuestra negligencia!

Aquella acusación produjo cierto efecto en la Comandante, que se resistía a despertar ante la realidad.

—Está bien —asintió al cabo—. Saldremos a la luz del día, pero antes... ¡déjame disfrutar de mi amor durante un par de horas más! ¡Todavía no estamos preparados!

La Doctora debía partir. Sin embargo, se asomó nuevamente al lecho del enamorado, que parecía extrañamente compenetrado con la blandura del tálamo.

—Prométeme que atenderás con urgencia a los tuyos —se atrevió a apremiarle.

Pedro hizo un gesto difuso de asentimiento con el rostro y sacudió brevemente los hombros en un movimiento que propició que cayera hacia un lado la sábana.

Amalíss se volvió furiosa contra la Comandante.

—¿Qué es esto? —gritó desquiciándose—. ¿Cómo tienes valor para tratarlo así?

Kora se ruborizó, mientras se acercaba atropelladamente al lecho del santo.

—No es lo que parece... —se justificó torpemente—. Esto es solo un juego inocente que él me ha enseñado...

La muñeca derecha de Pedro se hallaba sujeta al bastidor de la cama por unas esposas y Kora accionó rápidamente la aldabilla para liberarlo.

—Toma —se las ofreció a Amalíss—, es nuestro regalo...

La Doctora por fin salió, después de guardar el donativo en su bolso. ¡Quién hubiera imaginado que Pedro y Kora se iban a entender

con tanta eficacia! Desde luego, el amor debe ser ciego, pensó la Doctora. ¡Con razón lo habían representado los latinos en la efigie de un niño con los ojos tapados! Le parecía increíble que Pedro se hubiera cegado de ese modo con la presencia escultórica de Kora después de sus monsergas anteriores en contra de los humanoides; pero todavía era peor el enamoramiento de la Comandante, que se había prendado de un predicador trasnochado... ¡Qué extraño es el mundo!, concluyó.

* * *

Austin esperaba paciente la vuelta de Amalíss sin atreverse a alejarse de aquellas habitaciones. Su anterior aventura, acompañado de Xana y Anjana, que lo abandonaron en un lugar desconocido donde fue temporalmente desactivado, no había sido de su agrado; así que aguardó obediente como un niño el regreso del Ama.

El batir intempestivo de la puerta que se abre, la aparición de la Doctora en el marco y el salto automático efectuado por el resorte poderoso de las piernas del androide desembocaron en un abrazo furioso.

—¡Amor, amor! —gemía la Doctora, ante la sorpresa del Ayudante, que nunca la había conocido tan impetuosa— ¡Qué delicia encontrarte en casa!

Bueno, aquello no era exactamente una casa, o mejor, su casa; pero el reencuentro de los enamorados siempre conforta el corazón.

De improviso, Amalíss recordó lo más urgente en aquellos momentos delicados.

—Tengo que avisar a Eva de que Pedro no corre peligro, para que lo haga saber a todos sus seguidores. ¡Deben cesar las hostilidades antes de que suceda algo peor!

Austin, después de la larga espera, no estaba dispuesto a volver a dejarse abandonar por la Doctora y se empeñó en acompañarla a la sección horizontal inferior, sin adivinar el espantoso peligro que pronto correría.

—Yo puedo ser de gran ayuda... Además, apenas se advierte que soy un androide especializado.

Amalíss no necesitó muchos argumentos para dejarse convencer y tomó la decisión apresuradamente.

—De acuerdo —convino—. Esta vez será un viaje rápido.

Austin y Amalíss salieron atolondradamente de las habitaciones y cruzaron los largos pasillos hasta desembocar en las calles aledañas a la Dirección General. Extrañamente, no había ningún guardián vigilando. Enseguida conocieron la causa: el asalto pasado a las dependencias oficiales, una vez abortado, había provocado que todas las fuerzas armadas se aplicaran a reprimir a los habitantes de la zona inferior, que estaban siendo acorralados en su propio campo. En cuanto llegaron a las avenidas de abajo comprendieron el alcance de la masacre.

—Estas manchas de sangre en el suelo... —advirtió Amalíss—. ¿Qué ha pasado aquí?

La mujer y el androide estaban desorientados mirando el aspecto desolado de la calle vacía cuando de improviso hizo acto de presencia un grupo de tres humanos que, al parecer, venían huyendo de algo. En cuanto avistaron al Ayudante, después de un grito de terror, salieron corriendo en sentido contrario.

—Esperen —gritó Amalíss—, tengo que darles una buena noticia...

Sin embargo, ninguno se atrevió ni tan siquiera a volver la cabeza.

—Se han asustado —dijo Austin lentamente—. Al verme, se han asustado y han comenzado a correr...

—No creo —contestó la Doctora—. Tú no podrías intimidar a nadie...

Sin embargo, a la vuelta de la esquina, se presentaba el terror: un ejército de androides con el aspecto externo de Austin, de comportamiento autoorganizado pero interconectado, se sincronizaba para atacar al enemigo. Cada individuo adaptaba sus movimientos a los de su grupo, como en un solo cuerpo, en una armonía variable

pero estable, en formaciones que se hacían y deshacían para protegerse mutuamente, de manera que el equipo siempre resultase victorioso.

—¡Es un enjambre! —determinó Amalíss, horrorizada.

Austin, que desconocía la teoría organizativa de aquel ejército, presenció con sus ojos desolados la aparición de aquella visión caleidoscópica de su propia efigie, dividida y multiplicada en un espejo de individuos idénticos, que perseguían y acometían de forma inmisericorde a los humanos aterrorizados. Amalíss lo asió violentamente de la mano.

—¿Qué es esto? ¿Qué es? —exclamó el Ayudante, sin comprender.

—No te separes de mi lado —le gritó Amalíss, temiendo confundirlo con sus clones y extraviarlo nuevamente.

Austin había quedado paralizado. Algo en su programación no era capaz de procesar correctamente la realidad que se presentaba ante sus ojos: Austin pisoteaba torpemente el cuerpo magullado de un niño, Austin golpeaba la cabeza tumefacta de un humano desmayado, Austin atropellaba cuanto se interponía en su camino, Austin acuchillaba un cuerpo caído que se desangraba en el suelo.

—¡No, no, no! —gritó Austin con un rugido que acababa en lamento.

La Doctora no pudo reconocer el eco alterado de la voz del Ayudante, pero oprimió aún más fuertemente su mano. Austin había quedado anclado en medio de la calle, rodeado por la confusión absurda de los componentes del enjambre.

—¡Vamos, vamos! —intentó ella arrancarlo de su estupefacción, sin conseguirlo.

Los ojos dulces del androide se habían nublado en dos pozos oscuros, incapaces de seguir viendo su propia apariencia empleada en la destrucción. Para la Doctora lo más urgente, con todo, era individualizar a Austin para distinguirlo de sus replicantes y oportunamente recordó las esposas que por fortuna había guardado en su bolso. Buscando el único modo de no volver a perderlo, anudó un extremo

del grillete en la muñeca del Ayudante y otro en la propia. Donde fuera ella, iría él y viceversa.

Austin, Austin, Austin, Austin, Austin, Austin, Austin, Austin y Austin desaparecieron de improviso dejando atrás una estela de sangre y sus víctimas quedaron abandonadas: seguramente se dirigían a otro enclave para aplicarse allí en su misión. Amalíss tiró del brazo de su Austin verdadero, que había perdido toda capacidad de reacción.

—¡Hay que llegar hasta la casa de Eva! —explicó—. Intentaremos protegerla.

Sin embargo, el Ayudante, cuando quiso caminar, accionó sus piernas como si perteneciesen a un robot antiguo estropeado. En lugar del impulso adecuado de un resorte perfecto, la complejidad de redes neuronales del sistema de Turing del androide parecía responder ahora ante un estímulo degradado.

—¡Vamos, vamos! —insistió la Doctora tirando de su brazo hasta lastimarse a sí misma por la opresión de las esposas.

A pesar de los traspies y las dificultades, la pareja consiguió ponerse en movimiento. Amalíss arrastraba al Ayudante, que la seguía torpemente, obedeciendo solo al acicate de la presión sobre su brazo. Sus hermosos ojos redondos seguían velados y su voluntad, anulada.

Así, tropezando a trechos y evitando en todo caso encontrarse con el ejército-enjambre, consiguieron acercarse a la morada de Eva. Los pasillos aledaños estaban vacíos, aunque advirtieron cierto movimiento previo a su llegada, como si alguien se hubiera esforzado en rescatar tras la hilera de puertas algún cuerpo caído, que había dejado el consiguiente reguero de sangre por el suelo.

La puerta donde vivía la muchacha estaba abierta y Amalíss temió, antes de entrar, la escena que, efectivamente, encontró.



Herida en la cabeza en zona parieto-occipital izquierda del cráneo, con adherencias del cerebro a las meninges y ventrículos laterales alterados; lesión penetrante en región máxilo-facial por

trauma facial, con sangrado nasal profuso; amputación transfemoral, amputación transradial (extirpar el hueso aplastado y alisarlo para facilitar el uso de un miembro artificial, colocar drenajes para sangre y otros líquidos); necrosis de origen vascular cuyo tratamiento implica esplenectomía (incisión en el abdomen, retirar piel y músculos, sujetar vasos sanguíneos en el bazo, vena y arteria para evitar que se adhiera, controlar sangrado, limpiar heridas, unir los músculos y la piel); traumatismo torácico con contusión muscular y fractura costal con desplazamiento hacia adentro y ruptura de pleura con herida del parénquima pulmonar (intubación endotraqueal y aspiración de secreciones, ventilación, aplicación de oxigenoterapia, estabilización hemodinámica, reanimación cardiopulmonar); shock por contusión miocárdica; limitación de la expansión diastólica del corazón por acumulación de líquido en el pericardio, presión venosa central elevada, caída de la presión arterial (tratamiento por toracotomía, descompresión pericárdica y reparación de la lesión)...

* * *

El bulto de Eva envuelto en una sábana sangrante fue depositado sobre la cama de Kora, en el lugar donde quedara la huella del enamorado. No hicieron falta muchas palabras para prometer ni para explicar. “Cirugía inmediata, primeros auxilios, mejores doctores, investigaciones teóricas enjambre pero no aplicaciones concretas, dos horas para el amor, primeros auxilios, curación asombrosa, retomar riendas, ¿quién dio la orden de ataque?, responsabilidades seguras, no seguir hostilidades, increíble salvación muchacha herida, curación asegurada, replicantes no para violencia, ¡¡¡urgente revisión replicantes!!!, ¡¡pronta reprogramación!!”.

Amalíss tiró nuevamente del brazo del Ayudante, que, una vez desembarazado del peso del cuerpo de Eva, la siguió de forma dócil aunque estúpida hasta sus habitaciones. Una vez allí, afianzada convenientemente la puerta, la Doctora abrió las esposas para quedar los dos en libertad. Ambos estaban cubiertos de sangre y ninguno se

aventuraba a decir las palabras que ya no podían evitar el desastre sucedido. Se miraron brevemente para reconocerse y la Doctora, que todavía se sentía aturdida por lo que había pasado, se tapó la cara con las manos como intentando limpiarse con ellas la visión de la sangre. Austin, con aspecto amedrentado, miró en torno buscando un refugio donde esconder la vergüenza de suponerse capaz de violencia, pero no lo halló.

Ella, al rato, lo dejó varado en medio de la estancia, se desnudó y se dirigió hacia la ducha para lavarse. Antes de llegar a abrir la manilla del agua, oyó el latigazo de un cuerpo que se golpeaba a sí mismo con violencia: Austin se magullaba a puñadas y cabezazos lanzándose contra el muro de la pared.

—¡No, no, no! —gritó la Doctora, interponiendo su cuerpo entre el tabique y el androide y comprendiendo su pena— No eres tú quien ha tenido la culpa...

Austin, por no lastimar a la Doctora al golpearse, cejó en su arrebató y ella aprovechó para empujarlo sobre la cama e intentar inmovilizarlo con todas las fuerzas de que disponía. Así estuvieron durante largo rato hasta que la respiración de la mujer se apaciguó tras el esfuerzo. Cuando por fin se incorporaron y se deshizo el abrazo, ella pudo mirar su rostro todavía turbado. En sus ojos redondos e ingenuos parecía que brillaba una lágrima.

—¿Quién soy? —sollozó el androide mientras señalaba la computadora de su pecho—. ¿Qué guardo aquí dentro que me puede obligar a matar?

—¡No, tú no! —lo consoló Amalíss— Tú ya has elegido, entre todas las opciones, la más acertada. Tú no eres... como ellos.

Austin hizo un supremo esfuerzo por entender y por entenderse, buscando en su interior cualquiera de aquellas disposiciones de su primera programación que lo hubieran podido proyectar hacia el mal

—Ellos han sido creados a mi imagen y semejanza... —se dolió— ¡y han provocado esta tragedia! En realidad, yo he sido el origen y el causante de la masacre...

—No es así, no. Ellos no son como tú. Ellos no se han desarrollado —quiso justificar la Doctora—. El aspecto físico y la estructura primera pueden ser similares a los tuyos, pero tú eres otra cosa distinta...

—Yo he sido su inicio... —gimió el Ayudante.

—No tanto... Ellos no han sido correctamente programados, porque sólo han sido ideados para la obediencia. No están preparados para discernir la respuesta adecuada, como tú haces, ni han podido, por tanto, orientarse hacia la paz... —lo consoló la doctora.

Austin pareció serenarse en parte, aunque en sus ojos seguía brillando la humedad de una lágrima.

—He aprendido a reír como los humanos —sentenció, y añadió pesoso—: Si he llegado a parecerme a alguno de ellos, ¿cómo puedo ahora aprender a llorar?

La Doctora lo tomó dulcemente de las manos.

—También los hombres se equivocan a veces y provocan el dolor y la guerra... Los humanos somos capaces de infligir los mayores sufrimientos a nosotros mismos y a los que nos rodean, pero también podemos llegar a hacer cosas maravillosas. ¡Ojalá algún día seamos capaces de aprender a reconocer y corregir nuestros errores!

Austin, gravemente, asintió y Amalís lo besó como a un niño que estuviera creciendo: ella sólo quería protegerlo del sufrimiento de comprender demasiado.

VIII

EL HOMBRE DE HOJALATA

Y cuando al fin me colocaron encima la cabeza, me sentí muy orgulloso, pues pensé que era tan hombre como cualquiera. (Lyman Frank Baum, *El Mago de Oz*, capítulo IV “El camino del bosque”)

Había una vez una niña llamada Amalíss que, un día, salió a pasear y se extravió por el bosque. Cuando se perdió, ella estaba sola. ¡Qué más hubiera querido que ser como Dorothy, la niña de *El Mago de Oz*, quien al menos disfrutaba de la compañía del perrito Totó cuando su casa fue arrancada de Kansas por un huracán!

No, no. Amalíss sólo contaba con la alianza de sus propias fantasías. Así que cuando se encontró en mitad del camino con el Hombre de hojalata, no dudó en darle conversación.

—Hola, yo me llamo Amalíss. Tú, ¿quién eres? —le preguntó educadamente— ¿Y qué haces aquí en medio del bosque?

—Hola, sólo soy un pobre Hombre de hojalata y estoy aguardando a ver qué me depara el futuro.

—¿Por qué un pobre hombre? —se interesó Amalíss—. Pareces muy fuerte y eres muy hermoso. ¡Cualquiera envidiaría tu suerte!

—¡Oh, no creas! Eso lo dices porque aún no conoces mi secreto...

La simpática niña se acercó hasta el muñeco mecánico para animarle a referir su misterio.

—El caso es que... —el Hombre de hojalata se demoró un poco en explicar el motivo de su vergüenza— ¡no tengo corazón!

—¡Oh! —exclamó la niña, poniendo su mano inadvertidamente sobre su propio y breve pecho—. Y eso, ¿es muy doloroso?

—No exactamente —respondió el Hombre de hojalata—. No tengo corazón y por eso no puedo amar. Pero yo quiero tener un corazón para ser igual que los otros hombres. Sin amor no merece la pena vivir, porque eso es lo único que proporciona la felicidad.

—¿Tan importante es amar? —preguntó ingenuamente Amalíss.

El Hombre de hojalata quedó mirándola atentamente. Nunca había visto a una niña tan linda. ¡Menos mal que todavía no tenía corazón!

—Si quieres —se ofreció Amalíss—, te puedo acompañar a buscarlo. Según las historias antiguas, el Mago de Oz es capaz de conseguir que un león cobarde alcance valor, que un muñeco de paja adquiera inteligencia o que un leñador de hojalata consiga un corazón. ¡Fue capaz de indicar a Dorothy el camino de vuelta a su casa!

El Hombre de hojalata quedó maravillado. Nunca había imaginado que la sola visión de una hermosa muchacha le iba a calentar el hueco donde los humanos alojan ese músculo esforzado que late tan rápido.

El caso es que la niñita y el muñeco comenzaron un largo periplo que les obligó a cruzar bosques y mares, planetas y sistemas solares, universos y estrellas. Pasaron muchos días y muchas noches, y en su transcurso los amigos afianzaron una estrecha relación. La niña aceptaba con frecuencia las coyunturas de hojalata del androide y él, a cambio, le hacía compañía, le preparaba la comida y procuraba solícito todo aquello que ella deseaba. Solo algunas veces se dejaban arrastrar por sus respectivos desconsuelos.

—¡Qué soledad! —se lamentaba la joven dirigiéndose a la verdura del bosque— ¡Si, por lo menos, contara con la compañía del perrito Totó!

—¡Qué tristeza! —le contestaba el Hombre de hojalata— ¡Si tuviera un corazón para poderme enamorar!

Así, pasó mucho tiempo, durante el cual la niña creció convenientemente, hasta que un buen día encontraron al Mago de Oz, que resultó un señor complaciente pero un poco aburrido.

—Vengo en busca de mi corazón —anunció el Hombre de hojalata.

—Yo quiero que me ayudes a deshacerme de mi soledad —dijo la muchacha.

El Mago de Oz los miró a los dos y reprimió una sonrisa que se le venía a los labios.

—Vayamos por partes —respondió el Mago, que ya estaba un poco cansado de que los lectores de Lyman Frank Baum creyeran que podía conseguirles todo lo que pedían, cuando él en realidad era sólo un farsante, y añadió dirigiéndose al Hombre de hojalata—: A ver, comenzaremos contigo.

El Mago de Oz fue a buscar unas tijeras de hojalatero y con ellas abrió un agujero en el costado izquierdo del androide.

—Espero no hacerte mucho daño —se disculpó.

—No te preocupes —contestó el Hombre de hojalata—. Estoy muy bien fabricado y soy capaz de soportar todas las pruebas: me han enseñado a elegir la mejor entre todas las opciones y a solucionar cada uno de los problemas que preocupan a los seres humanos.

El Mago de Oz, con tan buenas expectativas, después de procurarle un hueco en el pecho, abrió el cajón de una cómoda y sacó un bonito corazón de seda roja.

—¿Verdad que es hermoso? —le preguntó.

—Lo es —convino el Hombre de hojalata, muy complacido, pero añadió—: ¿Será un corazón bondadoso?

—¡Muchísimo! —contestó el Mago de Oz, mientras culminaba la operación— Ya está. Ahora tienes un corazón del que cualquiera se sentiría orgulloso.

El Hombre de hojalata volvió junto a Amalíss, que le felicitó por su buena fortuna. Sin embargo, cuando la niña se dirigió al Mago

de Oz para insistir en su petición, él la mandó regresar con el Hombre de hojalata y solamente le obsequió con unas esposas.

—Vuelve con tu acompañante —le dijo— y observarás que ya no estás sola. Sin embargo, por mi propia experiencia, te advierto que a veces es preferible estar solo que mal acompañado, pero... ¡en fin!... eso lo tiene que decidir cada uno por su cuenta.

Amalíss, efectivamente, regresó con el Hombre de hojalata preguntándose para qué servirían las esposas que el Mago de Oz le había regalado. Todavía no les veía ninguna utilidad concreta (no le servirían con el perrito Totó) ni era capaz de descifrar su mensaje simbólico.

Por su parte, cuando el Hombre de hojalata, que ya tenía corazón como los hombres verdaderos, vio regresar a Amalíss, advirtió que su corazón de seda roja se le levantaba en el pecho y tuvo que posar las manos sobre su coraza de hojalata para aquietar los latidos. Aquella era una nueva sensación portentosa, en que se mezclaba la delicia y el dolor.

—¿Qué te pasa, Hombre de hojalata? —le dijo Amalíss al notar su rubor.

—Amo —le contestó el Hombre—. Amo, amor, te amo, yo amo... Y ese sentimiento atenaza como un puño de hierro mis vísceras metálicas y me tortura hasta cortarme la respiración.

La niña se compadeció del androide y, disimuladamente, guardó las esposas. Pero, al poco, el Hombre de hojalata chirrió nuevamente con desazón. A su espalda, la hierba estrujada por sus zapatos pesados languidecía en el suelo. Algunos insectos libaban trabajosamente las flores procurando huir de los pajarillos que los pretendían como alimento. En lo alto del cielo un águila esculpía en la pintura de la bóveda sus círculos concéntricos para singularizar el contorno de su próxima víctima. Los animales del bosque luchaban por su supervivencia a costa de nutrirse del prójimo y la naturaleza se abría paso trabajosamente en su lucha despiadada por la vida.

El Hombre de hojalata gimió y con un gesto angustioso y desacompasado volvió a sujetarse la seda roja del pecho, que se le quería salir por la boca.

—¿Qué te pasa, Hombre de hojalata? —volvió a preguntar Amalíss.

—Dolor —le contestó el Hombre—. Me duele el dolor doloroso, me duele dolorido. Veo el mundo que me rodea y me duele. Siento dolor con el pájaro, con el águila hambrienta, con la hierba aplastada y me duele la sed de la arboleda reseca, la gacela despedazada en la boca del león, me duele el insecto con sus alas quemadas por el sol, y sufro con todos por la lucha despiadada por la vida...

Amalíss tomó una mano temblorosa del muñeco de hojalata y la posó sobre su propio corazón, mientras admiraba sus ojos redondos. A continuación, depositó también su mano pequeña sobre el pecho del androide.

—El tuyo es un corazón bondadoso —le dijo—. ¡Extremadamente bondadoso!

El Hombre de hojalata padeció la presión del contacto oportuno advirtiendo el instinto inefable de la conexión entre humanos. No hizo caso del extraño escozor en los ojos, pero la buena niña alzó hasta su rostro su mano para restañarle una lágrima.

IX

VUELTA A CASA: LA NUEVA ERA

No es tan fácil reconstruir lo dañado como destruir lo existente, pero los humanos a veces son capaces de alcanzar el milagro. Después de las hostilidades de los habitantes de la zona superior contra los desheredados, la zona inferior quedó destrozada. No obstante, antes de la tragedia tampoco tenían mucho, así que lo único valioso que perdieron fue, en algunos casos, la vida, y a los muertos no había fórmula alguna capaz de recuperarlos.

Tras la victoria, los científicos ofrecieron a modo de desagravio la paz y la promesa de llegar a acuerdos comunes. Había tenido lugar una lucha cruenta, dijeron, en la que habían sucedido bajas en ambos bandos (esto era, indudablemente, mentira); pero el choque de fuerzas había servido para conocer las comunes necesidades (verdadero, quizás...). A partir de ahí, Pedro les había informado de sus reclamaciones y habían pactado una colaboración (verdadero). Con estas premisas, los científicos ofrecían la ayuda de sus androides para la reconstrucción (cierto) y solicitaban a los humanos genéricos una *amnistía* por los posibles *daños colaterales* acaecidos en la revolución. Ellos también estaban dispuestos a perdonar a los sublevados, ya que, según decían, cuando nada tiene remedio, es mejor olvidar.

Los artífices de la paz fueron, naturalmente, Pedro y Kora, que se erigieron en representantes de ambos mundos con el objetivo de alcanzar el estado perfecto para la reconciliación. Su alianza se asentó en diferentes y velados acercamientos íntimos, pero quisieron tam-

bién cimentarla en una asamblea pública oficial, para lo cual prepararon un acto al que debían asistir representantes de la dual y encontrada humanidad de la Metrópolis. Sólo habían pasado unos cuantos días, pero en ese escaso transcurso de tiempo ya había tenido lugar a la reorganización de la vida de Bloomington e incluso la preparación del evento.

La ceremonia se celebró en la misma sala con forma circular y paredes desnudas que la recepción oficial de Austin y Amalís, aunque ahora la concurrencia era mucho más numerosa y la finalidad del acto trascendía de lo individual hasta lo colectivo. En el medio, sobre la ligera tribuna, la Comandante Kora y Pedro se disputaban el lugar central ocultando con su cuerpo a los Coroneles de propecta edad que siempre se exhibían en las celebraciones de la Metrópolis.

Los asistentes se removían más o menos impacientes porque la perorata se adivinaba densa y prolongada, pero aun así procuraban con su mejor voluntad mantener la necesaria dignidad que la situación exigía. Los de la sección inferior se sentían orgullosos: nunca antes habían sido citados para los actos protocolarios de la zona superior. Era cierto que, en un principio, no se fiaron del todo de la oferta de llegar a acuerdos y hasta les dio risa el llamado “Pacto de Hermandad entre los Seres Vivos”, pero finalmente confiaron en Pedro. Eso sí, seguían vistiendo como desharrapados y se les veía bastante mal alimentados: confiaban en que el acceso a las comodidades y prebendas sería sólo cuestión de tiempo.

Los de arriba también consintieron en admitir temporalmente en su compañía a los pobres. Habían disimulado durante la masacre cerrando hipócritamente los ojos como si no pasase nada y ahora tenían la certeza de que en el fondo necesitaban mano de obra barata para conseguir y elaborar las materias primas de que se alimentaban. Al fin y al cabo los de abajo también habían admitido a sus andróides y Kora les había prometido que la incomodidad de soportar su presencia nauseabunda era algo más bien provisional. Los Austin, Xana y Anjana idénticos y dóciles menudeaban con su sonrisa silenciosa entre los asistentes sin molestar a ninguno.

Igual que hiciera en el pasado, Pedro comenzó desgranando su elocuencia ante la multitud, incluyendo alguna reciente novedad, esta vez fruto de su propio numen.

—Se ocultó el sol... ¡y de esa oscuridad temerosa nació, por fin, la Nueva Era!

Los que no conocían al orate se asombraron de la vibración de su arranque y los que ya lo habían admirado, esta vez, agradecieron la innovación de la esperanza. Pedro advirtió que su palabra estaba agitando conciencias y aprovechó para intensificar su llamada con una nueva apelación.

—Vosotros, mis pajarillos, vosotros... —añadió mientras señalaba con el dedo índice de su mano de uñas limpias a cada uno de los componentes del variado auditorio para, después de algunos segundos de suspense, culminar triunfante—: ¡¡vosotros sois los elegidos!!

La multitud suspiró complacida y el orador se extasió con su propia embajada.

—Nuestra raza, nacida por el Pacto de Hermandad entre los Seres Vivos al final de la vieja era, superior en todo y mucho más perfeccionada que la que nos trajo el pecado primero —continuó Pedro sin necesidad apenas de tomar aliento—, ha sido elegida para la reconstrucción de este mundo heredado. Podéis todavía contemplar el cielo cenagoso, las aguas turbias o el aire mefítico que nos legaron nuestros padres por causa de su pecado... Pero el fuego ya nos ha purificado y ha lavado nuestra culpa: ¡sólo hemos sobrevivido los mejores, los más aptos, los más limpios, los más sanos! Somos los elegidos para la reconstrucción de la nueva era porque somos superiores a los pobres pecadores que sucumbieron a las asechanzas del mal. ¡Hermanos, hermanos! —volvió a alzar una voz cuya cadencia oscilaba entre graves y agudos— alcemos las manos para dar la bienvenida al nuevo Pacto, a la nueva raza superior de los Seres Vivos.

Humanos y androides, todos alzaron obedientemente las manos. Austin, Austin, Austin, Austin y Austin, que habían servido tanto

para la masacre primera como para la reconstrucción, deambulaban entre los asistentes sin temer ninguna venganza de las multitudes, ayudando con su aquiescencia a la difusión del mensaje. Los habitantes de Bloomington, al parecer, ya no les temían, sino todo lo contrario: su afabilidad y su docilidad candorosa los convertían en vecinos deseables.

—Austin, ¿me puede sujetar a la niña? —solicitó al androide cercano uno de los desaharrapados, que tenía en brazos a su hijita pequeña y desfallecía por el esfuerzo.

Con una encantadora sonrisa, Austin sostuvo en lo alto a la pequeña a la vez ofrecía su apoyo al hombre debilitado.

—El sol se pondrá negro y quedará reducido a tinieblas —continuaba el predicador del futuro—, la luna se convertirá en sangre, el día se volverá tan oscuro como la noche, las estrellas caerán del firmamento... pero el pueblo elegido, la nueva raza de los Seres Vivos, triunfará sobre la desgracia y el pecado y así surgirá el milagro: ¡el cielo se ha de desenrollar como un pergamino y el fuego del sol se domesticará bajo los designios del hombre!

La muchedumbre variopinta sucumbía ante la utopía del profeta y un aliento de paz parecía extender sus manos vaporosas narcotizando a los asistentes. Kora llevaba ya demasiado tiempo callada y, aunque se extasiaba escuchando al iluminado, imaginó que la concurrencia quizás no estaba capacitada para entender aquellas entelequias durante mucho tiempo más y necesitaba unas consignas concretas.

—Y bien —interrumpió con eficacia la Comandante—, es tiempo ya de establecer las bases de esta reciente democracia. Próximamente la Dirección General publicará el nuevo Decálogo, compendio pactado por la Hermandad de los Seres Vivos, que mejora y culmina los postulados de la Doctrina del Amor y de la Sangre, la Declaración Universal de los Derechos del Androide y las Declaraciones de Derechos del Hombre y de la Ciencia.

Kora y Pedro, uniendo y alzando sus manos, gritaron las nuevas consignas que iban a cambiar el universo de Bloomington.

—¡Por la nueva raza de hermandad! ¡Por la reconciliación del Hombre y la Máquina! ¡Todos juntos reconstruiremos el mundo y salvaremos la tierra!

El público aplaudió enardecido, pero cuando las palmadas amainaron un tanto una voz agria, nacida probablemente de una garganta del barrio de abajo, realizó una nueva propuesta.

—¡Que se eliminen la sección horizontal superior e inferior para hacer una sola!

Kora reaccionó con rapidez.

—¡Que se eliminen!

El público volvió a aplaudir con ardor y casi ninguno se dio cuenta de que una partida de Austins rodeaba inadvertidamente al proponente.



Austin *A+008* y Amalíss estaban fatigados por la reciente aventura pero felices de poder regresar al refugio. Ella deseaba con todas sus fuerzas retomar sus investigaciones sobre la Teoría de la Grieta de Fuga para el Cosmos en relación con la Línea de Kármán, ahora que contaba con algunos medios más y con la anuencia y el aliento explícito de la Metrópolis; y él precisaba de un tiempo de reflexión para poder reorganizar sus registros y asimilar la nueva vertiente de su personalidad.

Para volver a su pequeña aeronave, diseñada para transporte de pocos viajeros en rutas rápidas, cruzaron largos pasillos y frías salas en orden inverso al de la llegada. La gran ciudad y el refugio distaban apenas 7000 kilómetros, así que el viaje no tenía que resultar complicado. El sistema propulsor de la aeronave, con un motor de plasma, debía ser monitorizado desde los instrumentos de control, mecánicos y electrónicos, pero Austin contaba con un programa de aeromonitorización que controlaba los principales parámetros de vuelo: la velocidad, la altura, el rumbo, el ritmo de ascenso o des-

censo, el estado de los sistemas de la propia aeronave, el análisis de la ruta seguida y el registro de las condiciones meteorológicas.

La Doctora se ajustó el cinturón de seguridad mientras el Ayudante conseguía que la nave se elevase hasta el cielo y los dos observaron hacia abajo cómo la Metrópolis se encogía hasta convertirse en el punto lejano de un sueño. Allá fuera, la oscuridad se abrió en dos bandas mientras la aeronave hendía la atmósfera agitando los gases: clorofluorocarbono, monóxido y dióxido de carbono, óxido de nitrógeno, dióxido de azufre, ácido sulfúrico, vapor de agua, material particulado. El Ayudante comprobó que la velocidad y el ritmo de ascenso en relación con el rumbo eran correctos y los dos se relajaron. Suspiraron a la par mientras volvían la vista hacia el fondo de la aeronave, donde se encontraban dos receptáculos distintos con sus dos diferentes pasajeros.

El Comandante se hallaba en su *vaso Dewar* de criopreservación, sumergido en nitrógeno líquido a $-196\text{ }^{\circ}\text{C}$, con el mismo aspecto degradado que a la ida.

—No me pareció buena idea la de deshacernos nosotros mismos del excomandante —se quejó Amalíss—. Después de obligarnos a llevarlo hasta Bloomington, es una molestia tener que asumir de nuevo la responsabilidad de su desaparición.

—Dejarlo en la Metrópolis hubiera resultado peligroso en el futuro —justificó Austin—. ¡Cualquier perturbado podría haber intentado restablecerlo desde su estado de criopreservación!

Amalíss concedió que aquella opción hubiera sido desastrosa, pero aun así siguió malhumorada.

—Sí, sí —contestó—. Por eso tenemos nosotros que liberarlo en el espacio, para que se disuelva en el cosmos en un viaje sin retorno... ¡Qué asco!

Austin había aprendido a sonreír y en aquella ocasión evitó que la Doctora advirtiera su gesto. Le resultaban graciosos esos escrúpulos de los humanos en relación con la realidad primaria de su materia corporal.

—“Extraviarlo en la oscuridad y el silencio como castigo simbólico a quien creó la catástrofe” —continuó la Doctora, imitando la voz sugerente de Kora mientras les dictaba instrucciones—. ¡Era una idea estupenda!... Una idea genial para evitarse problemas ellos mismos...

Austin no quiso contradecir a la Señora para no aumentar su mal humor y, a cambio, introdujo en la conversación un nuevo motivo de regocijo. Señaló otra vez hacia el fondo de la aeronave, donde se anclaba la unidad de tratamiento intensivo, esterilizada y acolchada, en la que reposaba Evacíborg.

—Tuvimos suerte de conseguir la cuna térmica —dijo Austin señalando el fanal que protegía el lecho de la joven.

—Sí —asintió la Doctora—. Además, así podemos observar la deriva de su reconfiguración fisiológica, que está resultando excelente.

Austin sintió el aguijón de la autocomplacencia al advertir la eficacia de las nuevas redes neuronales que conformaban la reciente estructura de la chica.

—¡Cada vez se parece más a mí! —exclamó ingenuamente.

—¡De ninguna manera! —contestó Amalíss—. Es más parecida a su madre adoptiva. Además, ella antes fue humana.

—“Fue humana” —rectificó el Ayudante—, pero ahora sus redes neuronales artificiales son tan perfectas como las mías.

—Va a ser una muchacha estupenda... —concedió la Doctora, muy complacida.

Los dos la miraron embelesados como si fuera la hija de ambos. Eva, sin embargo, abrió los ojos y los miró acremente.

—Yo no he pedido nacer —gritó desde dentro de la campana—. ¿Alguien os ha dicho que no hubiera preferido morir como los humanos?

—Nosotros hicimos todo lo que pudimos —advirtió Amalíss dulcemente—. Te rescatamos a costa de poner en peligro nuestras vidas...

—No os lo pedí —contestó Eva desconsideradamente—. Yo no os debo nada... ¡Sacadme de aquí!

—Aún es muy pronto, querida —aclaró la Doctora—. Todavía no puedes nacer... Tu organismo aún no se ha conformado a la nueva existencia...

—Yo no quiero vivir. Ni tampoco quiero ser como ninguno de vosotros. ¡Dejadme en paz!

Ellos, por su parte, la miraron arrobados.

—¡Qué fuerza tiene!

—¡Qué carácter!

—La humanidad va a transformarse en una raza estupenda.

—El nuevo linaje, nacido por el Pacto de Hermandad entre los Seres Vivos —concluyeron a la par.

Y mientras se producía esta apacible y edificante conversación, la aeronave subió y subió hasta llegar al límite del espacio desde donde se divisaba el contorno difuso de la tierra y el inicio del cielo. Austin y Amalíss vieron que allá abajo brillaba algún enclave pequeño que hacía predecir la presencia de humanos y su lucha por la vida. Sin embargo, allá arriba, más arriba de los gases y de la opresión de la atmósfera, en el punto lejano y probable donde la Línea de Kármán, a salvo del empuje de la gravedad de la tierra, permite la aceleración de la velocidad de escape de los gases hacia el cosmos, allá, allá arriba surgió la culebrilla de un rayo de luz. El rayo de luz que hacía renacer la esperanza...

Índice

PRIMERA PARTE	7
I MICRO PULSED PLASMA THRUSTERS	9
II ¿PELIGRO?	33
III PIGMALIÓN	55
IV EL NÁUFRAGO	61
V ESPEJO	83
VI AMIGOS O ENEMIGOS	91
VII LO SALVAJE	113
VIII TRÁNSITO	135
IX PANECILLOS CALIENTES	144
SEGUNDA PARTE	151
I VIAJEROS DE LAS TINIEBLAS	153
II LA GRAN CAMPANA	171
III SECUESTRADO	199
IV EL FUEGO DE LOS DIOSSES	221
V REPLICANTES	229
VI LA MÁQUINA DEL AMOR	257
VII CARNE DE CÍBORG	267
VIII EL HOMBRE DE HOJALATA	283
IX VUELTA A CASA: LA NUEVA ERA	289

En Ediciones Atlantis hemos
realizado una nueva forma
de ver la literatura, donde el espíritu creativo,
el corazón y el estilo, caminan juntos.
Aquellos que quieran pueden unirse a nosotros.



Calle Abastos, 206
28300 — Aranjuez (Madrid)
www.edicionesatlantis.com
Atlantis@edicionesatlantis.com